



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN IX

Lectulandia

Noveno volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Réquiem por un dios mortal, ¿Las abejas?... ¡Bah!, unos bichitos, Servicio de puerta a puerta, Tres mitos en nuevos odres, Limpio, sano y justiciero, Muy arriba, muy adentro..., Las alas rotas de los dioses, El planeta de los sueños, Televisiolandia, Por si soñamos, No podían saberlo, Prohibido coger flores, ¿Dónde hay espacio?, Centro de violencia controlada, El pájaro que se comió los colores, El dulce color de las estrellas, La voz del lobo, Felices vacaciones, El valle de Avalón, Los apoderados y El diario.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
IX**

Antología de novelas de anticipación - 9

ePub r1.0

Watcher 14-04-2018

AA. VV., 1969
Traducción: Desconocido
Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Réquiem por un dios mortal

Juan G. Atienza

*No somos ni dioses ni inmortales.
Haz que tu breve vida sea digna del destino.*

(Del himno de los cosmonautas soviéticos).

... Y la Tierra allá abajo... El día y la noche sucediéndose hora tras hora, acelerando el ritmo vital del hombre, como si el tiempo quisiera aún apurar los minutos que faltaban antes de que llegase, a través de la radio, la orden inapelable de emprender el descenso. Luego...

Se lo habían advertido mucho antes del lanzamiento: aquélla iba a ser una experiencia totalmente nueva y, sin duda, infinitamente más peligrosa que las anteriores. Incluso le dieron ocasión de estudiar a los camaradas que volaron dentro de aquella misma cápsula antes que él; les había visto debatirse en los lechos del hospital de la base, caer a tierra sin motivo aparente, sufrir mareos y vértigos, mirar con ojos de idiota el mundo circundante y contraer horribles psicosis que les habían convertido en seres inútiles para el resto de su vida. Había visto los hijos deformes que sus mujeres habían traído al mundo y que habían sido celosamente ocultados a los ojos de la gente. Le habían mostrado todo aquel horror y le habían anunciado claramente que su vuelo sería más largo y más alto que todos los vuelos anteriores y que contendría en su programa todos los elementos sospechosos que habían producido las distintas lesiones de sus compañeros. Porque los hombres de ciencia tenían que saber si una intensificación de las circunstancias anormales podría recrudecer o agravar sus estados.

Le dieron ocasión de renunciar, por eso precisamente no quisieron ocultarle los peligros. Pero él había aceptado: subiría más alto que todos los otros y se mantendría más tiempo en el espacio; atravesaría una vez cada noventa y ocho minutos el cinturón de radiaciones y, luego... Luego...

¿Por qué aceptó? Probablemente, entonces no habría sabido responder y, sin embargo, allí y ahora, en lo más alto, a mil kilómetros sobre la Tierra, estaba la respuesta. Si hubiera renunciado, tal vez nunca habría tenido ocasión de subir a una nave espacial y contemplar la espantosa belleza de aquel universo sin límites que se abría ante sus ojos, siempre el mismo y constantemente distinto, inmenso, imposible de abarcar en el tiempo de una vida humana, aunque esa vida se acelerase a treinta o cuarenta mil kilómetros por hora, alternando el día y la noche en el absurdo espacio de noventa y ocho minutos.

Era absurdo, pero... ¡subir más y más!... Alcanzar las últimas estrellas de la Galaxia, que se distinguían como puntos remotos a través de las escotillas; navegar millones y millones de años luz por encima de la Nada y alcanzar... ¿qué? Tal vez esa imperceptible mezcla de belleza y de horror que era el Vacío. Tal vez mecerse eternamente entre mundos ignorados e inalcanzables, tan inalcanzables como ahora se le aparecía el suyo propio, girando sin cesar a sus pies, bañado en nubes, en noche, en un sol cegador que le abrasaba las pupilas cuando sus ojos no podían evitar la tentación de mirarlo de frente durante una centésima de segundo. Tal vez rozar soles rojos, azules o blancos, remontar planetas palpitantes de vidas ignoradas y extrañas, contemplar de cerca —a sólo a dos o tres mil años luz— el estallido salvaje de una supernova.

Pero aquello era sólo soñar. La realidad estaba allí, en el espacio infinitamente pequeño de la cápsula espacial, en el tablero de mandos, en los controles que no debía perder de vista, en las funciones vitales que había que cumplir a rajatabla, en el indicador de posición, en las gráficas que le calibraban segundo a segundo los latidos, la presión sanguínea, el metabolismo y cada movimiento. La realidad estaba en torno suyo y en la voz casi constante que le llegaba a través del receptor y que constituía el delgadísimo cordón umbilical que le ligaba al mañana.

Y la realidad, su realidad, estaba también en ese mañana incierto en el que su propia vida podría ser —y lo sería, sin duda— un mero experimento biológico sobre el que se ensañarían curiosos los científicos, tratando de descubrir por qué las cosas habían marchado así, por qué un organismo sano se había convertido en un guiñapo al cabo de quinientas horas de vuelo cósmico en torno a la Tierra. Y él —únicamente ahora, a sólo dos vueltas de su regreso, comenzaba a darse cuenta de todo eso— se había prestado al experimento como un cobaya que hubiera dado voluntariamente ese paso al frente que los biólogos esperaban para elegir sin remordimiento al que tenían que sacrificar.

La voz remota de la emisora de la Tierra enmudeció un instante. Ahora pudo abrir los ojos, que había mantenido cerrados hasta entonces, para evitar el reflejo cegador del sol. Miró al indicador de posición y supo que se encontraba sobre el polo. A lo largo de tantas horas de vuelo, había pasado una vez y otra sobre los hielos eternos, pero ahora necesitó mirar con más intensidad el desierto blanco, porque sabía que el viaje tocaba a su fin y sentía que su vida de hombre terminaría con él, para convertirle a partir de entonces en un objeto que nunca podría contemplar de cerca la maravilla de aquella Tierra que tenía entera a sus pies, a miles de kilómetros por debajo de la cápsula espacial. Y miró fijamente, como el condenado que desea llenarse las pupilas de vida, antes de que sus ojos sean abrasados por el hierro candente que borrarán para siempre su luz, como el agonizante que pide ver en torno suyo a todos los seres que ha amado en la vida, para fijarlos en un recuerdo que está a punto de apagarse.

Entonces vio las inmensas columnas de luz blanca de la Aurora Polar, que

parecían elevarse hasta el Infinito como los tubos de un órgano cósmico que enviase su música hacia las estrellas. Y se vio a sí mismo entre las brillantes franjas luminosas y se sintió trasportado por ellas hasta aquella estrella del último rincón de la Galaxia que habría ansiado ver de cerca y que ahora, por el poder de una sinfonía silenciosa, tenía casi al alcance de sus manos. Se sintió dentro de la inmensidad cósmica, libre del miedo al vacío y de los terrores infinitos. Y supo que aquella luz intensísima se había abierto precisamente para él, como una flor gigantesca que el espacio estuviera depositando amorosamente en su tumba ilimitada. Perdió por unos segundos los conceptos de lo grande y de lo pequeño, para dejar que todo su ser se llenase de aquella visión que sobrepasaba la medida de sus ojos y que se diluía, diluyéndole a él al mismo tiempo, en ese Universo soñado que precisamente ahora, por única vez en el espacio infinitesimal de una vida humana, estaba a su alcance, convirtiéndole en un titán que abarcase con sus brazos abiertos la totalidad del Cosmos.

Contuvo la respiración. No quería respirar. Quería retener en sus pulmones, como en sus ojos borrachos de belleza sin fin, el aire sutil de aquella maravilla que le bañaba hasta el último poro. Miró sus manos, deseando haberlas sentido vivas en medio de aquella vida sin fronteras, y las vio enguantadas en las asépticas manoplas espaciales que ni siquiera para comer podía quitarse. ¿Por qué? ¿Y por qué sentir su cuerpo sujeto por la escafandra? ¿Y por qué mirar a través de vidrio grueso, en lugar de permitir que la luz llenase sus ojos e hinchase sus venas, hasta reventarlas y esparcir su sangre por la infinitud de la Galaxia?

Se sentía ligero, sin que ninguna fuerza gravitatoria actuase sobre su cuerpo. Era la misma sensación que venía sintiendo desde que cesaron las aceleraciones y supo que estaba en órbita; pero ahora, después de la visión indefinible de la Aurora Polar sobre el mar de hielo, esa extraña ligereza le hizo formar parte de toda la inmensidad que tenía ante él; le hizo sentirse él mismo rayo de luz, y estrella, ser y nada, espacio y tiempo hechos uno en el infinito del Universo.

A través del altavoz le llegó de nuevo la palabra gangosa que emitía desde la base, como una llamada a la realidad y al futuro incierto. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que la escuchó? La voz le llamaba incesantemente y pensó que hacía mucho tiempo que estaba sonando sin haber llegado a oírla. Pero no respondió inmediatamente. No quería responder *ahora*. Quería... no sabía qué. La voz repetía la llamada. Aún esperó; luego tragó saliva.

—Todo va bien... Todo bien... Cápsula espacial a base. ¿Podéis oírme...?

Les había asustado. Le preguntaban si se encontraba mal.

—No, no... Fue... que he visto algo maravilloso... Algo que nunca volveré a ver y que vosotros no podríais ni imaginar.

—¿Qué es, de qué se trata?

—Una Aurora Polar... Es algo tan...

—Bien, poeta, no importa ahora... Ya nos contarás eso cuando bajes... Te queda

una vuelta más... Noventa y ocho minutos... Ten dispuestos los controles para el descenso, recuerda...

Sí, recordaba. Lo recordaba todo. Primero, soltar el compartimiento de los aparatos. Luego, hacer funcionar los retrocohetes. El punto exacto... Dio unas cifras, las coordenadas que le habían grabado en la memoria. Del otro lado escuchó la conformidad. Cerró apresuradamente la conexión.

Quería estar solo. Por última vez solo sobre la Tierra y tan cerca de las estrellas como le fuera posible, quería llenarse con la sensación inenarrable del paso del día a la noche cósmica, llenarse de aquel polvo de estrellas que sobrevolaba la nave, flotando en torno suyo. Quería verlo todo por última vez, totalmente solo, dueño momentáneo de su destino, de ese destino que llegaba demasiado de prisa a su término.

La nave se hundió en la noche de la Tierra, dejó el Sol a sus espaldas y ante los ojos del cosmonauta volvió a surgir aquella franja de azul blanco brillante que rozaba a la Tierra como un manto suave, acariciándola de Infinito. Volvió a ver la luna sobre su cabeza, redonda como una gota de mercurio inmensa. Y la firme nube de estrellas, atravesando la negrura del cielo de parte a parte, abarcándolo todo en amor de inmensidad.

Entonces dejó vagar lentamente la mirada del cielo a la Tierra casi invisible. A sus pies distinguió los lejanísimos resplandores anaranjados de una tormenta nocturna, muy pequeña desde allá arriba, tan pequeña como su propia vida, condenada allá abajo también —y tal vez desde mañana mismo— a la cama blanca y aséptica de un hospital, a los vértigos, al mal del Espacio.

Porque iba a ser un condenado, irremisiblemente. De hecho, lo era ya. Un condenado a la vida pequeña de lo infinitesimalmente espantoso, un objeto de experiencias para que otros hombres —otros, ya nunca él mismo— pudieran alcanzar un día —¿cuándo?— lo que él no habría de alcanzar jamás. La cápsula espacial era ahora su celda, su calabozo, la capilla desde la que tendría que salir para asistir como espectador indefenso a su propia ejecución. Nunca podría tener hijos, a no ser que le obligasen a concebirlos para experimentar luego en ellos la herencia espantosa que les habría legado a cambio de unos centenares de horas en contacto con el Universo Infinito. Nunca más volvería a ver la maravilla de la Aurora Polar sobre los hielos, a centenares de miles de metros de altura. Ni nunca más podría alcanzar con sus manos las estrellas. Ni nunca...

Frente a él, la noche comenzó a teñirse levemente de azul brillante, un azul que iba intensificándose segundo a segundo, una sinfonía de color que pasaba heroicamente al violeta y dejaba luego aparecer, en la línea del horizonte, la raya escarlata de un sol enorme que estuvo cegador ante sus ojos, como un estallido de luz, apenas pasado un minuto. Era de nuevo el día. El día maravilloso... El fin.

Comprobó el cronómetro y los mandos. La cápsula se dirigía libremente hacia el objetivo sobre el que tendría que posarse, sobre la superficie de la Tierra. Sus manos

enguantadas vacilaron un segundo más, antes de conectar de nuevo el aparato de radio. No quería escuchar, ¡no quería! y, sin embargo, la voz le hirió los tímpanos empapados de silencio, al hacer la conexión.

—... ta... ¡Contesta...! ¡Hemos perdido el contacto...!

—Estoy bien.

—¿Desconectaste?

—Sí...

—Bien... ¿Todo normal?

—Todo.

—Preparado, entonces... Faltan trece segundos para que sueltes el compartimiento de los aparatos... Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... ¡Cero! Suelta.

Accionó la palanca y, a través de las escotillas, pudo ver el cuerpo secundario de la cápsula que flotaba ya junto a él y se separaba lentamente. Sonrió para sí mismo y sintió una especie de tranquilidad ante su propia justificación: eran los aparatos los que importaban, los preciosos aparatos que contenían todos los datos que la nave había captado automáticamente a lo largo de los días de vuelo. Los datos... y él mismo, apenas un dato más que tendría que ser disecado, perforado, electrocutado, separado pieza a pieza y metido en la memoria transistorizada de un ordenador, para sacar las consecuencias de ese mal desconocido que ya no habría de abandonarle hasta la tumba.

Se le aparecieron nuevamente ante los ojos borrachos de luz los rostros cadavéricos de los que habían visitado el cosmos antes que él; sus miradas idiotizadas, su equilibrio enfermo, las cicatrices que atestiguaban las veces que habían caído y se habían golpeado contra el suelo de los cuartos de baño, antes de que fueran definitivamente internados para su inútil estudio en los hospitales de medicina espacial y hubieran comenzado a descomponerse en asepsia para el resto de su existencia.

—Preparado para el descenso... Te encuentras sobre el punto previsto... Atención... ¡Los cohetes!

Los cohetes. La palanca, allí, a su izquierda, al alcance de la mano. La palanca negra, brillante, fácilmente diferenciable entre el cúmulo de aparatos de control directo. No tenía más que moverla hacia sí, con toda la fuerza, para...

—¿Preparado...? ¡Cero!

—No.

—¿Qué dices?

¿Qué decía...? No habría sabido explicarlo. Sólo era eso, una sola palabra llena de actitud. No. No a todo. Al regreso. A la condena. A la privación de la maravilla que estaba a su alcance. No a convertir su vida en una muerte lenta, en un objeto. En una cosa.

Al otro lado de la emisora se escuchó un rumor confuso de voces. No lograba

distinguir las, pero indicaban el estupor de los hombres que no comprendían —ni podrían comprender nunca— su PORQUÉ. Luego, una voz se hizo más clara. Le estaba hablando el jefe de la base en persona. No entendía lo que le estaba ocurriendo, pero era necesario que descendiera, que...

—Lo siento, señor... He oído la orden. Pero no bajo.

—¿Qué intenta usted? —la voz pretendía conservar la tranquilidad.

—Nada señor... Sólo seguir volando, cada vez más alto...

—¡Pero está usted loco...! ¿Hasta cuándo?

Cerró el contacto. Sí, definitivamente, estaba loco. Supuso que estaría loco, si se atrevía a desobedecer las órdenes y comenzaba ya a quitarse, muy despacio, los guantes espaciales. Tal vez estaba loco. Pero, en cualquier caso, era un loco humano y no un cobaya. Él había subido allí arriba para eso, pero el Infinito le había conquistado y, sumiéndole en la visión de la más espantosa belleza que cabía imaginar, le había exigido el tributo del espectáculo.

Sus dedos, libres ya de guantes, movieron seguros el dial que haría enfilar la cápsula camino de las estrellas. Sabía que no llegaría, pero quería subir más, hasta que el Infinito le prohibiera seguir, hasta que su cuerpo reventase y se fundiera su sangre con el polvo cósmico que le envolvía. No quería otra cosa; sólo subir, seguir subiendo siempre, siempre, hasta convertirse en Infinito...

¿Las abejas?... ¡Bah!, unos bichitos

Juan G. Atienza

Aquella tarde me había quedado en casa para curarme un resfriado pertinaz. Mi mujer se encargó de avisar a la oficina y aprovechó la ocasión para marcharse de compras, mientras yo cuidaba del pequeño.

Me entretuve viendo los programas de televisión y terminando de leer un libro que tenía abandonado desde ya no sabía cuánto tiempo. Las horas se me pasaron en un suspiro.

Cuando Marta regresó, estuvo media hora llenando la salita de papeles, porque estaba empeñada en enseñarme todo lo que había comprado *por cuatro gordas*. Las cuatro gordas en cuestión, a medida que detallaba los precios irrisorios que había pagado por aquella montaña de cosas, se convirtieron en el sueldo mío de medio mes. Y, de pronto, cuando mi cabeza parecía una calculadora de tanto sumar mentalmente, me dijo:

—¡Ah!... Y he visto abejas.

—¿Abejas?... ¿Y las has comprado también?

—¡Qué tontería! Las he visto en la calle. Creo que puse cara de tonto.

—Bueno, no creo que sea nada del otro mundo.

—¡Pero es que eran *muchas*...! Montones de abejas.

—¿Ah, sí?... ¿Y qué hacían?

—Verás... En el cruce de Trece de Octubre y Trinidad, ¿te acuerdas del paso de peatones?... Pues estaban todas en el semáforo y había mucha gente que se detenía a mirarlas.

Me sonreí y procuré que la sonrisa se me quedase dentro; ¡La de tonterías en que se fijan las mujeres!...

—Claro... Estarían esperando a que se pusiera la luz verde para cruzar, seguro.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Pues, porque... ¿qué dices?

—Eso, que acertaste... Esperaban allí, en el semáforo y, cuando cambió la luz, cuando apareció aquello de «peatones, pasen»... pasaron.

—¿Pero qué estupideces estás diciendo, Marta?... Tienes suerte de que el niño no te entienda, que si no...

—¿Estupideces? Tendrías que haberlas visto... Parecían más disciplinadas que un escuadrón de caballería. Salieron todas zumbando y se alejaron por la calle de San Telmo en dos filas.

—Ya —me encogí incrédulo de hombros—. ¿Y luego?

—Luego, no sé... No pretenderás que fuera siguiéndolas, supongo...

—Ya sé, Marta, ya sé que no eres de esas mujeres que se marchan detrás de las abejas, pero... ¿la gente, qué decía?

—Nada, ¿qué iban a decir?... Miraban, como miraba yo. Luego, cada cual se fue por su lado. Oye, las abejas pican, ¿no?...

—Sí, pero sólo si se las molesta.

Marta pareció descubrir entonces la realidad de los insectos.

—¡Ya decía yo!...

—¿Qué decías?

—Eso... Que no picaron a nadie... Y debió ser porque nadie se metió con ellas...

—Seguramente.

—¿Tú crees que se las puede domesticar? ¿Como a las pulgas?

—¿A quién, a las abejas?... No, no creo...

—Pues aquéllas parecían domesticadas... Tan modosas, tan disciplinaditas... ¿Qué hacen?

—Miel.

Marta se dio una palmada en la frente, negándose a reconocer su incultura.

—¡Lo había olvidado!...

A la mañana siguiente, yo ya me encontraba bastante mejor de mi resfriado y, con un jersey viejo debajo de la camisa, para llevar el cuerpo caliente, me fui a la oficina. Tenía trabajo acumulado de la tarde anterior y casi no me di cuenta de la llegada de López, mi compañero de mesa. Le oí venir cuanto estaba enfrascado en un balance que se negaba a cuadrar y me saludó con una voz que me pareció malhumorada:

—Hola... ¿Estás mejor?

—Sí, gracias... —le contesté, sin levantar siquiera la cabeza.

—Yo, no.

—¿Qué te pasa?

Entonces le miré. Me estaba mostrando en alto su dedo meñique, cubierto cuidadosamente con un esparadrapo.

—¡Vaya! ¿Qué te has hecho? —le pregunté, casi a punto de echarme a reír, porque aquello no era ni medio serio.

—Yo, nada. Han sido las abejas.

—¡No!...

—¿Cómo que no? ¿Qué quieres decir? —me preguntó a su vez, odiándome cordialmente.

—¡Hombre!... Que las abejas no pican, a menos que se las moleste.

—¿Y qué querías que hiciera, si me estaban rodeando por todas partes?

—¿Entonces, era cierto?...

—¿Lo de las abejas?... ¡Y tan cierto!... ¿O no has leído la prensa?

Me alcanzó el periódico por encima de la mesa. La primera página estaba dedicada a la inauguración de una nueva central eléctrica, de no sé cuántos millones

de kilowatios-hora.

—Bueno, esto...

—¡La última, la última!...

Sí, allí estaba, en la última página. Noticias escuetas de las agencias de información. Abejas rondando por todo el país, recorriendo las ciudades y abandonando las colmenas. Abejas en San Francisco, en Nueva Delhi, en Sidney, en Johannesburgo, en Londres, en Praga, en El Cairo. Abejas por todas partes. Miles de abejas —al parecer todas inofensivas— recorriendo las ciudades, las fábricas, las centrales térmicas, las factorías, los complejos industriales, los monumentos, las playas, como turistas en vacaciones.

No era propio, desde luego.

—¿Tú entiendes eso, López?

—¿Cómo quieres que lo entienda?... ¿Y tú?

—Tampoco, claro... Es, no sé, como un poco raro.

—¿Raro?... ¡Lo que yo voy a hacer es escribirle inmediatamente una cartita al director del periódico!... Dicen, ¿lo has visto?, que son inofensivas... ¡y mira lo que me han hecho!

—Bueno, no es grave y, además, la culpa fue tuya.

—¡Dale!...

Otros muchos compañeros de la oficina habían visto también las abejas. Y aquello, con la aventura de López, me tranquilizó bastante, porque hubo un momento —el día anterior— en que comencé a dudar de la estabilidad mental de mi mujer.

Unas horas después, a la salida de la oficina, también yo las vi. Pasaban por las calles en dobles filas de cinco o seis metros de longitud, a una altura suficiente para que la gente no se alarmara demasiado. A veces, dos grupos se encontraban en una encrucijada y, entonces, uno de los grupos —siempre el que venía por la izquierda, por cierto— se detenía un momento, para dejar pasar al otro antes de seguir su camino.

Vi enjambres de abejas zumbando tranquilamente, sin que nadie las molestase, en torno a las máquinas expendedoras de cigarrillos. Las vi también cubriendo totalmente algunos teléfonos públicos y entrando o saliendo de algunos automóviles detenidos en las aceras. Tuve la impresión de que les gustaba la mecánica.

Vi otras pegadas a las lunas de los escaparates de tiendas importantes y de grandes almacenes. No sé, parecía también como si hubieran elegido *precisamente* aquellas tiendas para saciar una incomprensible curiosidad. Las gentes las miraban con prevención, por supuesto, pero parecían haberse convencido de que aquellos bichitos eran inofensivos y seguían su camino.

En un tranvía, me di cuenta de que todas las conversaciones giraban en torno a las abejas. También aquello era lógico. Nunca se había visto nada parecido y, por otro lado, la situación mundial no daba lugar a muchas conversaciones en aquel momento.

Cuando regresé a casa, Marta me esperaba con una sonrisa de triunfo:

—¿Qué?... ¿Te convenciste?

Afirmé, mientras le daba un beso y me quitaba la gabardina.

—Pues ven a ver la televisión. Están hablando de ellas.

Efectivamente, el locutor del boletín de noticias estaba leyendo un comunicado:

—... miles y miles, tantas como nunca las estadísticas apícolas habían registrado. Hemos tratado de averiguar la causa de esta súbita proliferación, pero no ha sido posible obtener una información digna de crédito. Sólo sabemos, como ustedes lo saben, que están ahí, husmeándolo todo y metiéndose por los lugares más inverosímiles, estudiándonos...

—¡Eso!... —exclamé, sin poder contenerme.

—¿Qué dices?

—Que las abejas están estudiándonos...

Marta dio un respingo.

—Pero eso es... ¡absurdo!

—¿Por qué?

—Porque no saben leer, ni escribir, ni...

La interrumpí, para seguir escuchando el boletín.

—... puesto en contacto con los laboratorios biológicos municipales. Allí nos han proporcionado una información increíble, que a nosotros mismos nos habría costado conceder crédito, a no ser por la indudable solvencia científica de los investigadores. El doctor Méndez Suárez, biólogo jefe de los laboratorios, consiguió esta misma mañana capturar uno de estos especímenes y nos ha comunicado el resultado de sus investigaciones. Al parecer...

El locutor no pudo continuar. Le vimos por la pantalla cómo primero se detenía, mirando espantado hacia un lugar fuera de nuestro campo de visión. Luego comenzó a dar manotazos a diestro y siniestro, tratando de ocultar su rostro al ataque masivo de las abejas que ya lográbamos ver como puntitos minúsculos en torno suyo. Oímos el zumbido y las distinguimos, como una nube, rodeando al locutor y haciéndole casi desaparecer bajo millares de insectos atacantes.

Luego cambió la imagen. Apareció otro locutor, que respiraba intranquilo y nos decía apresuradamente:

—Sentimos comunicarles que, por tiempo indefinido y debido a una avería en la estación transmisora, tendremos que interrumpir nuestro programa hasta...

La imagen desapareció y sólo seguimos oyendo algo que nos pareció el zumbido constante de un millón de abejas.

Aquella noche, cuando nos acostamos, Marta parecía intranquila por primera vez en veinticuatro horas. Yo también, no puedo negarlo. Tenía la sensación de que aquella pacífica invasión de abejas era como una llamada a la incomprensión que nosotros habíamos tenido hacia ellas. Marta me lo había confesado casi el día anterior: no sabía siquiera lo que era una abeja, ni mucho menos lo que hacía. Había visto mil veces la miel en las vitrinas de las tiendas y no se le había ocurrido pensar

de dónde procedía, ni lo que le costaba a una abeja almacenar un solo gramo de aquel líquido dulce y pegajoso. No sabía —y he de confesar que también mis conocimientos eran bastante deficientes— lo que era una Reina, una obrera o un zángano, ni había visto en su vida una colmena, ni...

—¿Y tú qué crees? —me preguntó de pronto Marta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Nada. Me limito a ver lo que sucede.

—¿Y no crees nada?

—No sé qué se puede creer.

—Pues hay que creer algo.

—Cuéntame lo que crees tú, anda.

—He hecho mi composición de lugar.

—Enhorabuena. ¿Y cuál es?

—Pues que *alguien* las ha hipnotizado para *algo*.

—¿Por ejemplo, para qué?

—Pues, vete a saber... Para cualquier cosa. A lo mejor el día menos pensado sale a la venta un producto de éstos, con una marca que representa a una abejita... y ya está.

Le volví la espalda, para no seguir oyendo tonterías.

En pocos días, mientras la prensa se dedicaba a sacar ya el asunto de las abejas en primera página, los servicios de limpieza municipales organizaron apresuradamente un medio expeditivo para deshacerse de la plaga. Salieron a la calle los enormes coches-cuba de la policía, con los depósitos cargados de insecticida. Las mangas habían sido adaptadas con pulverizadores y aquel ejército de la limpieza salió por la ciudad en busca de enjambres.

Por su parte, las abejas parecieron reconocer el arma que iba a ser dirigida contra ellas y —yo lo vi— varios enjambres se unieron para seguir a los coches cuba. Cuando los grandes camiones estuvieron dispuestos a emprender su labor, empleados municipales con los rostros cubiertos por máscaras de tela metálica subieron a lo alto de las cubas para dirigir el chorro de insecticida sobre los bichos.

Y entonces sucedió lo increíble.

Un grupo indefinido de abejas se lanzó sobre los motores que ponían en funcionamiento el dispositivo de las mangas y éstos —no sé cómo— dejaron de funcionar apenas puestos en marcha. Los empleados hurgaron en los motores y sacaron de su interior verdaderos montones de abejitas muertas, pero apenas trataron de reiniciar la operación, un nuevo enjambre ocupó el lugar dejado por sus muertos y cubrió sus posiciones. Y aquello siguió hasta que los servicios municipales quedaron convencidos de que era inútil la lucha y regresaron a sus bases con los depósitos llenos de insecticida mortal, sin haber podido pulverizar siquiera un metro cuadrado de ciudad.

Los ciudadanos aprovechamos tan feliz circunstancia para meternos una vez más

con los poderes públicos. Y las abejas siguieron ocupando la ciudad sin ser molestadas por nadie.

Al poco tiempo tuvimos noticias de su asistencia a los centros de enseñanza. Me resistía a llamarlo así, pero las gentes decían que «invadían escuelas y universidades». Por mi parte, comenzaba a tener la vaga impresión de que, lo que realmente estaba sucediendo, era que las abejas *aprendían* a costa nuestra. Parece ser que se posaban en las paredes de las aulas y revoloteaban en torno a los encerados, empapándose de todo cuanto se decía en los centros docentes, desde las primeras letras hasta la reacción en cadena del átomo de plutonio. *Todo*. Y, además, durante ese tiempo, nos dejaron relativamente tranquilos en las calles.

Sin embargo, al cabo de ocho o diez días, aparecieron de nuevo y esta vez nos convencimos de que habían pasado a la fase activa de su invasión.

Primero, cierta cantidad de *kamikazes* —generalmente en grupos de tres— comenzaron a fundir, a costa de sus vidas, los fusibles de las instalaciones eléctricas. Actuaban de la siguiente forma: tres abejas se introducían en la casa por el agujero de la cerradura o por cualquier grieta o por las rendijas de las puertas. Dos de ellas metían la cabeza en los agujeros de un enchufe eléctrico y la tercera establecía contacto con los cuerpos de las otras dos y producía el cortocircuito. La casa quedaba sin luz y tres cuerpecillos carbonizados caían al suelo. Nada más. Pero, con la constante repetición de este sacrificio, en tres días la ciudad estaba a oscuras, con todos los servicios eléctricos interrumpidos.

Luego vino lo del agua. Un buen día —cuando hacía ya una semana que nos estábamos alumbrando por las noches con las viejas lámparas de petróleo de la abuela—, abrimos los grifos y vimos que el agua manaba apenas gota a gota. Luego, una abeja ahogada cayó en el fondo de la pila. Y el agua dejó de salir.

Nos quedamos sin agua, sin luz, sin gas. Los periódicos dejaron de salir y nos quedamos también sin noticias de más allá de nuestra área inmediata, porque tampoco las radios funcionaban y sólo aquellos que tenían transistores lograban contarnos cómo, al parecer, en todo el mundo la situación era poco más o menos la misma.

Hubo quien intentó marcharse de la ciudad. Pero los automóviles que osaban aventurarse por las afueras —y nunca los que transitaban por las calles— veían inmediatamente cegados sus carburadores con abejitas suicidas, que se sucedían sin tregua, hasta que el conductor decidía regresar a su casa y aguantar pasivamente los acontecimientos que llegasen.

Todos comprendíamos que aquello era una auténtica invasión, estoy seguro, pero nuestro orgullo humano se resistía a que cualquiera osara pronunciar esta palabra en voz alta. Cualquiera que no fuera mi mujer, naturalmente. Marta sí lo dijo. Me lo dijo a mí, un día, entre el polvo que se estaba acumulando en la casa y en las calles y en todas partes, mientras mirábamos a través de la ventana uno de aquellos familiares enjambres de bichitos repugnantes que rondaban las calles sin que nadie se metiera

con ellos.

—Esto es una invasión, estoy segura.

Desde aquel instante, consideré la sinceridad de Marta como una virtud que todos deberíamos imitar.

Porque la gente comenzó a acusar, en masa, la anarquía que se estaba apoderando de todo. Muchas tiendas habían cerrado sus puertas y, una mañana, al ir hacia la oficina —siguiendo aquel largo camino que ahora tenía que cubrir a pie, desde que se interrumpieron los servicios públicos— vi un grupo de gente que lanzaba piedras contra las vitrinas de unos grandes almacenes. Cuando los cristales se hicieron añicos, la muchedumbre se abalanzó contra los huecos y comenzó a apoderarse de todo cuanto podía encontrar a su alcance.

Nuestra oficina, no sé por qué, era una de las pocas que seguían funcionando ininterrumpidamente. Es cierto que acudíamos a ella un poco por inercia y que el trabajo quedaba considerablemente mermado por los comentarios continuos en torno a la situación crítica que estábamos viviendo. Pero el hecho era que la pequeña disciplina de acudir diariamente a nuestro puesto nos había librado, en parte, de aquella desesperación que —podíamos comprobarlo— se había apoderado de casi toda la ciudad y, según sospechábamos, del mundo entero.

Pero un día también se interrumpió aquella diaria rutina. Estábamos en nuestros puestos, dedicados a intercambiar los acostumbrados puntos de vista... sobre las abejas, naturalmente. Yo había notado que, desde la invasión —y conste que ese concepto iba trasformándose en mi cerebro, dando paso a otro que me parecía más exacto: revolución— la gente había comenzado a preguntarse en serio quiénes eran las abejas y qué hacían y cómo se habían comportado hasta entonces. De eso precisamente me estaba hablando López, con grandes aspavientos de admiración por la callada vida de aquellos insectos, cuando oímos un estruendo en el despacho del jefe; algo que parecía una mezcla de terremoto y de lucha libre, con el correspondiente rodar de sillas y rotura de cristales. Algunos nos levantamos, pero no hubo tiempo para intervenir, porque se abrió bruscamente la puerta y apareció nuestro jefe —nuestro venerable y odiado jefe— envuelto en abejas por todos lados y dando manotazos a ciegas, mientras corría hacia la puerta de salida. Nadie trató de ayudarlo, porque todos sentíamos un profundo respeto por aquellos bichitos que casi nos dominaban. Pero vimos que, al llegar a la puerta, le dejaban en paz y comenzaban a rondarle a cierta distancia, como si esperasen algo. Y el jefe se volvió hacia nosotros, con el rostro lleno de habones que le daban aspecto de patata deforme. Y nos dijo:

—Pero, bueno, ¿a qué están esperando?... ¡Márchense a sus casas!

—¿Hasta cuándo? —preguntó uno, no sé quién.

—¡Hasta que estos monstruos nos dejen en paz!

Y salió corriendo.

Desde aquel instante, fui uno más entre los miles de sin trabajo que deambulaban anonadados por la ciudad, mirando con una mezcla indefinida de odio y hastío a los

enjambres de abejas que nos sobrevolaban. A veces, de un modo que nunca habría creído que pudiera ser tan espontáneo, nos encontrábamos formados en una manifestación y dirigiéndonos como un solo hombre —o como un enjambre de hombres, que también eso llegué a pensar— hacia la Sede del Gobierno, con pancartas en las que pedíamos medidas urgentes para solucionar ese problema que ni siquiera podía ser comprendido y que, por tanto, tenía muchas menos posibilidades de ser resuelto.

Una de aquellas veces, al poco tiempo de haber salido de mi casa —cada día más llena de polvo, sin alimentos nutritivos que llevarnos a nuestros estómagos también medio polvorientos, con un hijo de año y medio que había aprendido a decir su primera palabra: «apeca»— vi un numeroso grupo de personas que se dirigían a alguna parte. Por hacer algo, siquiera fuera bulto, me uní al grupo y, al cabo de un rato de pasar calles y calles en silencio, le pregunté a mi vecino más próximo que a dónde íbamos:

—Al Congreso, ¿no lo sabía?

—No, señor... ¿Y qué hay en el Congreso?

—¡Pero hombre! ¿De dónde sale usted? Hoy se reúne el pleno para tomar medidas.

Bueno, aquella explicación era más que suficiente para mí. Por lo menos, me enteraría de lo que iba a pasar, ya que no sabía lo que sucedía en aquel mismo instante ni lo que había venido ocurriendo hasta entonces.

Frente al edificio del Congreso había miles, casi diría millones de personas. Todos esperando el gran acontecimiento que se estaría dilucidando en su interior. Pasaron horas enteras en medio de un silencio de tumba que parecía mentira que pudiera ser mantenido por tantísima gente. Horas enteras durante las cuales el único ruido perceptible era el zumbido de los enjambres de abejas sobre nuestras cabezas, pasando y repasando en la línea de a dos a que nos tenían ya acostumbrados. ¡Y pensar que aquellos bichitos sin importancia tenían en jaque a todo un planeta!...

Oí al cabo de un rato una voz que cuchicheaba a mis espaldas:

—¡Miren!...

Me volví. Distinguí a un hombre que señalaba y miré en la dirección marcada por su índice extendido: dos o tres de aquellas formaciones de abejas parecían haber encontrado un intersticio por donde entrar a bandadas en la sede del Congreso.

Apenas mediaron cinco minutos entre aquella visión y el momento en que se abrieron las puertas del majestuoso edificio. Un clamor que se convirtió en grito y desbandada se levantó entre la multitud, cuando comprobamos que todos —¡todos!— los miembros del gobierno salían dando manotazos a diestro y siniestro, rodeados por miles de abejitas zumbadoras. Aquellos honorables caballeros en quienes el país había depositado su confianza, corrieron como posesos a sus automóviles, sin darnos la menor explicación de las resoluciones que habían tomado. Aunque esas explicaciones, si bien se miraba, eran prácticamente inútiles, después de haber visto

con nuestros propios ojos cómo había terminado la sesión.

Del Gobierno nunca más supimos nada. Y, dos días después, del mismo modo extraño como se habían interrumpido, los servicios de luz, agua y gas volvieron a funcionar. Pudimos limpiar las casas e iniciar una vida relativamente normal. Por pocos días, las abejas asumieron el papel extraño para ellas de guardias municipales, atacando furiosamente a cualquiera que, en las casas o en las calles, intentase desmandarse. La gente tomó miedo, se recluyó en sus casas o se asomó tímidamente a las calles, pero no volvieron a armar motines. Todos esperábamos algo.

Y ese algo se produjo por fin. Una mañana aparecieron en todas las calles enormes carteles con una inscripción que parecía haber sido escrita con la ayuda de un número infinito de patitas minúsculas mojadas en tinta. Yo copié lo que decía la gran pancarta que estaba colocada justo en frente de nuestra casa. Decía:

«Ciudadanos:

»Ha terminado el dominio del Ser Humano sobre el Planeta Tierra. La raza de las abejas asume desde este mismo instante todos los poderes, beneficios y prerrogativas inherentes a ser los amos de lo que vosotros llamáis Creación.

»A partir de la publicación de este decreto, se ordena:

»1.º Los Seres Humanos obedecerán en todo a las abejas y las respetarán como a sus amos naturales que son.

»2.º Las abejas, en calidad de amos y señores de los Seres Humanos, cuidarán de su mantenimiento, de su subsistencia, del orden estricto en las comunidades humanas y del perfecto funcionamiento de toda la maquinaria legislativa, administrativa y ejecutiva del planeta, con la confianza de efectuar dicha misión con más eficacia y responsabilidad que la demostrada por los seres humanos en los siglos que duró su dominio despótico sobre las demás especie vivientes.

»3.º Los Seres Humanos tendrán a su cargo los trabajos propios de su especie, es decir, la fabricación de miel.

»Dios salve a la Reina.

»Dado a tantos de tantos de...».

Bueno, la verdad es que no puedo quejarme. Marta forma parte de una homocolmena dedicada a la fabricación de miel de romero. A mí me han destinado a un laboratorio-refinería, donde las distintas clases de miel son destiladas, en busca de variantes mucho más selectas. Porque las abejas, ¡quién lo habría dicho!, tienen un paladar muy delicado y sienten especial predilección por verse bien servidas.

Si tengo suerte, mi hijo puede llegar a ser zángano, cuando sea mayor, pero eso es inseguro, porque se necesita mucha suerte para alcanzar en este mundo los puestos de mayor responsabilidad. No hay influencia, no hay parientes poderosos, no hay cartas de recomendación... ¡Esto es un asco!

Servicio de puerta a puerta

Juan G. Atienza

Informe privado del agente K
(registrado en magnetófono).

Bueno, yo estaba allí a mi hora, ya sabe usted, jefe... Fue el jet de París el que se retrasó; tenía su hora de llegada a las diecisiete veinticuatro y, dos minutos antes, nos avisaron por los altavoces de que se retrasaría un poco, no sé cuánto. Tuve que tragarme los anuncios de la Coxicola y los del detergente Ughu seis o siete veces. ¡A ésos sí que habría que meterlos en la cárcel, y no —y perdone usted, jefe— a una chica que, al fin y al cabo, no hace otra cosa que ganarse la vida como las circunstancias se lo permiten!... ¡Sí, ya lo sé, está contraviniendo las leyes! Pero la culpa la tienen esos otros, los científicos, ¿cómo se llaman?... Eso, biólogos, que el Gobierno les da cuanto quieren para que sigan haciendo marranadas. Y luego nos quejamos de que los otros, los que no tienen escrúpulos, se aprovechan de sus trabajos para ir contra las leyes y...

Está bien, jefe, como usted diga, me atenderé a lo que sucedió. Los altavoces dijeron que el retraso sería corto. Bueno, fue de siete minutos, segundo más segundo menos. El caso es que llegó el jet y que descendieron de él, según estaba anunciado en las listas de embarque, cuatrocientas veintisiete personas. Usted no sabe lo que es mirar una por una a todas las personas que bajan de un jet porque, aunque las sospechas nuestras iban principalmente sobre las mujeres, usted mismo me dijo que mirase también a los hombres, por si acaso. Así que me situé junto a la ventanilla de los chicos de la Seguridad y no me dejé pasar uno, ¿eh?, ni uno solo. Claro que es difícil saber quién lleva contrabando así, a simple vista. Menos mal que yo ya estoy acostumbrado y creo que no se me escapa uno.

De pronto, vi a la chica. No cabía duda, tenía que ser ella. Tenía poco más de veinte años, pero era lo bastante feúcha como para haberse prestado a esas cosas. La reconocí inmediatamente por su palidez y porque parecía muy mareada, a punto de caer en cualquier parte. Ya sabe usted, ésos son signos que no engañan. Cuando pasó la ventanilla de Seguridad, le apuntaron el nombre y los datos personales y los leí luego. Decía... Espere que lo busque... Aquí está: Virginia Deschamps, natural de Vienne, de 21 años. Motivo del viaje, negocios. ¡Negocios! ¿Se da usted cuenta, jefe? Podría haber dicho turismo, como dicen todos, pero no. Ella dijo *negocios*, porque ésa fue la primera palabra que se le vino a la boca y con esa palabra terminó de delatarse.

Así que me fui detrás de ella. Casi no llevaba equipaje, apenas un fin-de-semana

que, además, debía de ir medio vacío, con el pijama y unas zapatillas y el cepillo de dientes, seguro. Salió de prisa, confiada. Seguro que era la primera vez que lo hacía y la habrían engañado con eso de que nosotros nos chupamos el pulgar y no sabemos distinguir a un contrabandista de una azafata uniformada. Como si a tipos como yo, se les pudiera pasar por alto una chica de su aspecto.

Tomó un helitaxi, ¿sabe? Una nueva metedura de pata, porque todo el mundo sabe que los helitaxis tienen unas tarifas prohibitivas y cualquiera que tome uno no puede pretender pasar inadvertido. O puede que lo supiera, pero que pretendiera así despistarme, porque le dirían que nosotros, los de la Brigada Antidemográfica, tenemos un presupuesto que no nos permite tomar otro chisme de éstos para seguirles y atraparles. Una muestra más de que esa gente no está al tanto de las últimas disposiciones gubernamentales. Yo tomé otro helitaxi —aquí tiene el justificante de gastos, jefe, puede ir comprobando cuanto le digo— y la seguí hasta el helipuerto del distrito quince, ya sabe, el que está en el corazón del barrio comercial. La chica pagó en divisas, no en créditos internacionales, lo cual es una muestra clarísima de que la gente que la ha enviado no está tan boyante como para hacer transacciones comerciales de ese calibre... Sí, es cierto, también puede ser que quieran pasar inadvertidos con eso, pero, ¿qué quiere usted, jefe? Si mandaron a una chica como esa Virginia Deschamps, es ya un signo de que no tienen vista para hacer las cosas como es debido. Afortunadamente para nosotros, claro.

¿Dónde estábamos?... ¡Ah, sí! En el helipuerto. Bien, la chica hizo las siguientes cosas, después de bajarse del taxi: primero vaciló, como si estuviera borracha. Desde lejos, me pareció que su cara estaba más blanca que una hoja de papel. Luego bajó al snack del primer piso y pidió un bocadillo de jamón sintético y queso de algas y otro de foie gras vegetariano, con dos vasos de agua mineral y una píldora de concentrado vitamínico. Ya ve usted, encima las matan de hambre. Aquella comida pareció reanimarla. Yo me tomé un syntetikafé —en la lista de gastos podrá verlo— y, bueno, tuve que dejar la vuelta en la barra, porque ella pareció recuperar las energías y se me estaba escapando más que de prisa.

Seguirla por las calles fue lo más difícil. Y no porque fuera demasiado rápida ni demasiado segura de su destino, que se veía a la legua que no se conocía la ciudad, sino porque alcanzó a pillar precisamente las cuatro y media de la tarde, cuando todo el mundo se ha lanzado a la calle y las aglomeraciones son más fuertes. Le diré una cosa, jefe: yendo por la calle a esas horas y por el barrio Este, uno entiende, sin necesidad de más explicaciones, la existencia de la Brigada Antidemográfica.

Dos o tres veces estuve a punto de perderla de vista, una de ellas al cruzar la Avenida del Treinta de Mayo y otra frente a las Galerías El Crédito. Nunca he sudado más en mi vida, se lo juro. ¿Sabe lo que es ir seguro detrás de una contrabandista probada, tener la presa al alcance de la mano y, de pronto, encontrarse con que la gente se mete por en medio y que el traje de la chica se pierde de vista y...? A propósito, se me olvidó consignarlo: llevaba un mono-pieza, de color guinda,

abrochado a un costado, según la moda de la primavera pasada.

Total, que la perdí de vista. Fui como un loco de un lado a otro, hasta que se me ocurrió meterme por el pasaje comercial. ¿Y dónde dirá usted que la encontré de nuevo?... No me va a creer: ¡en frente de la vitrina de una tienda de modas infantiles! Allí estaba, jefe, por mi madre, mirando los pañales como si fueran una golosina. Yo me coloqué frente a los escaparates de la tienda de artículos siderales que hay al lado y no la perdía de vista. ¿Y qué cree usted que hizo? ¡Se pasó la mano por la tripa, como si acariciase el contrabando! Entonces se dio cuenta de que un desconocido la estaba mirando —el desconocido era yo, naturalmente—, se puso colorada y siguió su camino. La seguí cuando ya se encontraba lo bastante lejos como para no levantar sospechas. Salió de la galería por la parte de atrás y yo me quedé más tranquilo, porque allí comienza el sector viejo y las calles están mucho menos concurridas y son más silenciosas.

La seguí a cosa de quince o veinte metros, no más. No, no se dio cuenta de mi presencia. No se volvió ni una sola vez, marchaba de prisa y como avengonzada por haber sido sorprendida en aquella actitud tan sospechosa.

El itinerario que siguió nos condujo a los dos un par de manzanas más allá de la Plaza de Octubre, hasta la calle de San Antonio, donde está la parroquia, ya sabe, ¿no?... Bien, se metió por esa calle y siguió por ella hasta el número treinta y dos.

Y allí, de pronto, se metió en una tienda y la perdí de vista. Me di cuenta de que había llegado a su destino. Así que crucé la calle, hasta la acera de enfrente y me acerqué a la tienda para localizarla sin lugar a dudas y comprobar que era, efectivamente, su lugar de aterrizaje.

La tienda lucía un cartel bastante discreto: GRANJA STRYX. Parecía una expendeduría de huevos y yogurt. Al cruzar de nuevo la calle para ver más de cerca la vitrina, advertí los tubos de cultivo expuestos detrás del cristal empañado por la refrigeración interna. Tomé nota de unos cuantos carteles más. Mire: NIÑOS FRESCOS, DEL DÍA, SEXADOS. Y este otro: QUIRÓFANO A DOMICILIO. Y otro: GARANTÍA, DOS AÑOS. USTED MISMO PODRÁ COMPROBAR EL CÓDIGO GENÉTICO DE SU FUTURO HIJO.

Como usted verá, jefe, ya la cosa no podía tener ninguna duda. La chica había ido allí para descargar el contrabando. No tenía que hacer más que esperar, ¡y ni siquiera me iba a hacer falta pedir refuerzos!, porque aquella tienducha se delataba a sí misma.

De modo que me metí en la cafetería que hay en frente de la tienda y, como a aquella hora hay muy poca clientela, pude encontrar un asiento tranquilo junto al ventanal y pedí otro syntetikafé. Sí, ahí en la lista tiene el justificante. Tuve que esperar más de una hora, pero no perdí el tiempo, porque el camarero que me sirvió conocía perfectamente a toda la vecindad y también a Samuel Stryx, que es el dueño de la granja y que va a esa cafetería todas las mañanas para tomar un vaso de leche vegetal. Sin que él se diera cuenta —el camarero, quiero decir— conecté el

magnetófono y registré cuanto decía.

Escúchelo, jefe, que merece la pena:

—¿Samuel Stryx? ¡Vaya si sabe lo que se hace! Tres años va a hacer que montó la tienda y le aseguro que hoy no se dejaría cortar la mano por todo el dinero del mundo... ¡Yo nunca hubiese creído que ese negocio pudiera funcionar tan bien! Claro que, para eso, hay que tener la vista que tiene Samuel Stryx, que huele el dinero a mil kilómetros. Antes de establecer la granja embrionaria, tenía ahí mismo un banco de vísceras. Le fue muy bien y, al cambiar de negocio, pudo aprovechar, además, la mayor parte de las instalaciones frigoríficas. ¡Fíjese usted lo que es aprovechar una oportunidad!...

Bueno, corto y paso a darle los datos. Stryx, por lo visto, se asoció con el doctor Looman, del Instituto Genético. Una asociación perfectamente legal, naturalmente. Lo ilegal ha venido después... y ha sido precisamente lo que le ha dado a Stryx sus mayores beneficios, sin que el pobre Looman tuviera arte ni parte.

¿Le dije que esperé una hora? Pues bien, al cabo de ese tiempo, vi desde mi puesto de observación cómo abrían la puerta de la vitrina refrigerada y colocaban hasta veinticinco tubos más. Pasaron luego unos diez minutos y entonces salió de la tienda un hombrecillo de unos cincuenta años, vestido con bata blanca, que llevaba del brazo a la chica que yo había seguido. Entraron en la cafetería y el hombre —al que por cierto, el camarero saludó con un «¡Hola, señor Stryx!»— invitó a la chica —atienda jefe— a un café *auténtico*. ¿Quiere usted más pruebas? Aquí están, de todos modos.

Primero, les oí decir que la chica se alojaría en el Majestic sólo esta noche, para tomar mañana mismo el jet de vuelta a París. De modo que en el Majestic podrán encontrarla. Estoy seguro de que cantará sin necesidad de llegar al tercer grado.

Segundo: oiga la cinta que grabé en el magnetófono, cuando entré en la tienda, media hora después.

—Buenas tardes...

—Diga, señor, ¿qué se le ofrece? —éste era Stryx en persona.

—Bueno, verá... Quería informarme de los trámites que tengo que seguir para... Ya sabe, mi mujer y yo no tenemos hijos ni podemos tenerlos y... —como verá, jefe, me comporté como un actor consumado, ¿a que sí?

—Eso ya no es problema, señor... Nosotros podemos proporcionarle el hijo que usted desea... Su esposa, quiero decir. ¿Tienen ustedes preferencias especiales? Alto, rubio, moreno, pícnico... Mire, éste es nuestro catálogo general.

—Ése es el caso... Nosotros, ya puestos, querríamos algo muy especial... —aquí bajé la voz adrede, ya verá usted—. Algo de... importación directa, ¿me entiende?

Stryx miró a todos lados, como si temiera una intrusión, pero se confió inmediatamente, porque mi cara no le alarmó nada.

—Tenemos lo que usted busca, señor... ¡Embriones franceses, recién importados! ... Ya sabe usted, código genético de la más pura estirpe parisina, ¡con padres

genéticos de Saint Germain des Prés!

—¿Sanos?

—Garantizados, señor... Y esterilizados de miasmas. No crea usted que se trata de beatniks corrientes, no... Podrá usted comprobar su código cuando quiera. Incluso le puedo asegurar que muchos de ellos son poetas auténticos, escultores, pintores de fama, editorialistas del «Fígaro»...

Aquí, ya con las pruebas en la mano, torcí el gesto:

—¿Y alemanes?... ¿Tiene usted alemanes de pura raza?... A mi mujer le gustan especialmente, ¿sabe?... Es una admiradora de Wagner y de Nietzsche...

Lo hice aposta, jefe, porque sabía que Stryx... ¿eh, me entiende?... Y, en efecto, la cosa me salió bien. El hombre se puso colorado como un tomate, de rabia, y me señaló la puerta con el dedo:

—¡Salga de aquí inmediatamente, señor!... Y no se dirija usted a la granja de Samuel Stryx en busca de especímenes arios, ¡faltaría más! ¡Que uno lanzase piedras sobre su propio tejado!

Ahí tiene, jefe, las pruebas totales del contrabando, registradas y confesadas por el propio Stryx. Puede mandar a la patrulla cuando quiera.

En cuanto a la chica, la encontrará en el Majestic. A estas horas se habrá recuperado ya totalmente de la operación y estará deseando regresar a Francia, para que le implanten una nueva carga de embriones. Lo vi claramente, cuando se asomó a la tienda de las ropas infantiles... ¡Esa chica se hace la ilusión de ser madre durante veinticuatro horas!... Se lo digo yo, jefe, que me conozco a estas contrabandistas como a la palma de mi mano...

Tres mitos en nuevos odres

Juan G. Atienza

1. PROMETEO SÁNCHEZ

Ustedes ya lo sabían: nos vieron desde lo alto y nos consideraron peligrosos, tan peligrosos que no creyeron que fuéramos dignos de formar parte de su Confederación Galcática... por lo menos durante unos cuantos millones más de siglos, es decir, hasta que aprendiéramos sobre nuestras propias carnes y sobre las carnes de los tataranietos de nuestros tataranietos lo que era el Sentido Común que reinaba más allá de nuestro insignificante planeta.

Así, pues, establecieron una red compacta de naves de vigilancia en torno a la Tierra y esperaron. Nosotros —quiero decir, nuestros bisabuelos, nuestros abuelos, nuestros padres— seguimos progresando lentamente, pasamos de un descubrimiento a otro, de un poder a otro poder un poquito mayor, de un conflicto internacional pequeño a sucesivos conflictos internacionales más complicados, hasta que un día, de pronto, el nudo no tenía modo diplomático de deshacerse y se recurrió —conforme a las previsiones establecidas en lo alto— a medios más expeditivos. Unos cuantos miles de megatones desencadenados convirtieron el planeta en un erial radiactivo y los cuatro mil millones de seres humanos nos vimos reducidos a unas pocas colonias de entes despavoridos y famélicos, esparcidas por las escasas zonas en las que el índice de radiactividad era apenas lo bastante bajo para permitir la supervivencia.

Los Vigilantes se dijeron: Bien, ahora a esperar. Y nos dejaron tranquilamente que retrocediéramos varios milenios en nuestra civilización y que nos convirtiéramos en auténticos seres primitivos, sin más ambición que buscar el sustento inmediato y aparearse por las bravas para que la humanidad no terminase de perecer.

Arriba, los Vigilantes estaban tranquilos. No había peligro inmediato de recuperación, sino todo lo contrario. De vez en cuando —y cada vez más a menudo— nacía algún mutante, algún ser de aspecto monstruoso, con tres brazos o con una sola pierna, que era rápidamente eliminado de las primitivas sociedades humanas como un divieso inoportuno. Se ofrecían sacrificios de mutantes a los dioses y los Vigilantes estaban satisfechos, porque aquellos sacrificios eran un modo bárbaro, pero válido, de expresar y reconocer la superioridad de nuestros poderosos señores. Incluso alguna vez se dignaban descender por algún tiempo —siempre corto— para recibir personalmente nuestros sacrificios. Se complacían como seres superiores en la adoración que les profesábamos y llegaron a confiar en nosotros del mismo modo que

nuestros tatarabuelos confiaron en los perros y en los gatos que tenían domesticados en sus viviendas.

Pero un día...

Un día nació un mutante. Sus padres, Amadeo Sánchez y Carolina Thrugger, eran aparentemente normales. Pero el niño, Prometeo, ostentaba una cabeza doble grande que las de tamaño normal entre nosotros, surcada de venitas moradas que la hacían parecer una proyección aérea del planeta. Los Viejos de la tribu organizaron el sacrificio del recién nacido perro, llegado el momento, cuando ya toda la comunidad estaba reunida en torno a la pira, se descubrió que el niño y sus padres habían desaparecido.

Organizamos expediciones armadas en su búsqueda, recorrimos palmo a palmo los bosques y los barrancales vecinos, las cuevas y las parameras gigantes. Nada. La familia del mutante se había esfumado y todos nos quedamos un poco entristecidos, porque un sacrificio humano siempre nos producía un cierto placer indefinible.

Con el tiempo, sin embargo, nos olvidamos de los Sánchez.

No faltaban niños mutantes a quienes sacrificar y, cuando carecíamos de ellos, nos conformábamos con una ternera de dos cabezas o con un cordero de seis patas. No era lo mismo, ya lo sé, pero... En fin, que nuestra vida era realmente bella y que los Vigilantes nos toleraban con relativa displicencia.

Un día —cuando habían ya pasado más de quince inviernos desde la desaparición de la familia con su mutante de gruesa cabeza surcada de venitas— uno de nuestros muchachos más jóvenes regresó del bosque dándole vueltas a un objeto desconocido. Le preguntamos qué era aquello y nos respondió que se llamaba «rueda» y que, unidas dos de ellas con un palo por su parte central, serviría para transportar con cierta comodidad cargas muy pesadas. Probamos el juguete del muchacho y comprobamos que su manejo era útil y que las ventajas que reportaba significaban un considerable ahorro de esfuerzo. Lo adoptamos, naturalmente, y organizamos un sacrificio extraordinario de mutantes para celebrar nuestro progreso.

Cuando la pira se elevó sobre nuestras cabezas llamando al cielo con la alegría de las llamas, descendió majestuosamente una de las naves de los Vigilantes y unos cuantos de ellos, cubiertos con sus leves túnicas azules, ocuparon los sitios de honor para presenciar, como era su costumbre, el sacrificio. En aquel día de alegría, sus rostros ligeramente verdosos nos causaron menos respeto que de costumbre y hubo uno que pareció advertirlo. Miró en torno, buscando la causa real de nuestra alegría desbordada y no tardó en descubrir nuestro artefacto. Frunció el ceño y sus tenues antenas se contrajeron, llamando la atención de sus compañeros. Entonces, todos vieron la cosa.

El que actuaba como jefe preguntó y nosotros le dijimos, a nuestro modo, que habíamos hecho aquello con nuestro único esfuerzo. No parecieron muy conformes con nuestra explicación y se marcharon en su nave, sin esperar a ver el sacrificio del toro de seis cuernos que guardábamos para el final, como plato fuerte de la fiesta.

Lo de la rueda fue lo primero, pero siguieron otras cosas. Otro muchacho del pueblo vino una tarde navegando por el río a bordo de un tronco hueco. El tronco era fácil de horadar y, en pocas semanas, tuvimos una flotilla que nos permitía el viaje rápido y cómodo por las aguas de río, hasta las comunidades vecinas, a las cuales podíamos dar nuestros productos a cambio de otros de los que nosotros carecíamos.

Claro que esta vez, el muchacho no se escapó sin un interrogatorio completo por parte de los Ancianos. Y el chico terminó confesando que lo del tronco hueco se lo había enseñado un extraño ser de gran cabeza monda vestido con pieles, que había encontrado en el bosque.

En la memoria de algunos de nosotros surgió el recuerdo casi olvidado del desaparecido Prometeo Sánchez. Hubo una reunión extraordinaria del Consejo de Ancianos y en ella se enfrentaron las tendencias caducas de los más viejos, que proclamaban ante todo la necesidad de acabar con todos los mutantes, frente a las más moderadas y oportunistas de los más jóvenes, que pensaban ante todo en la conveniencia de explotar los conocimientos —o la sabiduría, depende de cómo se tome— del desconocido habitante de los bosques vecinos.

La opinión que anteponía nuestra conveniencia a los ritos ancestrales predominó y se organizó una expedición pacífica a los bosques, para atraernos al mutante. Le perseguimos inútilmente durante unos cuantos días pero, al fin, logramos establecer contacto con él y atraerlo a nuestra aldea, después de haberle prometido que nada malo habría de sucederle y que le protegeríamos incluso de los poderes de los Vigilantes. Sabíamos, por supuesto, que con aquella actitud nos poníamos tácitamente en contra de nuestros dioses reconocidos y encarnados, pero no nos importaba, porque esos dioses no hacían nada por nosotros, mientras que el mutante nos había proporcionado ya dos modos distintos de salir de nuestra ignorancia y avanzar en el camino de un progreso que habíamos olvidado. Hubo protestas, naturalmente, pero predominó por fin el que todos consideramos el mejor sentido.

Pasó poco tiempo, poquísimo, antes de que Prometeo Sánchez comenzase a dar sus frutos para nuestra comunidad. Nos enseñó a dibujar signos con los cuales entendernos a distancia y nos bautizó aquel método con el nombre de «escritura». Nos enseñó a medir nuestras cosechas y a calibrar los valores absolutos y relativos de las cosas y llamó a aquello «cálculo». Nos enseñó a fabricar armas más potentes, con las cuales la caza resultaba un deporte delicioso. Y aprendimos con él el modo de mejorar nuestras plantaciones y hacerlas más abundantes con menor esfuerzo, por un sistema de irrigación a partir del agua del río vecino. Fabricó para nosotros un extraño artefacto que producía fuerza a partir del vapor de agua calentada por un fuego constante y nos enseñó los lugares donde yacían los minerales preciosos y nos enseñó también el modo de destilar los metales del magma por medio de un fuego concentrado.

De vez en vez, para disimular ante los Vigilantes, organizábamos grandes sacrificios de animales mutantes —ya nunca de personas, porque Prometeo nos lo

había prohibido— pero no pudimos evitar que nuestros dioses, en sus visitas, se dieran cuenta poco a poco del rápido progreso que estábamos adquiriendo. Les vimos sucesivamente pensativos y hoscos, como si nuestra felicidad no les dejase enteramente satisfechos o como si los sacrificios que les ofrecíamos no fueran suficientes. A menudo veíamos sus naves brillantes vigilarnos desde escasa altura y, entonces, teníamos que procurar que Prometeo se escondiera para no ser descubierto. Esta prudencia fastidiaba a nuestro mutante, que protestaba cada vez que le metíamos casi a la fuerza en una de las cabañas, cuando oíamos el silbido característico que denunciaba la proximidad de una nave de los vigilantes.

Sin embargo, nuestras precauciones fueron finalmente inútiles. El día en que fuimos poseedores de máquinas de vapor y de corriente eléctrica a partir de la presa que construimos sobre el río, el día en que supimos por fin aprovechar las minas de cobre y de hierro que había en nuestros confines, el día en que ya los niños sabían leer y escribir y en que los números no fueron más un secreto para nosotros, vimos cubrirse el cielo con numerosas naves de los Vigilantes y les vimos descender en las proximidades de la aldea y bajar de ellas en actitud torva que presagiaba desgracias sobre nosotros. Quisimos improvisar un sacrificio para aplacarlos, pero se negaron rotundamente a nuestros agasajos. Aquella vez venían con un fin muy definido y lo expusieron sin tapujos ante el consejo de Ancianos reunido apresuradamente: querían saber *quién* nos había enseñado en tan corto espacio de tiempo todas las cosas que habíamos aprendido.

Se les dijo que todo aquello lo habíamos aprendido con nuestro esfuerzo, pero no nos creyeron. Una cosa así, decían, tendríamos que haberla encontrado al cabo de miles de años y, sin embargo, las habíamos encontrado en un lapso de tiempo espantosamente corto. Querían saber de dónde habíamos aprendido todo aquello y estaban dispuestos a recurrir a cualquier método para averiguarlo. Pero nosotros nos mantuvimos firmes en nuestras posiciones, diciéndoles, para serles agradables, que habíamos alcanzado aquel progreso en honor a ellos y gracias a su intercesión, propagadora de favores entre todos los pobres seres humanos. Nada sirvió. Los dioses jefes ordenaron a sus pequeños dioses subordinados una batida por la aldea y, si era necesario, por los bosques vecinos.

No necesitaron llegar hasta los bosques. Sin que pudiéramos hacer nada por impedirlo, pasó poco tiempo antes de que dos de aquellos dioses verdes de frágiles antenas y túnicas celestes trajeran ante sus grandes jefes a Prometeo, al que encontraron en la cabaña en la que le habíamos escondido. Prometeo Sánchez irguió su enorme cabeza calva, negándose a postrarse como todos hacíamos ante los Vigilantes, y el que parecía el jefe de todos ellos le miró largo rato en silencio. Hubo entre ambos como una trasmisión de ideas, o de imágenes, no sé. Pero todos nos dimos cuenta de que se hablaban en silencio, como si entre ambos no hubiese necesidad de palabras para entenderse. Luego, Prometeo Sánchez bajó su cabeza mutante y las venillas violáceas que la surcaban empaldecieron. Entonces y sólo

entonces el gran dios Vigilante habló al pueblo.

En sus palabras hubo un largo y abierto reproche a nuestra actitud, por haber permitido que un ser Abominado, un mutante, nos llevase por el camino abyecto del Progreso Maldito hacia la Gran Ofensa que significaba nuestro pequeño avance. Dijo también que una Gran Ofensa tenía que pagarse con un Gran Castigo y que este castigo consistiría en la destrucción de nuestros canales y de nuestras minas, de nuestras máquinas y de nuestros vehículos.

En cuanto a Prometeo, los Vigilantes guardaban para él un castigo más cruel que el que habría supuesto su inmediato sacrificio por su condición de mutante. Un castigo que significaría al mismo tiempo el suplicio del mutante y el recuerdo imperecedero, para nosotros, del poder tremendo de nuestros amos.

Le encadenaron con fuertes hilos plásticos a la cercana montaña del Tártaro y trajeron desde sus lejanos mundos un monstruo alado de dos cabezas llamado Finx. El monstruo se alimentaba durante el día con las entrañas abiertas de Prometeo y, llegada la noche, los Vigilantes descendían de sus naves y regeneraban por medio de desconocidas drogas los tejidos devorados, para que pudieran ser de nuevo consumidos por su monstruo cuando llegase la mañana.

De vez en vez, la sombra siniestra del Pinx se cierne sobre nuestra aldea, en su camino hacia el Tártaro para seguir devorando eternamente a Prometeo, a nuestro mutante. Es como una latente amenaza que los Vigilantes han puesto sobre nuestras cabezas, para que recordemos su omnímodo poder. Pero nosotros hemos abierto nuevamente las minas, en secreto, y hemos reconstruido la máquina de vapor y los canales de riego que abrió para nosotros Prometeo Sánchez. Han nacido nuevos mutantes y no los hemos sacrificado. Algunos de ellos, por supuesto, han comenzado ya a darnos sus frutos. Hay uno que se llama Alberto y que se ha dejado crecer una larga cabellera y asegura —y nosotros lo creemos, naturalmente— que con la fórmula de cálculo que ha descubierto y que dice que

$$E = m c^2$$

llegaremos muy lejos, tan lejos que lograremos seguramente ahuyentar a los Vigilantes de nuestro mundo.

Todos soñamos con liberar un día de sus cadenas a nuestro primer mutante vivo.

2. HERR PROFESSOR FAUST

—No, no, ¡no! y ¡NO!... Han sido sesenta años de trabajo constante, casi noventa de vida, he visto avanzar nuestra ciencia desde la Nada, fui uno de los de Peenemünde, asistí a las explosiones de Álamó Gordo y contribuí a construir la primera central atómica del mundo. He visto con estos ojos el nacimiento de la aviación y ahora puedo ver, surcando los cielos, a esos pájaros de acero que cortan la estratosfera a 3 Mach. He asistido al descubrimiento de los láser, al lanzamiento de los primeros satélites tripulados; he tenido en mis manos las fotografías transmitidas por el Lunik 9 y por el Mariner IV, conozco en qué punto maravilloso se encuentran los avances de la biología genética. El Hombre está a punto de vencer el cáncer y de lograr la Vida Artificial; nuestros astrónomos intentan comunicarse por todos los medios posibles con inteligencias extraterrestres, El Mundo entero está entrando con paso firme en una era revolucionaria que nos llevará a la cumbre de grandes cosas. Yo mismo estoy a punto de obtener el aislamiento de la Antimateria... ¿Y AHORA TENGO QUE RESIGNARME A DESAPARECER DE LA CIRCULACIÓN, AHORA PRECISAMENTE?

Herr Professor se revolvió furioso en la cama de la clínica. Las paredes blancas y las persianas suavemente cerradas daban a la habitación un aire casi irreal, como si la hubieran envuelto en un nimbo de algodón hidrófilo. A su lado, la botella de oxígeno iba dándole, artificialmente, la vida que aún podía respirar.

Lo sabía. Se lo habían dicho francamente diez minutos antes: no había nada que hacer. La arterioesclerosis había aparecido tardíamente, pero noventa años son mucho tiempo de vida y hay que saber perder cuando es necesario. ¡Eso querían algunos! Los oía, paseando arriba y abajo por el corredor contiguo, esperando el instante en que estirase la pata para revisar sus papeles y adjudicarse el triunfo que él y sólo él estaba a punto de obtener y que la maldita arterioesclerosis iba a...

—¡Que no! —gritó.

Entró una enfermera aséptica, como un fantasma sonriente. Le arropó con palabras que ella creería dulces y le dejó a los dos minutos con una recomendación:

—... y no se mueva, profesor, no es bueno excitarse... Manténgase quietecito, ¿eh?... Y, si me necesita, no es necesario que grite. Yo entraré apenas oiga el timbre.

Herr Professor se mantuvo un instante inmóvil. Sentía que su cerebro funcionaba bien, demasiado bien para el cochino endurecimiento de sus arterias. Igual que había hecho otras veces, con la misma seguridad de no encontrar respuesta —porque nadie más en la Tierra poseía su virtud y, por lo tanto, le había sido inútil ejercitarla— proyectó su mente con fuerza increíble en una llamada angustiada. ¿Sería posible que nadie en el mundo pudiera responder, dondequiera que fuese, a su llamada mental? Ya sabía que era inútil, pero estaba a un paso de la muerte y su último aliento le impulsaba inconteniblemente a ejercitar —aunque fuese por última vez— ese poder

oculto que de nada le había servido a lo largo de sus noventa años de vida.

Llamó, llamó y su llamada se extendió en silenciosas y potentísimas ondas mentales sobre la superficie del planeta a miles de veces la velocidad de la luz. Un S.O.S. mental que él mismo nunca se creyó capaz de proyectar, porque nunca hasta ese mismo momento había visto tan de cerca su propia muerte y tan vecinas las aves agoreras que iban a aprovecharse de ella.

Súbitamente, fue como si el suave nimbo de algodón que le envolvía se rompiera por un lugar junto a su lecho. Y, poco a poco, una extraña figura tomó forma en aquel agujero de materia anulada. Un ser de apenas un metro veinte de estatura, con el rostro humanoide cubierto de pelusa verdosa y una especie de protuberancia córnea saliéndole del centro de la despejada frente fue apareciendo junto al lecho. Iba el extraño ser vestido con una especie de túnica ligera de metal plateado, que le caía en pliegues sobre las piernas desnudas que terminaban en unos pies calzados con extraños zapatos en forma de pezuña de cabra. Herr Professor tuvo un estremecimiento ancestral:

—¡Mefistófeles!...

—¿Qué está diciendo? —preguntó el recién llegado, arrugando la nariz.

—¿No es usted Mefistófeles?

—¿Y quién es ése?

El profesor movió la cabeza unas cuantas veces.

—Perdone... No es... nadie. ¿Pero usted, quién es?

—Oiga, amigo, ésa es buena... Se dedica usted a lanzar llamadas mentales de socorro a diestro y siniestro por toda la Galaxia, uno viene aquí a echarle a usted una mano y, y ahora... Está bien, ¿qué quiere?

—Saber quién es usted.

—¡Es usted un pesado!... Está bien, ahí va... y no me pregunte más, que no hay demasiado tiempo. Procedo del cuarto planeta de la estrella que los astrónomos de la Tierra llaman Ross 154, ¿sabe usted cuál es?

Herr Professor asintió anonadado y repitió como una lección recién aprendida:

—Una estrella M5 situada a 9,9 años luz, de magnitud 13,2 y luminosidad 0,0004. Movimiento angular, 0,69.

—Muy brillante su memoria, Herr Professor. Y ahora, ¿para qué me ha llamado?

—Bueno, yo... —vaciló el profesor, con poco aliento—, yo no le llamaba a *usted*, precisamente...

—¡Ya lo sé! Usted no tenía idea de mi existencia, pero sus ondas mentales han llegado hasta mi planeta y desde allí me han enviado a mí en su ayuda.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?... ¿En un platillo?

—¡Profesor, está usted un poco atrasado en cuestiones técnicas! Para nosotros, la nave espacial está ya periclitada. Nos trasladamos de un lado a otro por teleportación desde hace muchos siglos... ¿No se llama teleportación entre ustedes?

—Sí... —murmuró el profesor— lo *llamarnos* así, aunque no tenemos ni la

menor idea de en qué consiste.

—Ni le importa tampoco, al menos por ahora. Lo que importa es que usted ha pedido ayuda y que yo he venido a prestársela. ¿Qué es lo que quiere?

Herr Professor calibró rápidamente en su cerebro la cuestión. Allí estaba, ante el suceso más extraño con que nunca habría podido tropezar y con la absoluta necesidad de elegir sin perder un segundo.

—No quiero morirme todavía.

—Me parece muy lógico.

—Pero es que los médicos me han dado menos de un día de vida.

—¿Ah, sí?... ¿Y qué tiene usted?

—Noventa años y arteriosclerosis. Tengo el sistema circulatorio hecho un pedrusco y hay una colección de coágulos dispuestos a obturarme el corazón de un momento a otro.

—¡Vaya! —el extraño ser apartó de un manotazo la frazada que cubría el cuerpo flaco y enorme de Herr Professor. Las manos eran como pezuñas y terminaban en unas uñas larguísimas y maravillosamente ciudades. El ser comenzó a pasar y repasar su mirada sobre el cuerpo arrugado del anciano, que sintió como si aquellos ojos le penetrasen y le recorriesen mucho más allá de la piel, hasta lo más profundo de sus vísceras. Luego, el ser se apartó y volvió a cubrirle con la frazada—. ¡Vaya! — repitió.

—¿Vaya, qué?

—Que los médicos tienen razón.

El profesor iba a preguntar cómo lo había averiguado, pero se contuvo. Un ser que era capaz —¿lo era, realmente?— de cruzar diez años luz por la fuerza de su propia voluntad, podía muy bien ver a través de los tejidos la enfermedad que estaba a punto de conducirle a la tumba.

—¿Y?...

—Que puedo curarle.

—¿Cómo?

—Perdone, Herr Professor, ¿le importa curarse o cómo curarse?

—Quiero vivir.

—De acuerdo. Yo puedo hacer que viva.

—¿Cuánto?

El ser se encogió de hombros, o hizo al menos el gesto más parecido a aquella actitud humana. La cuestión no parecía importarle demasiado.

—Bah... Depende... Veinte, treinta años más...

—¿Tanto?

—¿Por qué no?... No hay más que reparar los desperfectos.

—¿Y usted puede?

El ser señaló a sus espaldas con la especie de dedo pulgar que tenía al extremo de su mano:

—De allá me han encargado que viniera a echarle a usted una mano. Yo cumplo órdenes.

Herr Professor se sintió más aliviado.

—Está bien, amigo. Quienquiera que usted sea. ¡Adelante!

Se incorporó en la cama, como si estuviera dispuesto a que le hiciera aquel tipo lo que quisiera, pero el hombrecillo —si es que se le podía calificar efectivamente de hombrecillo— se rascó dubitativo la punta de su apéndice córneo.

—Está bien, pero antes...

—Antes, ¿qué?

—Como usted podrá comprender, mi gente no me ha enviado así, sin más ni más, a salvar una vida en un planeta semisalvaje.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues... muy sencillo, que quieren algo de usted, a cambio de que ahora le ayudemos.

—¿Y qué quieren de mí?

—Su cerebro. Nunca hasta ahora hemos tenido ocasión de sentir ondas mentales tan potentes de ningún ser de la Galaxia, sobre todo por el sector de este sistema.

Herr Professor tuvo un estremecimiento:

—Pero, ¿cómo les voy a dar a ustedes mi cerebro?... ¿Cómo voy a vivir, entonces?

—No se trata de que nos lo entregue usted ahora, naturalmente. Sólo queremos que usted nos firme un contrato, mediante el cual yo o uno de los míos volveremos dentro de treinta años a recoger su cerebro, cuando usted haya muerto definitivamente. A cambio de eso, yo le pongo en condiciones de vivir como un hombre durante ese tiempo. ¿Eh, qué le parece?

Treinta años. Más que suficientes para que todo estuviera a punto y para dar en las narices a aquellos cretinos que querían aprovecharse de su cercana muerte. Treinta años... ¡Ciento veinte años de vida! Mucho más de lo que nunca se hubiera atrevido a pedir, incluso en sus remotos tiempos de creyente. ¿Qué importaba si luego unos extraterrestres le arrebataban el cerebro para hacerlo virutas?

—¡Bien! ¿A qué está esperando?... ¡Venga ese papel, o lo que sea, para que lo firme!...

La enfermera acudió presurosa a la llamada del timbre. Una docena de cabezas asomaron tímidamente por la puerta y aún acertaron a oír la voz potente de Herr Professor, antes de que la puerta se cerrase de nuevo:

—¡Señorita, tengo hambre!... ¡¡Mucha hambre!!

La enfermera abrió sus bonitos ojos como platos.

—Pero, profesor... ¡Si usted!...

—¿Yo qué? ¿Es que no tengo derecho a comer?

—Claro que sí, profesor —tartamudeó la enfermera, riendo para sus adentros ante

la renovada energía que había aparecido en la voz y en los ojos del moribundo—. ¿Qué quiere usted que le traigan?

—Un buen bistec... ¡Muy crudo!

—Sí, profesor... ¿Y algo más?

—Medio litro de leche fría... ¡Y pronto!

La enfermera asintió y dio media vuelta para salir. El profesor se quedó mirando las caderas bien torneadas de la chica y, antes de que abriera la puerta, la llamó de nuevo:

—¡Señorita!...

La chica se volvió.

—Dígame, profesor...

—Si no es indiscreción... ¿Cómo se llama usted?

—Margarita, profesor...

Herr Professor se quedó mirándola un instante boquiabierto:

—¡Margarita!... —murmuró para sí.

—Eso mismo, profesor... ¿Quiere usted algo más?

—No... Gracias, ahora no... Tal vez más adelante...

3. BLANCA NIEVES Y LOS 7 MARCIANOS

*A Walt Disney, que casi lo consiguió
y fue propuesto por ello para el
Premio Nobel de la Paz.*

(Versión de un cuento popular infantil, aparecida en 1990 en edición especial para las sicoescuelas primarias de formación imperialista acelerada).

Érase una vez...

... hace muchos años, en la época en que los hombres aún calculaban con la sola ayuda de sus mentes. Existía por entonces una pequeña República de más allá del Telón de Acero, gobernada por un Secretario General del Partido que, en su primer apareamiento, tuvo una hija a la cual puso de nombre Blanca Nieves en honor a la blancura de las estepas siberianas donde desterraba a sus enemigos políticos. El Secretario cayó en sospecha de desviacionismo político por parte de los sicarios del comité central y, habiendo quedado viudo de su primera compañera, se le envió como cebo a una probada stajanovista con poderes secretos para que, convirtiéndose en su nueva concubina, controlase y depurase si llegaba a ser necesario al pretendido desviacionista.

Muy pronto, las pruebas acumuladas por la nueva gobernadora fueron tan abrumadoras que el pobre Secretario General fue tajantemente depurado y enviado a trabajos forzados mucho más allá de las fronteras de su pequeño país satélite, quedando la mujer como única dueña de las vidas y haciendas de los miserables mujiks, a los cuales comenzó a gobernar de forma despótica y altanera.

La secretaria era, sin embargo, muy cuidadosa de su pureza ideológica y, para garantizarla y gozarse de ella ante sus propios ojos, introducía a menudo su carta perforada de identificación en el computador gubernamental sólo por el placer de obtener siempre la respuesta de que ella era la más pura seguidora de las directrices del Partido en toda la menuda república.

Al mismo tiempo, para evitar que la pequeña Blanca Nieves sufriera con los años el desviacionismo que había conducido a su padre al destierro, la dedicó en el palacio presidencial a los más humildes menesteres, despertando en ella, con la pubertad, una morbosa afición por el trabajo manual que llegó a caracterizarla.

La joven Blanca Nieves, no habiendo conocido en la mejor época de su vida más que el humilde trabajo de la fregona, se afanaba en él con su mejor voluntad. Y tan bien llegó a hacerlo y tan fuerte fue su afición, que un buen día el computador, preguntado por la soberbia Secretaria sobre quién cumplía en el pequeño estado con más fruición las directrices del Partido, contestó:

—Secretaria WS-359.875 J-3 pasa a segundo lugar. Primera clasificada por labor

stajanovista, Blanca Nieves, K-65.874 F-I.

La Gobernadora montó en cólera ante la inesperada respuesta del computador. Nada podía hacerla resignarse a que ella no fuera la primera, la más fiel guardiana de los intereses del Partido en la pequeña República. Así, pues, mordida por la más sucia envidia, hizo llamar por los teléfonos interiores al comisario jefe de la sección local de la N.K.V.D. y, cuando se presentó ante ella, le dijo:

—Kaprovitich, tengo que confiarte una misión muy delicada.

—Tú me mandas siempre, camarada Secretaria —contestó el malcarado, levantando el puño.

—He descubierto que la Joven Blanca Nieves está sufriendo los mismos desviacionismos políticos de su padre y no quiero de ningún modo que la noticia llegue a expandirse por el país, o que llegue a oídos del Comité Central.

—Tienes toda la razón, camarada...

—¡Espera!... No quiero que estas nuevas lleguen a conocerse, porque podrían pensar que, lejos de tratarse de una tara familiar, se debían a un descuido mío en la educación proletaria de la muchacha.

—¿Y qué es lo que yo puedo hacer, camarada?...

—Muy sencillo, que te la llesves al bosque y te deshagas personalmente de ella por el método que tú ya conoces.

—Comprendo, Camarada Secretaria —el sicario dobló varias veces el índice de la mano derecha con gesto nervioso—. El tiro en la nuca, ¿no es cierto?...

—Exactamente. Pero no levantes sus sospechas. Dile... Tú ya sabes qué debes decirle.

—¡Oh, no es problema, camarada, lo hemos hecho a menudo!... Les decimos a nuestras víctimas que vamos a darles «un paseo» por el bosque... Vienen confiadas y... no gritan cuando llega el momento, porque no llegan siquiera a darse cuenta. Ya sabes, camarada, a veces lo sentimos, porque por nuestro sádico instinto nos gustaría verlas gritar y retorcerse, pero es el mejor modo de no levantar escándalo...

—Perfecto. Entonces... ¡cumple con tu deber!

Blanca Nieves, la inocente criatura, ignoraba aún lo que todos los atemorizados habitantes de la pequeña república conocían de sobra. Y así, cuando el terrible comisario vino a su humilde dacha para invitarla a dar un paseo por el bosque, no tuvo sospecha del fin que se le había destinado. Incluso se alegró pensando en un merecido descanso a su trabajo.

El automóvil del comisario les dejó en la entrada de la selva y, desde allí, Blanca Nieves y el malcarado agente del totalitarismo se adentraron en las espesuras.

—¡Qué sucio está todo esto! —exclamó Blanca Nieves—. ¡Cómo me gustaría ponerme a limpiarlo todo!...

El comisario torció el gesto. Aquellas palabras de la joven no parecían corresponder al retrato desviacionista que la cruel Secretaria había hecho de ella.

—¿Te gustaría *realmente* limpiar aquí?...

—¡Ciro que sí! Limpiar y trabajar es lo más hermoso del mundo...

El comisario se quedó pensativo, mientras contemplaba cómo Blanca Nieves se afanaba recogiendo hojas secas del suelo del bosque. Él era un sádico, un cruel asesino del totalitarismo, pero sabía los límites de su cometido y sabía igualmente discernir entre un cochino desviacionista y una inocente muchacha con afanes de superar su índice de productividad. Súbitamente se le hizo patente la envidia que la Secretaria sentía hacia Blanca Nieves y, al mismo tiempo, supo que su deber no le permitía llevar a cabo la ejecución a la que se había comprometido con toda su fe.

—Blanca Nieves —murmuró—, pequeña camarada...

—¿Qué quieres? —preguntó la niña.

—Huye, pequeña, huye hasta pasar la frontera y pide asilo político en el primer país capitalista que encuentres... La Secretaria ha ordenado tu inmediata ejecución, pero yo... yo, como honrado socialista, no puedo llevarla a cabo, porque sé que es una injusticia. ¡Huye, camarada, huye!

Blanca Nieves, aterrada por el fin que estuvo a punto de sufrir, apenas se despidió de su verdugo se internó en el bosque, esperando alcanzar pronto la próxima frontera para escoger la libertad. Pero la noche cercana confundió su pobre instinto y pronto se halló perdida en la intrincada selva, sin vislumbrar ninguna luz que pudiera encaminarla hacia su destino. Como tampoco llevaba el radar de bolsillo que nuestro gobierno facilita a todos los fugitivos del terror, no logró orientarse para alcanzar la frontera.

Así, perdida por el bosque, anduvo durante largas horas, hasta que la luz de la luna alumbrando un claro le indicó un lugar donde la espesura era menos densa. Al llegar a aquel sitio, encontró un pequeño galpón minero. Blanca Nieves se acercó despacio, procurando que sus pasos no hicieran crujir las hojas secas del bosque. Pero pronto pudo comprobar que el galpón estaba vacío y su puerta principal abierta. Penetró en él temerosa y, ¡oh, sorpresa!...

El polvo y la suciedad parecían reinar en aquel ambiente. Vio platos sucios, cubiertos llenos de orín, vasos polvorientos y telarañas en todos los rincones. Ropas tan chicas que parecían de niño se amontonaban en un armario y unos diminutos martillos neumáticos, llenos de grasa, se apilaban en el estanque que debía servir de almacén.

Blanca Nieves no paró mientes en el pequeño tamaño de todos los objetos que vio. Sintió únicamente la necesidad de limpiarlo todo, porque su sentido stajanovista le indicaba que ella había sido creada para trabajar. En un santiamén, los platos y los vasos estuvieron a remojo para que se despegase la suciedad, la ropa estuvo tendida en cuerdas improvisadas —porque en aquellos galpones no había ni lavadoras automáticas ni secadoras— y todo el polvo había desaparecido con la ayuda de una improvisada escoba de ramas, a falta de aspirador.

Después de tan duro trabajo, Blanca Nieves sintió cansancio, mucho cansancio. Consultó la hora, vio que había ya transcurrido su jornada laboral y se tendió a

dormir sobre tres de las diminutas camitas que encontró en el piso alto del galpón.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando regresaron al galpón sus ocupantes. Eran siete seres menudos, de rostro verde y antenas en la frente. Observaron el notabilísimo cambio que había experimentado toda su morada y se sintieron a la vez extrañados y satisfechos. El suave respirar de la muchacha la descubrió y los siete seres menudos lanzaron a coro una exclamación telepática que accionó los tímpanos de Blanca Nieves, despertándola.

La niña abrió los ojos y se encontró ante los siete extraños homúnculos. Pero su aspecto era tan gracioso, que Blanca Nieves no sintió miedo de ellos. Antes al contrario, sonrió con dulzura, tal como había aprendido a hacer para hacerse querer de cuantos la rodeaban.

—¿Quién eres? —preguntó el homúnculo que parecía ser el jefe de todos ellos, con un ligero acento extranjero.

—Soy Blanca Nieves, miembro K-65.874 F-I del partido.

—¡La hija del Secretario General! —exclamaron los homúnculos.

—Efectivamente, yo misma soy. ¿Conocíais a mi padre?

—Mucho, hermosa niña. Gracias a él estamos ahora aquí.

Blanca Nieves contó su triste historia a los homúnculos y terminó diciendo:

—... y la maldad y el poco espíritu de partido de mi madrastra me han obligado a huir, para pedir asilo político en algún país capitalista vecino.

Los siete homúnculos cambiaron señales telepáticas con sus antenas durante un momento. Luego, el que parecía el jefe se dirigió a la niña nuevamente con palabras.

—Nosotros somos habitantes del planeta Marte y tu padre hizo un trato secreto con nosotros, concediéndonos la explotación de las minas de uranio de esta zona a cambio de un diezmo que iba a engrosar sus arcas particulares. Cuando fue depurado, como el trato era secreto, nadie tuvo noticia de nuestra presencia en esta zona y hemos podido continuar nuestro trabajo sin ser molestados. Pero estamos en deuda con tu padre y queremos pagarla protegiéndote. ¿Podemos acompañarte hasta la frontera?

Blanca Nieves miró en torno suyo.

—Preferiría, ya que nuestra estancia aquí permanece secreta, quedarme con vosotros. De este modo no tendría por qué abandonar mi patria.

Una nueva consulta telepática llevó a los siete marcianos a la siguiente propuesta:

—Está bien, podrás quedarte en nuestra compañía, pero a cambio de eso, tendrás que cuidar de nuestra casa y de nuestras cosas.

—¡Sí! —exclamó feliz Blanca Nieves—. ¡Trabajaré para vosotros veintidós horas diarias y, de ese modo, no perderé mi prima de productividad!...

Los marcianos, naturalmente, no creían en aquellas zarandajas del stajanovismo, pero no dijeron nada a Blanca Nieves, porque de ese modo el trabajo de la muchacha les beneficiaría considerablemente. De modo que aceptaron la propuesta.

Y, durante semanas enteras, el galpón minero de los marcianos relució como un

ascua a la luz del sol que penetraba entre los árboles del bosque. Blanca Nieves fue feliz junto a los marcianos y éstos comprobaron el alto nivel de productividad de la terrestre que habían tomado bajo su protección.

Pero un grave peligro acechaba. La cruel Secretaria hizo analizar las muestras de sangre que el comisario le había traído como pretendida prueba de su asesinato y comprobó que aquella sangre no correspondía al grupo de la ficha de Blanca Nieves. Más aún, ni siquiera se trataba de sangre humana, sino de sangre de un perro que el comisario asesinó fríamente a tiros a su regreso. La Secretaria sometió al comisario a un tercer grado y el comisario terminó confesando su deslealtad al partido, siendo inmediatamente purgado.

Pero la Secretaria comprendió que su venganza no podía ser confiada a nadie más y que tenía que llevarla a cabo por sí misma. Se disfrazó con uno de los atuendos especiales del Servicio Secreto y, cargada con un cesto de manzanas —una de las cuales estaba envenenada con fuerte dosis de cianuro— emprendió secretamente el camino del bosque, con la esperanza de hallar en algún lugar recóndito a la joven fugitiva.

Aquella mañana, Blanca Nieves batía auténticos récords de productividad: había lavado con sus propias manos la colada de la semana y había hecho la limpieza general del galpón. Descansaba un momento junto al pozo de agua cristalina, cuando vio salir del bosque a una mujer desconocida que llevaba al brazo una gran cesta con hermosas manzanas. La mujer —en la que la inocente niña no supo reconocer a la bien disfrazada Secretaria— se aproximó a Blanca Nieves y le habló en los siguientes términos:

—¡Oh, hermosa niña! Me he perdido y no sé hallar el camino. ¿No podrías tú indicarme la dirección que debo seguir?

—Con mucho gusto, camarada madrecita —dijo Blanca Nieves, añadiendo inmediatamente—: Claro que todo depende a dónde quieras ir. Por este lado se va a la frontera, si es que quieres escoger la lib... Perdón, el yugo del terror capitalista. Por ese otro camino llegarás a la ciudad.

—Gracias, hijita. Voy a darte un premio por tu bondad.

—No tienes que darme ningún premio, camarada madrecita. Soy feliz pudiendo ayudarte con espíritu de partido.

—De todos modos, permíteme que te regale esta hermosa manzana. Cómela y podrás comprobar la calidad de los frutos de nuestro kolkhoz.

Blanca Nieves tomó la grande y roja manzana de la mano de la cruel Secretaria, sin sospechar la traición. Dio un potente bocado y, de pronto, sus ojos se volvieron en las órbitas y perdió las fuerzas, cayendo al suelo sin vida. La Secretaria contempló su obra y huyó.

Grande, muy grande fue la consternación de los siete marcianos al regresar por la noche y comprobar la muerte de su fiel protegida. El afecto que le habían tomado les hizo construir un féretro de cristal y los siete homúnculos velaron todo el resto de la

noche y la mañana siguiente el cadáver de Blanca Nieves.

Pero hete aquí que, llegado el día, acertó a pasar por aquel lugar el agente 005, procedente del Mundo Libre, que entraba en el país en misión especial. Al ver la escena, se aproximó y oyó de labios de los marcianos la desgracia que les había sucedido.

El agente 005 se acercó a la muchacha y comprobó que el veneno no había hecho aún su efecto total. Sacó de su maletín el antídoto conveniente y lo inyectó en la vena de Blanca Nieves, al tiempo que le practicaba diligente la respiración artificial boca a boca.

Al poco tiempo, Blanca Nieves comenzó a volver en sí. Miró en torno suyo y exclamó:

—¿Dónde estoy?

—Estás entre amigos —contestó 005— y voy a llevarte a un lugar donde serás libre...

Hizo subir a Blanca Nieves con él a su Aston Martin especial que se alejó con ella hacia la frontera, no sin antes haberse despedido cariñosamente de los siete marcianos, a los que prometieron toda clase de ayudas y privilegios cuando el territorio fuera liberado del yugo totalitario.

Ya en el otro lado de la frontera, Blanca Nieves fue sometida a un sano lavado de cerebro que le arrebató los últimos restos de aberración marxista y luego, en vista de sus formidables dotes para el trabajo, fue encargada a título vitalicio de la limpieza del apartamento del agente 005, su liberador. Blanca Nieves fue feliz toda su vida, sirviendo fielmente a quien le había abierto los ojos y salvado la vida. Y, cuando el agente 005 se casó —con una hermosa mujer de nuestra raza, naturalmente—, Blanca Nieves les fue fiel hasta que la muerte les separó.

Limpio, sano y justiciero

Juan G. Atienza

—... He dicho —concluyó el fiscal, haciendo una ligera reverencia hacia la máquina.

Se retiró a su asiento. Y el juez, revestido con la severa toga de los procesos por asesinato, hizo un gesto hacia los ingenieros electrónicos. Los ingenieros, que durante todos aquellos días se habían mantenido silenciosos, dedicados únicamente a controlar los diales y a alimentar las cintas magnéticas de los circuitos de memoria de la gran computadora, asintieron solemnes a la señal de Su Señoría y tomaron de sus manos las dos fichas perforadas que contenían las dos únicas preguntas que la máquina debía responder:

Primera: ¿El acusado era culpable o inocente del delito de asesinato?

Segunda: ¿Qué condena le correspondería si era culpable?

Tras haber preparado durante un minuto los mecanismos de la Justicia, los ingenieros introdujeron en la máquina la primera pregunta. Del ordenador comenzó a surgir un zumbido muy leve. Y aquel zumbido fue, durante veintisiete segundos y dos décimas, el único sonido que pudo apreciarse en la inmensa sala artesonada de la Audiencia Federal. Veintisiete segundos y dos décimas durante los cuales el fiscal se dedicó tranquilamente a cerrar los ojos, confiado. Veintisiete segundos y dos décimas durante los cuales el juez no apartó la mirada del ordenador, una mirada remotamente envidiosa ante el milagro electrónico que había restringido sus funciones a un papel meramente decorativo. Veintisiete segundos y dos décimas durante los cuales el abogado defensor mantuvo, sin demasiada fe, su mano húmeda sobre los dedos nerviosos del acusado, que tenía ahora su vida en manos de la absoluta e infalible exactitud matemática.

El público contenía el aliento, escuchando aquel zumbido constante que iba a resolver diez días de careos y preguntas, de pruebas y coartadas, de testimonios y acaloradas muestras de insegura inocencia. Los representantes de la prensa, con un pie fuera de su asiento, se disponían a correr hacia los teléfonos en cuanto el Jurado Electrónico hubiera emitido su inapelable veredicto.

Veintisiete segundos y dos décimas.

El ordenador cesó de zumbar. El silencio de la sala se hizo tenso. Las miradas de todos se volvieron hacia la gran página blanca del cuerpo impresor. Súbitamente, las teclas se movieron, rapidísimas y seguras, imprimiendo algo sobre la página. Los ingenieros retiraron el papel, lo sellaron y se lo entregaron al juez. Luego introdujeron la segunda carta perforada y la máquina imprimió rápidamente un

segundo resultado sobre otra hoja de papel. También ésta fue separada de la máquina, sellada y entregada a Su Señoría. El juez se levantó con toda la ficticia solemnidad de su cargo, colocó sobre su cráneo rapado un birrete negro y leyó lentamente, con voz opaca:

—Oídas las declaraciones del acta de acusación... la defensa y el descargo del acusado... las pruebas aportadas por la parte fiscal y por los testigos... Constatados todos los testimonios y verificados los tests psicodiagnósticos del acusado... Este tribunal declara al acusado... CULPABLE sin atenuantes del delito de asesinato.

Pasó despacio a la segunda página, entre el rumor creciente y admirado de un gran sector del público, y continuó con voz más fuerte:

—En consecuencia, condena al dicho acusado a la pena de... MUERTE, que le será aplicada en la forma acostumbrada, tan pronto como se cierre el concurso que queda abierto a partir de este mismo instante, para procurar sus más eficaces y pedagógicos medios de difusión. El proceso ha terminado.

Saludó con una ligera reverencia que más parecía el gesto de un vencido y miró por el rabillo del ojo a los dos agentes de bata blanca que se llevaban en volandas al acusado. Minutos después, al sentirse solo, se esforzó en pensar que su conciencia podía reposar tranquila. No había sido él quien envió a aquel hombre a la muerte, había sido la obra milagrosa de un proceso estrictamente matemático. Y, además... —el nuevo pensamiento le recorrió la espina dorsal con un hormigueo de gusto— se trataba del progreso y el progreso estaba por encima de todas las cosas.

El padre trabajaba en el piso cincuenta y tres. La madre, en el dieciocho. Todos los mediodías se encontraban en el restaurante económico del piso treinta y aprovechaban la media hora de asueto para cambiar impresiones sobre los problemas hogareños.

—Han prometido fiesta a los chicos ese día —dijo la madre.

—¿Pues no se trata de un acto pedagógico? ¡Que lo vean en la escuela! —se encogió de hombros, molesto, el padre.

—Les han dicho que es fundamentalmente un acto cívico, que tiene que ser contemplado en la intimidad del hogar.

—¡Excusas...!

—Eso creo yo también.

—¿Y les tendremos que soportar todo el día?

—Supongo...

—¡Vaya latazo...! Yo que me las prometía tan felices, tú y yo solos en casita, ante la televisión...

—No protestes. Es un día...

—Un día de fiesta, sí.

Guardaron silencio un momento, entre plato y plato. El padre suspiró.

—¿Cuándo será?

—No está fijada la fecha... Parece que hay mucha competencia.

—Claro. No se presenta todos los días una ocasión como ésa.

Los altavoces sonaron por todo el complejo industrial, llamando urgentemente al Secretario General Técnico al departamento de publicidad. El secretario se desplazó por las naves casi desiertas, aspirando profundamente el olor de los ácidos y las grasas que constituían la materia prima de la gran industria S.I.D.A. —Sociedad Intercontinental de Detergentes Alcalinos— y las células fotoeléctricas le franquearon las puertas de las oficinas de Publicidad, donde se hallaba reunida la plana mayor de los dirigentes de la empresa. En aquel momento, el presidente del Consejo de Administración terminaba tristemente su comunicado:

—... en vista de lo cual, si carecemos *realmente* de motivos para intervenir en el concurso, creo conveniente retirar nuestra propuesta, que no significaría más que un gasto suplementario e inútil.

—¿Motivos, por favor? —preguntó el Secretario General Técnico, sentándose en el único sillón que quedaba vacío.

—Eso dije: motivos... ¿Qué razones puede tener la S.I.D.A. para gastar millones en patrocinar un acto que ni siquiera puede darnos pie para una publicidad efectiva?

—Pero... —el secretario sonrió: siempre guardaba su triunfo para el último momento y sabía que esa espera era su mejor baza—. ¡Pero es que el motivo *existe*...!

—¿Cuál? —Y veinte rostros expectantes se volvieron hacia él. El secretario general técnico paseó su mirada lenta y triunfante por todos sus compañeros, demorando el desvelar su idea:

—La Limpieza con Mayúscula... ¿No basta?

Le gustaba comenzar así, de un modo más o menos críptico, que acrecentaba su fama de inteligente entre todos los miembros del Consejo. Luego, cuando se convenció de que nadie había captado la idea genial, se sentó y abrió ampliamente los brazos:

—¡Está más claro que el agua, amigos...! La limpieza del cuerpo... y la limpieza de la sociedad, ¿estamos...? La justicia limpia a la sociedad de sus elementos nocivos... Nosotros, la S.I.D.A., limpiamos a la Sociedad de sus miasmas con nuestros detergentes. ¿Les parece poco motivo publicitario? En mi humilde opinión —y recalcó la palabra humilde— esta sola idea vale todos los millones que queramos poner. Me atrevo a asegurar que nuestras ventas se verán incrementadas en un noventa por ciento a lo largo del año. Podríamos poner toda la carne en el asador y el resto de las campañas publicitarias quedarían eliminadas por inútiles... Hagan números y comprueben si merece la pena.

Se hicieron números y se comprobó que merecía la pena.

«Papá es un señor mui grande y mui fuerte, kasi tan grande y tan fuerte como el maestro y nos a prometido ke si somos buenos y acemos bien todos nuestros deveres

ke nos dejará mirar la tele lo de la egecución. Lió no se lo ke quiere decir esa palabra pero papá a dicho ke no me importa, ke soy demasiado chico para esplicarme, pero ke es un acto istrutivo i ke aprenderemos mucho biendolo. Me imagino ke será avurrido porke todo lo ke es para aprender algo es avurrido y porke en el colé el maestro nos a dicho ke tenemos ke escribir luego todo lo ke aliamos bisto y esplicar el porke de todas las cosas, a mi eso no me gusta prefiero ber una película antigua de divujos animados o los reportages del biaje a Marte pero tendré que tragarme lo de la egecución ke seguro ke será como akeyo de la conferencia sobre la relatibidá para niños ke no se entendía ni palota pero todos dezian ke era istructiva y ke ké bonito...».

¡SINTONICEN SUS APARATOS POR LA CADENA TRIDIMENSIONAL, AMABLES TELEVIDENTES...! ¡EL MARTES VEINTISIETE, A LAS SEIS EN PUNTO DE LA TARDE, SERÁ RETRANSMITIDO EN DIRECTO, POR INTERCESIÓN DE LA GRAN FIRMA COMERCIAL S.I.D.A. (RECUERDEN EL JABÓN EN POLVO ORIÓN, QUE DEJA LAS MANOS TAN SUAVES COMO LA SEDA DEL CAPULLO; Y NO OLVIDEN LOS POLVOS FRIEGAPLATOS MIAU, QUE DAN NUEVO BRILLO A SU VAJILLA; RECUERDEN LA LOCIÓN DETERGENTE ÚRSULA, LA QUE MIMA SU CABELLO), EL MAGNO ACTO DE JUSTICIA QUE TENDRÁ LUGAR EN LOS ESTABLECIMIENTOS PENITENCIARIOS FEDERALES. ¡UN ESPECTÁCULO NUNCA CONTEMPLADO...! ¡MÁS SANO; MÁS LIMPIO, MÁS JUSTICIERO...! EL EJEMPLO ALECCIONADOR QUE PUEDE PROPORCIONARLES NUESTRA CIVILIZACIÓN, GRACIAS A LA MARCA MÁS PRESTIGIOSA DE LA INDUSTRIA! ¡LA JUSTICIA DE LA ERA PLANETARIA! UN EJEMPLO PURO Y SANO PARA LA HUMANIDAD. LA LECCIÓN AUDIOVISUAL DE LA JUSTICIA PARA LOS GRANDES HOMBRES DEL MAÑANA... ¡Y NO LO OLVIDEN...! ¡NO LO OLVIDEN, SEÑORAS Y SEÑORES! PARA DEJAR SU COLADA AÚN MÁS BLANCA, LOS PRODUCTOS S.I.D.A. NO TIENEN RIVAL EN EL SISTEMA SOLAR, SEÑORA... ¡PRUÉBELOS SI NO LOS HA PROBADO...!

—Pedro...

—¿Qué?

—Los niños...

El padre dio una chupada profunda a su pipa y apartó la mirada de la pantalla con una mueca de hastío.

—Está bien, mujer, déjalos... Ya les avisaremos cuando sea hora.

—Pero es que va a empezar...

—Faltan dos minutos de publicidad...

—Dijeron a las seis en punto... Se lo prometiste a los chicos, no lo olvides...

—Está bien...

Se levantó desganado, bebió su último sorbo de café, ya frío, y caminó perezosamente por el pasillo oscuro. Bajo la última puerta se filtraba un rayo tenue de luz. La abrió. Los tres chicos —once, ocho y seis años— levantaron sus miradas ansiosas hacia el padre. Él les miró con ojos adustos, uno a uno, y señaló finalmente al hijo mayor:

—Tú...

—Sí, papá... Ya he hecho los deberes...

—¿El ácido sulfúrico?

—Ese O cuatro Hache dos...

El padre movió la cabeza en dirección al saloncito de la televisión.

El chico corrió como liberado, se esfumó.

—Tú —miró el padre al segundo.

—Sí, papá...

—Trece por trece.

El niño pensó un momento, con los labios contraídos, haciendo rápidos cálculos mentales. El padre repitió, sádico:

—Trece por trece...

—Ci... ciento sesenta... y nueve —el chico contestó en un susurro casi inaudible.

El padre repitió el gesto y el muchacho se esfumó. Quedaron solos el padre y el más pequeño frente a frente y el chiquillo tragó saliva ante aquella mirada ajena que iba a decidir su presencia o su ausencia ante aquella entelequia que él apenas comprendía:

—Sí, papá... —quiso imitar el tono de voz de sus hermanos.

—A ver: siete más nueve.

—¡Dieciséis! —gritó el pequeño y se esfumó sin esperar siquiera el gesto aprobatorio de su padre.

Cuando el padre regresó al saloncito, los chicos habían ya tomado asientos de primera fila ante el receptor tridimensional. El espectáculo había comenzado. Se veía la sala, grande y aséptica, pintada en un tono verde pálido; la mesa niquelada en el centro, inundada de luz blanca; los solemnes sillones de altos respaldos que, en ese instante, estaban siendo ocupados por los invitados de excepción, cubiertos con amplias túnicas con los colores distintivos de sus altos cargos gubernamentales. La comitiva que conducía al reo apareció en la puerta roja que resaltaba al fondo de la gran sala y se escuchaba la voz bien timbrada del locutor:

—¡Las seis en punto, señoras y señores...! ¡Las seis en punto medidas exactamente en un reló Omicron...! La comitiva de la Justicia hace su aparición en estos instantes. Es un momento emocionante, queridos televidentes. Un momento que, estamos seguros, ninguno de ustedes podrá olvidar fácilmente mientras viva; como ninguna ama de casa podrá olvidar el jabón en polvo Orión, que dejará sus manos tan suaves como la seda del capullo... En estos momentos, la...

—Papá...

—¿Qué?

—¿Dónde lo echan?

—En una especie de mesa de operaciones, ¿no lo ves?

—¿Para qué?

—Para empezar...

—Pero, ¿le matan ya?

—Primero le duermen...

—... BASTAN CINCO CENTÍMETROS CÚBICOS DE UNA SOLUCIÓN AL TRES POR CIENTO DE...

—¿Y ahora, papá?...

—Ahora lo someten a un... ¡ejem...! a un campo electromagnético que hará transparente el cuerpo.

—¿Para qué?

—Para que podáis verlo por dentro...

—Pero está muy lejos...

—Ya se acerca... Tú —el padre señaló al hijo mayor.

—¿Sí, papá? —el chico no apartaba su mirada ávida de la pantalla.

—¿Qué es eso que se mueve a la altura del pecho?

—Pues... el corazón será, ¿no...?

—¿Dónde están las aurículas?

—Ahí... Las dos de arriba...

—GRACIAS A UNA PERFECTA TRANSMISIÓN QUE PERMITE APRECIAR CADA DETALLE, DEBIDA A LOS CONSTANTES DESVELOS DE LA S.I.D.A. POR FAVORECER CON SERVICIOS IMPECABLES A SU NUMEROSA CLIENTELA, Y PARA OFRECERLE SIEMPRE... ¡LO MEJOR DE LO MEJOR...! NUNCA, SEÑORES, UN ACTO DE TAL TRASCENDENCIA CULTURAL PUDO SER...

—¿Y eso que se detiene?

—¿Dónde?

—Ahí...

—Los pulmones... Está dejando de respirar... Ese movimiento se llama estertor, ¿no?

—¿Por qué?

—Pedro, explícale a tu hermano por qué se paran los pulmones.

—Pues porque... porque el individuo deja de respirar y...

—¿Porque se está muriendo? —intervino el más chico.

—Tú, a callar.

—¿Pero le hacen daño?

—¡A callar, te digo!

—¡Niños...!

—... UN LENTO PROCESO DE NECROSIS EN EL IMPULSO VITAL, COMO FIRME COLOFÓN A LA IMPLACABLE MANO LIMPIADORA DE LA JUSTICIA, QUE...

—Papá...

—¿Qué te sucede?

—Que... ¡que se está muriendo...!

—Naturalmente.

—¡Pero es que yo no quiero...!

—¡Chitón!

El pequeño se encogió como un caracol y miró al vacío, precisamente cuando un corazón humano dejaba lentamente de latir al otro lado de la pequeña pantalla tridimensional.

Una veintena de estudiantes de batas sucias rodeaban el circuito de televisores de la Facultad de Estudios Médicos y Biológicos, mientras el viejo catedrático explicaba con la voz llena de sanas emociones científicas:

«Observen atentamente cómo la detención de las funciones vitales no tiene lugar de un modo unánime. La muerte de la víscera cardíaca no implica necesariamente la inmediata necrosis de todos los demás órganos. Contemplan en la pantalla número cinco cómo los nervios intercostales prosiguen inalterables su movimiento vibratorio. Y aquí, en la pantalla número siete —señaló con el puntero trasparente— vean cómo las funciones digestivas, detenidas momentáneamente por impulsos reflejos, son estimuladas por impulsos nerviosos secundarios, una vez que la transmisión se restablece a partir de los módulos abdominales que reemplazarán, durante cierto tiempo aún, los impulsos primitivos procedentes de los centros nerviosos. Ahora bien, volviendo al corazón, podremos asegurar, contra la opinión científica de veinte años atrás, que su detención provoca, no sólo una lenta e inexorable atrofia de todas las funciones, sino...».

—... QUE HAN PODIDO USTEDES CONTEMPLAR, GRACIAS A LA INTERCESIÓN DE LA MUNDIALMENTE FAMOSA MARCA S.I.D.A., CREADORA DE LAS GRANDES SOLUCIONES DE LA HIGIENE DOMÉSTICA, NO LO OLVIDEN USTEDES, AMABLES TELEVIDENTES: LA JUSTICIA PARA LA HIGIENE SOCIAL. ¡S.I.D.A. PARA LA HIGIENE DOMÉSTICA...! ¡RECUERDEN! JABÓN...

El padre desconectó el aparato. La sombra sustituyó a la brillante pantalla tridimensional, en la que estaban apareciendo los productos detergentes de la marca patrocinadora. El hijo mayor emitió un bostezo:

—¿Podemos comer algo, mamá?

—¿Terminaste tus deberes?

—¡Buuuh...! Hace rato.

El padre, sólo de nuevo, les escuchó trastear por la cocina y se sintió satisfecho

por el deber cumplido. Pasó una hora y el silencio llenó la casa. El padre y la madre cenaron solos y se retiraron a descansar. Apagaron la luz. Era la Paz. La Paz y la Justicia cumplida. Las conciencias ciudadanas tranquilas, una fuerza nueva para contemplar con los ojos abiertos una mañana mejor. Un nuevo *slogan* publicitario en un mundo ávido de slogans que dirigieran su vida.

El padre respiró profundamente, se volvió de espaldas para dormir. Entonces se oyó el grito, procedente de la otra habitación.

—¡¡Papá...!! ¡¡Mamá...!!

—¡Qué pasa...!

Se levantaron como autómatas, el padre y la madre. Corrieron alarmados al cuarto de los chicos y encontraron a los dos mayores inclinados sobre la camita del más pequeño, que lloraba mansamente.

—Pero, bueno, ¿qué sucede ahora?

—Éste, que no deja de llorar y no nos deja dormir...

La madre se acercó al chiquillo. Se inclinó sobre él.

—¿Qué tienes? ¿Te duele la tripita?

El chico negaba, negaba con la cabeza.

—¿Te han pegado tus hermanos?

—No...

—¿Por qué lloras, entonces?

—Porque... porque lo han... lo han matado... ¡Lo han matado...! ¡lo han... matado...!

El padre y la madre se miraron preocupados. No dijeron nada, administraron un somnífero al pequeño y volvieron a la cama, como unos buenos padres, una vez que comprobaron que la tableta había hecho su efecto y que el niño se había dormido.

Sólo entonces se miraron el uno al otro durante largo rato, ninguno se atrevió a confiar al otro lo que estaba pensando.

—¿Lo has visto?

—Sí...

—Entonces... es cierto.

—Si el niño no es normal...

—¿Tú crees?

—¿Cómo lo llamarías, entonces...?

La madre calló. No podía hacer otra cosa. Las palabras del padre le sonaron como el eco de sus propios pensamientos:

—Cuanto antes... mañana mismo, ¿quieres? Mañana mismo le llevaremos al siquiatra.

Muy arriba, muy adentro...

Juan G. Atienza

LISTO, PILOTO... LISTO, PILOTO... TRASMITE MIENTRAS PUEDas. BASE A PILOTO. BASE A PILOTO... NO TE OÍMOS, ¿TODO O.K.?... CAMBIO.

Todo O.K., sí, todo O.K... no puede ser de otro modo, me habéis enseñado a resistir sin inmutarme una aceleración de 10 g. y a manejar sin la mínima duda todos, absolutamente todos los resortes y aparatos de la nave, desde el conmutador más pequeño hasta los cohetes iónicos que tendré que poner en funcionamiento dentro de unos instantes, cuando esté en órbita en torno a la Tierra y lo suficientemente lejos para que los chorros de energía no constituyan un peligro para vosotros... Todo O.K., sí, todo marcha O.K...

—Piloto a base, piloto a base... Sin novedad, no hay fallos mecánicos, he alcanzado la altura prevista, menos seis mil metros. Estoy en órbita helicoidal... Menos cinco mil quinientos...

Menos, menos, menos, la aguja se acerca al punto cero y, cuando lo haya alcanzado, no hay duda, habrá que oprimir el botón rojo y la nave y los computadores harán lo demás, sin intervención mía a partir de ese instante, sin intervención de la base, sin intervención de nada que no sea su memoria mecánica y sin fallos, para seguir mandándome hacia arriba, en... ¿cómo lo dirán los periódicos mañana? Sí, en «LA PRIMERA DISTORSIÓN DEL ESPACIO-TIEMPO, LA PRIMERA EXPERIENCIA HUMANA DEL VIAJE SUPERLUMÍNICO INTERESTELAR», grandes titulares de media página en siete millones de periódicos de todo el planeta que está quedando a mis espaldas...

—Menos cuatro mil quinientos...

... cada vez más pequeño, más sin importancia, la Tierra sin importancia, sólo mi nave tiene importancia en medio de las estrellas y hacia ellas, ¿hasta cuándo? Programa previsto, programa previsto, no caben preguntas, aunque uno siente tentaciones de hacérselas, porque una cosa es calcularlo todo sobre el papel, con la ayuda de la i, be, eme, y otra ver el cielo negro, negro, negro, a través de la escotilla...

—Menos dos mil...

... y saber que las estrellas mandan su luz hacia mí a trescientos mil kilómetros por segundo y que yo voy *a* ir hacia ellas a esa misma velocidad por lo menos, o mayor, con todo el espacio que me rodea, hasta que se alcance el ¿punto previsto? y ¿regresar? ¿Habrà regreso? Tiene que haber regreso, está previsto también, todo está

previsto, no ha habido accidentes hasta ahora, únicamente aquél, ¿cómo se llamaba?, ya no me acuerdo, muy viejo, aquél a quien al principio de todo le cayó un espejo y le dio en la sien y le dejó K.O.

—Menos mil... menos quinientos... Menos cien... Cincuenta, veinte, dieznueve-ocho-siete-seis-cinco-cuatro-tres-dos-uno-¡CERO!

El silencio. La nave ha interrumpido su ascenso. Estoy en órbita, en medio de las estrellas, con la Tierra allá abajo, en algún lugar que no quiero ver.

—Gravedad cero...

Floto, flotaría si las correas no me mantuvieran fijo a mi asiento de la nave. El botón. Rojo. Rojo. El sol escondiéndose por detrás del lago. El lago. Isabel y yo. Acta matrimonial. Automóvil, risas, feliz. Isabel me espera. He oído su voz, hace apenas un minuto. Un minuto o un siglo.

—Cambio...

—Base a piloto, base a piloto. Preparado... Listo para lanzamiento. ¿Listo? Cambio.

Botón rojo. Botón rojo y hacia las estrellas, más veloz que la luz que me llega de ellas. Un año luz, un día luz y volver y haber pasado cinco días o más en la tierra y encontrar a Isabel cinco días más vieja.

—ATENTO, PILOTO, ATENTO, PILOTO... ÚLTIMAS INSTRUCCIONES. ATENCIÓN. RECUERDA DE NUEVO, CUANDO ENCIENDAS LOS MOTORES IÓNICOS, SE CORTARÁ LA COMUNICACIÓN. NO PODRÁS ESCUCHARNOS, RECUERDA, NO PODRÁS ESCUCHARNOS...

... porque mi velocidad —¿velocidad?— será superior a la de las ondas de los transmisores t-r-e-s-c-i-e-n-t-o-s-m-i-l-q-u-i-l-ó-m-e-t-r-o-s-p-o-r-s-e-g-u-n-d-o velocidad, pero yo sí podré transmitir, aunque mi voz llegue hasta vosotros Isabel cuando yo —¿yo?— yo esté al otro lado del espacio y del tiempo volviendo al calcetín del cielo —lo decía el comodoro, calcetín —del revés, volviéndome yo mismo del revés...

—... TRANSMITE TÚ, NO DEJES DE TRANSMITIR MIENTRAS PUEDES, NO DEJES DE TRANSMITIR MIENTRAS PUEDES. RECUERDA: CADA PALABRA, CADA SONIDO QUE LLEGUE DE TI ES PRECISO, DI CUANTO SE TE OCURRA, CUANTO SIENTAS, CUANTO VEAS, CUÉNTALO TODO... DIEZ... NUEVE... OCHO...

Cuenta atrás hasta...

—¡CERO!... ¡CONTACTO!... ¡CORTO!

—Contacto.

Botón. Rojo.

Negro.

Luz por todas partes. Luz que llega desde todo el universo. Hacia mí. Debo comunicar. Debo decirlo. Todo. Todo cuanto vea. Toda la luz. Sólo que la luz no se

puede decir. La luz se ve. Se siente, se palpa. La luz entra por los oídos, por la boca, por la piel. Luz.

Todo es luz, desde el momento en que vi ponerse el sol rojo como el botón por detrás del lago, tiñendo de luz las aguas, tiéndome todo yo de luz...

(No se siente nada nada nada nada nada como si hubiera dejado mi cuerpo al otro lado del tiempo, como si sólo hubiera conservado los ojos y el cerebro, como si los ojos y el cerebro formasen ya parte de la nave, sin mí, sólo con la luz).

¿Quieres casarte conmigo? Lo digo en serio Isabel nunca he hablado más seriamente en mi vida no te sonrojes tú me conoces y sabes que soy incapaz de decirte algo que no siento la tarde se tiñe también de rojo detrás de los árboles de la universidad está silenciosa no hay nadie más que nosotros en el parque solos tú y yo Isabel esperaba únicamente este instante para...

(Es luz de muerte. Un ser humano no puede ¡no puede! distorsionar el espacio y el tiempo. Sí puede. Yo puedo. Como un calcetín, lo decía el comodoro. No hay tierra ya, no existe la Tierra, ni la base, ni nada de nada. Nada. Nada. Nada).

Tienes que estudiar Tomás tienes que estudiar no puedes dedicarte a piloto de pruebas eso está bien para la guerra pero ya no hay guerras y la luna está lejos lejos lejos ya lo sé mamá yo no quiero ir a la luna sino más lejos tan lejos como pueda ir un ser humano y más y más hijo dices tonterías sueñas sueñas sueñas siempre te ha gustado soñar despierto pero hay que tener los pies firmemente apoyados en la Tierra...

(En la Tierra, ¿qué Tierra? No hay Tierra, no hay tierra, sólo vacío, vacío y luz, no hay nada más que yo. Yo y la nave en medio de la Nada, la NADA, la NADA).

... la tierra la arena de la playa no me tires arena a los ojos está salada y escuece como el agua del mar que irrita los ojos yo haré un castillo y tú harás el canal para que el agua llegue hasta el foso cuidado ¡cuidado! que el castillo se seca se seca y el agua va a tirarlo...

(No podré regresar, no se puede regresar de la Nada. Yo mismo soy Nada, estoy suspendido en mitad del vacío de luz para siempre, hasta que el tiempo exista, hasta nunca, hasta nada).

... si sacas los exámenes te llevaré a la playa Tomás tienes que estudiar de firme tienes que sacar el curso los niños no os dais cuenta pero hay que aprovechar el tiempo para ganarse la vida sobre todo cuando tu padre ya no vive Tomás. ¿te das cuenta? tú eres el hombre de la familia tú eres mi apoyo no tengo a nadie más que a ti...

(No quiero, no quiero, no quiero, ¡no quiero! Es como la muerte sin muerte, como la muerte y la desintegración de todo, de mí, sólo la nave y yo en el vacío sin fin y sin principio. ¡No!).

... no entres en el cuarto vete a casa con la tía Sara papá se pondrá pronto bueno no llores no llores no será nada dale un beso y se pondrá bueno yo no estoy llorando ¿verdad papá? no lloro tú me dijiste que los hombres valientes no tienen que llorar y

yo soy valiente ¿por qué se ha puesto enfermo papá? no quiero que se lo lleven al hospital no quiero no quiero no quiero ir con él me tiene que enseñar aún dónde se pegan los sellos en el álbum...

(Cobarde. Soy cobarde. No se puede ser cobarde. Lo juré, me lo juré a mí mismo, cuando di un paso al frente cuando pidieron un voluntario entre nosotros. Pidieron un voluntario porque no quisieron decírnoslo todo. Y todo era por eso, porque no hay regreso, que no hay más que infinitud y alcanzar el límite de la Galaxia un día — ¿día?— convertido uno mismo en Nada, en polvo cósmico si la nave no resiste. Pero la nave resiste, es el único rincón, el último, del Universo donde aún cabe vivir, vivir, vivir, es mi mundo, mi todo, y todo el resto es NADA, NADA, NADA).

Sed hambre visión de alguien que ríe papá y de alguien que me da de comer mamá comer sed hambre frío ruidos se contraen los ojos alegría descubrir mis miembros tengo miembros tengo manos que saben agarrar un dedo fuerte río hambre sed ropa huele a limpia río río río sueño...

(No debo dormirme, dormirme y morir es lo mismo. Está todo delante de mí, tengo que aguantar cuanto pueda, tengo que transmitir, están esperando mi transmisión desde la base, ¿qué base? ¿Hay una base en algún lugar del Infinito? ¿Hay algo más que yo mismo flotando en la Nada dentro de la cápsula? Están esperando mi transmisión, están esperando, será la única prueba que tendrán de que sigo vivo, si es que sucede realmente eso. ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir! Tengo que transmitir, para que sepan que no he muerto, que vivo dentro de la nave, dentro, dentro, en mi mundo, en el único mundo que existe).

Caliente caliente caliente tibio paz algo llega a través de las paredes como una vibración como un sonido lejano pero aquí estoy seguro rodeado de una luz roja muy tenue viviendo de lo que ella me da alimentándome y alimentándose por mí y para mí y yo encogido muy pequeño pequeño no quiero crecer quiero siempre estar aquí dentro calentito seguro seguro no hay nada fuera de esto nada nada nada nada nada...

—Mamá... Mamá...

Las alas rotas de los dioses

Domingo Santos

Maol se hallaba en el maizal cuando los Hombres de Metal llegaron. Estaba allí, escondido entre las cañas, con la vara sucia de sangre en las manos. La sangre de los pájaros. Pero los pájaros no solían venir tan temprano, no cuando el sol estaba tan alto. Por eso aquél era el mejor turno de vigilancia. Mucho mejor que el de la noche, pensaba Maol. Aunque tuviera que estar solo, aunque Bas, su compañero de vigilancia, estuviera al otro lado del maizal, montando guardia en la dirección de donde venían siempre los pájaros.

Los pájaros. Habían acudido muchos aquellos últimos días. Era el tiempo de la sazón, las mazorcas estaban maduras, y los pájaros acudían en bandadas. Nada los intimidaba, ni siquiera los gritos de los hombres, ni siquiera las varas. Las varas, llenas de sangre de los pájaros muertos, las varas sagradas que el hechicero encantaba cada noche para que los pájaros huyeran al verlas, para que los que no huyeran cayeran abatidos bajo los golpes.

Los pájaros acudían siempre a media tarde, cuando el sol empezaba a declinar hacia el horizonte. Entonces las guardias eran reforzadas, y el hechicero se situaba a un extremo del campo recitando sus exorcismos. Los pájaros acudían en bandadas, y los golpes de las varas contra sus cabezas, contra sus cuerpos, contra sus alas, resonaban como blandos truenos lejanos en tiempo de tormenta. Cuando caía la noche, cuando las bandadas se iban, asustadas o ahítas, el campo quedaba sembrado de plumosos cadáveres, que luego serían quemados por el hechicero en medio del pueblo, entre invocaciones. Las mazorcas picoteadas, las heridas, las magulladuras, eran el tributo obligado. Pero el campo se salvaba.

El campo. El único maizal que le quedaba al poblado. La cosecha había sido mala, los campos se habían agostado. Era preciso a toda costa salvarlo, el único, para poder hacer frente al largo invierno que se presentaba. Los pájaros eran tan sólo uno de los peligros. Eran además un peligro estacional. Pronto se irían, hacia el Sur, hacia no sabían dónde, hacia algún lugar.

Maol sujetaba fuertemente la vara. Era mediodía, el sol caía como plomo. Los pájaros tardarían aún en llegar, por ahora tan sólo alguno ocasional, perdido o hambriento, fácilmente abatible de un garrotazo. Tana no tardaría en llegar con la comida, y podrían permanecer un rato juntos. Tana deseaba irse a vivir con él, en su choza. No era nada extraño, puesto que él era el ejemplar más fuerte del poblado, y todas las mujeres le miraban con admiración y deseo, y Tana era la mujer más deseable de todas. Pensaba en todo aquello sin envanecimiento, fríamente, como una

cosa natural, en una deducción lógica. Era así, simplemente, estaba en el orden de las cosas. Pronto pasaría ser el jefe de la tribu, y nadie se lo discutiría. Cuando Olt muriera —y ya faltaba poco—, él sería el jefe, sin que nadie le promoviera, con la naturalidad de las cosas establecidas. Era lo normal.

Un pájaro revoloteó allá arriba, como estudiando la situación. Maol apretó fuertemente la vara. Pero el pájaro dio un par de vueltas en el aire, y se perdió a lo lejos en busca de sus compañeros. No regresó.

Entonces llegaron los Hombres de Metal.

Los Hombres de Metal no venían muy a menudo. Nunca abandonaban su Ciudad, tan sólo de tarde en tarde, cuando venían al poblado en busca de mujeres. Maol recordaba, desde los lejanos tiempos de su niñez, cuando los guardias acudían gritando: «¡Los Hombres de Metal, vienen los Hombres de Metal!», y todas las mujeres jóvenes huían chillando y se escondían, y llegaban ellos, con sus trajes plateados y sus caras plateadas y sus manos plateadas, y empezaban a registrar el pueblo y los alrededores hasta que encontraban a las mujeres, y las iban sacando una a una, y las seleccionaban, y dejaban a unas mientras apartaban a otras y se las llevaban consigo. Nunca se llevaban demasiadas, una, dos, algunas veces tres. Tampoco venían muy a menudo, cada dos o tres estaciones, decían los viejos, o cada cinco o seis, a veces antes, a veces después, a veces mucho más tarde. Maol recordaba sus terrores cuando era niño, al grito de los guardias, aún sabiendo que él estaba a salvo, que no le sucedería nada, que no se lo llevarían con ellos a la Ciudad. Porque las mujeres que los Hombres de Metal se llevaban consigo no volvían nunca, y nadie sabía lo qué les ocurría allá en su Ciudad, tras los altos muros inconquistables que rodeaban la colina.

Pero últimamente los Hombres de Metal habían venido mucho más a menudo, y esta vez no se habían llevado mujeres, sino hombres. Recordaba aún su llegada, los cinco sobre su máquina plateada, el negro y los plateados, su búsqueda por el pueblo, fríos, impertérritos, antes de que se llevaran a Jo. Y luego habían vuelto, dos veces más, y cada vez se habían llevado a otro hombre de la tribu, escogido entre los más jóvenes y vigorosos. Y ahora estaban por cuarta vez aquí, estaban volviendo. Pasaron con su gran máquina bordeando el campo, los cinco, y pudo verlos bien: los cuatro plateados y el negro, todos mirando a su alrededor, mientras la máquina avanzaba por el desigual camino sin nadie que la gobernara. Maol se ocultó entre las cañas, pensando en que ahora buscaban hombres y pensando también en Tana, y temiendo por ella sin saber por qué. La máquina de los Hombres de Metal rebasó el maizal y luego, de pronto, se detuvo. Los cinco Hombres de Metal volvieron la cabeza y miraron hacia atrás; y Maol se acurrucó aún más entre las cañas, y tembló.

La máquina retrocedió. Al otro lado del campo, Bas perdió los nervios y se puso en pie. Bas siempre había sentido miedo. Sabía, como todos, que los Hombres de Metal no necesitaban ver para sentir, que podían descubrir a alguien, por muy oculto

que estuviera, gracias a algún extraño poder que ni el hechicero había sabido imitar. Bas se levantó, y gritó, y echó a correr. Sabía que los hombres que se llevaban consigo los Hombres de Metal no volvían nunca, y sentía miedo. Echó a correr por el camino, con la vara aún en la mano, agiténdola con frenesí. Pero los Hombres de Metal ya lo habían visto. La máquina giró sobre sí misma y salió en persecución de Bas. Bas gritó más fuerte. La máquina estaba sobre él. Los cuatro Hombres de Metal plateado saltaron al suelo, y Bas tropezó y cayó, y los cuatro le rodearon. Bas usó su vara contra ellos, pero los Hombres de Metal eran indestructibles, todos sabían en el poblado que nada les hacía daño, ni los palos, ni las piedras, ni los cuchillos. La vara se rompió. Los cuatro Hombres de Metal sujetaron a Bas por manos y pies, y el quinto Hombre de Metal descendió de su máquina y se inclinó sobre el prisionero, y miró algo detenidamente. Luego volvió a levantarse e hizo un gesto, y los cuatro Hombres de Metal soltaron a Bas. Bas se puso en pie, trastabillando. Gritó. Los Hombres de Metal no se movieron. Bas echó a correr desesperadamente hacia el pueblo.

Los Hombres de Metal se volvieron.

Maol sabía que los Hombres de Metal buscaban siempre a los más jóvenes y robustos. Él lo era.

Los Hombres de Metal lo buscaban a él.

Se acurrucó aún más. Los cuatro Hombres de Metal plateado entraron en el maizal. Podía oír el golpear de sus pies sobre la tierra blanda, el rumor de las cañas al ser apartadas. No importaba dónde uno se ocultara, lo encontraban siempre, siempre, siempre. Era inútil seguir escondido. Se levantó y echó a correr, saliendo de la protección de las cañas.

Entonces vio tres cosas. Primero, al Hombre de Metal negro al otro lado del campo, mirando directamente hacia él con su cara inexpresiva, lisa, donde tan sólo brillaban dos ojos iluminados con una luz interior. Segundo, el movimiento de las cañas que señalaban a los otros cuatro Hombres de Metal plateado: avanzando hacia él. Tercero, a Tana, allá a la derecha, algo lejos aún, avanzando también hacia allá.

«¡Oh, no! —gimió—. ¡Por los pájaros, Tana, aléjate! ¡Vete de aquí!».

Arrojó a un lado la vara, sabía que no le serviría de nada, sólo de estorbo. Echó a correr. El maizal estaba cortado: los cuatro Hombres de Metal se desplegarían y le cortarían el paso, fuera por donde fuera. Sólo le quedaba la parte de atrás. Allí había un torrente, separado del campo por un talud de unos ocho metros de altura. Era su única salida.

Corría en zig-zag. Un oscuro sentimiento le decía que tal vez así les engañaría, haciéndoles creer que iba hacia otro sitio. Corría diagonalmente hacia el torrente, como si quisiera escapar por un lado del campo, el opuesto al que veía avanzar a Tana. Tal vez así se dirigirían hacia el otro lado del campo, con la intención de cortarle el camino allá delante. Y de pronto giró bruscamente hacia la izquierda, y empezó a descender el talud.

Entonces se dio cuenta de que no les había engañado. No podía engañarse a los Hombres de Metal. Dos de ellos habían atravesado ya el campo y estaban en el borde mismo del talud, avanzando diagonalmente hacia él. Se asustó. Los Hombres de Metal no corrían nunca, nunca se apresuraban, pero avanzaban tan rápidos como él. Intentó desviar su carrera, y se enredó con sus propios pies en el plano inclinado del talud. Perdió el equilibrio. Adelantó las manos para protegerse, pero la tierra era blanda. Cayó rodando. Sintió un dolor agudo en el tobillo derecho, lanzó un grito. El mundo giraba a su alrededor. Y, de repente, todo se detuvo. Sus manos estaban hundidas en el agua.

Intentó levantarse, pero algo pulsante en su tobillo le hizo lanzar un grito y volvió a caer. Los dos Hombres de Metal estaban ya muy cerca de él, abajo en el torrente, a su mismo nivel. Los otros dos estaban arriba en el talud, mirándole. Estaban inmóviles, como si ya no importara su ayuda. En realidad no importaba.

Los dos Hombres de Metal plateado estaban junto a él. En un desesperado esfuerzo, Maol se lanzó contra uno de ellos, se abrazó contra él, intentó derribarlo. El cuerpo plateado era duro y frío como el metal de su cuchillo en las noches de invierno. El Hombre de Metal ni siquiera se tambaleó. Sintió una fuerte presión en su brazo, algo que le arrastraba. Se debatió. Algo le sujetó por el cuello, una tenaza de hierro, y de pronto se sintió como inmovilizado. Se vio alzado en vilo, transportado talud arriba.

Allá estaba el quinto Hombre de Metal. Se acercó a él, los ojos encendidos como los carbones de hoguera. Intentó debatirse, pero algo lo inmovilizaba, la presión de los dedos en su cuello, no sabía. Le obligaron a tenderse en el suelo, le sujetaron por manos y pies. El Hombre de los ojos encendidos se inclinó sobre él, palpó los huesos de su cara, de su cráneo, miró sus dientes, sus encías, sus oídos; apretó su abdomen, sus muslos; sus dedos de metal negro se clavaron en sus bíceps, apretaron hasta hacerle daño. Tal vez me dejarán libre, pensaba, tal vez... El Hombre de Metal negro se levantó. Hizo un gesto. Los otros levantaron a Maol en vilo.

Era como una sentencia.

Tana llegaba corriendo desde el otro lado del maizal. Gritaba su nombre, fuertemente, desesperadamente. Maol intentó librarse y decirle algo, gritarle que se apartara, que se fuera de allí. Se debatió, pero era inútil. Tana llegó a su lado, se arrojó contra el Hombre de Metal negro, golpeó su duro pecho de metal con sus puños.

—¡Oh, no, déjenlo, déjenlo! ¡Por los pájaros, llévenme a mí, llévennos a todos, pero déjenlo! ¡A él no! ¡A él no!

El Hombre de Metal negro la apartó de un empujón, sin rudeza, sólo firmemente, y Tana cayó al suelo. Maol gritó su impotencia. Los Hombres de Metal eran impasibles, máscaras inexpresivas, sin emoción. Lo levantaron en vilo, lo llevaron en volandas. Maol intentó resistirse, luchar, pero sabía que era inútil. A medio camino desistió.

Lo subieron a la máquina. Tana corría hacia ellos, llorosa, gritando el nombre de Maol. La máquina se puso en marcha. Tana intentó seguirla, pero pronto quedó atrás. La máquina levantaba una gran polvareda en el camino. Allá adelante, ominosa, se levantaba la Ciudad de los Hombres de Metal.

La Ciudad de los Hombres de Metal ocupaba la colina, dominando todo el valle. Nada podía verse de su interior, tan sólo la alta pared lisa del muro que la rodeaba, los lisos contrafuertes que nada ni nadie podía escalar. Nadie sabía lo que había allí dentro, la Ciudad de los Hombres de Metal, el lugar mágico que nadie quería ver, porque entrar allí significaba no regresar nunca.

Y ahora iban hacia allá, el destino de Maol había sido señalado. La máquina llegó al pie de la altísima muralla. Había en ella una entrada, la única puerta de acceso a la ciudad, una enorme losa de más de veinte metros de alto, gruesa como dos hombres puestos uno al lado del otro con los brazos en cruz, tan pesada que ni mil hombres usando todas sus fuerzas podrían moverla ni un milímetro. Pero se abrió por sí sola ante la máquina de los Hombres de Metal, y volvió a cerrarse silenciosamente a sus espaldas, sin el menor ruido, liviana como una pluma.

Y estaban dentro de la Ciudad.

Maol había olvidado un poco el pulsante dolor de su tobillo. Entre aterrizado y maravillado miraba a su alrededor, y sus ojos se desorbitaban. La Ciudad de los Hombres de Metal era eso, una verdadera Ciudad, tal y como las describían los antiguos libros que sólo unos pocos de entre los muy ancianos sabían leer. Había en ella altas torres, y agujas, y cúpulas, y arcos, y bóvedas, y puentes. Allí estaba todo el arte que los viejos decían haber olvidado, todo lo que, según las antiguas leyendas que se contaban al amor de la lumbre y que casi nadie creía, había sido en otro tiempo dominio de los hombres, antes de que los Hombres de Metal los echaran de las ciudades. Las calles eran rectas, el suelo libre de fango y polvo, las entradas de las casas limpias y protegidas por placas transparentes. No había chozas, los edificios eran muy altos, como aquellos de las viejas ilustraciones carcomidas por el polvo y las ratas. Las calles estaban llenas de gente, y todos eran Hombres de Metal. No hablaban entre ellos, no había grupos; todos iban mirando al frente, rápidos, apresurados. No se volvían para ver la máquina y sus ocupantes; seguían su camino indiferentes, entrando y saliendo de los edificios, cruzando por los puentes, sus rostros lisos, plateados, todos iguales, sólo la luz de sus ojos, aquellos rostros que le recordaban algo, no-sabía-el-qué, que le contara en una ocasión el hechicero, hacía mucho tiempo, cuando él era niño. Aquellos rostros inmutables, y los cuerpos plateados, sin ropa que los cubriera, sin nada que ocultara su acerada desnudez. Gimió levemente, estremecido, asustado, temblando, sintiendo ganas de orinarse de miedo, de excitación, de emoción. Un mundo desconocido, y el pueblo allá afuera, y Tana, y el anciano jefe moribundo, y sus compañeros, y el maizal, y los pájaros, aquellos pájaros que nunca, nunca habían sido vistos sobrevolando la Ciudad.

La máquina atravesó muchas calles, giró a derecha e izquierda, y de pronto se detuvo ante un gran edificio circular muy alto, en el centro mismo de la Ciudad. Los cuatro Hombres de Metal lo obligaron a descender, y Maol puso el pie en el suelo y gimió, sintiendo su tobillo estallar en dolor. Dos de los Hombres de Metal lo cogieron entre sus brazos y lo arrastraron firme pero suavemente, y el Hombre de Metal negro se puso ante ellos, precediéndolos, y entraron en el edificio.

Y entraron en la luz. Porque allí dentro había luz, una luz extraña, suave y clara, que lo inundaba todo, arrojando las sombras a algún desconocido lugar. Entraron allí y recorrieron las entrañas del edificio, estancias y pasillos, hasta llegar a una pequeña cabina que no tenía más salida que la puerta por donde habían entrado. La puerta se cerró por sí misma, tras ellos se oyó un ruido, y toda la cabina vibró. La puerta volvió luego a abrirse, y Maol gritó de sorpresa y de susto: estaban en otro sitio.

Y avanzaron por más corredores, atravesando puertas que se abrían por sí mismas, estancias inundadas por la suave pero potente luz que venía de ningún sitio. Y entraron en otra cabina con una sola entrada, y la cabina volvió a llevarles mágicamente a otro lugar. Y volvieron a recorrer otros pasillos y otras estancias y, al final, una puerta.

Tras la puerta había una habitación. Los dos Hombres de Metal dejaron a Maol de pie en el suelo y salieron. La puerta se cerró tras ellos. Allí dentro sólo quedaron el Hombre de Metal negro y Maol.

Maol miró temerosamente a su alrededor. La habitación estaba completamente desnuda, sólo las cuatro paredes, tres de ellas lisas y uniformes, la cuarta llena de extraños relieves y jeroglíficos, esferas, discos metálicos, placas grabadas, palancas, luces. El tobillo ya no existía, el asombro y el miedo eran demasiado grandes para que se acordara de él.

—¿Cómo te llamas?

Maol dio un brinco, y gritó al volver a poner el pie dañado en el suelo. La voz había surgido de la pared de los relieves, de ninguna parte concreta, una voz difusa y metálica, insospechada y abstracta. Allí no había nadie... nada.

—Te he preguntado cómo te llamas —dijo de nuevo la pared.

Maol tragó saliva. La Ciudad de los Hombres de Metal era magia, lo sabía, lo decían las leyendas de los ancianos. Pero aquello era demasiado para él. Sentía que iba a desvanecerse. Hizo un esfuerzo por recuperar su aplomo y su dignidad.

—Ma... Maol —logró articular.

—Bien, Maol —dijo la pared—. Sé que estás asustado, pero no temas. No tenemos intención de hacerte el menor daño. Acércate.

Maol vaciló. ¿Adonde debía acercarse? Algo brilló más fuerte en la pared de los relieves, como si algo desconocido hubiera escuchado sus pensamientos.

La voz dijo:

—Aquí, donde se ha encendido esta luz. Vamos, no tengas miedo.

Se acercó renqueando, reluciente. La luz era como un ojo, y aquel ojo estaba

sujeto a una varilla vertical brillante que iba del techo al suelo de la habitación. Un redondo ojo de cíclope.

—Desnúdate —dijo la pared.

Y de pronto Maol sintió un miedo repentino, y un extraño pudor: la vergüenza del hombre desnudo, el miedo del hombre indefenso.

—Vamos, desnúdate. O llamaré para que lo hagan.

Maol levantó las manos: no, no, no quería que los Hombres de Metal volvieran a tocarlo. Se quitó apresuradamente la ropa, la tiró al suelo. Miró el sucio montón, miró su sucio cuerpo. Se sintió pequeño, triste, frío. Tenía la sensación de que alguien, oculto en algún lugar, lo estaba observando. ¿Dónde estaban los demás, los que habían sido llevados a la Ciudad antes que él?

—Ponte delante del foco.

Maol dudó. ¿Foco? El ojo, ante él, parpadeó levemente.

—Sí, ante la luz. Vamos, rápido.

Obedeció. El ojo se movió silenciosamente sobre el soporte de la varilla vertical, subió y bajó. La luz recorrió su cuerpo de pies a cabeza, varias veces. Sintió una extraña sensación, como si algo lo atravesara de parte a parte, como si la luz convirtiera en transparente su cuerpo. Miró al Hombre de Metal negro, inmóvil en un ángulo de la estancia, con los brillantes ojos fijos en un punto indeterminado, como si no le importara nada de lo que estaba sucediendo. Como muerto.

—Ponte de espaldas.

Obedeció. Una cosa se había fijado en su mente: era mejor obedecer. *Debía* obedecer. Mientras lo hiciera así, había dicho la pared, nada desagradable sucedería.

—Ahora de lado.

La luz subía y bajaba, una y otra vez. Y de pronto se apagó.

—Sí —dijo la pared—. Tienes un tendón dislocado en el tobillo derecho, habrá que hacerte una cura de regeneración. Pero sirves.

Aquello puso de nuevo en movimiento al Hombre de Metal negro, se acercó a Maol y le hizo un gesto. No le tocó. Pronunció una sola palabra en su rostro sin boca:

—Ven.

Así supo Maol que el Hombre de Metal negro también tenía voz.

Era todo como un sueño, como una de aquellas pesadillas que le asaltaban a menudo en las noches oscuras, cuando era más joven, cuando no tenía a su lado a nadie cuyo cuerpo le infundiera calor, mientras oía a los pájaros graznar sobre los maizales y los golpes de las varas, y luego el olor acre de la carne y las plumas quemándose en las hogueras rituales, cuando aún no sabía lo qué era una vigilancia en los campos ni golpear a los pájaros con la vara; o como cuando era niño, cuando escuchaba soñadoramente las antiguas leyendas de los ancianos que hablaban de esplendor y poderío, y se imaginaba a sí mismo sobre aquel mítico animal llamado caballo, recorriendo los campos y entrando gloriosamente en las Ciudades. Era como

una mezcla de emoción, de goce y de dolor, un impreciso sentimiento de hallarse ante algo que era irreal, que *tenía* que ser irreal, un sueño del que despertaría en cualquier momento, para hallarse con Tana entre sus brazos, anidándole en su seno, como cuando su madre le cobijaba antaño en su regazo, mientras allá afuera se oían los gritos y las carreras y las voces de: «¡Los Hombres de Metal!».

Pero no era un sueño. El Hombre de Metal negro lo arrastraba consigo, recorriendo pasillos y pasillos. Así, desnudo, se sentía como desamparado, como si hubiera perdido lo único que ya le quedaba, el derecho a pertenecer el género humano. Otros Hombres de Metal se cruzaban esporádicamente con ellos, y nadie le miraba, y sus ¿rostros? inexpresivos seguían siempre vueltos al frente, como si él no existiera o como si, aún existiendo, no tuviera la menor importancia. Por momentos sentía deseos de echar a correr, de huir de allí, perdiéndose por los pasillos, en busca de una salida que sabía que no encontraría nunca, una salida para su mente más que para su cuerpo. Pero se retenía, porque sabía que no conseguiría nada, que le bastaría al Hombre de Metal negro adelantar una mano para sujetarlo, levantar una mano para hundirle el cráneo de un golpe.

¿Para qué querían los Hombres de Metal a las mujeres y a los hombres que se llevaban del poblado? Bueno, había una explicación para las mujeres, las leyendas de los ancianos decían siempre que los Hombres de Metal no tenían mujeres. Pero ¿y los hombres? ¿Los querían acaso para torturarlos, para someterlos a desconocidos experimentos de magia, tal vez para convertirlos en otros Hombres de Metal? ¿Y Jo, y Tool, y Asti, aquellos que habían sido capturados y llevados a la Ciudad antes que él? ¿Dónde estaban?

La pared tatuada le había dicho: «No tenemos intención de hacerte el menor daño». ¿Pero quién había tras de la pared tatuada? ¿Quiénes eran «nosotros»? Maol andaba cojeando, y veía a los Hombres de Metal pasar en uno y otro sentido, todos iguales, como si fueran la repetición de uno solo, siempre el mismo. Y luego dejaron de pasar, y sólo iban él y el Hombre de Metal negro por el pasillo, atravesando las estancias, entrando en las cabinas mágicas que le cambiaban a uno de lugar.

Y pasaron por un corredor una de cuyas paredes no existía, o mejor sí, aunque estaba formada por placas de un material que no se veía. Maol miró al exterior y sintió vértigo. Estaban muy arriba, y se preguntó cómo habrían llegado hasta allí, puesto que no habían subido por ningún plano inclinado. Desde aquel lugar podía dominarse toda la ciudad, con la alta muralla circular que la rodeaba, y más allá, a lo lejos, las azuladas montañas, algunos valles, el verdor del campo distante. ¿Dónde estaba su poblado? Allá abajo, en algún lugar desconocido, no sabía dónde. Y el maizal, y los pájaros. Este invierno pasarán hambre, pensó. Y se sorprendió al darse cuenta de que estaba pensando en tercera persona, como si él ya no formara parte de aquel mundo, como si hubiera sido desgajado para ser transplantado a la Ciudad de los Hombres de Metal. Y se estremeció al pensar que era la verdad.

Llegaron al fin ante una puerta. El Hombre de Metal negro se paró, la puerta se

abrió por sí misma, y entraron.

Dentro había una multitud de extraños artefactos, y varios Hombres de Metal plateado. Había como una especie de concavidad en el piso, una depresión blanca llena de agua.

Al entrar Maol, los Hombres de Metal se inmovilizaron y le miraron. El Hombre de Metal negro señaló la depresión en el suelo.

—Métete ahí —dijo. No era una orden: sencillamente, era una indicación.

Y Maol obedeció. Se metió en la depresión llena de agua, y el agua se enturbió. Los hombres de Metal plateado bajaron algo del techo, como un enrejado, y unas finas gotas de agua llovieron sobre él. El agua era templada y agradable. Luego la lluvia cesó, y algo succionó el agua que había en la depresión, y el agua del enrejado volvió a caer sobre él hasta llenar la depresión de nuevo, para ser vaciada después otra vez, y así tres veces consecutivas. El agua que caía del enrejado tenía un olor desconocido, aromático y penetrante, un olor que embriagaba. La primera impresión de susto había desaparecido automáticamente, dando paso a otra sensación de bienestar. Era como una lluvia de agosto, cálida y refrescante, perfumada y suave.

Otros Hombres de Metal se movían por la estancia, llevaban y traían cosas. La lluvia dejó de caer, el agua se marchó de la depresión. Un artefacto extraño arrojó un chorro de aire contra su cuerpo, y el aire era cálido y agradable. Las gotitas de agua que mojaban su piel se secaron, y Maol sintió una extraña sensación de bienestar como nunca había sentido. Otro hombre de metal frotó su tobillo con algo caliente. El Hombre de Metal negro le hizo un gesto, invitándolo a salir de la depresión.

—Ven —dijo.

Otra puerta se abrió ante ellos, y pasaron a una estancia contigua. Allí, en el centro, había una cama. Pero no era el tosco jergón del poblado, hecho con tela áspera y plumas de los pájaros, ni siquiera el gran lecho suave que tenía el jefe, heredado de generación en generación. Era algo más, mucho más. Un mueble enorme, con un dosel inmenso, con finas telas colgando por todas partes, suave y cálido, un lecho de Otros Tiempos, tal y como lo describían algunos de los libros antiguos que leían por las noches los ancianos. A un lado, todo un paño de pared estaba lleno de puertas, y el Hombre de Metal negro abrió varias. Dentro había ropa, pero no era tampoco la tosca ropa tejida burdamente por las mujeres del poblado, sino ropa fina de brillantes y llamativos colores, sedosa al tacto como la piel de una mujer joven. Todo olía penetrantemente, y el olor era agradable y embriagador a la vez, perfume de flores silvestres, esencias desconocidas.

El Hombre de Metal negro rebuscó entre toda aquella ropa, y tomó unas prendas. Se las tendió a Maol.

—Toma —dijo—. Póntelas.

Maol miró desconcertado aquel puñado de sedosa tela. No sabía cómo podía ajustarse aquello sobre su cuerpo, no sabía siquiera si aquello podía servir para ser ajustado sobre su cuerpo. Pero instantáneamente, sin que nadie diera ninguna señal,

dos Hombres de Metal plateados penetraron en la estancia, cogieron aquellas ropas y le ayudaron a colocárselas. Lo hicieron delicadamente: sus frías manos eran suaves y sensitivas como las de una mujer, apenas rozaban su cuerpo al ajustar los pliegues, como si no hubieran hecho nunca nada más que aquello. ¿Por qué?, se preguntaba Maol. ¿Por qué todo esto, qué es lo que pretenden? Intentaba comprender, pero su cerebro estaba embotado. ¿Aquello era lo que esperaba a los hombres que entraban en la Ciudad de los Hombres de Metal? ¿Aquél era el horrible destino?

Los dos Hombres de Metal plateado terminaron de vestirle, y se retiraron silenciosamente. El Hombre de Metal negro lo miró fijamente con sus ojos luminosos, como estudiándolo.

—Ahora sígueme —dijo. Maol lo siguió. Llegaron a una puerta. Al otro lado había una estancia. Entraron.

Maol sintió que su corazón se detenía. Aquélla era una estancia enorme. Un techo abovedado, unas paredes llenas de extraños relieves como los de aquella primera estancia, pero mucho mayores, mucho más abundantes, a lo largo de todo un panel circular. Y, en medio, un gran cubo de metal también esculpido, con grandes ojos redondos, luminosos, enormes cuadros parpadeantes, inscripciones simbólicas, números. Una puerta, en el centro. Y, ante ella, un sillón.

—Ven. —La voz surgió del cubo, y resonó con mil ecos en la pared circular y en la alta bóveda—. Ven, acércate.

Maol se estremeció. Había sido demasiado en tan poco espacio de tiempo. No había nadie allí, y la voz sonaba como si el cubo tuviera vida propia, como si las parpadeantes luces fueran los guiños burlones de miles de ojos, como si las palabras surgieran de miles de bocas inexistentes.

—¿Quién... quién eres? —preguntó, aterrado.

El Hombre de Metal negro no había pasado de la puerta. Se retiró, y la puerta se cerró silenciosamente ante él. Maol estaba solo en la enorme estancia, solo... con el cubo.

—Vamos, ven aquí —dijo el cubo, impacientemente—. No tengas miedo. Siéntate.

Maol avanzó unos pasos, pero sólo unos pasos. Sus rodillas temblaban. Sí, era el cubo. *Tenía* que ser el cubo. El sillón giró lentamente sobre sí mismo, como ofreciéndose.

—Vamos, ven a sentarte. Charlaremos un poco.

Maol terminó de avanzar y se sentó con cuidado, como si temiera algo, que el sillón estuviera ardiendo, o que fuera un bloque de agua helada, o que estuviera dispuesto a tragarlo, o que le sujetara, como la goma de algunos árboles, contra su blanda superficie. Pero nada sucedió.

—¿Quién... quién eres? —repitió, no sabiendo hacia dónde mirar.

El sillón giró de nuevo, enfrentándolo al cubo. Las cosas redondas, como grandes ojos iluminados, parecían observarle, con sus luces parpadeantes en múltiples guiños.

—No importa quién sea... Lo soy todo. Soy la Ciudad, y todos sus habitantes, y las calles, y los edificios, y los Hombres de Metal... Vosotros los llamáis así, ¿verdad?

Maol calló. No tenía voz. Se hallaba ante un dios, ahora estaba seguro. El dios del que hablaban los antiguos libros, el dios que invocaban los hechiceros al hacer sus encantamientos, el dios que les había arrojado del paraíso de las Ciudades para dárselas a los Hombres de Metal.

—Los Hombres de Metal... —murmuró muy quedamente.

—Es una palabra como otra cualquiera —dijo el cubo con voz inalterada—. Antes nos llamabais robots, pero luego olvidasteis nuestro origen, olvidasteis que nacimos a manos vuestras, olvidasteis incluso nuestro nombre, y pasamos a ser los Hombres de Metal. Desde el momento en que nos construisteis de modo que pudiéramos valemnos por nosotros mismos y ya no os preocupasteis más por nosotros... Bueno, vosotros erais estúpidos, tan abandonados a vuestra propia indolencia que no tardasteis en olvidarlo todo, incluso que nos creasteis para servirnos, pese a lo cual nos disteis la libertad de elegir nuestro propio destino. Y por eso lo tomamos. Por eso tuvisteis que irnos, y por eso cerramos las Ciudades y os dejamos afuera, porque ya no servíais para nada, ni siquiera para darnos órdenes.

—Pero tú eres...

—Ya te lo he dicho: soy la Ciudad y todo lo que hay en ella. Todo esto que ves a tu alrededor, y hacia abajo hasta cincuenta metros bajo tierra, es mi cuerpo, todos los robots que circulan por la Ciudad son mis manos. Oh, tú no puedes comprender. Ninguno de vosotros puede comprender: por eso es perder el tiempo el explicároslo. Vosotros pensáis en individualidades: un hombre, dos hombres, un poblado de hombres. Para nosotros, lo único que importa es el conjunto. La Ciudad no es una unión de individuos aislados, sino una sola entidad, en la cual todos somos órganos, y donde yo desempeño el papel de coordinador.

—Pero yo...

—Tú eres un hombre, sí. Y nosotros hemos nacido para los hombres. Por eso has sido traído hasta aquí.

—Yo...

—Escucha. Hemos buscado el mejor ejemplar entre todos vosotros. Siempre buscamos el mejor ejemplar. Ahora te ha correspondido a ti. Porque no necesitamos sólo a un hombre, compréndelo; necesitamos al *Hombre*.

Maol sentía una extraña opresión en la garganta. Los ojos le dolían. El cubo bailaba ante él, con sus luces parpadeantes. El sillón era cálido bajo su cuerpo, las ropas suaves. Pensaba en el poblado, en Tana, en lo irreal de todo lo que le rodeaba ahora. Cerró los ojos fuertemente, hasta que su cabeza se pobló de luces. Quiso decir algo, pero no sabía.

—Te hemos traído hasta aquí, porque te necesitamos como nuestro *Hombre*. Antes de ti vinieron otros tres, pero nuestra máquina de selección los desechó porque

no reunían las condiciones necesarias. Cada vez se hallan menos hombres *completos*. Afortunadamente, tú has pasado el examen.

—¿Y... ellos?

—Bueno, tuvimos que eliminarlos. Pero esto no debe preocuparte. Es de ti de quien estamos hablando ahora. Has visto un poco de lo que puede ser tu vida en la Ciudad. Te ofrezco el quedarte.

—¿En la ciudad?

—Sí.

—¿Para... siempre?

—No puedo engañarte: no. Estarás aquí solamente mientras te necesitemos: mientras sigas cumpliendo los requisitos mínimos exigidos en sus revisiones periódicas por la máquina de selección. Mientras seas joven, fuerte, completo. Luego, cuando estos atributos se ajen, buscaremos a otro para que te sustituya, como ahora te hemos buscado a ti.

—Pero... y a cambio... ¿qué deberé hacer?

—Nada. Solamente mostrarte ante nosotros cuando te reclamemos. Ser nuestro *Hombre...*, nuestro dios, como lo llamaríais vosotros. A cambio de ello te ofrezco la mejor vida que puedas desear: todos los servidores que necesites, todas las mujeres que pidas y cuando las pidas, todas las satisfacciones físicas que se te antojen.

—¿Todas... las mujeres?

—Sí. Y cuando te canses de las que tengas, las eliminaremos y te traeremos más. Tendrás toda la comida que desees, nuestros laboratorios pueden sintetizar cualquier cosa que pidas; tendrás diversiones, placeres; dispondrás de todo lo que se te antoje... menos libertad. No podrás salir de la Ciudad, no podrás salir de este edificio. Serás nuestro *Hombre...* y te deberás a tu cargo.

—¿Y si... no aceptara?

—Te eliminaremos y buscaremos a otro. Aunque nos costará encontrarlo.

Maol se sentía confuso. Todos aquéllos eran conceptos que no comprendía, retazos de viejas leyendas que había tomado siempre tan sólo por eso: por leyendas. Pero había algo que sí comprendía. De cualquier manera no regresaría jamás a su poblado, no saldría ya de la ciudad; pero tenía la oportunidad de una vida muelle, regalada. No tendría que combatir a los pájaros en los maizales, no pasaría frío ni hambre, podría tener las mujeres que quisiera con él, podría tener a Tana. No debería preocuparse por nada, y esto era lo importante.

—¿Y mis obligaciones? —preguntó.

—Sólo una: deberás mostrarte a nosotros siempre que te solicitemos.

—¿Cómo?

—Ven.

El sillón se inclinó hacia adelante, como invitándolo a levantarse. La puerta que había en el cubo, frente a él, se abrió silenciosamente, mostrando una pequeña cabina cerrada. El cubo dijo:

—Entra.

Maol entró. Ya no se sentía asustado, el miedo y el desconcierto habían sido sustituidos por una cierta curiosidad. La puerta se cerró tras él.

—El Hombre de Metal negro que te ha traído hasta aquí será siempre tu servidor. Fue creado exclusivamente para esto, y por ello puede incluso hablar. Él te dirá cuándo deberás abandonarlo todo y venir aquí.

Se oyó un leve zumbido, y la cabina vibró. Luego la puerta volvió a abrirse... y ya no era el mismo sitio de antes. Se hallaba ahora en una amplia habitación rectangular, ricamente adornada. Y en el centro, sobre un pedestal, había algo..., una silla..., un sillón..., un trono.

—Aquí —dijo la voz del cubo a sus espaldas—. Siéntate aquí.

Maol avanzó hacia el pedestal. Sí, era un trono, tal y como lo describían los ancianos del poblado al hablar de los míticos reyes de las antiguas leyendas. Los brocados, los colores brillantes, la suave madera pulimentada. Un trono para él.

—Vamos. Siéntate.

Se sentó. Era blando y cálido. Y digno. Instintivamente adoptó una postura altiva.

—Cuando te llamemos, no deberás hacer nada más que venir aquí. Venir aquí, y sentarte. Nada más, ¿comprendes?

Maol sintió que una inquietud le invadía repentinamente.

—¿Y... mi antecesor? —preguntó de pronto.

—No te importe —dijo la voz del cubo—. Para nosotros todos sois iguales. Ahora eres tú. Atención.

Se oyó un chasquido y, de pronto, toda la pared que estaba frente al trono se hizo transparente. Se hizo transparente, y mostró al otro lado otra estancia, vasta, enorme. Estaba débilmente iluminada, y la escasa luz permitía tan sólo ver un suelo de mármol negro, las paredes desnudas, el techo liso y oscuro... y la multitud de Hombres de Metal que la llenaban. Y, simultáneamente, la habitación donde se hallaba Maol ganó en luz, brilló esplendorosamente, deslumbrante de color.

—No te muevas —dijo la voz a su espalda—. No has de hacer nada. Permanece inmóvil, así. Ahora levanta lentamente una mano..., así. Nada más.

Todos los Hombres de Metal, al otro lado de la pared transparente, miraban hacia allá. Vieron su gesto. Y, todos a una se arrodillaron humildemente. Inclinaron sus cabezas. Y le adoraron.

Era el *Hombre...*, su dios.

—¿Y...? —dijo la voz del cubo.

Maol hinchó el pecho. No comprendía demasiado, pero aquello le gustaba. Miró la masa de cuerpos de metal arrodillados ante él. Entendió que le rendían su tributo, y se sintió importante. Sonrió. El orgullo de su raza estaba haciendo nido en su pecho.

—Quiero a Tana —dijo imperativamente.

—La tendrás —respondió la voz.

El planeta de los sueños

Alfonso Álvarez Villar

Resumen del diario de a bordo del capitán O'Brien, comandante de la nave «Arturo», y fallecido (?) en acto de servicio en el Planeta X-23-2 del área cósmica 1.328.

Día 3 de marzo del año 273 de la era cósmica.

—Hemos llegado al planeta X-23-2. No ha habido dificultades en el planetizaje. Elegimos como lugar de descenso lo que parece ser el punto central de una gran ciudad. A orillas de un mar de sangre por la reflexión de los rayos de la estrella X-23, que los antiguos astrónomos denominaban Antares, de la Constelación de Escorpio.

El Teniente Morgan deseaba cuanto antes explorar las extrañas estructuras de plástico que son los edificios de esta ciudad. Todo parece desierto, pero le he negado el permiso. No quiero que se repita lo que ocurrió hace veintitrés años en una expedición al planeta K-17-2: toda la expedición cayó en una trampa tendida por los humanoides de aquel astro. He ordenado a todos los miembros de la tripulación que estén ojo avizor y que no se aparten más de veinte metros de la aeronave.

Día 4 de marzo del año 273 de la era cósmica.

—Cuesta trabajo acostumbrarse a este sol gigantesco que sigue su curso imperturbable, como un gran rubí clavado en el cielo. Antares (prefiero llamarlo así que no con las siglas frías del catálogo astronómico interplanetario) es una estrella todavía joven. Dentro de algunos miles de millones de años este planeta será inhabitable: al convertirse su sol en una estrella amarilla, se fundirá como un helado de fresa. ¿Saben esto los habitantes de X-23-2? ¿Lo sabían, suponiendo que hayan perecido? Pero esto es algo que no me compete.

Anoche sopló un viento helado. Era estremecedor oír el aullido de este aire oxigenado que enlentece nuestros pulsos. Salí un solo momento de la nave y me pareció oír un sonido extraño: como el de una melodía salvaje interpretada por esas extrañas figuras de plástico que parecen de pesadilla. El físico Fernández me explicó, sin embargo, el fenómeno: las casas de este planeta son como teclas de un xilofón, que vibran con tonos diferentes al ser sacudidas por el viento. El químico Grelly sostuvo la tesis de que éste era un efecto voluntario, y aventuró la sospecha de que cada una de las ciudades que hemos descubierto en nuestro *round* emite una melodía diferente; algo así como los signos nacionales que existían cuando la Tierra aún se hallaba dividida por fronteras políticas.

Día 5 de marzo del año 273 de la era cósmica.

—Seguimos sin distinguir a los habitantes de este extraño planeta tan diferente y al mismo tiempo tan semejante a nuestra Tierra. Pero es que, como se sabe, el reglamento exige una espera de cuarenta y ocho horas antes de emprender una exploración de reconocimiento. Necesitamos analizar con más detenimiento los datos del analizador de atmósferas, de los magnetómetros, contadores de radioactividad, bioexploradores, etcétera. Fernández me ha comunicado que sus instrumentos registran un foco radiactivo situado aproximadamente a unos pocos kilómetros de aquí. Tomaremos las oportunas medidas. Se trata de una fuente muy poco intensa, pero, de todas maneras, haremos una investigación más adelante.

La doctora Schneider me ha informado de algo que me ha sorprendido: ni aplicando el microscopio de rayos cósmicos ha conseguido descubrir ninguna muestra de vida en el polvo y en las muestras de aire recogidas por ella. Esto es sorprendente, porque en cualquier planeta habitado el número de microorganismos por centímetro cúbico es inmenso. No se puede concebir la existencia de seres superiores sin la de esas bacterias o virus que los protegen o que, por el contrario, actúan de parásitos. Y quiero registrar también una paradoja que nos llenó de asombro ya al acercarnos al planeta: X-23-2 no posee ninguna vegetación. ¿Cómo pudo, pues, haberse desarrollado una vida inteligente sin que hayan permanecido por lo menos restos de una vida vegetal previa? Esto va en contra de las normas de la evolución biológica, porque no cabe duda de que estas extrañas construcciones son obra de seres racionales: lo demuestra su disposición ordenada, su estructuración «urbanística».

La doctora Schneider ha estado más de una hora charlando conmigo acerca de estos hechos tan extraños. Morgan se siente intranquilo y teme que nos hallemos en frente de un enemigo realmente peligroso. Respaldado por los dos artilleros de la tripulación, me ha pedido que lanzásemos unas cuantas bombas termonucleares sobre las ciudades de este planeta. Afirma, en efecto, que de la misma forma que los habitantes de X-23-2 han logrado destruir *toda clase de vida* nos pueden destruir a nosotros si antes no les destruimos a ellos. Yo le he respondido que el reglamento me prohíbe tomar medidas defensivas a menos que los habitantes de un planeta ofrezcan un solo indicio de hostilidad y se haya demostrado, al mismo tiempo, que están en condiciones de causar daños a la nave y a sus tripulantes. La Ley es la Ley. La doctora Schneider estaba presente y me ha dirigido una mirada de gratitud.

Día 6 de marzo del 273 E.C.

—Hoy por fin nos hemos decidido a explorar los alrededores, alejándonos de la astronave. Avanzamos en grupos de dos. Yo elegí como compañero a la doctora Schneider. Morgan se aventuró con Fernández. Naukratis y Zombe, los dos artilleros, fueron juntos. Grelly quedó en la astronave con el segundo copiloto, Gersen. No

hicimos uso de los turbo orugas, pero íbamos armados hasta los dientes.

¡Qué extrañas construcciones las de los habitantes de X-23-2! Su disposición no es la de nuestras ciudades: las leyes urbanísticas parecen ajenas a cualquier metrópoli humana. Podría esperarse que todas estas edificaciones fuesen de un solo color, el rojo. Pero no es así. Precisamente lo primero que nos sorprendió es que estas ciudades parecían como camafeos antiguos por la variedad de sus tonalidades cromáticas. Hay casas de color esmeralda, otras refulgen como turquesas. Pero el berilio de color de miel, el ágata de color verde oscuro, la amatista violeta y el jaspé lechoso se hallan esparcidos por doquier como engastados en un suelo que es de consistencia muy blanda, como si se tratase de goma.

La doctora Schneider y yo hemos admirado además la forma de estas extrañas construcciones. Ninguna de esas casas o palacios posee, en efecto, una forma definida y al mismo tiempo son lo más hermoso que pueda imaginarse un ser humano. Me recuerdan a esos caramelos gastados por los niños o a los objetos mágicos que pintaba hace trece siglos un tal Ivés Tanguy. En realidad, la fantasía les puede imprimir la forma que uno desee, como si se tratase de nubes o de rocas. La doctora y yo coincidíamos raras veces en asignar a un determinado edificio la forma de un mismo animal, planta u objeto. Quizá los habitantes de X-23-2 se deleitaban en este juego de fantasía, aunque el utilizar aquí el pretérito imperfecto sea aventurado, ya que no sabemos si esos habitantes aún existen.

Me preguntarán, sin duda alguna, los superiores que lean este diario de a bordo el por qué no entramos en ninguno de estos edificios. Pero la respuesta es muy sencilla: ninguno de ellos tiene puertas; son como gemas preciosas, magníficamente pulidas, que no presentan ni siquiera la más mínima fisura. Inspeccionamos una por una las casas, sin la menor esperanza de poder introducirnos en ellas. Nos limitamos, pues, a arrimar nuestras frentes a sus muros lisos o combados, que son fríos como el hielo, y lo único que pudimos conseguir fue entrever una serie de objetos cubiertos que se transparentan apenas a través de los muros. Morgan, al unírnos de nuevo en la astronave, me confesó que se había sentido tentado de disparar su desintegradora para abrirse paso a través de los muros.

Pero lo que nos sobrecogió a la doctora Schneider y a mí fue la visión de varias superficies pequeñas o grandes desprovistas de edificaciones de cualquier tipo, aunque sí atravesadas por las mismas sendas «almohadilladas». Entre una senda y otra pisamos tierra auténtica, pero desnuda de toda vegetación. Vimos, eso sí, *hondonadas distribuidas caprichosamente, como si alguien hubiese arrancado de allí unos árboles, unos arbustos o unas matas de flores*. La doctora Schneider recogió muestras de aquellos terrones removidos. ¿Quién pudo destruir aquellos parques y zonas verdes, naturales o artificiales?

Esta misma noche la doctora Schneider ha mirado al microscópico de rayos cósmicos. Mientras, volvía a sonar la sinfonía orgiástica interpretada por ese xilofón de piedras preciosas que es la ciudad que nos rodea. Por primera vez desde que

partimos de la Tierra he tenido que infundir ánimos a los miembros de la tripulación.

7 de marzo del 273 E.C.

—La doctora Schneider y yo hemos estado examinando los extraños corpúsculos descubiertos en las muestras de tierra que recogimos ayer. El microscopio de rayos cósmicos ha conseguido detectarlos, tras una serie de ensayos infructuosos. Son pequeños núcleos del tamaño de una sola molécula. Su forma es la de una esfera perfecta rodeada de un aro translúcido. Este aro representa algo así, supone la doctora Schneider, como una cápsula protectora. La semejanza con las bacterias esporuladas es sorprendente. El químico Grelly realizó un laborioso microanálisis. El espectrógrafo de rayos ultravioleta y la ordenadora electrónica cuentaelementos nos confirman en la idea de que se trata de seres vivos mucho más elementales que los virus de nuestra Tierra o los que hasta estos momentos han sido descubiertos en otros planetas. La constitución de la molécula es la de un compuesto cuaternario extraordinariamente simple.

La visión con luz polarizada reveló además sorprendentes cualidades ópticas. Se trata indudablemente de un nucleótido desconocido en nuestro planeta. Para hacer más desconcertante esa imagen, el halo que lo envuelve resultó ser un simple gel de sílice. ¡He aquí la única vida que existe en X-23-2!

Mientras tanto, Morgan y los demás hombres, cuando estábamos discutiendo el alcance de estos hallazgos, entró en el laboratorio uno de los artilleros, Zombe, con los ojos fuera de las órbitas. Me sorprendió, en efecto, el contraste tan marcado entre el blanco de sus escleróticas y el color negro de su piel de congoleño. Le tuvimos que arrojar un vaso de agua fría en el rostro y sólo así se serenó. Le preguntamos por el motivo de su estado de terror, y entonces, tartamudeando de una manera lamentable, nos dijo que había visto fantasmas en aquellas casas misteriosas que tan impenetrables nos habían parecido el día anterior.

Pude rehacer los hechos de la siguiente manera: siguiendo mis instrucciones, Morgan y los demás miembros de la tripulación, que se habían alejado de la astronave, intentaron perforar las paredes de alguna de las casas. Pronto se reveló que el soplete oxídrico era incapaz de fundir las estructuras. Sólo el soplete de plasma logró convertir en una masa fundida algunos trozos de pared. Por el boquete entraron varios de los hombres y allí se encontraron con una sorpresa mayúscula: los edificios no eran más que inmensos ataúdes.

Dejando a Zombe de vigilante en la astronave nos dirigimos, la doctora Schneider y yo, hacia el lugar donde se hallaban mis hombres. Entré por la brecha y pude confirmar las palabras del artillero: flotando sobre el suelo se hallaban tendidos en decúbito supino dos esqueletos: el de un hombre y una mujer. Porque eran efectivamente seres humanos los que allí se hallaban durmiendo el sueño de la eternidad. En cuanto al mecanismo de flotación fue muy fácil descubrirlo: consistía en un colchón electrostático mucho más blando que cualquiera de los que utilizamos

en la Tierra para dormir o para descansar. Pero había algo que nos heló la sangre en las venas: aquellos esqueletos carecían de cabeza, aunque era evidente que la habían poseído. Quién había cometido aquel acto vandálico de decapitar a aquellos seres antes o después de muertos?

Hay otra cosa que no puedo comprender: aun suponiendo que aquellos edificios fuesen mausoleos y no casas, ¿cómo es posible que no contuvieran ni un solo mueble «visible»? Digo «visible», porque repetidas veces tropezamos con formas del espacio que mostraban una resistencia al ser atravesadas. El electrómetro detectó en aquellos lugares poderosas condensaciones electrónicas que podrían servir de sillas, de mesas o de enseres de cualquier tipo. Habría sido, en efecto, muy interesante el contemplar a los «indígenas» sentados en el aire y comiendo encima de una mesa completamente fantasmagórica, pero más sólida que una tabla de acero o de madera de teca.

Hemos perforado otros edificios. En todos ellos hemos descubierto el mismo espectáculo. Sólo que unas veces aparecía una sola persona, otras dos y a veces tres y más, de diferentes edades y sexos. Todos ellos prendidos en el inevitable colchón electrostático y decapitados.

El químico Grelly ha demostrado a última hora que el material del que se hallaban construidas esas casas, mausoleos o como quiera llamárseles, corresponde a lo que llamamos nosotros «polímeros artificiales». Son, en otras palabras, sustancias plásticas de un elevadísimo poder de fusión. Además, contienen sales de cobalto, de hierro, de cobre, de manganeso, etcétera, que dan infinitas coloraciones a la masa. ¡Magníficos ceramistas y vidrieros éstos, que supieron encadenar en sus propias viviendas y bajo un sol monótonamente rojo, todos los encantos del arco iris!

La doctora Schneider ha introducido en varios huevos de gallina pequeñas tomas de esas esferas infinitesimales que vimos esta mañana en la pantalla del microscopio de rayos cósmicos.

8 de marzo del 273 E.C.

—Esta mañana la doctora Schneider y yo hemos descubierto algo que nos ha llenado de temor. Tendremos que guardar el secreto ante los restantes tripulantes del «Arturo» para no desmoralizarles completamente.

La doctora Schneider había sembrado en quince huevos de gallina esas muestras de tierra contaminada con los virus descubiertos ayer mismo. Estos huevos «sembrados» habían permanecido sólo ocho horas en el armario bacteriológico, pero, ¡cuál no sería nuestra sorpresa al descubrir que debajo de las cáscaras había desaparecido todo resto de sustancia orgánica! Hicimos una toma de los cascarones y descubrimos que estaba materialmente sembrado de infinitas esferas diminutas. ¡El virus había destruido, pues, en el plazo de ocho horas varios gramos de grasas, hidratos de carbono, albúminas, etcétera! El poder destructor de este microorganismo, más pequeño que cualquiera de los conocidos hasta ahora por el hombre es, pues, terrible. Porque al mismo tiempo es inmune contra todos los antibióticos y

bacteriostáticos de que actualmente disponemos: la doctrina Schneider lo ha confirmado tras una larga serie de laboriosos experimentos.

Sólo los desinfectantes poderosos, como el ácido sulfúrico, el ácido fénico y, por supuesto, el fuego los destruyen. He dado órdenes a la doctora Schneider de que calcine las muestras de tierra y los cascarones de huevos contaminados. ¿Qué sucedería, en efecto, si este virus fuese patógeno para el hombre?

Y ahora una terrible sospecha me asalta: ¿No es muy probable que la causa de la destrucción de los habitantes de X-23-2 haya sido, precisamente, este virus? La única objeción es el macabro espectáculo de esos esqueletos sistemáticamente decapitados que seguimos encontrando por doquier. Mis hombres comienzan a sentirse intranquilos. Se quejan de que se les haya destinado a un planeta que parece un cementerio. Zombe, que como buen africano es supersticioso, ha comenzado a contar a sus compañeros no sé qué extrañas apariciones. He tenido que ordenarle que guarde silencio para no ensombrecer aún más los ánimos.

Fernández sigue detectando un foco de radiación situado a unos pocos kilómetros de distancia. Posiblemente se trate de una mina de uranio o de un yacimiento de sustancias radiactivas explotado, quizás, por los habitantes de este planeta.

9 de marzo del 273 E.C.

—La doctora Schneider y yo hemos realizado un descubrimiento casual, íbamos caminando por una de las calles que conducen al mar cuando se me ocurrió silbar una tonadilla. De repente vimos que se abría un hueco en forma circular en una casa situada a la derecha. Repetimos el silbido varias veces sin que se produjera ningún otro efecto. Indudablemente, el mundo de los habitantes de X-23-2 se hallaba fundado más en el mundo del sonido que en el de la vista. ¡Dominaban la naturaleza mediante notas musicales! Por ejemplo, las puertas de sus casas no necesitaban llaves. Bastaba emitir el tono exacto para que los muros de la mansión, acordados a estas vibraciones, se convirtieran en permeables. Reuní a los miembros de la tripulación y durante unas horas aquella ciudad se convirtió en una orgía de sonidos de todos los tipos. Desgraciadamente, no disponíamos de diapasones y sí sólo de algunos zumbadores electrónicos. Zombe había traído, sin embargo, un banjo, y el físico Fernández una guitarra. Con la ayuda de nuestras cuerdas vocales y de los instrumentos musicales o técnicos conseguimos «abrir» una docena de casas que no nos ofrecieron otro espectáculo que el consabido: la vista de uno o más esqueletos decapitados.

Por cierto, según la doctora Schneider, esos esqueletos parecen de una antigüedad incalculable, y, hecho aún mucho más sorprendente, las pruebas de carbono-14 demuestran, por el contrario, que son recentísimos: datan de menos de doscientos años. Pero hay que tener en cuenta los efectos malignos del virus recién descubierto. Lo cierto es que los huesos también están plagados de esas minúsculas esferas, aunque en estado de esporas, esto es, provistas de un halo de sílice, como las que

encontramos en las muestras de tierra. Las descubiertas en los huevos carecían de ese halo, lo que nos demuestra que se hallaban en estado activo.

He pasado todo el día y las primeras horas de la noche entretenido en los análisis de la doctora Schneider y de Grelly. Los demás miembros de la tripulación parece que están más contentos después de su jornada melódica en la que, por cierto, se ha puesto de relieve el mal oído de algunos de mis hombres.

Esta noche vuelve a soplar el viento musical que nos ha hecho estremecer en otras ocasiones. Empiezo a comprender la psicología de los habitantes de X-23-2, pero aunque ya estoy completamente seguro de la causa de su extinción, aún quedan muchos enigmas que resolver.

10 de marzo del 273 E.C.

—He tenido un sueño espantoso: me hallaba con la doctora Schneider mirando el fondo de un estanque de forma cuadrada. En él flotaban minúsculos pececillos. Nuestros rostros se reflejaban en el agua dorada por el sol terrestre de color amarillo. De repente, aquellos pececillos inofensivos aumentaron de tamaño e intentaron mordernos. Nosotros nos alejábamos del estanque, pero allá abajo, a nuestros pies, contemplábamos las olas del mar. Este mar primero era azul, pero luego adquiría un color de sangre. Y lo que es más espantoso: parecía vivo, puesto que en contra de las leyes de la gravedad, subía por una montaña muy empinada como dirigiéndose a nuestro encuentro. Una voz muy extraña se oía a nuestra derecha, advirtiéndonos del peligro. «Marchaos antes de que os moje el mar», decía. Volvíamos la vista hacia donde se había escuchado la voz, pero no veíamos nada. El mar seguía subiendo y ya nos lamía los pies, pero en ese momento me desperté bañado en sudor.

Transcribo este sueño en un diario oficial, en aparente desobediencia del Reglamento, por el siguiente hecho: me había pedido Morgan y alguno de los demás hombres que les permitiera dirigirse al mar para darse un baño, ya que la mañana era realmente calurosa. Fernández, por su parte, afirmaba que la fuente radiactiva procedía precisamente del mar. Yo les hice las oportunas advertencias. Les concedí la autorización que me pedían, puesto que era necesario tenerles entretenidos en algo, aún más después de aquellas macabras escenas de los días anteriores. Y entonces sucedió un hecho verdaderamente sorprendente que todavía no he acabado de explicarme: la doctora Schneider hizo en broma un comentario que demostraba que ella había soñado lo mismo que yo.

En realidad, no se trata de dos sueños idénticos, sino que encierran, por así decir, los mismos elementos: la visión del estanque, los pececillos que se convierten en monstruos sanguinarios y la de un mar de color purpúreo que intenta anegarnos, sin que falte la voz premonitoria. En el caso del sueño de la doctora Schneider, ella se halla a bordo de un hidroavión muy antiguo y las olas adquieren la forma de brazos que dirigen feroces puñetazos a los costados de la embarcación.

La doctora Schneider me ha tranquilizado, sin embargo, respecto a esta extraña

coincidencia. Es lógico —dice— que tras haber experimentado las mismas experiencias traumatizantes, tengamos sueños tan parecidos. Pero no quiero dejar de anotar este detalle curioso en el diario.

11 marzo del 273 E.C.

—Escapa a las leyes del azar y a las del psicoanálisis el que la doctora Schneider y yo hayamos vuelto a soñar lo mismo, o, mejor dicho, casi lo mismo. En este segundo sueño misterioso me veía en una especie de museo anatómico. Inmensos frascos llenos hasta el cuello de líquidos antiputrefacción contenían cabezas de todos los tamaños. No parecían cabezas humanas, en realidad, pero tampoco de animales. Y lo que es más terrible: estaba convencido de que todas esas cabezas me miraban a mí.

De repente, comenzaba a sentir que estaba perdiendo mi dentadura. Una tras otra mis piezas dentarias iban cayendo al suelo. Aparecía entonces la doctora Schneider que me decía: «para que no mueras tengo que cortarte la cabeza y colocarla en un frasco como éstos que hay aquí». Me desperté horrorizado.

Más me horroricé, sin embargo, cuando la doctora Schneider me contó «su versión» de ese mismo sueño: «Se hallaba en un cementerio, pero en un cementerio muy especial en el que las criptas eran traslúcidas y de diversos colores como el de los edificios de esta ciudad. Dentro de ellas había cráneos, y lo más curioso es que todas las órbitas miraban en una sola dirección: hacia mí. Emma se me acercaba, pero al estrecharme la mano observaba como una mezcla de repugnancia y de compasión, que me deshacía en una masa pútrida. Sobrenadando en ella quedaba mi cabeza y entonces con un escalpelo comenzaba a disecarme la piel de la cara, a pesar de mis protestas, puesto que así por lo menos quedaría a salvo mi cerebro. En ese punto se despertaba».

Mis hombres han vuelto al mar. Dentro de tres días partiremos, no sin antes complacer a Fernández, que quiere localizar la fuente radiactiva. Todo esto no augura nada bueno. Comienzo a ser supersticioso y a creer en la capacidad profética de los sueños. La doctora Schneider también está atemorizada. Dejaré en manos de una segunda expedición el aclarar todos estos enigmas, especialmente el porqué de esas mutilaciones masivas de los esqueletos.

12 de marzo del 273 E.C.

—Dejando solo un centinela en la astronave nos hemos dirigido toda la tripulación a la orilla del mar. La mañana era tan calurosa como la de ayer. La playa de esta ciudad, cuyo nombre posiblemente desconozcamos para siempre, se extiende varios kilómetros. Sólo hacia el Norte y hacia el Sur dos elevados promontorios rompen la monotonía del paisaje. Las arenas son de color dorado y los rayos sanguinolentos de Antares les prestan tonalidades imposibles de describir con el lenguaje habitual. Son finas y suaves al tacto, y al dejarlas transcurrir entre los dedos parecen como la lluvia de oro que fecundó a Danae. El mar se extendía ante nuestra

vista sin más accidentes geográficos que unas cuantas rocas. Se oía el romper de las olas como si se tratase de nuestros océanos y por un momento, cerrando los ojos, me creí transportado a nuestra Tierra. Pero el color de este mar es rojo púrpura, debido a la especial reflexión y reflexión de las radiaciones de Antares. Parece en realidad, un mar de sangre, como el que apareció en mis sueños. Sólo se diferencia de aquel otro, producto de mi fantasía durmiente, en que parecía más tranquilo que el azogue de un espejo. Sin el color rojo azulado hubiese parecido nuestro Mediterráneo.

Nos hemos zambullido todos. La temperatura del agua es ideal. Un análisis químico efectuado previamente nos había demostrado que no contenía sustancias tóxicas, aunque sí una proporción de sales muy diferentes a las de la Tierra: en especial, cloruro de rubidio que le da un sabor dulce.

Lo verdaderamente maravilloso es el fondo. Hemos visto esqueletos de corales que no hubiésemos podido soñar siquiera encontrar en la Tierra. Formaban, en efecto, como tubos de órganos de todos los tamaños y grosores. Otros se hallaban entrelazados como hilos de una tela de araña. Provistos de las escafandras penetramos a través de un bosque mágico de árboles fosilizados. Un bosque por cierto completamente deshabitado, ya que en ningún momento encontramos ni un solo pez o ser viviente de cualquier tipo.

Pero lo sorprendente no era la visión de aquellas ramas de color esmeralda, turquesa o zafiro, sino los acordes sonoros que producen las corrientes ascendentes del mar al penetrar por las oquedades del coral. He hablado antes de tubos de órganos, pero es que lo son, en el sentido musical de la palabra. Sólo que su sonido es muy diferente al de nuestros instrumentos. Todos esos restos de lo que fueron antaño animales vivos forman la orquesta más extraordinaria que haya podido concebir el oído humano. Una orquesta, por cierto, muy curiosa: el soplo de los pulmones es sustituido por las corrientes de agua, y el golpeteo de los metales, de las cuerdas o de las membranas de piel por el entrechocar de las moléculas líquidas con las manos calcáreas.

Hemos permanecido durante horas extasiados por este concierto natural. Posiblemente los habitantes de este planeta sentían la misma sensación de gratitud que nosotros. La prueba es que hemos encontrado restos metálicos que debieron pertenecer a las máscaras submarinas utilizadas por los habitantes de X-23-2.

Era necesario actuar y por eso registramos en el audígrafo algunos fragmentos de esta gran melodía oceánica que nos ha mantenido atónitos a todos nosotros hasta poco antes de que el rojo sol de este planeta desapareciera por el horizonte.

Quiero terminar el diario correspondiente a este día con un último descubrimiento en el que pienso profundizar mañana: recorriendo con los prismáticos de largo alcance el horizonte, ha descubierto una pequeña isla. Sin duda alguna, este hecho aislado parecería baladí si no poseyese una característica que la hace destacar de todos los otros datos geográficos recogidos hasta el momento: la coloración de esta isla es diferente a la de las demás. No sé si será una alucinación mía, pero el caso es

que creí distinguir, apurando la potencia de los prismáticos y mi capacidad visual, que esta isla contiene una cierta vegetación. Morgan y la doctora Schneider han confirmado esta suposición mía y por si ya no bastase lo enigmático de este hallazgo, Fernández enfocó hacia allí su detector de radiaciones, con la sorpresa mayúscula de que ¡esa isla era precisamente el foco que había intentado localizar desde el primer día de nuestra llegada a este planeta!

13 de marzo del 273 E.C.

—La doctora Schneider me ha levantado precipitadamente: ha descubierto que las muestras de restos fósiles coralinos recogidos por ella contienen esporas de ese virus tan extraño que descubrimos hace algunos días en los terrones del jardín destruido. No he revelado este descubrimiento a mis hombres. Temo crear en ellos una psicosis de pánico. ¿Estaremos ya contaminados? Todos hemos tenido ocasión de ponernos en contacto con los corales. Algunos de los hombres sufrieron heridas de pequeña importancia al tropezar con las minúsculas espículas o con las puntas de aquel bosque mágico que ayer exploramos ampliamente.

Pero hay algo que me preocupa mucho más: el descubrimiento del enigma. Al fin y al cabo es posible que el cuerpo humano posea antígenos suficientes para evitar la infección. ¿No estamos rodeados en la Tierra por infinidad de bacterias y virus completamente inofensivos gracias a nuestros anticuerpos? Mañana haremos una expedición a la isla misteriosa. Creo que distará unos veinte kilómetros de la costa.

14 de marzo del 273 E.C.

—La expedición no se ha podido realizar. Los sueños han sido confirmados: dos de los hombres se hallan enfermos. Se trata de Fernández y de Grelly. Tienen la piel hinchada y enrojecida. Sus ojos parecen salirse de las órbitas. La doctora Schneider ha tenido mucho trabajo en su clínica. Ha aplicado pomadas de cortisona a grandes dosis, antibióticos y toda su farmacopea antiinflamatoria, pero con resultados hasta ahora nulos. Y lo que es más terrible: la biopsia de los tejidos demuestra la presencia del «virus circular».

15 de marzo del año 273 E. C.

—He vuelto a tener un sueño muy extraño: la piel se me iba cayendo a pedazos, pero en el momento en que me creí perdido, una fuerza misteriosa me empujaba hacia la isla que entrevimos anteayer. Allí en el centro había un panteón de mármol negro con letras doradas que expresaban no sé qué pensamiento en un lenguaje desconocido para mí; posiblemente, griego, por el alfabeto utilizado. Entraba en el panteón y allí tropezaba con dos ángeles de bronce que hacían como de guardianes de una pasarela que yo debía atravesar. Pasaba, en efecto, algo así como un puente y al otro extremo se hallaba una mujer de edad madura, de rasgos parecidos a los de la doctora Schneider, que me ofreció en un canastillo algo transparente que ella iba desembrollando: era una piel nueva. La mujer me aseguraba que aquella piel no

perecería nunca, y en ese momento me desperté.

De nuevo se ha vuelto a repetir la coincidencia: la doctora Schneider ha soñado algo parecido. Pero ahora no tenemos tiempo para interpretar sueños. Otros dos hombres se hallan enfermos. Se trata de los dos artilleros, Naukratis y Zombe. En cuanto a Grelly y Fernández han empeorado, aunque conservan plena lucidez. Para su propio mal, porque el espectáculo que muestra su piel es verdaderamente aterrador. Todos los síntomas son de una lepra que avanza rápidamente, en contraste con la que en otros tiempos existía en nuestro planeta: la debida al bacilo de Hansen. Por lo menos esto es lo que afirma la doctora Schneider. No creo que regresemos vivos a la Tierra.

16 de marzo del 273 E.C.

—De ahora en adelante este diario de a bordo se va a convertir durante los pocos días que me quedan de vida en un diario íntimo, o si se quiere, en un testamento. Prescindo, pues, de todos los formulismos del Reglamento.

Morgan se ha insubordinado. Pretendía que zarpásemos inmediatamente con destino al Planeta habitado más próximo. Yo le hice ver lo absurdo de su plan, ya que, aun en el mejor de los casos, tardaríamos tres meses en encontrarnos con un crucero auxiliar y seis en arribar al planeta más cercano. Naturalmente, mucho antes de que alcanzásemos cualquiera de esas dos metas, la astronave «Arturo» se habría convertido en un ataúd viviente. Me objetaron que preferían morir en la astronave que en un planeta extraño, y entonces yo les informé de la última esperanza que aún nos quedaba: la existencia de una isla distinta al resto del paisaje de aquel planeta y, sobre todo, los mensajes de aquellos sueños que la doctora Schneider y yo habíamos tenido. Morgan se mofó de todas estas interpretaciones mías, y amenazándome con un arma fue preguntando uno a uno de los tripulantes si preferían quedarse en el Planeta X-23-2 o partir con él en el «Arturo». Sólo Emma y yo decidimos quedarnos aquí.

17 de marzo del 273 E.C.

—Morgan y el resto de la tripulación han partido esta mañana. Antes del despegue pude enterarme de que el proceso de destrucción de la piel continuaba su curso en los cuatro enfermos. En Grelly y en Fernández, por ejemplo, ya habían aparecido pequeños focos purulentos, localizados en las manos y en la cara. Los dos únicos tripulantes canos hasta entonces, Morgan y Gersen, padecían ya los primeros síntomas de la infección. Emma supone que no duraremos ninguno de nosotros más allá de una semana, porque ella no duda que el virus terminará extendiéndose a los órganos profundos.

Debemos agradecer a Morgan que nos haya dejado suficientes alimentos para sobrevivir. La turbomotora, con la que pretendemos llegar a la isla misteriosa, y una buena dosis de medicamentos y de analgésicos. Pensamos, en efecto, que no

tardaremos en caer enfermos como todos los demás. Pero ellos errarán hasta la consumación de los siglos entre los espacios vacíos. A nosotros nos aguardan, por el contrario, las entrañas de un planeta, o, ¡quién sabe!, la esperanza de algo que hemos entrevisto o que nos *han* hecho entrever en nuestros sueños.

Cuando el «Arturo» arrancó permanecemos largo tiempo contemplando la estela de llamas que se alejaba de nosotros. Agitamos nuestros brazos en señal de despedida. Perdono de todo corazón a Morgan, que en el último momento me pidió disculpas por su rebeldía.

Quiero dejar constancia aquí, por encima de todo, de que desde hace varios meses estoy enamorado de Emma y que ella me corresponde en ese amor, sólo que el Reglamento nos ha prohibido hasta ahora expresar esta atracción mutua con algo más que nuestras miradas y nuestras preferencias. Emma me dice que mañana estaremos enfermos y por eso nos hemos apresurado a celebrar esta misma noche un matrimonio que será sólo un cortísimo pasadizo hacia la muerte. Irónicamente, he tenido que ser novio y juez al mismo tiempo. Mi camarote nos ha servido de cuarto nupcial. Nos hemos amado con toda la rabia de las criaturas efímeras que saben que lo son.

17 de marzo del 273 E.C.

—Emma y yo hemos amanecido con la piel ligeramente hinchada y enrojecida. Era lo que esperábamos y por eso no nos sentimos sorprendidos cuando al despertar el uno en brazos del otro pudimos descubrirnos a la recíproca los signos premonitores de la muerte. Pero a mí no me importa que el rostro y que la piel de Emma queden desfigurados por la enfermedad. Hay algo que este virus no logrará desfigurar nunca: la bondad y la inteligencia de esta mujer. Eso es lo que amaré a lo largo de estos cuatro o cinco días que me quedan de vida.

Hemos arrastrado la turbomotora hacia la orilla del mar. Navegamos ahora hacia la isla misteriosa. Parecemos una pareja de enamorados que realizan un crucero por el Mediterráneo a bordo de un pequeño yate.

Al llegar a la isla descubrimos que estaba rodeada por un cinturón radiactivo. La dosis es letal, pero no nos importa. Esto no acorta nuestra agonía.

Allá a pocos metros de la orilla aparece una vegetación lujuriante. Son árboles en cierto modo parecidos a los de los trópicos terrestres. Pero ahora no nos interesa su descripción: nuestros compatriotas que lleguen hasta aquí, después de suficientemente prevenidos por las páginas de este diario, sabrán proceder a su clasificación y estudio.

Es algo verdaderamente terrible. Ésta es la Isla de los Muertos. Son inmensas galerías excavadas en un inmenso bloque de plástico y a derecha e izquierda de cada galería miles de cráneos nos miran con expresión siniestra. Los cráneos se hallan contenidos en pequeños nichos que contienen soluciones nutritivas a la misma temperatura que la del cuerpo. El intercambio de los elementos y de los productos de

desecho está automáticamente regulado para toda la eternidad, o por lo menos hasta que X-23-2 desaparezca volatilizado por Antares. Y dentro de esos cráneos hay cerebros que sueñan y que nos hacen soñar a nosotros...

He hablado de Isla de los Muertos, pero es, en realidad, la Isla de los Sueños. Estos cerebros se pusieron en contacto con nosotros desde los primeros días de nuestra llegada al planeta, pero ahora nos envuelven con poderosos seudópodos psíquicos, nos introducen poderosamente en su mundo onírico. Dentro de un momento volveremos a estar con ellos. Sólo nos han permitido depositar este diario en este túmulo que ha de servir de aviso a los tripulantes de la segunda expedición terrestre que acudirá en vano para socorrernos.

Los cerebros nos han propuesto el único medio para escapar de la muerte: el que utilizaron ellos cuando el «virus circular» se apoderó del planeta. Entonces aplicaron en escala masiva una técnica que ya habían empleado en otras enfermedades o en accidentes irreparables: aislar el cerebro con su protección ósea correspondiente y mantenerlo vivo durante miles de años. El resto del cuerpo quedaba abandonado, hasta convertirse en ceniza.

Cuando se detectó la infección, equipos móviles fueron decapitando por todas las casas a enfermos y no enfermos. Grandes expediciones de cabezas pasaron así a los nichos de la Isla de los Sueños. A su vez, los decapitadores humanos fueron decapitados por servomecanismos, que ejecutaban con rapidez y perfección esta extraña cirugía de la inmortalidad. Casi toda la población de X-23-2 se halla, pues, en estas islas rodeadas de un cinturón mágico de radiaciones gamma que aniquila el virus cuando la dosis radiactiva alcanza una cifra letal para el propio organismo humano.

Los cerebros nos han entreabierto un mundo nuevo: el de los sueños. El cerebro de Emma y el mío no vivirán, en efecto, aislados en sus nichos respectivos. Mediante el sueño entrarán en contacto. Un mundo con posibilidades infinitas se abre delante de nosotros. Podremos, en efecto, Emma y yo recorrer aquella zona del espacio que ambos deseamos recorrer de común acuerdo. Con el mismo sentido de la realidad que en los sueños, por supuesto. Entrecruzaremos nuestras manos y fundiremos nuestros cuerpos, por ejemplo, a orillas de un Sena imaginario, más maravilloso aún que el real, porque no contendrá los aspectos negativos de la materia. O bien nos deslizaremos vertiginosos sobre nuestros esquíes por los escarpados ventisqueros de Suiza.

Y, claro está: todos los millares de cerebros que se hallan en la isla pueden ser nuestros amigos. Uniremos, pues, nuestro pequeño trozo de hilo a una inmensa trama fantástica que no se desteje nunca y que cambia cada hora como la visión multicolor de un caleidoscopio.

Dentro de una hora volveremos a la Isla de los Sueños para ponernos a la disposición de los servomecanismos. Estoy casi ciego y me es muy difícil seguir escribiendo este diario, pero la luz mental que me envían los cerebros me servirá de

guía. Emma me conduce además hacia la playa en donde nos espera la turbomotora. Soñaremos, pues, juntos durante millones de años, pero, ¿es que acaso la vida de los hombres no es un sueño?

Televisiolandia

Alfonso Álvarez Villar

El terminal de televisión anunció el inmediato encendido con su sintonía característica de arpas celestiales. Ramírez levantó automáticamente su vista del tomo de la Enciclopedia que estaba consultando en esos momentos.

El despacho era confortable. Un insonorizado perfecto lo aislaba del mundo exterior. Allí sólo se respiraba el polen de la ciencia. Múltiples enciclopedias alineadas a lo largo de las estanterías y hasta un sistema automático electrónico de *information retrieval* se hallaban dispuestos para fecundar los millones de óvulos cerebrales de Ramírez.

En aquella estancia se apretujaba todo el tesoro de información que la humanidad había ido apilando paulatinamente, como una alcancía gigantesca en la que alternaban la calderilla con los doblones de oro de ley. Un inteligente tecleto en el mando del informador y rápidamente aparecían en la pantallita gris perla el zigzaguo fosforescente de los resultados de los últimos partidos de béisbol, la lista completa de los reyes visigodos de España o la biografía de Beethoven. Y por si acaso fallaban los discos de memoria, cabía siempre el recurso de las enciclopedias.

Ramírez era un hombre enclenque, de pelo entre castaño y rojizo, de ojos opacos por el contacto de las microlentillas. Embutido en su butaca de suspensión magnética, parecía uno de esos muñecos de trapo que las damas de antaño colocaban en sus camas para disimular la ausencia del marido. Ante la inminente aparición de su jefe, se anudó el lazo de la corbata, alisó los pliegues de su chaqueta y aguardó unos instantes.

—Ramírez, ha sido usted elegido para presentarse en el concurso «Cien millones para el más listo». Posiblemente sepa usted que corresponde al canal 28 de televisión y que está patrocinado por el «desodorante Pérez».

El que aparecía ahora en la pantalla de televisión era el jefe del Negociado de Concursos del Consejo Superior de Investigaciones Espaciales. Un hombre de complexión maciza que ocupaba casi todo el plano de la pantalla. Su faz era cuadrada como la de un bulldog y los ojos parecían salirsele de la doble dimensión.

—¿Cuándo empezamos, jefe? —se atrevió a preguntar tímidamente Ramírez intentando alejar de su mente la imagen de una quisquilla apareciendo en el terminal instalado sobre el despacho de su superior.

—Dentro de una semana. Debe usted pasar antes por un entrenamiento especial de atletismo, porque las computadoras han demostrado que el veinte por ciento de las pruebas que se exigen para el concurso «Cien millones para el más listo» consisten en

ejercicios de este tipo. Creo que en lo demás está usted bien preparado... ¡Ahí, se me olvidaba. Los cien millones son para que nuestra patria colabore en el proyecto de lanzamiento de un cohete tripulado hacia el planeta Marte. De usted depende el que este proyecto se lleve a cabo o que, por el contrario, se retrase un año más. Corto.

No era ésta la primera vez que Ramírez había intervenido en un concurso «cara al público», pero había sido en un programa poco importante: en esos espacios de sobremesa que duran unos pocos minutos. Le habían obligado a adivinar qué significaban ciertos cuadros pictóricos representados por señoritas vestidas con ropa muy escasa. Había actuado entonces por su propia cuenta, porque se trataba de un programa para «amateurs». Eso le había valido el puesto en el Consejo Superior de Investigaciones Espaciales, con la categoría de «concurante de segunda».

Llevaba dos años esperando aquella magnífica oportunidad, lo que le había permitido atiborrarse a base de un pudding cultural en el que tenían la misma importancia las ecuaciones relativistas y las marcas usuales de la ropa interior de señora. Además, había aprendido a distinguir un vino de 15 grados de otro de 14, a comerse metros enteros de spaghetti sin que ninguno de ellos se le cayera de la boca, y ese elevado número de actividades de toda índole que suele practicar el *homo sapiens*. Y, por supuesto, saltaba como nadie el potro, y a pesar de su apariencia débil, dominaba el arte de las anillas, del jiu-jitsu y del lanzamiento de disco.

Los científicos del Consejo Superior de Investigaciones Espaciales debían ya estar al corriente del asunto, porque apenas salió de su despacho Ramírez sintió que una oleada de admiración y de simpatía le rodeaba por doquier. Él no era tan soberbio como otros concursantes, que miraban por encima del hombro al resto de los mortales que no habían tenido nunca el privilegio de aparecer en ninguna de las cadenas de televisión. Por eso, hasta sonrió con camaradería a los investigadores de ambos sexos que salían de sus laboratorios para estrecharle efusivamente la mano y desearle un gran éxito en su empresa.

—Señor Ramírez —se atrevió a insinuarle una jovencita recién doctorada en Ciencias Físicas—. Todos nosotros esperamos de usted el poder prolongar nuestro contrato para el año próximo.

Y pensó Ramírez que aquella joven científica lo que deseaba también era poder casarse sin necesidad de tener que arrebatar unos cuantos créditos, posando desnuda para los fotógrafos.

—Estos científicos son muy buena gente —pensó para sí Ramírez—. Lo malo es que se opina de ellos que no estudian para concursar y se contentan sólo con saber.

Bajó en el ascensor a la sala de entrenamientos gimnásticos. Allí estaba Ordóñez, el jefe del Negociado de Atletismo.

—¿Qué tal, muchacho? Vas a tener que estar sometido durante una semana a un entrenamiento especial —le espetó inmediatamente.

También había llegado a la planta baja la noticia de su destino. El equipo de médicos comenzó a explorarle metódicamente. Las placas radiográficas se sucedían

ininterrumpidamente. Siguieron también los análisis de sangre y de líquido cefalorraquídeo. Le palpaban y le auscultaban sin compasión alguna, como si se tratara de una especie procedente de aquel planeta que la raza humana iba a descubrir gracias a la intervención decisiva de Ramírez.

Luego tuvo que saltar el potro, realizar varios ejercicios de anillas, subir por una cuerda de nudos y atravesar, con la mayor rapidez posible, las aguas de una piscina, en diversos estilos de natación. Ordóñez era implacable, y el pito no dejaba de resonar hasta que el sudor perlaba las sienes de Ramírez. Porque el cronómetro puntuaba fríamente y los dinamómetros se resistían a acercarse al punto óptimo.

—Te encuentro un poco birrioso, pero voy a hacer de ti el mejor atleta del mundo —terminó Ordóñez dándole una fuerte palmada en la espalda que casi le hizo caerse de bruces.

Le señaló la puerta porque la sirena del edificio indicaba el final de la jornada laboral.

Entró en un bar a tomarse una copa. Las banquetas que se hallaban situadas en lugares estratégicos, delante de los treinta aparatos de televisión que retransmitían cada uno las treinta cadenas televisivas del país, se hallaban ocupadas. Pero se alegró de que estuvieran vacías, en cambio, las de la esquina de la barra. Tomó, pues, asiento al lado de un hombretón de pelo cano y de faz cetrina que sorbía con fruición un largo vaso lleno hasta los bordes de whisky con hielo.

El camarero tardó en servirle, porque en esos momentos se estaba retransmitiendo algo muy interesante en el canal número 27. Ramírez hubiera deseado en ese momento enmarcar su rostro en una pantalla para atraer la atención del moroso. Pero el gintonic llegó. Por supuesto, era una de las marcas más anunciadas en televisión.

—¡Hombre! Yo le conozco a usted de algo —pronunció en esos momentos el vecino de al lado, levantando su vista de los témpanos lechosos que flotaban en el líquido ambarino.

Ramírez también creía reconocerle. ¿Había intervenido en algún programa de televisión? Pero el otro lo negó.

—Yo sí que creo haberle visto a usted en el programa 18 o en el 19. En fin, da lo mismo; no lo recuerdo. ¿Fue en un concurso patrocinado por «Sujetadores Pepita»? —Y al decir esto miraba insistentemente el busto de una muchacha que estaba abstraída contemplando no sé qué programa del canal 3.

Pero no, Ramírez no había intervenido en ese programa, sino en otro de «amateurs». Luego resultó que ambos vivían en la misma casa, frente por frente, y que por eso se conocían de vista. Regresaron, pues, juntos en uno de los asientos de la pista rodante. Y como en la pista rodante las autoridades municipales habían instalado inteligentemente algunos aparatos de televisión pudieron deleitarse durante el viaje con un telefilm del Oeste.

Ramírez superó una semana agotadora. Había tenido también que intervenir el psiquiatra especialista en concursantes para serenar sus nervios e infundirle confianza en sí mismo. Un psicoanálisis ultrarrápido mediante drogas psicodélicas había barrido de su inconsciente los últimos restos de su complejo de Edipo aún no lo suficientemente resuelto que hubiera sido peligroso para el éxito, ya que a veces las emisoras de televisión no utilizaban presentadoras «sexy», sino algo maternas.

Había aprendido ahora a preparar arroz de doscientas maneras diferentes, a reconocer por las piernas a todas las actrices de televisión y a clasificar en un santiamén todos los cuadros de los museos más famosos del mundo.

La orden del jefe del Negociado de Concursos le llegó en una posición muy rara: mientras hacía «el pino» en el gimnasio. Vio de nuevo la cara de bulldog, pero curiosamente invertida. Los mostachos le parecían unos inmensos ojos mongólicos o unas antenas de coleóptero, que se movían rítmicamente.

—Preséntese en la Sala de Tests, Ramírez. Tenemos que proceder a una prueba final.

Subió en el ascensor a la planta quinta. Allí reinaba la terrible computadora AY-2327, con su memoria magnética en la que se habían almacenado los problemas de cientos de concursos anteriores procedentes de todas las cadenas del país y hasta de más allá de las fronteras. Televidente ideal, aunque no fuera capaz de comprar nada sino de hacer gastar a sus sostenedores, contemplaba simultáneamente y durante todas las horas del día los múltiples programas de televisión que chisporroteaban de las antenas. Luego clasificaba y abstraía, y bajo el mandato de los técnicos seleccionaba al azar las preguntas de un determinado concurso o de todos los concursos.

En el laboratorio se hallaba el director general del Consejo Superior de Investigaciones Espaciales. Ramírez nunca le había visto cara a cara, pero la solemnidad del momento justificaba esa condescendencia del alto jefe. Y, por supuesto, allí se hallaba presente toda la plana mayor del Consejo Superior de Investigaciones Espaciales. Ellos se habían constituido en el Jurado inapelable de este concurso-miniatura.

—Esté usted atento a la pantalla, Ramírez —ordenó el hombre de cara de bulldog.

Y Ramírez pudo darse cuenta de que su jefe era, en realidad, menos feo de lo que aparecía en la pantalla. Pero no era éste el momento más adecuado para intimar con él.

La computadora era más perfecta de lo que se había imaginado Ramírez. Lo maravilloso de ella es que no solamente repetía pruebas que ya habían sido presentadas tiempo atrás en cualquier emisora de televisión, sino que se convertía en un mezclador de probabilidades, puesto que combinaba maquinalmente los elementos aislados de cada prueba.

Apareció el primer problema. Una presentadora robot —que era la suma de las

facciones de todas las presentadoras de televisión— se dirigió a Ramírez.

—Prueba número uno. Debe usted llegar en cuatro patas a esa escudilla que está en el rincón del estudio. Tiene usted que cogerla con los dientes y traerla hasta aquí en el menor tiempo posible y sin derramar una sola gota de líquido. ¿Ha comprendido?... Tiempo, 30 segundos.

Interrumpieron la transmisión para traer una escudilla, y Ramírez se dispuso a recorrer la habitación sobre las cuatro extremidades. Se oyó el golpe de un gong y Ramírez inició el gateo. El mismo director general del Consejo Superior de Investigaciones Espaciales manejaba el cronómetro.

Ramírez superó la primera prueba y la siguiente, que consistía en imitar el lenguaje de distintos animales, incluyendo el asno. Pero falló en la tercera prueba.

La tercera prueba consistía, ni más ni menos, que en ponerle a una señorita las medias, en el menor tiempo posible, sin rompérselas y sin hacerle cosquillas. Una de las mecanógrafas del Centro se prestó a la experiencia, pero Ramírez se puso nervioso y el tiempo transcurrió sin que le hubiera colocado correctamente un solo broche de las ligas.

—García —rugió el director general—, ¿qué hacen ustedes que no le han proporcionado a Ramírez más experiencia con mujeres?

Y el jefe del Negociado de Concursantes masculló unas disculpas.

¡Menos mal que Ramírez se desquitó en la cuarta, en la quinta y en la sexta pruebas! Porque según el jurado consiguió un rendimiento superior al *average* exigido en esas condiciones. La primera consistía en coger una pera con los dientes, estando boca abajo y en equilibrio sobre los brazos; la segunda en un test de destreza manipulativa, y la tercera en disfrazarse de indio apache.

Y, por supuesto, también el resultado fue óptimo en las pruebas culturales propiamente dichas: reconocimiento por la forma del bigote de los jugadores de fútbol más destacados del mundo, identificación de cierta catedral gótica e interpretación correcta del himno nacional de las cinco últimas repúblicas independientes africanas.

Al final, el jurado de altos jefes no pudo contenerse y prorrumpió en un aplauso entusiasta. Todos aquellos científicos veían ya a la raza humana pisando las arenas rojizas de Marte. Un nuevo planeta ganado para la televisión, y ya la imaginación calenturienta de los humanos veía millones de marcianos comprando los sopicaldos Zeta, las medias Equis o las neveras H.

Ramírez tuvo que posar ante docenas de fotógrafos, que le apuñalaban los ojos con chorros continuos de luz. Ya comenzaba a ser popular, porque el programa «Cien millones para el más listo» era el más importante de todos. Si ganaba el concurso, no sólo su patria podría participar en la primera expedición humana al planeta Marte, sino que además él, en cuanto funcionario del Estado, podría disfrutar de unos ingresos extra. Por ejemplo, le contratarían con toda seguridad para anunciar el

receptor de televisión «Panergit», el brandy «Chisposo» o el insuperable flan «Chinito».

Además, había gustos para todo. ¡Quién sabe si los directivos de «Play girls» no le harían proposiciones para que posara desnudo ante un lectorado de amas de casa otoñales o de jovencitas de cuarto año de bachillerato! De ahí a que el poderoso partido populista o el integrista de derechas le eligieran candidato a senador en las próximas elecciones mediaba sólo un paso.

Ahora una multitud inmensa se agolpaba en derredor de los estudios de la cadena número 18, y los gendarmes tenían que intervenir para proteger a los concursantes de la curiosidad de las masas. Oyó algunos comentarios irónicos sobre su delgadez y su cabeza de decápodo, pero hizo como si no hubiera escuchado nada. Así hasta que unos ujieres les condujeron al vestíbulo del edificio.

¡Y allí estaba la encantadora Leticia, una de las presentadoras más populares de la televisión! Llevaba una falda muy corta, tan corta que apenas dejaba lugar para la imaginación. Unas medias que despedían un suave fulgor plateado repetían en sus moléculas los neones de los pasillos.

Y tampoco quedaba lugar para la fantasía, arriba en la porción superior del traje..., de tal manera que las miradas se clavaban como las dos puntas de un compás en los dos extremos de aquel cuerpo adorable. Y luego se juntaban voluptuosamente en el pecho erguido y elástico de aquella muchacha encantadora, que todas las noches hacía cometer un adulterio mental a más de cincuenta millones de telespectadores.

—Bienvenidos a la cadena 18 —les dijo—. Y su boca se abrió en un mohín irresistible, enseñando unos dientes que habían anunciado innumerables veces el dentífrico «Denticlorina».

Los concursantes se miraron confusos antes de estrechar la mano suave y perfumada que les tendía Leticia. Habían soñado durante muchos meses en aquel contacto carnal y ahora les parecía sufrir un espejismo.

Leticia les condujo a una salita aislada de las miradas inoportunas de los curiosos. Tomó asiento en un sofá y cruzó de tal manera las piernas que terminó de expulsar definitivamente a la imaginación.

—¿Están ustedes nerviosos? —aún tuvo la ocurrencia de preguntarles, pensando sin duda ingenuamente que sólo les preocupaba la prueba en la que iban a intervenir.

—Estando usted delante, creo que nos sentiremos más seguros —se atrevió a romper el fuego el concursante que había enviado la Dirección General de Enseñanza Primaria.

Era un hombre grueso, de tez rubicunda, con manos carnosas y uñas cortas y que procuraba ocultar la curva de su abdomen estirándose la chaqueta.

—Lo que deseamos es comenzar cuanto antes —intervino acto seguido el concursante de la Dirección General de Arqueología, sin reparar en el sentido freudiano de sus palabras.

Y, por supuesto, la que estaba menos nerviosa era la señorita María Gómez, que,

para su suerte, era completamente ajena al encanto de la señorita Leticia.

María era, al parecer, la única concursante libre del equipo, aunque numerosas entidades oficiales y organizaciones benéficas esperaban de ella, en el caso de que triunfase, un porcentaje bastante elevado de donativos.

Charlaron de todo. Hasta del tiempo, o mejor dicho, de las predicciones meteorológicas anunciadas en las cadenas de televisión, o del último eclipse de luna que habían visto todos los telespectadores a través de las pantallas.

El gordo, que se llamaba Sánchez, tenía puesta sobre su actuación futura todas las miradas de los maestros del país. Si no ganaba el concurso se quedaría sin gratificación de Navidades. En cuanto a las aspiraciones del representante de la Dirección General de Arqueología, un hombre enjuto, cargado de espaldas y de perfil rabino, podían interesar a un menor número de personas, pero la derrota habría supuesto, en cambio, una peligrosa detención para un estudio importantísimo: el de la civilización carpctovetónica, de la que se habían encontrado restos de plazas de toros en el valle del Guadalquivir.

Mientras hablaban, una cámara indiscreta iba tomando detalladamente sus expresiones y sus palabras. Era un artificio de la cadena 18 y de la gentil Leticia, sirena de la televisión, contra cuyos escollos estrellaban sus apéndices nasales cien millones de telespectadores.

Después de tomar unas copas pasaron al estudio principal de la cadena 18.

Allí estaban montados todos los artefactos con los que se les iba a torturar durante una hora interminable. Primero les habían maquillado. Sólo María Gómez estaba tranquila, y hasta se atrevía a coquetear con los cámaras y con los técnicos de sonido.

La misma situación que en esos momentos reinaba en el punto de destino de las ondas electromagnéticas, se reflejaba también en el ejército de operadores, atrezzistas y demás personal técnico, que sabían que aquella emisión iba a salir directamente al espacio.

El realizador, después de estrechar la mano a los concursantes, subió a su cabina y desde allí hizo sonar la chicharra que ordenaba el más absoluto silencio. El programa había empezado, y la encantadora Leticia extrajo de sus músculos faciales la más encantadora de las sonrisas. La cámara simuló un desliz y comenzó enfocando sus piernas esculturales.

Leticia hizo la presentación de los concursantes. Hablaba de tres hombres de ciencia que iban a luchar contra la representante del bello sexo, una desvalida señorita, sin más armas ni más recursos que los de su feminidad. Pero había que perdonarles, porque, al fin y al cabo, se habían presentado para aumentar el alcance de la Ciencia. Casualmente (y esta imagen no había salido del cerebro de la encantadora Leticia, sino del director, porque de aquella cabeza no salían más que encantadoras sonrisas), en aquella ocasión se reunían tres ramas de la cultura: la Pedagogía, sin la que toda ciencia era imposible; la ciencia que avanza hacia abajo (la

Arqueología), y la ciencia que avanza hacia arriba (la Astronáutica). ¿Quién de ellos ganaría? Dentro de una hora los señores telespectadores conocerían el resultado. Pero, en último caso, «Desodorante Pérez» se hallaba al servicio del bien y de la verdad, porque sin el desodorante Pérez era imposible aspirar el aroma de las virtudes de la raza humana, etc.

Antes de penetrar en el estudio, Ramírez, Sánchez y el arqueólogo, que se llamaba Del Rosal, habían llegado a un acuerdo. Un acuerdo que estaban dispuestos a respetar por encima de todo. Y que se había precipitado en unos breves instantes, de la misma forma que dos reactivos que han permanecido sin mezclarse durante mucho tiempo, producen el milagro en una fracción de segundo.

La primera prueba la enviaba un tal José Gutiérrez Fernández, doctor en Ciencias Matemáticas. Aparecieron cuatro guapas muchachas, tan ligeras de ropa que las cámaras tenían que hacer auténticas filigranas para que la Liga de la Decencia no ordenara suspender la emisión. Pero como transportaban sendas bicicletas, los encantos quedaban más encubiertos.

Se entregó una bicicleta a cada concursante y pasaron a una especie de pista de circo. La prueba consistía en mantenerse con la bicicleta dentro de un estrecho callejón, de tal manera que si alguna de las ruedas tocaba una de las cintas se establecía un contacto eléctrico y se computaba como un error.

Tomaron unas pajitas de la mano de Leticia, y a María Gómez le tocó ser la primera.

María recorrió con soltura la pista, girando a derecha e izquierda y mostrando a todos los telespectadores que era la mejor amazona de las dos ruedas. Pero en el último momento se despistó y fue a caer estrepitosamente, levantando ante la cámara indiscreta un revuelo de enaguas almidonadas.

Sánchez, Ramírez y Del Rosal hicieron su recorrido con discreción, cometiendo sólo pequeños errores. El jurado dio la victoria a Ramírez, y María protestó de que su bicicleta no estuviera lo suficientemente engrasada. Pero la encantadora Leticia detuvo su protesta con un mohín delicioso y no ocurrió nada más.

María Gómez ganó, sin embargo, la segunda prueba, que consistía en reconocer quién era el quinto marido de la famosa actriz de televisión Elsa Skordreg, entre un montón de fotografías. Ramírez se equivocó y eligió a un presidente de una República hispanoamericana; Sánchez escogió a un torero y Del Rosal a una imagen retocada de San Francisco de Asís.

Leticia tuvo un gesto de parcialidad hacia su congénere, que, a pesar de todo, afirmó que podría haber acertado la solución antes si las fotografías hubiesen estado mejor hechas.

En la tercera prueba también ganó María. Se trataba de confeccionar unas croquetas de picadillo. Unos guapos muchachos esperaban en la mesa de un restaurant a que les sirvieran las croquetas en cuestión. Y, claro está, las de María llegaron mucho antes. Cuando terminó la prueba, los tres hombres estaban

empolvados de harina hasta las cejas. Y las cámaras se complacieron en tomar primerísimos planos de las apariencias de clown de los concursantes masculinos.

—Me imagino que las señoras y señoritas que están atendiendo a «Cien millones para el más listo» se afirmarán en su idea de que las mujeres seguimos siendo imprescindibles para los hombres.

Un operador oportuno se encargó de palpar con los ojos de su cámara esta sublime verdad.

La cuarta prueba era, sin embargo, cultural. Se introducía a los concursantes, uno por uno y con los ojos cerrados, en un ambiente en el que los atrezzistas habían colocado diversas máquinas que sonaban con estrépito. Un señorita tan *sexy* como todas las que habían salido hasta entonces iba esparciendo con un perfumador una densa nebulosa de naturaleza desconocida. La prueba consistía en reconocer no por el sonido, sino por el olor, en qué lugar se hallaba el concursante.

María, a quien le había correspondido por sorteo el comenzar la prueba, confesó que no estaba acostumbrada a esos malos olores y que, por lo tanto, ignoraba la solución exacta. Pero Sánchez y Del Rosal afirmaron que se hallaban en un vagón del metro en una hora punta. Lo que olían era a sudor y a suciedad. Ganó de todas formas Ramírez, porque había tardado menos tiempo en alcanzar el diagnóstico. Y entonces Leticia aprovechó la ocasión para hacer un oportuno inciso y recomendar a los telespectadores que los malos olores del Metro se podían evitar gracias al «Desodorante Pérez».

La quinta prueba era también cultural. Aparecieron sucesivamente paisajes lunares y de planetas desconocidos y se obligaba a los concursantes, embutidos en sendas escafandras, a marchar de acuerdo a las condiciones de gravedad que reinaba en esos planetas. María caminó erguida en todos ellos y moviendo graciosamente sus caderas. Y sólo Ramírez fue el que acertó con el paso exacto: es decir, dando saltos en la Luna y arrastrándose penosamente sobre Júpiter y sobre Saturno, hasta no poder dar un solo paso. Volvió a ganar Ramírez, que tenía ya dos pruebas a su favor.

Pero fue Sánchez el que ganó con su ingeniosidad la sexta prueba.

Se trataba de una escena de vaudeville. Se había preparado un lecho matrimonial y al lado un armario muy pequeño. En el caso de los tres concursantes masculinos, yacía tendida en la cama una hermosa muchacha, desmelenada y en camisón (la Liga de la Decencia no permitía que fuese transparente). Entraba un hombre hercúleo, de unos dos metros de altura, agitando frenéticamente un bastón y profiriendo amenazas contra su mujer que «le estaba engañando». Abría la puerta del armario y se encontraba con el concursante, esto es, el hipotético seductor, al que la dirección del programa le había impuesto, sin embargo, la obligación de aparecer desnudo. En el caso de María, se trataba de un adúltero, y era la esposa (también una mujer de aspecto imponente) la que entraba gritando, mientras el marido infiel permanecía en pijama, sentado en el lecho. El programa consistía en resolver la situación de la manera más ingeniosa posible.

María resolvió bastante bien la situación fingiendo que era la doncella recién contratada por la señora y que al saber que ésta era muy celosa se había refugiado allí para no atraer sus iras.

Ramírez, por su parte, se hizo el loco y comenzó dando grandes zancadas por la habitación, con la mano metida en la chaqueta, mientras afirmaba que era Napoleón y que aquella mujer era Josefina. Del Rosal se limitó a presentar disculpas. Fue Sánchez el que se llevó la mayoría de los votos del jurado al decir que él era ebanista y que había venido a arreglar aquel armario, habiéndose quedado empotrado en él por estar tan grueso.

—Y luego dicen que somos astutas —comentó la encantadora Leticia guiñando picarescamente un ojo.

Y dio paso al resto de las pruebas, hasta un total de diez. Del Rosal ganó la séptima: reconocer una época histórica y una civilización a través de un peinado. Las muchachas que desfilaban eran también bellísimas. Volvió a ganar María una prueba que consistió en bailar un minué con damas y caballeros dieciochescos.

La prueba del paso de una superficie resbaladiza fue ganada por Del Rosal, que no tuvo que ponerse sobre sus cuatro extremidades para conseguir alcanzar la meta, sin perder el equilibrio. Fue probablemente la prueba que más hizo reír a los señores telespectadores, que secretamente esperaban alguna rotura de clavícula.

Pero Ramírez triunfó en las dos pruebas restantes, la novena y la décima. Consistían en jugar a la rana (un juego ahora casi extinguido), e imitar la marcha de varios animales (incluyendo el canguro). A María le costó mucho trabajo algunos de estos pasos, y por eso protestó una vez más.

Había acabado el concurso. Ahora viajaban Ramírez, Sánchez y Del Rosal en un coche que les transportaba al aeropuerto. Se habían repartido la ganancia. La subvención a los maestros nacionales, la civilización carpetovénica y la expedición a Marte contaban con treinta y tres millones de créditos cada una, en dinero contante y sonante. Habían hecho el depósito convenientemente y ahora comenzaba su plan meditado desde hacía varios días, en diversos contactos, desde el momento en que se enteraron que iban a participar en aquel concurso. Quedaba un millón para ellos; lo suficiente para huir a un país en el que pudieran dedicar sus conocimientos a aquello que les interesaba: al disfrute del conocimiento por sí mismo.

Y sólo quedaban algunos países que se hallaran en esas condiciones: la mayor parte de las Repúblicas africanas. Televisolandia iba a quedar muy atrás. Allá lejos les esperaban unos países en donde la gente pagaba directamente a la investigación, a la enseñanza y a la beneficencia, sin que mediaran los «Desodorantes Pérez» ni los «Cosméticos Jiménez». Allí, libres de la tiranía de la televisión, podrían tratar de tú a tú a las personas, y no enmarcadas en los cuatro barrotes de la pequeña pantalla.

Ramírez ahora se dedicaba a su ciencia favorita, a la Psicología. Había hecho ya

unos interesantes estudios sobre las mitologías de aquellos pueblos africanos que se ubican en donde el Níger tuerce su brazo para introducirlo en las aguas frías del Atlántico. Del Rosal estaba realizando por su parte unas excavaciones, y en cuanto a Sánchez, dirigía un colegio de segunda enseñanza que se iba a convertir dentro de poco en un Centro modelo.

Ramírez y Sánchez descansaban en su bungalow. La luz eléctrica iluminaba las nalgas de ébano y los pechos turgentes de sus doncellas negras que servían whisky con soda y ginebra a los dos ex concursantes.

—Esto sí que es vida —decía Sánchez, y exponía su pecho veloso a las ráfagas de los ventiladores.

—Decía Hegel que todo lo real es racional —continuó Ramírez, chupando con fruición de su larga pipa y manteniendo el hilo de sus pensamientos—, pero nuestra sociedad se había convertido en una mera apariencia de la realidad. Un genio del futuro había terminado diciendo que todo lo real es televisión. Pero aquí hemos vuelto a las cosas mismas.

—Exactamente, exactamente —añadió Sánchez, mientras propinaba un suave azote a una de las negras.

En ese momento sonó el timbre de la puerta del jardín. Partió una de las sirvientas y al cabo llegó acompañada de un correcto ejemplar de la raza bantú, vestido a la europea y con un bastón de empuñadura de plata en la mano derecha.

—Soy mister Robert Harrower —saludó ceremoniosamente, sin reparar en la desnudez de las dos muchachas negras ni en el atuendo desaliñado de los dos europeos.

Hubo unos carraspeos, una frase de introducción y luego el africano entró de lleno en el asunto.

—Nuestro Gobierno ha comprendido que para mantenerse al nivel de los países civilizados debe organizar sus programas de televisión. Estamos preparando ahora un concurso publicitario y, naturalmente, contamos con ustedes...

Pero no pudo terminar la frase. Los dos ex concursantes habían comenzado a darle patadas en las posaderas.

Por si soñamos

Alfonso Álvarez Villar

I

Alguien introdujo un dedo en el camino apresurado de un rayo gamma y el rayo gamma dejó de activar el mecanismo que mantendría oculta la mesa de conferencias.

Al mismo tiempo, quince altos consejeros del Ministerio de Investigaciones Parabiológicas golpearon rítmicamente con su nuca un mecanismo secreto, hasta que sus butacones bajaron por rampas ocultas, con un levísimo zumbido, para situarse alrededor de la mesa, en el punto exacto que les había asignado el protocolo.

Había durado todo un minuto exacto. Allí estaba el parapsicólogo Harrison, los neuroelectrónicos Ramírez y Fournier, los psicómetras Chen-Li y Fujimoto, el nexialista Mobutu, los neuroanatómicos Sánchez y Nigrelli, el neurocirujano Smith y los cinco parabiólogos oficiales del Centro.

Apareció por fin el presidente. Se abrió una escotilla, sonó un clic musical y el huevo fluorescente perdió su cascarón para dejar paso a la figura venerable del profesor Chang.

Hizo un gesto mágico con las manos y la oscuridad dejó de reinar en torno a la mesa sobre la que hasta entonces se había polarizado una luz lechosa, como la de una suspensión coloidal en la que flotaran extrañas burbujas de todos los colores.

Una cama, o algo que se parecía a una cama, flotaba ahora en el espacio. Los científicos sabían de sobra que desde todos los rincones de la estancia se estaba proyectando una diapositiva tridimensional.

El profesor Chang tenía ahora una campanita de plata, un instrumento que contrastaba con los sistemas electrónicos de alarma. Pero el venerable presidente de barbas nacaradas prefería utilizar a veces los juguetes de otros tiempos. Por eso, la voz de la campanilla tintineó dulce, como la voz de una mujer coqueta.

—Mis queridos colegas. No se asombren ustedes. Ésta es una cama vulgar y corriente, como las que se utilizaban en otras épocas. La mayor parte de nuestros antepasados utilizaron durante miles de años este artefacto para jugar todas las noches con la muerte. Cuando no morían despedazados en las carreteras o en los campos de combate, se recogían allí para emprender el juego final.

Ya todos los allí reunidos sabían de lo que se trataba. Hasta entonces habían enviado sus informes parciales al Departamento de Nexialismo. Estaban seguros de que la fase de tanteo había llegado a su término y de que el paso al más allá está

abierto. Por lo menos, la puerta de bronce había girado sobre sus goznes de hierro para permitirles espiar.

Ahora la habitación se encendió de un color rojo carmesí. Brotaban llamas voraces de las cuatro paredes, y una legión de demonios torturaba a unas criaturas humanas. La diapositiva era silenciosa, pero los gestos de las víctimas hablaban con gran elocuencia. La voz del presidente sonaba ahora como la del Padre Eterno:

—También durante muchísimos siglos, los hombres han pensado que más allá de la muerte se hallaba esta imagen que están ustedes contemplando, o también esta otra...

Y al decir esto cambió el panorama y apareció un paisaje primaveral, en el que hombres y mujeres, vestidos con largas túnicas, cogían manzanas de oro, probaban la fruta dorada de las naranjas o bebían directamente de las ubres de los unicornios una jeché espumeante.

Luego la luz se hizo más intensa y sólo se vio un sol brillante sobre el que llameaba un triángulo inscrito.

—¿Paraíso o infierno? Torturas y delicias físicas o espirituales. Pero también el miedo a la Nada.

Las luces se apagaron y cesó la voz del profesor Chang. La oscuridad se convirtió en un pulpo abisal que extraía sangre con todos sus tentáculos. Y al cabo de unos segundos de angustia los catorce científicos gritaron de terror.

—Señores —esta palabra quebró el maleficio y volvieron a brotar del negro bloque de la Nada la mesa de nácar y los quince sillones con sus quince ocupantes por cuyas frentes se deslizaban algunas gotas de angustia—, no han podido ustedes resistir, exactamente cinco segundos, la imagen de la Nada. Figúrense ustedes ahora a toda una humanidad que ha tenido siempre delante de sí este espectro... Ustedes han gritado. Pues bien, el grito de tantos billones de hombres se ha convertido al cabo de los siglos en mitos, en religiones, en prescripciones legales y en actos unas veces sublimes y otras repulsivos. Del grito del terror ante la Nada ha surgido la cultura, y al mismo tiempo la barbarie.

Los rostros de los catorce científicos estaban tensos. La luz delineaba exactamente sus rasgos y hasta las imperceptibles motas de polvo que se habían depositado en sus trajes. Todos querían hablar al mismo tiempo, pero dejaron al presidente terminar su introducción.

—Ahora bien, ninguno de ustedes sabe algo más acerca de la muerte que cualquier hombre del Paleolítico. La última pregunta queda sin contestar, la última pregunta que permitiría responder a otras. Quien conozca el secreto de la muerte conocerá, en efecto, el secreto del Universo.

El profesor Sánchez fue el primero en tomar la palabra: era un joven que había obtenido el 227 premio Nobel de Medicina. Tenía la faz cetrina. Era cejijunto y su barbilla despuntaba hacia adelante, como si quisiera propinar un puñetazo a sus interlocutores. Habló con cierta arrogancia.

—Me extraña, profesor Chang, que diga usted que la Humanidad desconoce el secreto de la muerte. Más allá de la vida sólo existe la Nada, y la Nada es pura nada, como ya lo dice su nombre.

—Opino lo mismo que Sánchez —añadió Fournier.

Los orientales Fujimoto y Chen Li sonreían con benevolencia, y el parabiólogo de origen hindú, Anakimanda, callaba perplejo, mirando el centro de la mesa.

—No hablan ustedes ahora como científicos, sino como entes embutidos de una larga tradición. ¿Qué afirmarían ustedes de un físico del siglo XIX que hubiera afirmado que entre los planetas sólo existía la Nada? Pero la Nada no existe: los planetas nadan en el espacio como los peces en el océano. Y el espacio no es vacío. ¿Por qué la muerte va a ser, pues, sólo vacío?

—¿Y qué pruebas tenemos de que más allá de la vida existe algo real, que es al mismo tiempo distinto a la vida? Porque sabemos que en el mundo físico la antimateria se contrapone a la materia.

—¿Y qué pruebas tiene usted de que sólo existe la Nada? —le interrumpió Anakimanda, deshaciendo a puñetazos la nebulosa de la abstracción en la que había estado sumergido hasta entonces.

Pero el profesor Chang continuó:

—Se van ustedes a reír de mí, quizá, por atreverme en pleno siglo XX a recordarles historias de aparecidos y de vampiros. La historia de la cultura ha mostrado que la mente humana posee desde el principio los gérmenes de todas las verdades y que estas verdades aparecen primero como símbolos y luego como juicios. Tenemos por eso que respetar todos los mitos de la Humanidad.

—Las experiencias realizadas con ciertas drogas, como la insulina, demuestran que podemos acercarnos al umbral de la muerte —añadió Nigrelli.

—Y estas experiencias —le quitó la palabra Fujimoto— son aterradoras, porque parece ser que en esos momentos el sujeto vive la experiencia de la Eternidad.

—Pero son sólo síntomas de unas neuronas intoxicadas, cuyo metabolismo se halla reducido casi a cero. No creo que pueda decirse nada acerca del más allá —objetó Sánchez.

Los catorce científicos se fraccionaron en pequeños grupos que polemizaban con pasión, y el presidente Chang tuvo que llamarle al orden con su esquililla de plata.

—Queridos colegas. Estamos introduciéndonos en la caverna de las opiniones. Yo quiero que sepan que no estamos aquí para discutir algo sobre lo que ha discutido toda la Humanidad durante miles de años. Voy a ofrecerles un designio experimental.

Todas las gargantas enmudecieron. Porque en las últimas palabras del profesor Chang estaba la respuesta a todas sus investigaciones, a todas sus horas de esfuerzo y de tensión nerviosa que habían dedicado durante un lustro entero, sin saber perfectamente cuál era el fin que el profesor Chang buscaba.

—Han trabajado ustedes bien y rápidamente en sus respectivos campos. Ahora les voy a mostrar las piezas del rompecabezas colocadas en su sitio. Perdonen que me

haya salido de la norma y esta entrevista no la hayamos tenido al principio de la investigación. He intentado con ello evitar que el escepticismo de muchos siglos embarazara sus pensamientos.

Dedos de luz convergieron en el espacio tiempo una diapositiva tridimensional. Era un modelo de apariencia vulgar. Parecía un microelectroencefalógrafo o un microneuromanipulador de gran precisión. Cualquiera podía haberlo transportado debajo del brazo, ya que consistía sólo en un panel de mandos con diales de tamaño reducido y un erizo de microelectrodos envueltos en una sustancia transparente.

—Éste es el *tanatizador*... Perdonen el neologismo. Con sus contribuciones parciales yo mismo lo he diseñado —continuó el profesor Chang.

—Parece un simple registrador muy perfeccionado de microondas neuronales —interrumpió Sánchez, pero sus compañeros le dirigieron una mirada de reproche.

—Y efectivamente lo es —sonrió con benevolencia el anciano profesor—. Pero es también un introductor de muerte... No se asusten ustedes: va paralizando la actividad cerebral paulatinamente, hasta que sólo queda un rescoldo de vida en la sustancia nerviosa. Por supuesto, esta paralización es reversible: el mismo *tanatizador* hace revivir al cerebro.

—En primer lugar —tomó la palabra el neurocirujano— quisiera preguntarle si se han tenido en cuenta los trastornos que esa interrupción de la actividad cerebral podría producir en otras partes del organismo. Me refiero concretamente a la circulación sanguínea, a la respiración, etc.

—Por supuesto, amigo Smith, hemos superpuesto al *tanatizador* un cerebro electrónico que controla por sí mismo todas las funciones vegetativas. Usted sabe que esto no es ningún problema... Diga usted, Anakimanda.

—Habla usted de una reversibilidad. ¿Se han hecho experiencias previas con el *tanatizador*? Me refiero a animales.

—Por supuesto que sí, y con resultados espectaculares. Lo hemos ensayado en mamíferos de todos los tipos y en chimpancés. Hasta ahora no hemos perdido el control del proceso en ninguno de los casos. Cualquier cerebro puede revivir cuando nosotros lo deseemos.

—¿Y en seres humanos? —le interrumpió Sánchez, y esta palabra fue un duro mazazo sobre la nuca de todos y cada uno de los científicos allí reunidos. Pero el profesor Chang seguía sonriendo.

—Aún no, querido Sánchez, pero aquí tenemos unos voluntarios.

Y al decir esto tecleó sobre la mesa como si estuviese tamborileando una melodía mental y se abrió una escotilla de una de las paredes. Dos sillones se situaron en el extremo opuesto a la presidencia. Transportaban a un hombre y una mujer.

—Tengo el gusto de presentarles al señor Prometeo y a la señorita Pandora. No importa el nombre auténtico de ellos.

El varón poseía una constitución atlética. Parecía hecho más con cemento y con flejes de acero que con carne. Y capitaneando este cuerpo macizo, un rostro

correctamente rasurado, unos ojos grandes y de mirada inteligente, una frente espaciosa, sin arruga alguna.

La manipulación del profesor Chang le había cogido desprevenido, por lo que tuvo que descruzar las piernas en señal de cortesía y borrar rápidamente de su cara una carcajada que en otro sitio alguien había hecho estallar.

La señorita Pandora también tenía una complexión atlética, pero dulcificada por la feminidad. Sus bucles castaños le llegaban hasta más abajo de las clavículas, como si quisieran disimular púdicamente la curva muy pronunciada de los senos. Sus ojos eran verdes y sus labios carnosos parecían también compartir la carcajada que su compañero había abortado.

—Permítame que antes de seguir adelante me excuse ante ustedes, queridos colegas —hizo un inciso Chang—. Ellos y no ustedes son los que van a correr la aventura de la muerte. Creo que para ustedes queda reservada la aventura del pensamiento, una vez regresen nuestros voluntarios de la región a la que les vamos a destinar.

—Suponiendo que exista —interrumpió Sánchez.

—Sí, suponiendo que exista, pero esto lo vamos a saber muy pronto.

—¿Cuándo? —preguntó alguien.

—Ahora mismo.

Y la mesa, los sillones y sus diecisiete ocupantes comenzaron a moverse hacia cualquiera de los puntos cardinales. Túneles extraños aparecían en las paredes, dejándoles paso. Rampas ocultas se abrían debajo de sus pies o ascensores silenciosos los deglutían para hacerlos ascender o descender a los distintos niveles del edificio. A los pocos segundos estaban en el Centro de Experimentación. La gran aventura iba a comenzar.

Estaban tendidos Prometeo y Pandora a sólo un metro de distancia y sobre dos cojinetes electrónicos que les mantenían a unos cincuenta centímetros del suelo. Los neurocirujanos habían cumplido a la perfección su tarea: microelectrodos colocados en lugares estratégicos del cerebro controlaban su nivel de actividad. El profesor Chang había preferido este método al de la manipulación por ondas de radio.

Numerosos monitores esparcidos a lo largo de los paneles del laboratorio señalaban la actividad de cada uno de los grupos de neuronas dirigidas por el tanatizador. Ahora todas ellas señalaban actividad cerebral.

Los monitores iban poco a poco emitiendo curvas cada vez más reptantes, hasta convertirse en líneas rectas que señalaban el descenso de la actividad eléctrica cerebral hasta el nivel de cero. Más adelante, la línea recta volvía a convertirse en una vertiente que culebreaba con rapidez, o en uno de esos microorganismos ondulantes que se observan al microscopio. Es que el doctor Chang quería controlar la capacidad de resurrección de las células nerviosas. Mientras, un sistema de circulación extracorpórea, de eliminación de excretas y de respiración circulaba a toda su

intensidad, dando vida a aquellos cuerpos que ya no eran regidos por el cerebro. Otros artefactos mantenían la temperatura corporal y el resto de las funciones neurovegetativas.

El equipo de científicos anotaba frenéticamente todos los datos registrables. Pero el misterio se hallaba situado más allá de su capacidad de observación. Pertenecía al fuero interno de los dos pioneros de la muerte. Habría que esperar a que despertaran de aquel simulacro de fallecimiento para comenzar a trazar los perfiles cartográficos del Nuevo Continente.

II

Robert (o Prometeo, como le había presentado el profesor Chang) sintió que caía por un pozo. No podía distinguir nada, porque además la aceleración terrible de la caída le impedía utilizar los músculos del cuello para contemplar el fondo o los costados de aquel túnel atterradoramente negro y silencioso. Y sobre todo comenzó a experimentar la sensación realmente insufrible de que estaba condenado a caer durante toda la eternidad. Intentó gritar y ninguna voz salía de su garganta. Procuró asirse con sus brazos a derecha e izquierda, pero le rodeaba por doquier el vacío más absoluto.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió recordar que se trataba de un experimento, que la sensación de caída pudiera deberse a cualquiera de los fenómenos que le habían explicado los psicólogos del Centro. Recordó también vagamente que se le había mencionado el hecho de que cuando la neurona alcanza un nivel de metabolismo muy bajo, el paciente experimenta la vivencia de eternidad, precisamente debido a un enlentecimiento de los procesos cerebrales. Y curiosamente pasó por su imaginación la lectura de una historia procedente del siglo XXI en la que un sujeto se había suicidado al ingerir drogas alucinógenas por no poder resistir esa sensación.

Pero al mismo tiempo pensó que posiblemente el experimento había fracasado, que él (Robert Norman) estaba realmente muerto. Más aún, creyó por un instante que sus primeros contactos con el profesor Chang, su recepción de aquella mañana por el equipo científico del Centro de Investigaciones Parabiológicas había sido un sueño. Decididamente, iba a volverse loco de un momento a otro, puesto que, incluso, comenzaba a dudar si él era realmente Robert Norman u otra persona: lo único evidente era aquella sensación de eternidad y aquella caída en el vacío, en el que era imposible palpar un solo asidero mental o táctil.

Luchó con todas sus fuerzas contra esta impresión de disgregación anímica que pretendía convertir en jirones su mente. Y le valió de mucho su entrenamiento psicológico en el Centro, en el que ya habían previsto las primeras fases de la experiencia.

De repente se oyó un chasquido seco. Parecía como si algún nervio hubiera quedado desgarrado, o como si alguien hubiese partido en dos un haz de leña seca. Y Robert se encontró de bruces sobre la arena de una playa.

Pero la visión era muy borrosa. La semejanza con un sueño era patente. El campo de la visión se limitaba a lo que tenía delante de sí en un momento dado. Era como si no fuera él el que mirase a los objetos, sino que los objetos se desplazaban diabólicamente para ser vistos por él. Además, no había relación entre los órganos de los sentidos. Sintió, por ejemplo, el contacto minúsculo de los granitos de arena sobre su boca, pero, en cambio, sus manos no tocaban nada, seguían debatiéndose en el

vacío.

Empezó a mirar hacia la derecha y creyó distinguir a una mujer que agitaba los brazos. Le pareció que era Pandora, pero fue solo un instante, porque en seguida distinguió delante de sí una inmensa sábana líquida que se agitaba como el pecho de una mujer. Había además extrañas formas flotando sobre el agua. Por ejemplo, una especie de tronco de árbol con forma de mamífero acuático.

El color del mar era completamente gris, y además era imposible distinguir el cielo, porque en aquel extraño paisaje no existía horizonte, sino que el mar se combaba hacia arriba, como intentando llenar toda la visión de los ojos. Tampoco podía distinguir cómo estaba él mismo vestido y en donde pisaba. Lo que se desarrollaba delante de su vista era como una película proyectada en una sala completamente oscura; fuera del marco de la pantalla era imposible distinguir nada. Y, por supuesto, el desarrollo de la película no dependía de él.

Pero lo que vio bastó para llenarle de espanto. El mar se hinchaba, como si fuese una vejiga de goma. Pronto la joroba alcanzaba unas dimensiones gigantescas y entonces se convertía en una ola que avanzaba contra él. No podía retroceder porque tenía los pies clavados en el suelo. Había que resignarse a la suerte y guarecerse en el pensamiento de que estaba sufriendo solo una experiencia.

La ola se precipitó sobre él. Tuvo la sensación terrible de que gravitaban varios kilómetros de agua por encima de sus pulmones y de que era completamente imposible emerger a la superficie ahogado y además laminado como una oblea de gelatina por varias toneladas de presión.

Comenzó a boquear con dificultad creciente. Sentía que un magma espeso, que no era agua ni tampoco cualquier cosa conocida, penetraba inexorablemente en sus bronquios y bronquiolos. Sintió también que se le escapaba el fluido mágico del oxígeno. Y en ese momento compadeció a todos los ahogados del mundo, a todos los que habían sufrido el martirio del garrote o de la horca, a todos los enterrados vivos, a todos los que, en fin, les había faltado en el último momento de su existencia algo tan trivial y al mismo tiempo tan importante como es el aire.

La angustia era tan espantosa que deseó realmente morir de una vez para siempre, suponiendo que más allá de la muerte sólo existiera la Nada y que en esos momentos no estuviera ya en el reino de los muertos. Sintió además una ira terrible contra los científicos que le habían inducido a tomar parte en aquella experiencia. Pero estas vivencias aparecían y desaparecían como meteoros sobre un fondo infinitamente negro de la angustia física y vital que no cesaba de atornillarle cada vez con más fuerza.

—Bajen a cero el último microelectrodo —ordenó el profesor Chang—. Y en ese momento todos los monitores que detectaban la actividad eléctrica cerebral de Prometeo dejaron de emitir su pitido característico. Robert había muerto, y por eso dejó en ese mismo instante de respirar con ansia el rico oxígeno que enviaban las

bombas a sus pulmones. Su rostro quedó rígido. Sólo el color carmín de las mejillas demostraba que no era un cadáver, sino un ser vivo.

Monique-Pandora giraba eternamente en un tiovivo que describía imperturbable su órbita circular, sin apartarse un solo milímetro del trayecto. Y todo sin un solo chasquido, sin el leve traqueteo de los carricoches de la feria que realizan su recorrido circular.

Intentó luchar contra el movimiento y le fue imposible. Lo más angustioso era la impresión de regularidad perfecta de aquella trayectoria circular. Luego empezó a sentir esas náuseas secas que no conocen el alivio del vómito.

Y de repente se encontró a orillas de una piscina de aguas negrísimas. Tuvo la impresión de que las aguas de aquel estanque llegaban hasta el mismo centro de la Tierra y empezó a sentir un tremendo terror a que alguien o algo la empujara hacia allí, sin que, por otra parte, pudiera mantenerse en la superficie.

Y, efectivamente, ese «algo» o ese «alguien» comenzó a empujarla. Inició su caída y sólo había un reborde de ladrillo rojo para sostenerse. Se agarró, pues, con todas sus fuerzas, con el agua ya hasta la cintura. Sólo veía el trozo de reborde, pero también la impresión era imperfecta: cambiaba continuamente, como en un sueño. Lo que sí era extraordinariamente vivo era la sensación de ser atraída irremisiblemente hacia abajo y el dolor en las palmas de las manos, unido a la sensación de enorme esfuerzo físico que tenía que desarrollar. Uno de los ladrillos se desprendió de su argamasa y Monique tuvo que agarrarse en otro lugar.

Pero los ladrillos se desmoronaban como si fuesen terrones de azúcar y Pandora perdió su último punto de sustentación.

El profesor Chang descendió a cero el voltaje del último de los microelectrodos de funcionamiento conectados con el cerebro de Pandora. Ésta dejó inmediatamente de flexionar y extender sus dedos, como si estuviera intentando agarrar una sábana que se le escapaba hacia sus pies. La vela de su vida lanzó sus últimos destellos y una dulce serenidad se adueñó de sus facciones.

Estaba ahora ante una pared. Un fuerte sol del mediodía hacía despedir chispas de las partículas de mica empotradas en los bloques de piedra. Robert se llevó instintivamente las manos a los ojos. Vivía ahora aquellos momentos no como si fueran los de un sueño, sino que aquello era ahora plenamente real.

Tocó el muro y experimentó el contacto tibio de la piedra acicalada en la bañera de los rayos solares. Sintió, incluso, con una gran precisión, las asperezas del material y el pinchazo de las pequeñas espículas de feldespato. Y bajo sus pies sentía un sueño compacto, un suelo fabricado curiosamente por adoquines hexagonales, de una regularidad espantosa.

Se volvió de espaldas a la pared y halló delante de sí una niebla preñada de hostilidad hacia él. Entre la niebla y la pared soleada apenas mediaban tres metros. El

suelo adoquinado terminaba allí bruscamente, como si la niebla en vez de ser una masa fofa fuese un cincel afilado que hubiese cortado en rebanadas aquella decoración. Robert se dio cuenta en seguida que estaba vestido con el mismo traje «funcional» que los científicos le habían entregado. Posiblemente es que habían presentido aquella paradoja de estar más allá de la vida y, sin embargo, poder arrastrar al otro lado de esa barrera los objetos que estuvieran en contacto con su cuerpo en el momento de la separación final. Y, sin embargo, ni los microelectrodos y sus cables de conexión, ni cualquiera de las cánulas y jeringuillas que estaban asaetando en esos momentos su cuerpo en el mundo de los vivos se hallaban allí con él.

Pero el equipo del profesor Chang había sido, al parecer, extraordinariamente precavido. Robert se palpó, en efecto, los bolsillos y el cinturón y se encontró con que, sin darse cuenta, había llevado todo un arsenal al otro lado de la frontera. Extrajo primero una pistola láser de pequeño calibre y luego cien cargas, un minúsculo soplete de plasma y hasta una linterna nuclear. Y, por si fuera poco, observó con satisfacción que le colgaba del cinto un magnífico cuchillo de monte.

La niebla se curvaba, además, a derecha e izquierda, de tal forma que el muro apenas tenía una longitud de diez metros. Por lo menos para la vista. Y tampoco más de cinco metros de alto, porque aquella masa blancuzca se combaba también como un toldo impidiendo la visión del cielo. ¡Así que estaba atrapado en una burbuja de apenas treinta metros cuadrados de superficie!

Robert se trazó un plan de actividad. Era posible, por un lado, avanzar entre la niebla. Y esto fue lo que intentó al principio, encendiendo la linterna nuclear, pero los rayos quedaban apresados en la masa esponjosa. Sólo conseguían ceñirlos de una claridad dorada que ofuscaba la vista. Además, sentía pavor ante el hecho de perder aquella isla segura, en donde al menos la visión era posible. Por eso retrocedió rápidamente, encontrándose para su satisfacción (pues por un momento le había pasado por la mente la idea de que aquello desapareciera a su regreso) con el mismo muro y con la misma superficie adoquinada.

Cambió la táctica y comenzó a palpar el muro por si encontraba algún punto débil, pero en todas partes mostraba la misma resistencia. Por supuesto, contaba con la pistola láser, ¿pero merecía la pena agotar las cargas? Prefirió, pues, dejar ese recurso para un último extremo. Las únicas alternativas que le restaban eran intentar escalar el muro, cosa realmente imposible por lo liso de la superficie, a no ser que aplicara el soplete de plasma. Pero esto exigiría, sin duda alguna, mucho tiempo y no estaba muy seguro de hallarse en la misma situación que cuando intentó penetrar en la niebla, con el agravante esta vez de que tendría que explorar el edificio (suponiendo que aquello fuese un edificio) en condiciones mucho más difíciles. Optó, pues, por la última de las alternativas: la de ir avanzando con cautela hacia uno de los extremos de la pared. Eligió la derecha.

Se aseguró antes de que todas sus herramientas se hallaban en su sitio y en

especial la pistola y el cuchillo. Miró a este último y sintió un amor intenso por todo lo real. Aquellos instrumentos que llevaba en la cintura o en los bolsillos y aquel traje de plástico era lo único que pertenecía a *su mundo*. Hubiese sentido una inmensa pena si, por alguna circunstancia, tuviera que deshacerse de alguno de aquellos artículos del mundo de los vivos. ¡Era tan confortador el palpar algo sólido, el mirar algo de cuya existencia estaba completamente seguro!

Llevaba ya recorridos unos pocos metros cuando se dio cuenta de que sus pasos no hacían ningún ruido y de que sus manos al apoyarse en la pared no producían el típico crujido del granito cuando es acariciado. Quiso gritar y la interjección se convirtió en una simple mueca. En aquella región reinaba, por lo visto, el silencio más absoluto. «Un silencio de tumba», pensó, y este pensamiento le hizo estremecerse de terror, porque efectivamente se hallaba en la tumba y aquella metáfora tenía ahora y sólo ahora, por primera vez en la historia del hombre, un sentido literal.

Y no tuvo por eso siquiera el consuelo de oír su propio grito de horror cuando su mano se encontró, de repente, con otra. Fue como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Retrocedió de un salto y se apoyó contra el muro temblando. ¿De quién era aquella mano? Intentó convertir en un esquema mental aquel brevísimo contacto táctil. Parecía, en efecto, que había tocado una mano carnosa, suave. Algo le hacía suponer que se trataba de una mano femenina. ¿Podría ser la de Pandora?, pensó de repente, pero las probabilidades de que su compañera de excursión, Monique, hubiese incidido en el mismo lugar eran de uno contra ciento, por lo menos. Pero valía la pena comprobarlo. En última instancia, podría llevar en su mano izquierda la pistola y hacer fuego, caso de que aquella mano fuese la de un enemigo.

Volvió, pues, a avanzar por el muro, trazando un gran arco con el brazo derecho mientras apuntaba con la pistola. Pero la pistola había chocado contra algo resistente y estuvo a punto de disparar casi por reflejo. Además, su mano derecha había encontrado de nuevo la mano misteriosa y ahora pudo reconocer exactamente la presencia de un anillo: ¡precisamente el anillo que llevaba Pandora!

Sí, era efectivamente Monique-Pandora. También ella le había reconocido. Faltaba la percepción visual, pero el tacto no podía engañar. Los dos expedicionarios habían estado a punto de destruirse mutuamente (suponiendo que el concepto de destrucción tuviera sentido en aquel mundo), puesto que también Monique había tomado las mismas precauciones que él. ¡Lo que había tropezado segundos antes era, precisamente, las dos pistolas!

Se hablaron en un curioso lenguaje: él escribía con el dedo en la palma de Monique y ella le contestaba de la misma forma. Lo primero que le preguntó Robert fue:

—¿Estás bien?

—Bien.

Y luego se entabló el siguiente diálogo mudo:

—Hay muro izquierda.
—También muro derecha.
—¿Suelo adoquines?
—También.
—¿Niebla alrededor?
—También yo.
—¿Regresamos derecha?
—Sí.
—O izquierda.
—Derecha.

A veces tenían que repetir algunas letras del mensaje, pero el método era eficaz.

Robert arrastró a Monique. Le había indicado que no se separase de él ni un solo instante. Aquel contacto suave y al mismo tiempo firme era la mejor defensa contra aquel mundo hostil que le rodeaba.

El rostro y el cuerpo de Pandora se desprendieron de los jirones de bruma. Aún no se había repuesto del susto y temblaba imperceptiblemente. Su pecho, espléndido, era un velero en un mar rizado. Se abrazaron los dos expedicionarios. Monique parecía en aquel planeta de la muerte una torcaz que se hubiese posado sobre la torre más alta de un pudridero madzeísta. Luego se hablaron utilizando los cuchillos como estilográficas y procurando exagerar los movimientos de los labios. Pronto quedaron cubiertos de frases numerosos adoquines.

—¿Qué hacemos ahora? —Ir andando entre la niebla.

—Es peligroso.

—Pero no nos queda otro remedio. No podemos permanecer aquí indefinidamente.

—¿Cómo es posible que tengamos ahora dos cuerpos?

—Lo ignoro. Aquí todo es paradójico.

—¿Nos valdrán de algo las pistolas?

—No lo creo, pero por lo menos nos dan más seguridad.

—¿Qué puede haber más allá de la niebla?

—Lo sabremos ahora. Ten valor.

Lo que les hizo, en realidad, apresurar la expedición fue la visión del muro. Parecía como si el sol oculto estuviera alcanzando su ocaso. Había desaparecido, en efecto, la intensa iluminación de hacía algunos instantes, para dejar paso a una claridad dorada que preludiaba la oscuridad más absoluta. Pronto no les quedaría ni siquiera el asidero de aquellas formas que se destacaban perfectamente. Y por eso, dando un último vistazo a la pared, para permitir a la vista una última satisfacción sensorial, entraron en la niebla. Ella le tenía cogido a él por el cinturón y con la otra mano empuñaba el cuchillo. Él iba tanteando, mientras sostenía la pistola en su mano derecha.

Para su espanto, los dos expedicionarios se dieron cuenta de que dentro de aquel

magma lechoso era imposible la visión. Ni siquiera colocándose la mano delante de los ojos se podía ver nada. ¡Sólo el tacto y las sensaciones de frío, de calor y de dolor permanecían en aquel paraje siniestro. Y lo curioso es que se prolongaba por debajo de la niebla el mismo pavimento de hexágonos monótonamente regulares. Pero eran cada vez más fríos y más húmedos al tacto. Avanzaron así hacia adelante, sin ninguna referencia cardinal, y durante un lapso de tiempo que a ellos les pareció eterno.

III

La niebla se fue disipando. Primero eran formas borrosas las que se divisaban. Luego, figuras definidas, y, finalmente apareció una extraña estación de ferrocarril.

Había allí rieles purulentos, locomotoras herrumbrosas que se pudrían en su propio óxido férrico y vagones de chapas abolladas y zozobrados como viejos navíos percutidos por las rocas. La estación era pequeña: parecía más bien un apeadero o la parada de una pequeña villa. Había un edificio ruinoso del que aún colgaba una campana, verdosa a fuerza de cardenillo. Quedaba también un resto de un rótulo, pintado sobre cerámica y en el que sólo se leían las letras FLEUR... y al final una E huérfana.

Las plantas silvestres trepaban por los muros e invadían los espacios existentes entre los rieles. Algunos yerbajos parásitos se habían introducido incluso en los vagones, contribuyendo a resquebrajar las piezas de madera y los asientos de plástico. Se acercaron a un vagón de mercancías, en el que aún quedaban dos o tres cajones con los rótulos de:

GATEAUX. MIRABEAU FRABIKUANT
ORLEANS
43 Rue Lafayette.
PÂTISSERIE FINE.

Era obvio que estaban viendo los restos arqueológicos de una estación de ferrocarril del siglo XX.

Abrieron una de las cajas y se estremecieron de asco: estaban atestadas de gusanos y de insectos que aún no habían agotado los últimos restos de unos pasteles milagrosamente conservados, aunque duros como piedras, que habían resistido el paso de dos siglos.

Pero en aquellos parajes el tiempo carecía de significación. Monique y Robert miraron, por ejemplo, el reloj que llevaban en sus muñecas y se sintieron asombrados: las agujas seguían marcando las seis, que era el momento en que se había iniciado la experiencia en el laboratorio. Pero los relojes que medían, además, nivel higrométrico, temperatura, fuerza gravitacional, índice de radiactividad y otras variables, no estaban completamente parados. Éste fue un descubrimiento que causó el estupor de los dos expedicionarios. Observando con más detenimiento la aguja que marcaba décimas de segundo, pudieron comprobar que ésta marchaba,

aunque con gran lentitud. ¡Lo que ocurría es que el tiempo transcurría allí mucho más despacio! ¡Un minuto correspondía allí a una hora de la Tierra!

Ahora estaban sentados en los restos de un banco de piedra. El silencio seguía

siendo absoluto, y sobre todo la presencia de aquellos objetos pesaba sobre ellos como si fuese una amenaza. Robert rompió entre sus manos el hierro herrumbroso que había cogido de una locomotora.

—Tengo la impresión de que esta barra de hierro no es eso, sino algo realmente terrible —le comunicó a Monique.

—¿Y qué puede ser?

—Un símbolo de otra cosa: por ejemplo, una parte de un cadáver.

—¿Por qué no golpeas el suelo con la barra?

Y esto fue lo que Robert hizo: golpeó la barra contra el pavimento, que seguía estando constituido por hexágonos regulares. Se oyó un estrépito pavoroso, como si el suelo fuese la superficie de un gong inmenso, y la barra se deshizo en una nube de óxido férrico que fue poco a poco depositándose sobre el suelo. Monique y Robert se pusieron en pie. Sonaba el canto de las chicharras que se despedían del sol, ocultas en sus grietas, y el zumbido de las moscas.

—Hemos vuelto a encontrar el sonido —Robert quiso articular con los labios y se rió al descubrir que ya no era necesario el lenguaje labial, puesto que las voces podían salir de sus pechos. Pero unas veces necesitaban esforzarse más que otras. El nivel sonoro bajaba y subía de una manera caprichosa, como si toda aquella escena, incluyéndoles a ellos mismos, estuviese manejada por un chiquillo que jugase con el mando de volumen de un receptor de radio o de televisión. Algunas veces, incluso, tenían que recurrir al lenguaje silencioso.

—Vamos a explorar esto un poco más, si te parece —le sugirió Pandora a Prometeo. Y fueron mirando rincón por rincón.

Entraron por fin en lo que quedaba del antiguo despacho del jefe de estación. Así lo indicaba por lo menos un letrero en el que se podía leer:

CHEF GARE

Al apoyarse sobre la mesa de madera, ésta se vino abajo desprendiendo una polvareda de serrín. Quedaban en las paredes señales de un armario empotrado y del clavijero de una centralita telefónica, pero Monique y Robert fijaron su atención en los papeles que se deshacían en sus manos al brotar de los cajones en que habían permanecido sepultados durante doscientos años. Casi todos ellos (escritos de rutina) llevaban fecha del año 1980; otros de fechas algo anteriores. La estación debía haber quedado fuera de servicio por aquella época, siendo sustituido el transporte que pasaba por aquella pequeña ciudad por un sistema de trenes monorrieles o de turbomáquinas. En un correcto francés se hablaba de las distintas incidencias cotidianas del tráfico por la estación, pero no figuraba nada personal en ninguno de aquellos papeles.

Entonces fue cuando apareció «el documento». Pandora y Prometeo tardaron en reaccionar ante su aparición, porque no podían concebir que en una estación que

databa de finales del siglo XX pudiera hacer acto de presencia un escrito del siglo XXI. Pero no cabía duda. Aquella tablilla, que mostraba los primeros signos de la escritura fotoelectrónica, que había de desarrollarse completamente en el siglo XXII, destacaba del resto de los objetos. Daba la impresión de que permanecía allí de una manera tan artificial como un anillo en el estómago de un rumiante. Fue entonces y sólo entonces cuando Monique y Robert se apercebieron de que, efectivamente, *el resto de los objetos poseían algo extraño*, irreductible al mundo del que acababan de descender.

Pero aquella tablilla era tan real como el pequeño almacén de artefactos que habían colocado en sus cinturones o en sus bolsillos los científicos del Centro de Investigaciones Parabiológicas. O por lo menos pertenecía a un tipo distinto de realidad.

Sacó la tablilla a la luz del sol, o de la fuente de aquella luz cuyo origen no habían descubierto todavía. Y quedaron estupefactos, porque pudieron leer lo siguiente:

«Soy Gérard Pétion, de 37 años de edad; profesión, ingeniero nuclear. En el año 2028 realicé la experiencia de mantener mi cerebro en un estado entre la vida y la muerte. Me ayudó un amigo, el profesor Liaussey, de la Sorbona. Utilizamos para ello una droga, cuya composición no creo que interese aquí. Después de sufrir una serie de terribles pesadillas, me encontré sentado en la terraza de un edificio. Debajo sólo había niebla y era imposible mirar hacia arriba, porque el “sol” me deslumbraba. Allí estuve mucho tiempo, hasta que, desesperado, decidí lanzarme al vacío. Al llegar al suelo me encontré con esta estación de ferrocarril. Si alguien vuelve a realizar la experiencia... No escribo más, porque en estos momentos oigo ruido de personas en el exterior».

Era casi una premonición, porque apenas habían terminado de leer la última frase cuando *también ellos* oyeron ruido de gente que se acercaba. Todo el andén estaba atestado de una gran multitud de personas. Vestían, por supuesto, a la moda de finales del siglo XX. Allí había muchachas con minifalda extremadamente corta, caballeros con shorts, jovencitos con melenas que les llegaban hasta la mitad de la espalda y ancianas de atavíos más vetustos.

También vieron gendarmes, soldados y hombres con *blue jeans*. Hablaban y reían... Pero sus rostros eran terriblemente pálidos, como si acabasen de fallecer. Monique y Robert tuvieron la impresión de que no se deslizaba una sola gota de sangre en todos aquellos cuerpos. Un fluido misterioso les mantenía en pie y les impulsaba a hablar. Se dirigieron a un gendarme que conversaba con una señora gruesa.

—¿De dónde son ustedes? ¿Qué lugar es éste? ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Están ustedes vivos o muertos? —les lanzaron en andanada.

Y sus palabras sonaron como en una quinta dimensión,

como si el sonido de ellos (Monique y Robert) y el del resto de la gente (los extraños invasores del andén) transcurrieran en planetas distintos, separados entre sí por una delgada lámina de vidrio. Hubo una ligera vibración en el ambiente, y todo el movimiento quedó detenido (el gendarme mirando fijamente a la señora, ésta levantando la mano como en un gesto defensivo, las cabelleras de los jovencitos hechas bloques compactos de brillantina y de pelo) en el momento preciso en que Monique y Robert habían interrogado al «otro mundo». Pero todo ello duró unos brevísimos instantes; luego las figuras de cera recobraron su animación, y la charla que mantenían el gendarme y la señora se reinició en el punto en que había sido detenida.

—Éste es el último viaje que hace el tren —decía el gendarme.

—Sí. Mañana inauguran el monorriel.

—Va a despedirnos la Banda del pueblo. Da pena que esta estación quede vacía.

—Sí, yo recuerdo cuando salimos el que es ahora mi marido y yo para nuestra «luna de miel». Lloraba como una tonta porque iba a dejar de ver durante unos días a mis padres. Pero cuando me abracé con mi marido en el vagón, tuve la certeza de que iba a ser muy feliz y de que al partir el tren se abría una nueva existencia para nosotros.

—¿Y cuál es el fin de este viaje, señora, si no es imprudente?

—Le seré sincera. El pretexto es visitar a un hijo mío que vive a unos pocos kilómetros de aquí, pero, en realidad, lo que yo quisiera es despedirme de este trayecto.

—Eso es lo que vamos a hacer todos.

Apareció la Banda del pueblo. Iba rodeada de un grupo de chiquillos vestidos con sus mejores galas. Detrás de la Banda, alguien llevaba la bandera tricolor. Vibraban en el aire cálido los compases de la Marsellesa. Luego apareció un hombre alto con uniforme de gala, que debía ser el Prefecto, o el Subprefecto. Se hizo el silencio entre la multitud.

El personaje trazó un rápido recordatorio de lo que había sido aquella vía férrea para el pueblo (no mencionaba cuál,

porque se daba por supuesto el nombre). Ahora el progreso exigía la instalación de medios de transporte más rápidos. Pero todos recordarían con emoción la sirena de aquellos trenes cuando pasaban por allí a altas horas de la madrugada, recordándoles otros parajes y otros hombres.

Hubo lágrimas y hurras entre los asistentes al acto y luego todos montaron en uno de los vagones: el menos deteriorado, el que, por lo menos, conservaba su forma de convoy. Sonaba mientras tanto la campana teñida de cardenillo, sin que, misteriosamente, ninguna mano moviera el badajo.

Si era imposible la comunicación verbal con aquellas extrañas personas del siglo XXI, sus codazos y sus empujones eran, por el contrario, extraordinariamente

tangibles, porque empujaban a los dos pioneros como si no les vieran, como si fuesen cuerpos opacos. Pero al mismo tiempo nadie se daba cuenta de Robert y Monique, sino que, al interponerse a título de experiencia en el trayecto de aquellos seres extraños, ambos eran simplemente rodeados, sin que, por otra parte, ni Robert ni Monique pudiesen impedir su marcha: una fuerza mucho más poderosa forzaba inmediatamente el paso.

Pronto una multitud se interpuso entre los dos expedicionarios, y Robert sintió que el corazón se le paralizaba al ver cómo Monique era arrastrada hacia el tren, al mismo tiempo que partía el convoy con un chirrido de hierros viejos. Parecía un milagro que aquel dinosaurio de hierro pudiera resucitar.

Robert apenas tuvo el tiempo suficiente para agarrarse a uno de los estribos. El tren aceleraba su velocidad por instantes y pronto quedó atrás un andén desierto, en el que aún repiqueteaba la campana verdosa.

Entró en el vagón y vio a los pálidos viajeros sentados en los asientos desvencijados. En donde faltaban éstos, se sentaban en el suelo y no parecían incómodos por la postura: seguían charlando y riendo, como si aquel día fuese festivo y, más que a sus diversas ocupaciones, acudieran a una verbena. Pasó de un vagón a otro hasta encontrar a Monique, que temblaba asustada. Se sentaron sobre unos sacos de cemento.

El paisaje desfilaba a derecha y a izquierda. Pero faltaba, prácticamente, la vegetación, la exuberante vegetación de las campiñas francesas. Era como si una apisonadora hubiese barrenado los árboles sustituyéndolos por plantas raquílicas y hierbas de color amarillento verdoso. Pasó el revisor y les picó a todos los billetes, sin fijarse en Monique y en Robert.

—Aquí no contamos —comentó Monique.

—No te confíes excesivamente. Tengo la firme certeza de que hay alguien o algo que nos está espionando desde el primer momento y que sabe perfectamente qué es lo que nos proponemos.

—¿Pero no sospecharás de nuestros compañeros de viaje?

—Todavía ignoramos lo qué son y qué significa todo esto.

—¿Y qué opinas del mensaje?

—Quizá sea auténtico. Podría tratarse de alguien que nos precedió en el viaje, pero también podría ser una trampa.

—Yo tengo, por el contrario, la impresión de que todo transcurre sobre nosotros como si no existiéramos.

—Hasta cierto punto, sí, pero no sobra el que estemos en guardia.

—Por cierto, ha transcurrido ya un minuto por nuestro reloj. Quiere decir esto que allá arriba ha pasado una hora aproximadamente. Supongo que seguiremos así durante bastante tiempo.

—Sí, y aún nos quedan muchas sorpresas.

Y, efectivamente, sí les quedaban muchas sorpresas por experimentar. Se oyó el

chirrido de los frenos y el vagón comenzó a traquetear como si se hubiera salido del raíl. Los viajeros se asomaban a las ventanillas y prorrumpían en gritos, sobre todo las mujeres y los niños. Otros intentaban tirarse por las puertas, pero se detenían ante la gran velocidad del tren.

Pronto se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pasaban ahora por encima de un puente. Y sólo tuvieron tiempo de percibir que las vigas se hallaban en perfecto estado y que se había producido una transformación mágica en todos los vagones. Era algo así como si un ingeniero misterioso hubiese rejuvenecido todas y cada una de las piezas. El tren había resucitado y ya no era un osario de hierro.

Luego sufrieron la sensación típica de la caída en el vacío. Se oyó un nuevo estrépito: el del acero que se desploma.

Se agarraron desesperadamente a la barra metálica del maletero. El vagón dio dos o tres vueltas antes de precipitarse en un río de curso ancho y profundo, cuyas aguas corrían con rapidez.

—De nuevo la pesadilla del mar —pensó Robert, antes de que el agua comenzara a penetrar a borbotones hacia el interior del vagón. Pero esta vez conservaba una lucidez extraña y, salvo la impresión de ahogo, su organismo se hallaba en plenas condiciones. No sabía dónde estaba Monique, pero suponía que se hallaba en sus mismas condiciones. Por eso tanteó en la oscuridad el camino hacia la puerta. Oía sobre su cabeza el sordo rumor de las aguas y sentía sin lugar a duda la dirección de la corriente que le arrastraba en la dirección deseada. Pero tenía que forcejear con cuerpos que se debatían en los horrores de la agonía y que intentaban también como él encontrar unos litros de oxígeno.

Por fin sintió que nada se oponía a su ascenso hacia la superficie. Inspiró profundamente el aire y al hacerlo oyó estupefacto el burbujeo del gas en el agua que había penetrado en sus pulmones. ¡Estaba fisiológicamente muerto y al mismo tiempo vivo, porque allá, en la Tierra, ningún ser hubiese podido sobrevivir en esas condiciones!

Empezó a expulsar grandes cantidades de agua limosa de sus bronquios. Y al hacerlo le dolían los costados con tanta violencia como en un acceso de tos. Tuvo tiempo, sin embargo, de ver nadando sobre el río la cabellera inconfundible de Monique, que intentaba dirigirse hacia la orilla. Y miró hacia atrás y vio la larga locomotora como empotrada en el fondo del río y oscilando como si fuera una caña de bambú excepcionalmente gruesa. Pero, al parecer, tampoco se había salvado ninguno de sus ocupantes.

Sintió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

IV

Cuando despertó, Monique-Pandora le estaba aplicando la respiración artificial. Sintió sus labios calientes sobre su boca y pensó que en aquellos parajes ese beso era lo único vivo, que estaban desafiando a la muerte con aquel rito erótico y a la par mágico de infundir el aliento con el aliento.

Robert abrió los ojos y, sin embargo, sus bocas siguieron unidas. Por un instante se olvidó del lugar en que se hallaba y de los peligros por los que había pasado. Se incorporó sobre la tierra. A su derecha, el río de nombre desconocido (quizá el Loira) cantaba en dirección al Atlántico. (¿Existía un Atlántico en aquel país, o era, más bien, la laguna Estigia de los poetas griegos?).

—Chocaste contra una roca y por eso perdiste el conocimiento. Yo también he tragado mucha agua, como tú.

—Me parece, querida Monique, que éste es el único país en donde a ti y a mí nos es imposible morir. Si no fuera el paisaje tan tétrico sería cuestión de que nos quedáramos a vivir en estos lugares.

—¿Y los científicos del Centro se encargarían de mantener vivos a nuestros cuerpos allá arriba? —comentó Monique.

Los dos jóvenes rieron. Y se produjo en el paisaje como un fruncimiento de cejas ante aquella risa de dos seres vivientes, como si sólo estuviera permitida la risa de los muertos.

—¿Y qué habrá sido de los demás?

—Hace algunos instantes vi balancearse sobre el fondo del río a la locomotora, pero ahora veo que ha desaparecido. No creo que se haya salvado nadie.

Las vigas del puente ahora parecían envejecidas, como si por un instante hubiesen perdido su barniz brillante de ingeniería en servicio.

—¡Qué extraño! —comentó Robert—. Hace algunos instantes eso parecía nuevo. Ahora parece que tiene por lo menos cinco siglos.

—Y lo curioso es que no se ven cadáveres. Alguno tendría que haber salido a la superficie, me imagino yo.

—En este país es imposible predecir nada. No hay que asombrarse nunca.

Se levantaron y comenzaron a marchar en dirección a la vía del ferrocarril. Era el único camino que tenían al alcance. Robert le pasó el brazo por la cintura a Monique.

—Aunque te haya estado besando en la boca, no creo que tengas derecho a ello, Bob —rió Monique.

Pero al mismo tiempo que decía estas palabras le acariciaba la mano y se la apretaba contra su propia cintura.

—¿Estás casada? —le preguntó Robert.

Y al hacerlo le pareció que esta pregunta era estúpida en un lugar en que, al parecer, no había leyes de ningún tipo que tuvieran vigencia para ellos, puesto que se

hallaban allí y sólo allí, más allá de la vida y *de* la muerte.

—Me estoy convirtiendo en un chiquillo —pensó—, cuando debiera andarme con pies de plomo.

Monique rió con todas sus fuerzas.

—¡Vaya pregunta que me haces! Qué pensaría el profesor Chang si te oyera. Se te ocurre precisamente aquí el hacérmela cuando has tenido otras ocasiones en la Tierra. Bueno, te diré que no.

—Me alegro, yo tampoco. Así, lo que te dije antes de quedarnos a vivir en estos parajes ya no me parece inoportuno.

Luego Robert se detuvo y comenzó a reírse.

—Me imagino a tu marido y a mi esposa, si los tuviéramos, inspeccionando los viales del tanatizador para descubrir si les estamos engañando en el mundo de la muerte.

—Y a lo mejor terminaban engañándonos ellos, con la misma imposibilidad por parte de nosotros para controlarlos.

—¿Por qué habrán elegido precisamente un hombre y una mujer para hacer la expedición juntos? ¿Es que pensaban poblar el mundo de los muertos con seres vivientes?

—Me parece que estás derivando hacia el sexo, querido Bob. Yo creo más bien que lo han hecho para comprobar las reacciones de un hombre y una mujer ante los mismos estímulos. Tampoco creo que se les pasase por la imaginación el que tú y yo nos pudiéramos encontrar más allá de la «barrera». De lo contrario, hubiesen procurado partir entre nosotros esta carga que ya se me está haciendo demasiado incómoda. Fíjate, por ejemplo, en estas linternas. ¿Y qué me dices de las pistolas en un mundo en que nadie nos puede matar?

—Vamos a conservar todos estos arreos hasta el último momento. Aunque, por supuesto, yo desearía que me dejases llevarte alguno de los instrumentos más engorrosos.

—Los hombres seguís siendo inaguantables, incluso cuando estáis muertos. Pretendéis que sólo vosotros tenéis fuerza física. ¿Quién te salvó hace unos momentos la vida? (Suponiendo que aquí podamos hablar de salvar la vida). ¿Y quién te hizo la respiración artificial?

Al escuchar esto, Robert la detuvo, y tomando con ambas manos la mejilla de la muchacha la besó con pasión en la boca. Monique se entregó sin rechistar y permanecieron un rato abrazados. Estaban precisamente en medio de la vía del tren y no se dieron cuenta de que los rieles estaban tremendamente oxidados, como en la estación de origen.

Sólo cuando despertaron de su efusión, vieron delante de sí las tapias de lo que parecía ser un cementerio. Fue su vista la que les hizo comprender que debían continuar adelante en la exploración.

La verja de hierro oxidada hasta la médula chirrió sobre sus goznes y entraron en

un jardincillo. Era la única vegetación de los alrededores. Había allí matojos salpicados de nomeolvides, margaritas y amapolas, amén de tallos grasientos de consistencia carnosa. Zumbaban las moscas y los abejorros. Al otro lado había una tapia, y abriendo una segunda puerta, también en estado ruinoso, se pasaba al cementerio propiamente dicho.

Las tumbas estaban medio destruidas. Los nombres de los difuntos medio borrados por el tiempo. Pero había algo que les hizo más impresión que la faz inexpresiva de los ángeles de mármol o que las cruces resquebrajadas: todas las fechas de las lápidas coincidían: 19 de junio de 1890. ¡Aquellas personas habían muerto el mismo día y el mismo año! Y por si faltasen datos, la vista de Monique y Robert se clavó en una lápida de mármol negro, en la que todavía se conservaban la mayor parte de las letras doradas. En un francés académico, rezaba lo siguiente:

«Aquí yacen las víctimas del accidente ferroviario ocurrido el día 19 de junio de 1890, a las cinco de la tarde y en el puente que se divisa desde aquí. Murieron 329 personas, incluyendo el señor subprefecto del departamento.

Dios los tenga en su Gloria. Amén.

El señor ministro del Interior ha querido honrar su memoria construyendo este cementerio con la bendición del señor arzobispo de la Diócesis».

Monique y Robert permanecieron estupefactos. Era un cóctel de sentimientos el que embriagaba su alma en aquellos instantes. Por un lado, la tristeza de aquella tragedia de hacía doscientos años. Hubieran llorado ambos, y especialmente Monique, que tenía aún fija en su mente la visión de aquellas madres que apretaban convulsas a sus hijos antes de morir todos ahogados, si no les embargara también el alcaloide del terror. El terror de saber que por un fenómeno misterioso que todavía no comprendían, aquella tragedia se había repetido delante de ellos, con todos sus detalles.

Porque habían asistido con más pavor que consternación a una escena que ellos consideraban meramente fantasmagórica, irreal. Ahora la placa les había ensombrecido el ánimo al pensar que aquella alucinación correspondía a un hecho auténtico. Pero seguían perplejos, tras aquellos instantes inolvidables de entrega amorosa que acababan de experimentar sobre la vía del tren.

—Hemos asistido a una tragedia que ocurrió hace dos siglos —resumió Monique—. No se trata de una alucinación más. Yo recuerdo ahora haber leído algo sobre esta catástrofe en un libro titulado «Historia de los transportes». Fue este accidente el que inclinó ya de una manera definitiva al gobierno francés a construir todos los trenes sobre monorrieles..., pero no me hagas caso, tengo la cabeza muy embrollada.

—¿Por qué representaron «ellos» el accidente ferroviario delante de nosotros?

—Hablas de «nosotros» como si a «ellos» les importara nuestra presencia. Quedan todavía muchas cosas por descubrir en este «planeta».

Y volvieron sobre sus pasos al jardincillo. Había un banco de piedra cubierto en parte de musgo y sobre él se sentaron, tras barrer las hojas secas y la capa de arena que el viento había depositado. Soplaban un airecillo delicioso y las madreselvas perfumaban el ambiente, enloqueciendo los sentidos.

—Querida Monique —interrumpió el silencio Robert—. Creo que estamos dando excesivas vueltas a lo que ni tú ni yo logramos comprender. Creo que, además, estamos perdiendo de vista el hecho de que aquí se nos ha enviado a observar, no a sacar conclusiones.

—No me preocupa la explicación de todo esto, Bob, sino que me entristece pensar en lo que ocurrió cerca de aquí hace doscientos años. Pienso sobre todo en los niños que murieron.

—Piensa también en los muertos de la tercera guerra mundial o en los que perecieron al explorar el planeta Marte. También me ha entristecido la lectura de la lápida, pero recuerdo una frase que, seguramente, te han leído en la Universidad. Es de un autor americano que se llamó Arthur Miller. Un autor norteamericano que vivió, como tú sabes, en el siglo XX. Se trata de un hombre y una mujer que como tú y como yo están en un cementerio y ella le pregunta: «¿No oyes hablar a los muertos?». Él le responde que no. «Sí, aguza el oído y les oirás repetir continuamente: Vive, vive, vive». Eso es lo que yo te digo a ti.

Comenzaron a acariciarse y a besarse sobre el banco de piedra. Luego se deslizaron hacia un lecho de hierbas que conservaban todavía un resto de humedad.

—Hagámonos el amor —susurró Robert, enfebrecido.

Y se lo hicieron, mientras las mariposas blancas bailaban sobre las flores y el viento movió los dedos de los cipreses, aguzados como uñas de tigre.

Monique se estaba vistiendo sentada sobre el banco de piedra. Bajo su blusa de plástico impermeable y su pantalón antitérmico y antirradiactivo, habían quedado al descubierto los arreos de la coquetería femenina: una faja de encaje negro y hasta unas medias plateadas, que entonaban perfectamente con el resto de la ropa interior.

—Apuesto a que te has gastado una parte del adelanto que nos ha dado el profesor Chang para comprarte esa faja tan bonita.

—Seguramente —bromeó Monique— que estás pensando que la he comprado para exhibirla delante de ti.

—¡Pues otras cosas más difíciles habéis perpetrado desde los tiempos de vuestra madre Eva! ¡No me dirás que te has vestido así para coquetear con Plutón!

—Por cierto —interrumpió ella mientras se terminaba de ajustar las medias—, no sé qué va a surgir de todo esto. Me temo que nada bueno. No sabía que para bajar a los Infiernos era necesario también tomar píldoras malthusianas.

—No creo que haya habido tiempo para nada —dijo Robert, explotando en una carcajada al consultar su cronómetro—. ¡No podía yo imaginarme que sería capaz de hacer el amor en quince segundos!

—¡Debemos dar gracias a Dios de que los científicos no hayan inventado todavía un proyector de radiaciones cerebrales para presenciar, por ejemplo, lo que estábamos haciendo hace unos momentos sobre el suelo!

—Posiblemente solo se sentirían indignados de que estemos malgastando el plasma. Vamos, pues, a hacer algo, si te parece.

Y, efectivamente, se puso en marcha en dirección a la salida, pero sus ojos tropezaron con una inscripción que se hallaba muy cerca de la puerta. Una inscripción que si les hizo detenerse fue porque creyeron reconocer el puño del redactor.

Comenzaba con el texto que ya conocían Monique y Robert, por su lectura de la tablilla de la estación. Y luego sólo una frase interrumpida:

«LA MUERTE VUELVE AQUÍ A LA VIDA».

—¿A qué se referirá al decir que «la muerte vuelve a la vida»? —preguntó Monique.

—No lo sé. Yo, por si acaso, voy a tener la pistola preparada. Vamos a salir de aquí.

Salieron del cementerio, y apenas habían andado unos metros cuando se oyó un rugido de motores Diesel. Era una caravana de coches fúnebres que trepaba por la colina a manera de una fila de escarabajos peloteros. El sol daba extrañas irisaciones

al negro charol de las capotas.

Esperaron agazapados en un recodo del camino, enfermo de la viruela de los baches. Eran cinco, diez, cuarenta automóviles, todos idénticos, y lo más espeluznante de todo era que el sitio del conductor estaba vacío. Los automóviles parecían teledirigidos, pero, ¿desde dónde y por quién?

La caravana se detuvo delante de la puerta del cementerio. Y algo ocurrió entonces que les dejó sin respiración: una fila de féretros comenzó a salir por la puerta. Muchos de ellos estaban destrozados, con las tapas astilladas. Y desde allí pudieron los expedicionarios percibir el olor nauseabundo que no era el de la carne en descomposición (porque ya habían pasado doscientos años), sino el de esa otra descomposición de los vegetales y de los hongos que medran encima de los ataúdes.

Y lo curioso es que daba la impresión de que unos hombros invisibles transportaban uno a uno los trescientos veintinueve féretros que se balanceaban, en efecto, como si caminasen debajo unos sepultureros humanos. Había allí féretros grandes y féretros pequeños de niños, que contrastaban por su color blanco, ya manchado por la tierra y por el paso de los años. Avanzaron como una fila de hormigas o de larvas procesionarias y se iban introduciendo por grupos de cinco en cinco o de diez en diez incluso en las furgonetas funerarias.

Ya estaban colocados todos los féretros en sus respectivos lugares cuando a Robert se le ocurrió una idea audaz.

—Vamos a introducirnos en uno de estos coches. Creo que nos llevará a algún lugar interesante.

Y cogiendo de la mano a Monique y sin escuchar sus advertencias, se precipitó en la parte delantera de uno de los vehículos, sin pensar por un momento (en realidad, lo pensó después cuando ya no tenía remedio) si, en realidad, aquellos asientos estaban ocupados por una presencia invisible. Pero no lo estaban. Y Robert se arrellanó cómodamente detrás del volante. Hasta que vio que la llave del encendido giraba sobre sí misma y que una mano invisible accionaba la palanca de cambio y el coche se ponía en marcha en unión del resto del convoy.

Anduvieron más de cinco kilómetros. A derecha e izquierda campeaba el mismo paisaje desolado de siempre.

—Ésta es una magnífica oportunidad para viajar por el país de los muertos, ¿por qué no nos quedamos con la furgoneta? —sugirió Robert.

No habían salido de su estupefacción al ver cómo el volante giraba por sí mismo y un pie misterioso accionaba bien en el freno, bien en el acelerador o el embrague, según lo requiriera el trayecto.

—Tiene ciertos peligros —respondió Monique—. Imagínate que estos automóviles pertenecen a «alguien». Imagínate que esta expedición tenga una finalidad fija. Hasta ahora no hemos causado trastornos a nadie, pero el forzar los mandos de esta furgoneta supondría quizá el primer contacto hostil por parte nuestra con ese mundo. Y no podemos aún predecir las consecuencias.

Pero habían llegado ya a una carretera asfaltada. Y allí había un letrero que señalaba la ruta hacia París. El convoy se había detenido en el cruce para dar paso a un tráfico que no se percibía por ningún lado, por lo menos en esos momentos.

Robert accionó el volante y apretó el acelerador. Quería pasar por la derecha al resto de los automóviles y girar por la carretera general hacia París. Intentó forzar el volante y Monique le ayudó en esa tarea, pero el árbol permanecía rígido y el acelerador estaba agarrotado.

Y fue entonces cuando sucedió algo que les habría de servir de lección para lo sucesivo: la cabina del automóvil se convirtió de repente en una masa viscosa que les rodeaba por todas partes. Brillaban en las puntas unas espículas, unas gotitas cuyo contacto escocía como el agua hirviendo. Aquella especie de esponja comenzó a moverse rítmicamente, como un estómago en pleno proceso digestivo.

Robert y Monique sólo tuvieron tiempo para sacar la pistola y disparar una carga contra las paredes, a riesgo de achicharrarse ellos mismos. Y entonces las paredes de aquella cosa misteriosa se contrajeron como los tentáculos de una actinia herida por una descarga eléctrica. Y luego, con un ruido de eructo y tras contraerse sobre sí mismas, empujaron bruscamente a los dos intrusos, hasta arrojarlos en el camino polvoriento. Felizmente, los vestidos especiales que llevaban les habían salvado de las quemaduras de aquel ácido corrosivo, más potente que el vitriolo.

Cuando levantaron la cabeza, el coche estaba de nuevo allí, pero tenía un guardabarros destrozado y una de las puertas mostraba el impacto del rayo láser.

—Tenías mucha razón, Monique —aún tuvo tiempo de decir Robert.

Luego, el ruido de los motores que volvían a ponerse en marcha ahogó sus palabras. Pronto se perdió la caravana en el horizonte, dejando un olor insoportable a encina mal quemada y una polvareda que tardó tiempo en disiparse.

Estaban ahora en los bordes de una gran autopista. A sus espaldas, y a una distancia de unos cuatro kilómetros, se veía perfectamente el perfil del puente, y más allá, por detrás de unas colinas, volvía a emerger el río Loira.

—Sólo nos queda esperar a que pase un coche, porque no creo, francamente, posible llegar a pie hasta París. Nos quedarán unos cuatrocientos kilómetros —afirmó Robert.

—Me imagino que no esperarás a hacer autostop. Aún así, no hay por aquí automóviles.

Pero sí pasaba de vez en cuando algún automóvil a gran velocidad. Y lo curioso es que pertenecían a distintas épocas. Había allí modelos del siglo XX, del XXI y del XXII, pero iban tripulados. Pasaban a tanta velocidad que no podían fijarse con exactitud en las personas que iban dentro. Lo que sí era cierto es que no les hacían el menor caso a Robert y a Monique cuando éstos les indicaban que se detuviesen. Y era francamente peligroso colocarse delante de ellos. Porque, aunque se hallaban seguros de que se encontraban inmunizados contra la muerte, lo que temían era el dolor inevitable del atropello.

Se sentaron en la cuneta. Un reactor sobrevolaba en esos momentos sobre sus cabezas.

—Todo esto no tiene ningún sentido —comentó Monique.

—Parece que éste es un mundo encerrado en sí mismo, con su propia lógica. Tengo la extraña sensación de que aquí lo único que está vivo son las cosas. Esta misma piedra puede ser algo viviente.

Y al decir esto, Robert cogió un canto del borde de la carretera y lo tiró a lo lejos. Pero la piedra parecía tan real como aquellas otras que habían dejado en el mundo de los vivos. Se limitó a rebotar al otro borde de la pista, dividiéndose en dos, que siguieron su curso de acuerdo a las más correctas interpretaciones de las leyes del movimiento.

—Aquí es imposible saber qué es lo que está vivo y qué lo que está muerto —añadió—. Sólo de una cosa estamos seguros: de que estamos vivos tú y yo.

—Y de que nos amamos —susurró Monique, estrechándose contra Robert.

Iban a besarse de nuevo cuando ocurrió delante de ellos algo que les brindó una de las claves de aquel mundo misterioso.

Allá a lo lejos se oía la sirena de un tren y las colinas hacían de caja de resonancia de su veloz carrera.

Y hubo todavía algo más sorprendente: el tren ahora relucía como recién barnizado. Había perdido en una fracción de segundo su apariencia de ruina casi arqueológica.

Ahora el tren, el mismo tren que habían tomado en la estación, pasaba por encima del puente. Se vio el resplandor de un fogonazo. Luego se oyó el retumbar *de* un trueno y en el mismo instante el tren que parecía de juguete, visto a esa distancia, se encabritó por encima del pretil izquierdo del puente y cayó hacia abajo con un fragor horrisono. Se levantaron electrizados Monique-Pandora y Robert-Prometeo.

Se hizo un silencio ominoso. Ahora sabían que de permanecer más tiempo sentados en aquel montón de arena terminarían presenciando una tercera, una cuarta, una enésima vez el accidente. Así hasta la consumación de los siglos.

—Ahora ya sé hacia dónde iban esos féretros: hacia el pueblo de Fleury sur Loire. Allí, sin duda alguna, resucitarían los muertos del accidente para volver a escuchar al señor Subprefecto y a la Banda de música, y luego subirían al tren. Fíjate que el andén quedó vacío, porque hasta los mismos músicos se subieron en uno de los vagones.

—Sí —añadió Monique—. Parece que en esta extraña región «alguien» tiene una especial complacencia en ver cómo se repiten una y otra vez, hasta la saciedad, las mismas catástrofes.

—Has hablado de «alguien», y quizá no vayas descaminada. Pero yo más bien hablaría de un organismo en el que las cosas ocurren de una manera fatal sin que medie una inteligencia. Fíjate lo que nos ocurrió con la furgoneta. El artefacto reaccionó de la misma manera como reaccionarían nuestros uréteres ante un cálculo,

es decir, intentando expulsarlo.

—Pero un uréter no se convertiría en un bisturí eléctrico y menos en una ametralladora pesada.

—De todas formas, nos hallamos ante un organismo, un dios o lo que sea, con una tendencia muy marcada a presenciar escenas macabras.

—¡Como que no debemos olvidarnos que nos hallamos en el reino de la muerte!

Se pusieron en marcha, intentando, cuando aparecía un automóvil, detenerlo con el gesto típico de los autostopistas.

—Vas a tener que enseñar tu conjunto interior, para ver si estos pálidos habitantes son insensibles a tus encantos —bromeó Prometeo.

—No estamos para bromas, querido. Además, me parece que ni tú ni yo les importamos lo más mínimo. Creo, incluso, que no nos perciben en absoluto.

VI

Anduvieron durante unos treinta segundos de sus relojes, hasta encontrarse con un automóvil que parecía abandonado en la cuneta. Pero no estaba abandonado, porque, a los pocos instantes, aparecieron un hombre y una mujer.

Ambos eran jóvenes. Vestían a la moda del siglo XXI, es decir, con túnicas muy cortas confeccionadas con chapas metálicas que espejeaban el sol. El coche era un modelo de propulsión nuclear y de suspensión aérea. Acababan de beber en una fuente que enviaba sus aguas hacia un regato.

—¡Qué rica está este agua! —decía la muchacha, una pelirroja de unos veinte años de edad.

—Esto es en lo que nunca lograremos superar a la Naturaleza —respondió su acompañante, un hombre más bien maduro.

También Robert hubiese deseado probar el agua cristalina de la fuente, pero aparte de que no sentía ninguna sed ni el más remoto asomo de hambre, había que aprovechar la ocasión. Y eso fue lo que hicieron, al abrir la portezuela posterior del coche e introducirse en él. La pareja entró acto seguido, y Monique y Robert pudieron apreciar a una distancia de unos pocos centímetros la consabida palidez de sus rostros.

El automóvil se puso en marcha silenciosamente. Ya en el siglo XXI se había eliminado completamente el ruido del tráfico, y los vehículos se movían a una velocidad bastante mayor, aunque no tanto como en el siglo XXII, en el que se utilizaban, además, otras vías de transporte.

Pero no estaban ni Robert ni Monique para hacer comparaciones, porque rápidamente captaron sus miradas una hoja de papel que aparecía colgada en el asiento posterior: ¡era también un mensaje de Gérard Pétion! Esta vez la redacción era más corta, puesto que, con una letra temblona, contenía sólo las siguientes frases:

«Soy Gérard Pétion, nacido en Q y estoy en el año 2038. Ya he dejado mensajes en el cementerio, cerca de aquí, al lado del puente, y otro en la estación de donde procede el tren. Me imagino que si leéis este mensaje ya habréis leído los anteriores. Intento dirigirme a París. Tened cuidado con los objetos, porque las personas son inofensivas. Adiós.

P.D.: Si llegáis a París, me encontraréis seguramente en 43 Rué Boinsoniere, tercer piso, derecha. No intentéis forzar el curso de las cosas».

La pareja había iniciado un animado diálogo, cuyo sentido hubiera escandalizado seguramente a los coetáneos de Gérard Pétion.

—Creo que va a haber una buena armonía entre tú y Jacqueline. Es una buena

esposa y una buena compañera, aunque tenga diez años más que tú.

—Ya la conozco perfectamente a través de tus conversaciones, pero creo que la vida en París no me va a resultar tan sencilla como en Niza.

—Tendrás que pasar por una «cura de adaptación».

—Tengo ganas de llegar a París y conocer a Jacqueline. ¿No puedes acelerar más?

Siguió luego la conversación en términos triviales, y Monique y Robert entreveraron la suya:

—Yo también, Bob, tengo muchos deseos de conocer el París del siglo XXI. Ya sabes que mis antepasados vivieron allí.

—París está desconocido. Tiene ya veinte millones de habitantes. Y pudiera haber tenido más si no hubieran muerto tantos varones en la última guerra.

—Pero, además, creí entenderte, en una sesión de entrenamiento, que tú habías vivido durante un cierto tiempo en un chalet situado en el perímetro del antiguo París.

—Pero voy a echar de menos el mar, y sobre todo la tranquilidad de una ciudad de menos de veinte mil habitantes. En Niza conocías a todo el mundo. En esas ciudades grandes no conoces a nadie. Las grandes metrópolis han terminado con las ciudades.

—Sí, es un episodio penoso que no sé si debería referirte hallándonos en estas circunstancias.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ten en cuenta que en París existe, en cambio, la intimidad del hogar. Cada familia es un pequeño paraíso. Un hombre vive con una, dos, tres o más esposas, más los hijos que tenga de ellas, y procura esforzarse en hacerles felices a todos. Por otra parte, las comodidades de las viviendas hacen poco apetecible el salir a la calle.

—Por supuesto, deseo que me lo cuentes en el primer respiro que tengamos. Quiero que no haya nada oculto entre nosotros. Yo también tengo muchas cosas que contarte. Por ahora, me temo que no hayamos previsto una cosa...

—Por lo menos, yo estoy segura de que tú intentarás hacernos felices a Jacqueline y a mí... ¡Cuidado!

—¡Vamos a estrellarnos!

Otro automóvil se estaba precipitando contra ellos a más de 150 kilómetros por hora. Sin duda alguna, su conductor estaba bajo los efectos de una droga paradisíaca que hizo furor en el siglo XXI. Pertenecía a esa ínfima minoría de desadaptados, asesinos de la carretera, que en pleno siglo XXI seguían burlándose de las leyes humanas.

Los dedos índices del conductor y de Robert coincidieron en el botón que ponía en marcha un campo de fuerzas en torno del vehículo. Un mecanismo todavía rudimentario en el siglo XXI, pero capaz de aliviar en un 90 por 100 los efectos mortíferos de la energía cinética. Sin duda alguna (y debido a la embriaguez de su segunda luna de miel) aquel hombre, cuyos apellidos ignorarían siempre los dos

pioneros de la muerte, se había olvidado al arrancar de ponerlo en marcha.

Cuando Robert despertó oyó un trueno horrísono que lo volvió a sacudir en la cabeza como un mazazo. Intentó mirar hacia el lugar de donde partiera el ruido y sólo pudo percibir que aquel fragor procedía de su propio cráneo. Luego el trueno se convirtió en un latido rítmico que vibraba como el tambor de un hechicero convocando a la tribu. Se irguió débilmente.

—¡Monique! ¡Monique!

Pero nadie le contestó. Sólo se escuchaba, al fondo de los acuíferos molestos que le taladraban las sienas, un confuso griterío y el rugido de otros automóviles que pasaban de largo por el asfalto. Un neumático debió pasar sobre su cuerpo, porque sintió un terrible dolor que le hizo gritar con esa rabia que sólo siente el que ante un tormento inaguantable no encuentra el alivio del desmayo o la curación total de la muerte.

Y hubo algo que le aterró aún más: que el dolor lo había sentido a varios metros de la cabeza, como si se hubiese extendido a manera de un hilo de goma. Hizo un esfuerzo y «miró» a su propia pierna, y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo de concentración mental para no gritar otra vez: su pierna, la atropellada, aparecía, en efecto, a unos metros de distancia. Se veía perfectamente la bota, con su aislante antitérmico y antirreactivo, y un trozo de pantalón desgarrado que dejaba al descubierto la piel velluda del tobillo. Pero aquel miembro no sangraba; parecía un modelo de plástico confeccionado para estudiantes de Anatomía.

Robert se arrastró hacia su miembro amputado, no sin antes comprobar que tampoco su muslo sangraba y que de aquella mutilación sólo experimentaba en su cuerpo un extraño cosquilleo.

Alcanzó su propia pierna y la acunó como si fuera su propio hijo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo le faltaba, que en esos momentos era más precioso para él que una parte de su propio cuerpo: Monique Pandora.

Oteó el horizonte y sólo pudo captar el paisaje ya tan familiar para él: la campiña desolada y la autopista. Pero había sobre el asfalto algo anómalo que ahora finalizaba: una especie de chichón que, paulatinamente, estaba reduciendo su tamaño. Sólo tuvo tiempo de tocarlo con sus manos y entonces sintió cómo aquella protuberancia ya casi inexistente vibraba como un aneurisma repleto de sangre arterial y cómo su contacto era tibio como el de un cuerpo humano.

—Debe ser el automóvil y sus dos ocupantes, que el «organismo» está reabsorbiendo —pensó.

Porque no podía ser Monique: «aquello» era una masa que precipitaba inmediatamente en el espíritu un sentimiento insuperable de extrañeza y al mismo tiempo de asco. Era un cuerpo vivo distinto a todos los que había conocido el hombre. Y, por supuesto, la vida de aquel cuerpo pertenecía a un orbe distinto.

Por otra parte, ¡qué poco familiar le era aquel miembro que tenía en sus manos!

Lo inspeccionó por dentro, a nivel de la sección, y vio los tendones rotos y los músculos contraídos. Las arterias y venas se hallaban repletas de sangre y oscilaban misteriosamente bajo el pataleo de una sangre que no circulaba. Y, ¡cosa extraña!, el latido de aquel pie amputado era el mismo que el de su corazón. La pierna, pues, seguía unida al cuerpo, como si no se interpusiera el espacio entre ambas porciones de un mismo organismo dividido por un accidente absurdo en el que nadie, en realidad, podía perecer.

Y entonces se le ocurrió a Robert realizar una maniobra que en aquel mundo de paradojas tenía que ser lo más racional, precisamente por no tener sentido. Uni6, en efecto, su pierna con el muñ6n del muslo, y bajo su propia vista el miembro se sold6 en el punto exacto de la rotura, como si el cuerpo y la pierna fuesen s6lo trozos de una masa de cera reblandecida por el calor.

Ahora pod6a buscar a Monique. Y la busc6 febrilmente, con una desesperaci6n cada vez m6s desesperante, porque ahora se hab6a dado cuenta de que aquella mujer era para 6l lo m6s valioso de su existencia. Juntos hab6an bajado al reino de la muerte, pero (una paradoja m6s), 6l, Robert, hab6a encontrado la vida gracias a Monique. Y comprendi6 por qu6 aquel paisaje desolado, aquellas matas amarillas como manos ic6ricas, aquella pista de asfalto que no ten6a fin, las hab6a podido soportar hasta entonces. Ahora, en cambio, aparec6an en toda su insoportable aridez, en toda su realidad de entes irreales. Hab6a bastado el suave contacto de la mano de Monique, el imperceptible calor del cuerpo amado que s6lo el coraz6n percibe, para hacer de aquellos parajes macabros un rinc6n del Para6iso.

Y volvi6 a sentirse terriblemente solo, como lo hab6a estado en su anodina existencia. Curiosamente (esta revelaci6n le sobrecogi6 como una descarga el6ctrica), aquel paisaje desolado era 6l mismo, y ahora flotaba sobre 6l, especie de boya a la deriva.

Se sent6 en la cuneta, impotente y aplastado, mirando hacia el cielo plomizo para esperar las redes salvadoras del Centro de Investigaciones Parabiol6gicas que dentro de unas horas o quiz6 de unos instantes intentar6an rescatarlo a la vida, o, mejor dicho, a su existencia muerta.

VII

Monique se sintió arrastrada hacia lo alto. El cielo plomizo se había convertido en un embudo gigantesco. Un electroimán oculto la arrastraba hacia el vértice. Y lo terrible de todo es que allí no estaba Robert para defenderla, para acompañarla. Le llamó cien veces y sólo escuchó el eco de su voz que hacía tronar las paredes de aquel embudo cósmico. Palpó su cuerpo y re halló descorporeizada. Sólo la convicción de que los científicos la estaban sometiendo a una nueva etapa de la experiencia evitó que aquel vuelo se convirtiera en una carrera hacia la locura.

Allí estaba el vértice del cono que ella rasgó con un débil chasquido de papel de seda que cruje. Luego vio un pequeño gorrito puntiagudo de color naranja que se iba deshaciendo en el espacio: ¡aquel pequeño gorro era el embudo gigantesco por el que se había precipitado! Finalmente, no vio más que el rostro del profesor Chang, que procuraba ocultar su turbación.

—¿Dónde está Robert? —fue lo primero que preguntó Monique cuando se sintió con fuerzas para mover los labios.

—Aquí lo ve usted. No se preocupe; no le ha pasado nada.

Y, en efecto, el cuerpo de Robert permanecía tranquilo bajo la lluvia de rayos que asaeteaban su cerebro a través de los microelectrodos. Pero Monique se refería a aquel otro Robert que posiblemente estuviera «allá abajo» gimiendo bajo los efectos de la colisión del vehículo.

—La hemos traído aquí para que nos proporcione un avance de información. Sólo la retendremos con nosotros un cuarto de hora. Luego la volveremos a mandar «abajo».

Y Monique informó, en efecto, al equipo del Centro de Investigaciones Parabiológicas acerca de todo lo ocurrido. Hablaba con rapidez para no alargar aquel cuarto de hora que debía permanecer separada de Robert, y hasta miraba con aire hostil a los investigadores que la bombardeaban a preguntas.

Sólo el profesor Chang comprendía la situación.

—Bien. Va ahora a reunirse con Prometeo más rápidamente de lo que usted se imagina. Aquí tiene un vehículo que va a simplificar mucho la exploración.

Y, en efecto, el muro se licuó para dejar paso a un microrreactor. Era un biplaza de apenas dos metros de envergadura, pero capaz de volar a más de cinco mil kilómetros por hora y con un radio de acción de doscientas veces el diámetro del planeta.

Los científicos ataron a Monique sólidamente al asiento y un técnico electrónico hizo los ajustes necesarios para que los microelectrodos siguieran estableciendo contacto a través de las placas de germanio y de acero del microrreactor.

—Además —continuó el profesor Chang—, no va usted a sufrir ninguna pesadilla: bajaremos simultáneamente a cero todos los circuitos. Envíele mis saludos

a Prometeo, y, ¡ah!, se me olvidaba, acuérdesse *también* de nosotros.

Sentado en lo más profundo de su pozo de melancolía, Robert vio brillar de repente una estrella en el horizonte plomizo que ya estaba virando hacia el Crepúsculo. Pero la estrella hacía guiños y se desplazaba visiblemente.

—Será un avión que vuela hacia la catástrofe —pensó Robert.

Sólo cuando distinguió las formas inconfundibles de un microrreactor, y sobre todo cuando la intuición le advirtió que aquel artefacto y sus tripulantes pertenecían a otro orbe distinto, se dispuso a hacer señas. Agitó los brazos como aspas de un molino.

El aparato se aproximó velozmente y pronto pudo distinguir Robert detrás de los cristales el cabello castaño de Monique y sus ojos verdes que le miraban con efusión. Luego el microrreactor descendió en una perfecta vertical y se posó sobre la piel del planeta-organismo desplazando hormigueros de arenas. Se oyó el último clic-clic del motor atómico y todo quedó en silencio.

—¡Me costó mucho trabajo localizarte, a pesar de la autopista! —exclamó Monique.

Y no hablaron durante unos segundos, porque el resto del cuerpo fue el que cantó su mensaje, su mensaje cordial, como queriendo compensar con la intensidad del abrazo aquella hora (terrestre) de separación.

Quedó aclarado todo: lo del accidente y lo de la irresistible succión a que habían sometido los científicos el «cuerpo astral» de Monique.

—El único desperfecto del accidente ha sido esta rotura de pantalón. La señora Muerte, al parecer, no quiere dedicarse al oficio de costurera; préñese ser cirujana.

—Y no querrás que yo te lo cosa también, porque no he traído ni aguja ni dedal. Con lo que se demuestra que no había ninguna mujer en el equipo de científicos.

—Lo que demuestra también que al cabo de treinta siglos de civilización occidental las mujeres seguís siendo imprescindibles, aún más allá de la vida.

—Algo de eso hay de verdad. El único error que no llegó a cometer del todo el siglo XX fue el de conseguir que hombres y mujeres fueran completamente iguales.

Miraron al horizonte y vieron ahora un paisaje distinto. Había árboles y hierbas que el viento balanceaba. El «decorador» había impreso una mágica transformación, una transformación más, al escenario, y ahora aparecía la «dulce Francia» de siempre, arrojando géiseres de verdura por todos sus poros. Y la misma Monique se emocionó al contemplar que, sabiéndolo o ignorándolo, la muerte había vuelto a resucitar a la patria de sus antepasados.

—¿A qué drama vamos a asistir ahora? —preguntó Robert.

—Aquí nadie puede predecir el futuro, salvo en algo común a todo lo que aquí ocurre: la muerte.

—Pero tampoco podemos hablar del futuro, porque el tiempo en estos parajes es un péndulo que oscila eternamente de Este a Oeste.

—De la muerte a la vida y de la vida a la muerte, querrás decir.

Veían ahora un camino y se extrañaron de no haber descubierto antes que los cimientos que un día trazaron los pretores romanos seguían clavados allí, desafiando los siglos, para servir por lo menos de guía a todos los caminos, carreteras y autopistas del futuro.

Pasaban ahora muchos hombres vestidos con el traje típico de principios del siglo XIX. Algunos montaban a caballo, otros en diligencia o en carromato.

Monique y Robert se acercaron a los grupos de personas que transitaban por la calzada y procuraron captar sus conversaciones.

—Esperemos que no haga este calor en Rusia —decía un muchacho rubio y con el rostro marcado por la viruela a un hombre ya maduro de aspecto pictórico que posiblemente acababa *de* dejar aquel mismo día la guadaña y el azadón. Caían por el rostro de ambos gruesas gotas de sudor. Sólo los caballos, unos caballos escuálidos como los espectros del Apocalipsis, aceptaban con filosofía su destino de trotacarreteras.

—No espero que salgamos antes del otoño de los cuarteles de París.

—He tenido que dejar a mi prometida compuesta y sin novio.

—No te preocupes, volverás de Rusia con un diamante de la corona del Zar.

Un grupo de cuatro hombres viajaba en un carromato tirado por dos muías tordas. Un toldo de lona protegía sus cabezas de los rayos de un sol que sólo ellos sentían. Monique y Robert se auparon durante unos instantes en los estribos para escuchar su conversación.

—Buen vino éste, el de Beaujolais —decía uno, empujando una botella.

—Pues amigo, despídete de él, porque dentro de dos meses sólo podrás beber vodka.

—¡Les vamos a dejar sin vodka durante muchos años a esos cochinos rusos!

—Yo, francamente, prefiero las rusas a su asqueroso vodka.

—Con un poco de suerte, y a pesar de que somos muchos, podemos traer cada uno dos o tres a nuestro pueblo...

—Así nuestras mujeres tendrán servicio gratuito.

—¡Viva el Emperador! ¡Abajo Alejandro el cornudo! Y pronto varios grupos se unieron a los vítores.

—¡En un mes llegaremos a Moscú, si es que antes no se han rendido los rusos! —sentenciaba un muchacho desgarbado y sucio que montaba sobre un rocín.

—Los rusos son muy duros de pelar —le argumentó un hombre de antiparras que llevaba un librito en la faltriquera.

—¿Duda usted, señor maestro, que nuestro invicto Emperador es capaz de aplastar a los rusos?

—No lo dudo, pero mira, muchacho: nuestro amado Soberano está jugando demasiado a los dados y ya es hora de que comience a perder. Rusia es un pueblo muy grande: se le pueden romper las narices veinte veces seguidas, pero le queda el

resto del cuerpo, y ése es el que un día te pega el puntapié, como se lo pegó a Carlos XII de Suecia.

—Si no fuera usted mi maestro me bajaba yo aquí mismo y le daba una paliza. Con teorías como la de usted no se puede derrotar al enemigo.

Escucharon otros retazos de conversaciones que en la mayor parte de los casos se referían a asuntos no relacionados con la famosa campaña de Rusia de 1813. Al cabo de un rato Monique y Robert se sentaron en la cuneta, al lado de su flamante microrreactor, del que un único ejemplar armado con dos o tres ametralladoras láser hubiese hecho cambiar el destino del gran ejército de Napoleón Bonaparte.

—Todos estos hombres están condenados a morir. Los más afortunados caerán bajo las balas de la metralla de los rusos. Pero de éstos, posiblemente la tercera parte, tengan que sufrir el trance de la sangre que se les congela en las venas. Otros, finalmente, morirán ahogados en el Beresina, o aplastados por los caballos y las ruedas de los cañones en el caos final —comentó Robert.

—Y de todos ellos, la mitad se portarán como unos canallas y la otra como héroes. Hay momentos en que no cabe una solución intermedia.

—Lo más sorprendente de todo esto es el tesoro de entusiasmo que derrochó a manos llenas Napoleón Bonaparte. Durante veinte años tuvo a toda Francia pendiente de su genio. Y sólo gracias a esta veneración pudo arrastrar tantas toneladas de carne humana hacia el matadero.

Montaron en el microrreactor y ascendieron a unos pocos metros de altura, siguiendo el curso del camino.

—Con este aparato nos vamos a ahorrar el mezclarnos en aventuras bastante desagradables —afirmó sobriamente Robert, que no terminaba de quitarse de encima el espectáculo insoportable de aquella riada de reclutas del gran ejército de la muerte.

—Volaremos despacio para observar con todo detalle lo que ocurre. No deben quedar ni doscientos kilómetros para llegar a París.

—A los muchos París que nos vamos a encontrar. Desde la Lutetia de los romanos, hasta el París actual (que, como tú sabes, se halla desperdigado en un diámetro de más de doscientos kilómetros), pasando por el de los duques de la Isla de Francia, el de Felipe Augusto y el de la Revolución del 89.

Y, en efecto, también allá abajo el paisaje se mutaba de vez en cuando. Aunque el decorado casi siempre era el mismo, los actores salían y entraban de la escena cambiando de disfraces. La calzada romana y sus sucesoras seguían, felizmente, en su sitio como marco de referencia.

Vieron cohortes romanas enzarzadas en peleas sangrientas con bandas de jinetes galos. Había un revuelo de águilas y de penachos con colas de zorro que se cambiaban a los pocos minutos en emblemas heráldicos agitándose como molinetes sobre tropas cubiertas de hierro que se embestían también en una especie de carnaval macabro. Y los caballeros medievales desaparecían para dejar paso a tanques y jeeps con cruces gamadas que abrían fuego contra los ejércitos del General Patton o de las

fuerzas de la Resistencia Francesa. —Cuando llegemos a París veremos otro tipo de muertes: las de las velas que se consumen lentamente y no las de estas otras, que se apagan de un solo soplo —argumentó Robert.

—Sí, la muerte es, en todas partes y en todas las formas, algo terrible. O lo más dulce también, según los casos. El precio de la muerte oscila, inversamente, al que tú asignes a la vida.

—Pasando a otro tema..., tengo la impresión de algo que no deja de darme vueltas en la cabeza desde el momento que leí aquella lápida del cementerio.

—¿Cuál es?... Posiblemente estés pensando lo mismo que yo.

—¿Te acuerdas de esas películas macabras que proyectaban en los cines del siglo XX? Había mucha gente que les gustaba verlas, y que, incluso, estarían dispuestas a que se las pasasen cincuenta veces...

—Continúa... ya sé adonde vas a parar.

—Pues bien. Yo pienso que por encima de nosotros hay alguien que no se cansa de repetir, durante toda la eternidad, los últimos momentos de *todos* los seres del universo. Es una idea terrible, pero, ¿qué sentido tiene, si no, esta repetición incesante de las mismas escenas?

—Coincido en gran parte contigo, pero creo que nos estamos aventurando demasiado al atribuir intenciones concretas a «alguien», cuya existencia, por otra parte, ignoramos.

—¿Qué opinas entonces?

—Todo esto me recuerda lo que sabemos acerca de los procesos de la memoria en el cerebro humano. Ten en cuenta, por ejemplo, lo que es un mecanismo reverberante...

—Sí, ya sé, un impulso nervioso que se transmite circularmente y en una sola dirección y que no cesa hasta que el grupo de neuronas que intervienen quedan destruidas.

—Exactamente. Yo creo que nos hallamos en el cerebro de un dios, o por lo menos de un organismo con una capacidad de memorización muchas veces superior a la de cualquiera de nosotros. Este onanismo tiende, misteriosamente, a retener en su cerebro *sólo* las muertes de todos los seres...

Y aquí se acaba toda mi sabiduría. El profesor Chang y sus colaboradores podrían ir aún más lejos que yo.

Pero sumidos como estaban en esta conversación, no por eso dejaron de observar un solo instante las escenas que seguían desarrollándose debajo de ellos.

—Acelera un poco más —exigió Robert a Monique, que seguía manejando los mandos del aparato—, de lo contrario no vamos a llegar nunca a París.

Y, en efecto, tras encabritarse por el golpe de pedal demasiado brusco de Monique, el microrreactor dio un salto hacia adelante, adquiriendo una velocidad de quinientos kilómetros por hora.

VIII

Se detuvieron en los alrededores de los muchos París que se sucedían tan fugazmente como en un sueño. Durante unos instantes permanecía, por ejemplo, en la retina de los dos expedicionarios la imagen de un elegante chalet, pero avanzaban unos pasos y la imagen del chalet había desaparecido, siendo sustituida por otra. Era como un caleidoscopio gigantesco en el que un leve golpecito hace cambiar radicalmente la posición de las piezas coloreadas. Monique y Robert tenían por eso que ir uno detrás del otro, porque el separarse unos decímetros a la derecha o a la izquierda hubiese supuesto el caminar por sendas distintas, el vivir en dos mundos distanciados entre sí a veces por veinte siglos. Sólo permanecía incólume la imagen casi táctil del microrreactor y los dos cuerpos humanos que avanzaban entre el incesante tumulto de las sombras.

—Se conoce que aquí «el organismo» no dispone de espacio suficiente para sedimentar una misma escena. Tiene que disponerlas, pues, en múltiples dimensiones —comentó Robert.

—Sí, efectivamente, decimos que en París vivieron muchas generaciones de hombres, pero mejor diríamos que murieron...

—Deberíamos ir a la dirección que nos dio Gérard Pétion. Sería una sorpresa el encontrárnoslo allí.

—Eso es imposible. Gérard Pétion estará aquí, pero sometido al mismo proceso de repeticiones a que estaremos sometidos tú y yo cuando muramos.

Y al decir esto, los dos expedicionarios se hicieron conscientes de su profunda confraternización con aquellos hombres y mujeres de rostros lívidos que dentro o fuera de aquellas casas, palacios o chabolas estaban representando el último drama de su vida. Callaron unos instantes, hasta que de nuevo sintieron en sus arterias la cálida sangre de la vida y el deseo de la carne.

—Francamente, me gustaría hacer a mí algo que en cierto modo se sale fuera de los planes de los científicos —insinuó Monique.

—¿A qué te refieres?

—Es un poco largo de explicar. Vamos a sentarnos en este banco de piedra.

Y, en efecto, se sentaron en un banco desde el que se podía percibir un grupo de casas de tejado de pizarra y fachadas blancas que recordaban el París de los tiempos de Haussmann.

—Es verdad, no he querido preguntártelo antes. Me habías dicho antes de que nos separáramos que te había pasado a ti algo desagradable en París. Cuéntamelo sin temor alguno.

Monique comenzó a hablar. Todo un pasado salía ahora chorreando el agua negra de la amargura desde el fondo de un pozo que se había cerrado a la luz del sol. Y salió precisamente delante de aquellos edificios en donde la imaginación podía intuir

ahora docenas de bujías que se apagaban lentamente, docenas de seres humanos que agonizaban en sus camas, rodeados de sus familiares, que habían dejado de agarrar, desesperados, la maroma que la ciencia médica tiende a los agonizantes.

—Bien. Quiero que sepas que cuando yo tenía 17 años tuve un flirt con un muchacho. Me dirás que eso es algo muy corriente, pero lo cierto es que a mí lo que me interesaba entonces era tener un hijo.

—¿Por qué?

—Mi psiquiatra me lo ha explicado. Y ahora sé que me sentía terriblemente sola y que esa soledad sólo me la podía curar alguien con quien yo me sintiera biológicamente compenetrada.

—¿Pero tus padres?

—Mis padres no se llevaban bien entre sí, y por eso el Centro de Higiene Mental me separó de ellos cuando yo tenía nueve años de edad. Yo buscaba establecer con mi hijo la misma relación que mis padres no habían podido establecer conmigo.

—¿Pero aquel muchacho podía haberte dado esa compañía!

—Así lo creí yo también en un principio, pero no estaba maduro. Desgraciadamente, antes de descubrirlo, había quedado embarazada. Ya te dije que deseaba tener un hijo y por eso no había tomado medidas para impedirlo. —Y ese hijo, ¿vive?

—Aquí empieza la historia. Murió cuando tenía cinco años, es decir, hace apenas un año. Por eso me presenté voluntaria a esta experiencia.

—¿Buscabas, acaso, una ocasión para morir?

—Ahora lo comprendo perfectamente. Pero no creas que fue el dolor lo que me impulsó a ello. Hay algo más terrible todavía —y Monique jadeaba al decir esto. Avanzaba ahora por un pasillo cada vez más estrecho, más estrecho.

—Dímelo, no te detengas.

—Yo estoy convencida de que... la muerte de mi hijo se debió a que yo, inconscientemente, deseaba eliminarlo. Lo terrible es que no he acudido siquiera al psiquiatra para que me aclarara esto... Tengo miedo a que me diga que sí, que soy culpable.

—¿Pero cómo es posible que tú desearas la muerte de tu hijo? ¿No estás cayendo en un masoquismo?

—Desde un punto de vista legal, la muerte del niño se debió a una avería en un cable de transmisión. El cable en cuestión había quedado al desnudo en un pequeño trozo. Yo misma debí haber impedido que el niño se acercara allí, pero no lo evité... no lo evité. Y cuando me di cuenta del peligro, ya no había remedio: mi hijo estaba electrocutado.

—Pero tú no deseaste que esto ocurriera. El niño entró en aquel lugar por pura casualidad.

—Ahí está lo terrible. *Creo* que yo le mandé ir allí para cogerme un libro. Y lo que quiero comprobar aquí es precisamente si efectivamente le ordené ese recado.

—¿Pero es posible que no te acuerdes?

—No, porque perdí el conocimiento. Cuando lo recobré en el hospital había olvidado muchas cosas.

—Bien. Puesto que así lo deseas, iremos a comprobarlo, pero convéncete de antemano que eres inocente... De todas formas, creo necesario echar un vistazo a esas casas antes de dedicarnos a localizar el chalet en que vivíais.

Entraron en las casas y vieron en todas ellas las mismas escenas que habían previsto: hombres y mujeres agonizantes, tan solitarios como solitaria es la muerte, a pesar de la compañía de los familiares que intentan hasta el último instante aupar al condenado de las arenas movedizas. Se veían sólo sillas y objetos que se movían transportados por seres invisibles, pero lo único que se percibía era al protagonista de aquellos dramas pequeños que resumían toda la grandeza del destino del hombre.

Algunos de los que morían lo hacían en un suave tránsito del sueño a la Nada, o, mejor dicho, a la pesadilla siempre repetida de aquel mundo, suponiendo que aquel mundo (Robert y Monique comenzaban a dudar) tuviera algo que ver con la vida o con la muerte y no fuese más que el sueño de una realidad o la realidad de un sueño.

Otros morían jadeando y luchando con uñas y garras con la muerte. Parecía que la muerte estaba allí, intentando atraparles unas sábanas que ellos agarraban con fuerza. Pero la sábana era la vida que se les escapaba, era el borde del precipicio que se escurría de los dedos espásticos.

—Durante más de un millón de años los hombres han intentado vivir lo mejor posible, pero creo que aún nos falta descubrir una muerte perfecta, y no hablo de eutanasia, sino de una droga o de un proceso psíquico o biológico que facilitara al máximo ese parto al revés que es la muerte —pensó Robert.

Estaban ahora en una salita contigua a la habitación en donde agonizaba una anciana. La sala era confortable. Sus muebles, de finales del siglo XIX, respiraban esa seguridad burguesa de la «belle époque». Se sentaron en un sofá tapizado de crinolina. Un reloj marcaba la hora: las ocho y media. Su péndulo batía la clara del tiempo. Salió un cuchillo y señaló la media. Los últimos fulgores del ocaso entraban por la gasa de los visillos, trazando un camino de bronce sobre la alfombra tupida. La anciana había muerto en la más absoluta soledad, porque ningún objeto se desplazaba ni se oía el crujido de las pisadas de los familiares invisibles.

—No me gustaría morir así —afirmó Robert—. Quizá este sentimiento mío de ahora sea uno de los factores que han salvado el matrimonio a lo largo de tantos siglos.

—También pensaba yo en esa soledad de nuestras últimas horas cuando quería tener un hijo.

Monique comenzó a sollozar. Pero la lluvia de lágrimas se fue haciendo cada vez más suave y dio paso a una sonrisa de esperanza. Robert la tenía ahora estrechada contra su pecho y su boca buscaba los últimos poros de la cara y del cuello de ella.

Luego la mano sapiente de Robert la fue despojando de toda su ropa, y ambos

quedaron desnudos sobre el sofá. Pero esta vez Monique no experimentó el placer orgiástico de su primer contacto físico con Robert, sino que la felicidad fue como un baño de sol que poco a poco empapara de luz los últimos rincones de su piel.

Sus ojos miraban ahora fijamente a la ventana y en su boca brincaba la sonrisa misteriosa de una Virgen medieval...

—Creo que se nos va a hacer de noche.

La voz de Robert quebró el silencio de aquel oasis de vida.

—Ya no me importa nada comprobar si fui responsable de la muerte de mi hijo. El pasado ahí queda, igual que todas esas personas moribundas. Y no quiero vivir como ellos, muñéndome.

—Sí, debes pensar más bien en los hijos que vamos a tener tú y yo.

Y Monique estrechó a Robert y le alisó con los dedos de su mano aristocrática los mechones de pelo en rebeldía.

Salieron y se precipitaron en línea recta hacia el minúsculo biplaza que el sol del ocaso había convertido en un coleóptero de élitros sangrientos.

—Dirígete hacia el centro de París —ordenó Robert.

—Sí, creo que vamos a poder ver y tocar lo que ahora sólo existe en las diapositivas y en las películas que se conservan de aquella época.

—Pero el Sena continúa, míralo. Él se ha burlado siempre de las locuras de los hombres.

Y, en efecto, allí rodaban las aguas del Sena, que no querían llegar tarde a su cita con el Atlántico. Era un Sena falaz (aunque, ¿quién podía afirmar eso con certeza?), pero los dos expedicionarios se olvidaron de que ese río no era el Sena de su mundo, sino posiblemente las linfas metamorfoseadas de una neurona gigante que se complacía en copiar servilmente los perfiles del planeta de los seres vivos.

Detuvieron el microrreactor en un trozo de la Isla del Verde Galante. De vez en cuando pasaba la sombra de una mujer o de un hombre. Los reverberos de las orillas del Sena creaban una suave penumbra que hacía difícil reconocer los perfiles de las cosas, pero se adivinaba la palidez de los rostros y la tragedia de aquellos personajes fantásticos que atravesaban ahora el minúsculo parque de la isla.

—Son suicidas —comentó Monique.

—Sí, el Sena ha sido siempre una especie de guillotina.

Y, en efecto, aquellos hombres, aquellas mujeres, o lo que fuesen, se arrojaban al agua. Había primero un remolino en la superficie gris-oscura del río. Luego, un forcejeo entre la vida y la muerte, gritos de socorro, y finalmente, el silencio. Así una y otra vez, repitiéndose siempre los mismos personajes, los mismos gestos, los mismos gritos.

Algunos de los suicidas habían estado meditando primero en los bancos del jardín. Otros avanzaban rápidos, con mayor decisión, hacia el borde del agua y se tiraban con un gran impulso para no golpearse con la rampa de piedra de la isla, que se introducía como una mano debajo de un mantel. Y sonaba también el pistoletazo

de otro suicida que había decidido utilizar otros métodos más expeditos. Cada diez minutos, un disparo, con una matemática exactitud. Pero aquí el organismo había ahorrado los preámbulos: el cadáver resucitaba sobre el mismo banco, meditaba durante un cuarto de hora y volvía a descerrajarse el tiro mortal, cayendo la cabeza sobre el pecho para luego alzarse, y así sucesivamente.

Monique y Robert se abrazaron en donde muchos años atrás tantos beatniks se habían hecho el amor bajo el sauce llorón que servía de alférez a la Isla del Verde Galante, antes de ser destruida por los telecohetes alemanes.

—Siempre soñé con volver al París del siglo XX y pasear por las orillas del Sena. Y sobre todo (te voy a ser sincera) que alguien me besara allí. Pero sabía de sobra que los alemanes había destruido para siempre aquel París de las postales y de las filminas.

—Pues hazte ahora a la idea de que por arte de magia, o mejor dicho, del profesor Chang, te estoy besando en ese mismo París.

Permanecieron mudos unos instantes besándose y procurando abstraerse de todas aquellas escenas macabras que les rodeaban.

—También me hubiera gustado pasearme en esas «golondrinas» de antaño — cortó el silencio Monique.

Y como si el «organismo» hubiera querido complacerla, hizo brotar de un recodo del río el perfil inconfundible de una «golondrina». Había farolillos rojos, azules y verdes en la cubierta, y llegaba hasta los oídos de los dos exploradores el sonido sincopado de una canción que estuvo de moda hacía casi dos siglos. Se encendió un reflector y una mano lo dirigió hacia la Isla del Verde Galante. Monique y Robert quedaron deslumbrados unos instantes con el resplandor y oyeron risas en el navío. Pero eran, por supuesto, de otras parejas invisibles de las que se reían los tripulantes de la «golondrina».

El barco pasó a unos veinte metros de la isla. Las olas que levantaba brincaron nerviosas sobre el rompiente. Luego el navío y toda su tripulación fantasma se perdió en la oscuridad, dejando un rastro de música, de risas y de voces, colgados entre luces de colores. Pero volvió a hacerse visible, esta vez iluminado por un chorro de fuego que salía de sus propias sentinas. El perfil de la «golondrina» se recortó por unos instantes, a manera de un trozo de cartón negro que un niño hubiese recortado en forma de barco, e instantes después se escuchó una espantosa explosión.

—Fue terrible —comentó Monique—. Uno de los cohetes teledirigidos alemanes cayó, casualmente, de lleno en esa «golondrina».

Y Monique sintió que se le quebraba la voz, porque no podía concebir que de la alegría se pudiera pasar con tanta rapidez a la muerte.

Se levantaron y se dirigieron en el microrreactor hacia el lugar en que se hallaba la catedral de Nôtre Dame.

La catedral estaba iluminada. Era el maquillaje que el Gobierno francés le había puesto para seducir a los turistas. Paradójicamente, ahora eran sólo Monique y Robert

los que estaban delante de ella, o, mejor dicho, de su fantasmagórico simulacro. La muerte la había trasladado, piedra por piedra, a esa especie de museo arqueológico que encerraba todos los tesoros de la humanidad, testigos de la última hora de un ser humano.

Y Robert se extasió delante de aquellos rosetones de nervios de piedra, de aquellos tímpanos desde los que les sonreían estatuas barbudas de apóstoles o doncellas orgullosas de su castidad.

—La fe también era una fuerza gigante cuando apenas existía la ciencia —comentó Robert.

—Y no solamente la fe, sino el amor a esa pequeña ciudad que movía a muchos hombres de la Edad Media. Fíjate si no en las fotos que conservamos de las ciudades antiguas como Amberes, Lieja, Florencia, Nürenberg y otras. Sus habitantes las sabían mirar, como si fueran sus benjamins.

—Y luego llegó la obsesión del automóvil. Se llenaron de automóviles esas viejas ciudades, lo mismo que un trozo de carne podrida revienta de larvas. Hemos perdido para siempre el encanto de aquellas calles estrechas, de aquellas plazuelas recoletas con fuentes cantarinas y de esas casas con escudos nobiliarios o con macetas de geranios en los balcones.

—Yo las añoro terriblemente. Vivimos ahora, por supuesto, rodeados de Naturaleza, porque no se concibe una casa sin un amplio jardín. Hemos vuelto a oír a los pájaros y a los grillos, porque supimos conjurar la pesadilla del siglo XX. Pero aquello era también hermoso.

Entraron en la catedral. Y entonces sintieron que sus espíritus quedaban anegados en las ondas de música que brotaban de las cien cañerías del órgano.

—¡Cuántos contemporáneos nuestros vendrían aquí sólo para escuchar directamente el órgano de Nôtre Dame de París! —exclamó Monique con lágrimas en los ojos.

Pero Robert la mandó callar. Estaban ahora delante de la estatua de Nuestra Señora. Y ésta les sonreía, como había sonreído a tantas generaciones de hombres y mujeres. Era una esperanza enarbolada como un estandarte allá, en el reino de la muerte, como lo había sido en el reino de la vida.

Tan embebidos estaban en su mirada que no se dieron cuenta que los bancos de la catedral estaban llenos de fieles.

—Éstos murieron, por lo menos, pensando en la eternidad. Y, efectivamente, acertaron —afirmó Monique.

—Sabe Dios si esa eternidad en la que pensaban es realmente la que ellos suponían y no esta pesadilla. Porque hay algo en mí que se rebela contra esto que estamos viendo y tocando.

Y ahora fue Robert el que, arrodillado con Monique en un reclinatorio, y aprovechando que el órgano había detenido durante unos minutos su raudal sonoro, destapó el pomo de esencias de sus inquietudes. Mientras, se escuchaba la voz del

sacerdote que intentaba apuntalar en el corazón de los fieles la pequeña catedral de su esperanza en la clemencia divina, contra las posibilidades de una guerra mundial que se aproximaba bajo las botas de los nuevos ulanos germánicos.

—Yo también he venido aquí buscando la eternidad. Te voy a contar mi vida, Monique.

Y apretaba con fuerza la mano de Monique-Pandora.

—Yo fui un hombre que pretendió serlo todo y que no consiguió ser nada. Me gustaban todas las ciencias, me apetecían todas las profesiones y todas las actividades humanas, y, ¡también me gustaba vivir! Pero me aterraba el tener que morir sin haber dominado ninguna ciencia, o sin haber vivido con la suficiente intensidad. Se me impuso la certeza de que vivir era radicalmente limitarse, y que la misma subsistencia biológica era ya una amputación. Quería haber vivido mil años más, pero sabía que esto era imposible y por eso contaba como un avaro las monedas de mi vida, que, por desgracia, no podía detener y que se me iban una por una, cada vez más de prisa. Llegó un momento en que la muerte era para mí más real que cualquier otra cosa del mundo. Y entonces deseé burlarme de algún modo de ella.

—¿Cómo? Creo que todos los seres humanos lo intentan hacer.

—Sí, pero intentando olvidarse de la muerte. Todo lo más, el instinto biológico les impulsa a perpetuarse, y eso es un modo precario de hacerse inmortal. Pero yo no me conformaba con esa solución.

—¿Ni siquiera ahora?

—Ahora ya tengo algo que llena mi vida, pero entonces lo que quería hacer era algo muy grande. Tan grande que yo mismo me dijera después de haberlo hecho: «Bueno, Robert, ahora ya no tiene sentido el que sigas viviendo. Ya te has definido para toda la eternidad». Quería ser, pues, como la bengala, cuyo destino es, precisamente, el consumirse en un instante. Por eso no te puedes imaginar los esfuerzos que he hecho para que el Gobierno me aceptara como voluntario del profesor Chang.

—¿Y así, paradójicamente, vas buscando la inmortalidad en la muerte?

—Ahora ya me importa mucho menos. Sé que fuera de ti la vida no me importa nada. Por eso ya no tiene sentido para mí el pensar más allá de ella.

Se abrazaron, y volvieron otra vez a inclinarse delante de Notre Dame de París. Pero fue solo unos instantes: las facciones de la Madre de Dios se tiñeron de rubor en una breve fracción de segundo, al mismo tiempo que se oía un estampido que parecía el último trueno del universo.

Brotaron llamas de todos los puntos cardinales, unas llamas que producían una levísima sensación urente en las pieles de Monique y de Robert, como si fueran las llamas de un ensueño. Vieron techumbres que se derrumbaban y pechinas que se abatían como arcos de guerreros muertos. Y un coro de gemidos que se unían armónicamente a la última nota del órgano de la catedral, el canto del cisne de las cien lenguas metálicas.

—Hay que salvar a Nuestra Señora —exclamó Robert.

Y, en efecto, abalanzándose sobre la estatua pretendía ampararla de las vigas que se precipitaban y de los zarpazos del fuego. Y quizá por un proceso alucinatorio Robert sintió que en aquella escultura comenzaba a vibrar un corazón de mujer que latía apresurado.

La escena cambió de repente, y ahora la luna imprimía tonalidades de perla a las facciones de Nuestra Señora y a las de Monique, que se había puesto de hinojos, rezando. Alrededor reinaban las ruinas, y por esa magia metamorfósica del planeta de la muerte, había crecido el jaramago entre las piedras. Sólo se oía el vibrante diapasón del grillo y la suave flauta de un sapo lejano que lloraba a orillas del Sena.

—¿Qué fue de esta estatua? —preguntó Robert—. Tú conoces muy bien la historia de Francia.

—Desapareció misteriosamente. Nadie ha podido encontrarla. Nosotros la hemos encontrado aquí.

IX

Planeaban ahora hacia las señas de Gérard Pétion. Debajo del microrreactor se encendían continuamente hogueras y se oía el estrépito de los edificios que se derrumbaban.

—Los alemanes se vengaron cumplidamente de la destrucción de Berlín en el año 1944 —comentó Robert.

—Pero la réplica fue definitiva. Como tú sabes, ya no existe Alemania.

—Sí, era un país abocado periódicamente a una especie de locura colectiva. Su último caudillo hizo parecer un santo a Hitler. Cada vez estoy más convencido de que todo lo que ocurre en el mundo es por lo menos tan «orgánico» como todo lo que ocurre aquí.

Se hacía difícil localizar exactamente el 43 de la calle Poissonnière, porque en ese número se habían sucedido varios edificios. Había, pues, que buscar la perspectiva precisa en aquel caleidoscopio siempre cambiante.

—Éste parece ser el 43, correspondiente a la fecha que señala Pétion.

Pero había otros números 43 y Robert tuvo que rectificar su juicio. A veces, en efecto, entraban por un lado, y creyendo salir por otro distinto, se veían abocados al mismo punto. Finalmente, y ya exhaustos, encontraron un portal en el que figuraba, en una placa de letras doradas, el nombre de Gérard Pétion.

Subieron en el ascensor y forzaron una nueva cerradura con el sistema eléctrico que había traído Monique de su vuelta a la Tierra. Un sistema que no «dañaba» ninguno de aquellos simulacros orgánicos y que impedía, por lo tanto, la reiteración de aquel episodio de la furgoneta, a la salida del cementerio.

Vieron el cuerpo de Pétion tendido en una mesa de operaciones. Varios tubos le estaban inyectando oxígeno, plasma sanguíneo y otras sustancias. Una presencia misteriosa movía piezas de cirugía y controlaba las constantes fisiológicas del intervenido.

Era fácil comprobar que se trataba de la experiencia que puso en contacto a Gérard Pétion con el mundo de la muerte. Pero también era obvio que no había podido volver de allí, sino que su espíritu, ahora, por una sangrienta ironía, estaba repitiendo allá la maniobra de exploración. Era, pues, un buzo que se hubiese quedado en el fondo del océano, petrificado para siempre bajo una capa de moluscos.

Gérard Pétion era un hombre grueso, de unos 40 años de edad. Una nariz rabina cortaba el denso aire del laboratorio y parecía ahora más afilada bajo la piedra de esmeril de la muerte. Tenía los ojos cerrados y sus pulmones estaban lanzando sus últimas bocanadas de aire.

Monique y Robert se imaginaron la tragedia: el profesor Liaussey entrando y saliendo precipitadamente en el quirófano, con la frente perlada de sudor, el resto de los ayudantes empavorecidos y, enhiesto sobre la mesa de operaciones, el cuervo de

la muerte repitiendo el «nunca más» del poema de Allan Poe. Luego un tupido velo sobre el asunto y un certificado de defunción para los familiares de Gérard Pétion, que, al parecer, habían mantenido un riguroso silencio en torno a la experiencia.

—Es horrible, vámonos —suplicó Monique, sin querer confesar que también pendía sobre ellos esa misma espada de Damocles, que a lo mejor dentro de unos segundos podrían estar ellos también con la cabeza acribillada de microelectrodos, agonizando en cualquier rincón de aquel planeta extraño.

—Es imposible que falle el profesor Chang —comentó Robert, y al decir esto su mirada tropezó con un papel, el consabido mensaje de Gérard Pétion. Lo leyeron ávidamente:

«Ésta es la última nota que os escribo. He llegado aquí y me he encontrado con el espectáculo de mi propia muerte. Aquí no tienen sentido el futuro ni el pasado. Estoy anonadado, como comprenderéis, y lo que voy a intentar es destruir con una hacha este espantoso simulacro de mi defunción. Quizá así pueda intervenir la marcha del futuro y evitar mi muerte. No sé lo que va a ocurrir, porque las reacciones de este cerebro en que nos hallamos pueden ser feroces. Adiós, que tengáis mejor fortuna que yo».

—No debió resultar su maniobra, porque aquí sigue agonizando y agonizará durante los siglos de los siglos —exclamó Robert. Mientras, y distraídamente, deshojaba las flores contenidas en un búcaro dispuesto sobre el alféizar de la ventana.

Un olor a podredumbre llegó hasta sus fosas nasales: procedía de los pequeños tallos seccionados. De ellos comenzaba a gotear un fluido purulento.

—¡Hemos cometido una imprudencia, cuidado! ¡Sal rápidamente por aquí! —gritó Robert.

Y arrastrando a Monique se precipitó por la puerta en dirección a la escalera. Pero la escalera ya no era escalera, sino un largo conducto viscoso que se retorció en espiral. El olor que emanaban sus paredes era insoportable y los gases pútridos hacían toser a Monique y a Robert, que apenas podía mantener el equilibrio.

—Agárrate a mí —volvió a gritar Robert.

A costa de inauditos esfuerzos, agarrándose el uno al otro, lucharon con desesperación, tratando de compensar con sus movimientos las continuas contracciones peristálticas de aquel tubo.

Una luz de color sangre hacía más horrible la escena. Chorros de color pardo y azul corrían hacia abajo tras vetear paredes como si fueran rayos líquidos.

Y entonces aparecieron «ellos». Ellos eran una docena o más de Gérard Pétion, que avanzaban contra Monique y Robert sin perder un solo instante el equilibrio. Algunas de aquellas imágenes de Gérard Pétion carecían de ojos, otras de boca o de nariz, y todas ellas parecían imitaciones defectuosas del primer explorador del mayestático mundo de la muerte.

—El organismo nos envía una especie de anticuerpos que han tomado forma humana. No creo que podamos luchar contra ellos a fuerza de razonamientos, sino con esto.

Y Robert disparó su pistola entre dos de los ministros, procurando reducir al mínimo la energía de la descarga. Se oyó un chasquido y el tubo se convirtió en un río de luz amarilla. Los dos anticuerpos tocados retrocedieron, pero el resto siguió avanzando.

—¡Fuego a discreción! Procura no darles de lleno —volvió a gritar Robert.

Y volvió a producirse la misma detonación y el mismo taconazo de luz. Pero lo único que conseguían los disparos era retrasar el avance de aquellos simulacros de Gérard Pétion. Robert y Monique caían de vez en cuando y entonces tenían que disparar desde el suelo. Procuraban no pensar en lo que podría ocurrirles en el momento en que se les acabasen las municiones.

Uno de los monstruos fue alcanzado directamente, por un error de puntería de Monique. Se oyó un chirrido de aceite hirviendo, y aquel cuerpo aberrante se transformó en una bola de gelatina que rodó hacia abajo como un bólido, pasando entre Monique y Robert.

Y entonces se produjo una contracción mucho más brusca del tubo y los dos expedicionarios fueron proyectados hacia un mar de espuma. Aquel líquido tenía un sabor inconfundible a clara de huevo y era viscoso como ella. Caminaba intermitentemente hacia un punto desconocido. Una luz lechosa permitía ver allá arriba una bóveda como de pergamino que se contraía igual que un esófago.

—Procura moverte lo menos posible. Aquí no nos podemos hundir. Espero que todo pase y podamos recuperar nuestro microrreactor.

Y, en efecto, el microrreactor estaba allí, delante de ellos, sosteniéndose a flote sobre las olas de aquel coloide espeso.

Robert y Monique comenzaron a nadar en dirección al vehículo. Era un poco difícil la operación, porque, con unos intervalos fijos, aquel magna se ponía en movimiento hacia adelante y la distancia volvía a ampliarse.

—No sé si vamos a poder alcanzarle. Convendría, quizá, que descansásemos un poco —dijo Monique jadeante.

Felizmente, el microrreactor había tropezado con la pared de pergamino y allí se había quedado detenido. Monique y Robert pudieron por eso alcanzarle y a duras penas pudieron abrir la puerta, no sin que penetrara, hasta la mitad de la carlinga, aquel líquido denso. Pero pronto el microrreactor tomó impulso y se alzó un par de metros sobre la superficie del líquido. El indicador de sistemas señalaba el cero. Una vez más seguían viviendo en unas condiciones incompatibles para un organismo vivo.

El decorado cambió. De nuevo tenían encima de ellos el cielo plomizo, pero debajo había como un mar de sangre que se agitaba rabioso. Brazos de espuma amarilla salían de su superficie y extrañas formaciones de color negro se abrían como

pústulas en la superficie. Luego el color rojo se trocó en rosa pálido y la agitación fue desapareciendo hasta convertirse en la respiración normal de un pecho de mujer. Volvieron a brotar los árboles y los edificios. Y aquella piel gigantesca comenzó también a parir hombres y mujeres de pálida epidermis. El «organismo» se había vuelto a colocar la máscara.

—Debió quedar «sensibilizado» aquel lugar del organismo por la intervención desesperada de Pétion. Por eso quiso eliminarnos. Pero ahora ya está todo en calma.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Monique.

—No creo que vuelva a producirse este «choque anafiláctico», pero, de todas formas, creo que nuestra misión ha sido cumplida y que debemos esperar a que nos «recojan».

—Deberíamos aguardar, si te parece, en un lugar que siempre me ha gustado, aunque ya no existe.

—No me lo digas. Seguro que se trata del Boulevard de Saint Germain. Pero, querida mía, me temo que estaríamos recibiendo continuamente proyectiles teledirigidos o balazos de manifestantes. Creo que es mejor que aterricemos en uno de estos bosquecillos.

—Esperemos que sea sólo un lugar de paso y que no veamos más suicidas ni guerreros que se destrozan.

Bajaron, pues, a un lugar en que corría un pequeño arroyo. Piaban los pájaros y se escuchaba el canto de la cigarra. Unos fresnos protegían de los rayos de un sol inexistente. Se tumbaron cuidadosamente sobre la hierba y se cogieron de la mano.

De vez en cuando pasaba por allí un hombre con apariencia tranquila, se escuchaba un grito y un disparo y todo volvía a quedar en silencio, pero hasta de esa escena terminaron olvidándose Robert y Monique.

FINAL

—Se me está ocurriendo algo que probablemente se le haya ocurrido ya al profesor Chang después de escuchar tu informe —comenzó a decir Robert.

—Yo también tengo mi propia teoría sobre todo esto que nos rodea. Ahora veo que es cierto lo que decíamos al hablar de un cerebro que retiene exclusivamente los últimos momentos de todos los seres vivientes.

—Pero hay algo que es mucho más que eso. ¿Por qué no pensar que en otras partes de este cerebro que son todavía inaccesibles para nosotros se están repitiendo todos y cada uno de nuestros actos?

—Después de esta experiencia ya nada me parece imposible.

—Imagínate, en efecto, que en cada una de esas partes reviviéramos cada uno de los instantes de nuestra existencia. Pero no de una manera discontinua, sino que hubiera algo común que uniese entre sí a todos estos comparsas y que les forzara a repetir una vez el ciclo entero de su vida, como si no existiesen episodios separados.

—¿Quieres decir, me parece, que tú y yo y cualquier otro ser humano está condenado a repetir su existencia durante toda la eternidad?

—Sí, efectivamente, pero acabas de pronunciar la palabra «condenado».

—¿No hay mayor condena que repetir siempre lo mismo, sin poder cambiar un solo ápice?

—¿Y quién te dice a ti que ellos deseen cambiarlo, que son conscientes de esta repetición? Mira, la condena nos la imponemos nosotros mismos.

—No te comprendo.

—Sí, acuérdate de una frase que pronuncia el protagonista de «La vida es sueño», de Calderón de la Barca. Como tú sabes, llega un momento en que no sabe distinguir entre el sueño y la realidad y entonces decide llevar una vida virtuosa, «por si soñamos».

—¿Y tú crees que nuestra vida es sueño?

—No importa si es sueño o realidad, y más aún, si esto que vemos aquí es lo uno o lo otro. Lo cierto es que podemos forjar durante nuestra vida la felicidad o el dolor en la otra. Fíjate, por ejemplo, en nuestro caso. Tú y yo podemos revivir infinitas veces ese momento tan dulce que experimentamos allá en el cementerio, cuando nos entregamos el uno al otro.

—Esto ya daría todo su sabor a una existencia, pero fíjate en que también tendríamos que revivir momentos muy desgraciados.

—Tienes razón, pero el que esos momentos sean desgraciados o felices depende en gran parte de nosotros. Si derrochamos todos nuestros esfuerzos en ser felices nosotros mismos y en hacer que lo sean los demás; más aún, yo te diría, si dejamos de tener miedo a la muerte, nunca tendremos que lamentar, sino todo lo contrario, el repetir una vida que fue dichosa.

—Poco más o menos eso es lo que dice el cristianismo, cuando afirma que nuestros méritos condicionan el destino de nuestras almas más allá de la tumba.

—Yo creo que a partir de nuestra experiencia la humanidad va a encontrar el camino verdadero. Seremos todos unos inmensos bancos de felicidad, en los que todos iremos acumulando dividendos, para más allá de la muerte. Y, por supuesto, yo ahora mismo voy a hacer un pequeño ingreso en ese banco.

Y al decir esto, Robert y Monique se abrazaron y permanecieron así durante largo rato, hasta que tropezaron, allá arriba, en el laboratorio, con la mirada benévola del profesor Chang.

No podían saberlo

Francisco Lezcano

I

Hacía calor, mucho calor. La llanura, recalentada por el sol que caía verticalmente, era casi una trampa mortal. No soplaba el viento. El suelo, agrietado y reseco, restallaba como tejas en un horno. El verano había transformado la región en intransitable pero, a pesar del castigo que suponía cruzarla, «Ratón» habíase forzado a hacerlo para cortar camino, porque la fecha de la Gran Feria Anual de San Miguel, que se celebraría a ciento cincuenta kilómetros de donde él se encontraba, ya no estaba lejos; apenas faltaban tres días para su inauguración y era vital llegar antes de la apertura oficial de admisiones, si se deseaba conseguir una buena parcela donde montar la barraca con ventaja, de lo cual dependía vender más o vender menos.

Andrés «Ratón» viajaba en un borrico casi tan aspeado como él. Trotaba con pesadez y como si tuviese el sol directamente entre las orejas. De improviso tropicó y cayó a tierra despidiendo a su desprevenido jinete.

—¡Maldito idiota! —exclamó Andrés viéndose por el aire. Por fortuna fue a dar sobre un montón de «haulagas y piteras» muertas, librándose de un golpe que a sus años hubiese podido traerle malas consecuencias.

El borrico quiso levantarse, sin conseguirlo por la pesada carga que lo retenía vientre al polvo.

Transcurrido el primer instante de perplejidad y no habiéndose encontrado dolores sospechosos o heridas de cuidado, Andrés olvidóse de sí mismo y miró con ternura al tembloroso y jadeante animal.

—Espero que no te habrás roto una pata —le dijo temiendo lo contrario—. Y además —agregó— deseo que la mercancía esté bien —se aproximó al burro y colocándose las manos en las quijadas intentó calmarlo con caricias y palabras—. Vamos, amigo, no pongas ojos tan lánguidos... Veamos ese remo, ¿lo tienes roto?... Bueno, ha habido suerte, pareces en perfecto estado... Ahora voy a librarte de la carga para ponerte en pie... Luego trota con más acierto... No creo que en una segunda vez... ¡aup!... se repita lo bien que hemos... ¡aup!... salido librados... ¡aup!... ¡Arriba!... Despacio... Despacio...

Minutos después habían reiniciado su cansina y, no obstante, apresurada marcha entre los cactus amarillentos y rugosos.

El sol parecía aproximado a la tierra. Andrés levantó instintivamente la mirada

para verlo, creyéndose amparado bajo la sombra del amplio ala de su sombrero de paja, pero tuvo que cerrar los ojos y apartar el rostro. Cuando volvió a abrirlos el paisaje se le apareció con manchas sin contornos fijos, manchas fantasmales y oscuras...

—¡Vaya! —pensó—. Ya me he deslumbrado.

Apretó los párpados y se los restregó con las manos buscando quitarse la visión, pero toda no se le fue como había esperado. Una continuó clavada en el horizonte moviéndose de un modo sólo posible en naturalezas animales y tangibles. «Ratón» comprendió que no se trataba de una alucinación.

—Estáte quieto. Cálmate —susurró al borrico procurando tranquilizarlo.

Cuando «aquello» se aproximó lo suficiente, Andrés pudo distinguir que semejábese a un raro odre a medio llenar o a un flácido globo a la deriva. Sin embargo no se sintió tranquilo con las apariencias porque el subconsciente le indicaba lo absurdo de su aseveración. Incapaz de imaginar una aclaración correcta, no pudo más que seguir al fenómeno con la mirada y oprimir el temor que su presencia le estaba haciendo brotar.

—¡Tranquilo... burro... tranquilo!

El borrico habíase puesto muy rígido y nervioso. Con las orejas erguidas y los belfos remangados emitía un estrangulado roznido. Era evidente que, mediante su distinta capacidad perceptiva animal, estaba captando planos que el hombre aún no había aprehendido.

El cuerpo gris, flojo y desmadejado, sobrevoló los bajos picos del monte Roca Negra que lindaba la llanura por el norte. Fue pausando su desplazamiento hasta quedar colgado en el aire, quieto durante un largo minuto... luego descendió para posarse en la falda de la Montaña de los Enanos, situada algo más a la derecha de los otros picos; un punto, muy cerca de Andrés «Ratón».

El viejo deseó comprobar la clase de cosa volante que había caído.

—Burro vamos a descubrir qué nos ha traído el día, aunque después tengamos que apretar el paso para recuperar el tiempo perdido —azuzó al animal—. ¿Pero qué te pasa? —le preguntó sorprendido y molesto por su repentina inmovilidad—. ¿Es que te has vuelto de cartón piedra?...

El burro sólo obedeció cuando los taconazos de Andrés fueron irresistibles, entonces inició un trote nervioso y progresivamente acelerado.

De repente, la forma gris se lanzó igual que un viejo y húmedo papel arrebatado por un torbellino de viento y avanzó contra ellos...

El asno distendió las fosas nasales y desorbitó los ojos aterrado por desconocidos olores y una biología desconcertante, el miedo le empujó a soltar un rebuzno con toda la fuerza.

—¡Calla! ¡Calla, condenado! ¡Calla!... ¡Sooo!...

Por la rojiza garganta del barranco, la bronca voz del nómada comerciante y escandaloso sobresalto del bruto hicieron que bandadas de murciélagos se

descolgaran de sus perchas lanzando chillidos como alfileres, entre lechuzas y otras aves de rapiña perturbadas por la misma razón. El desierto cobró repentino movimiento.

—¡Arre! ¡Arre!

«Ratón» espoleó a su montura, porque el instinto de conservación se lo dictaba.

—Es algo malo, sí. Algo malo —se repetía sin dejar de golpear los cuartos traseros del animal y apretarle la tripa con las rodillas y los talones—. ¡Corre! ¡Corre! —le suplicaba.

Andrés volvió un poco la cabeza para comprobar por dónde andaba aquella cosa que antes nunca había visto en otra parte ni oído mencionar... Con terror comprobó que el enigma casi estaba encima de él y apenas a diez metros del suelo. Pudo verlo de lleno y distinguir ciertos pormenores estructurales que le arrancaron un alarido de pánico.

—¡Dios mío! —gimió—. Esto tiene que ser un demonio o un fantasma. Se persignó asustado y sin poderlo eludir volvió a chillar.

El borrico apretó más la galopada y soltó un tremendo rebuzno que fue afortunado, pues la masa ameboide, mezcla de pulpo y serseudopótico, gris y traslúcido, amedrentado, huyó grotescamente hacia los montes.

II

Cuando Ankamún consideró que había dejado bastante lejos al «monstruo aullador» de dos voces, cuatro patas, bicéfalo y bimanio detuvo su impulso levitacional y volvió a dejarse caer sobre el polvo procurando no lastimarse.

A pesar del susto sentíase feliz porque había alcanzado, sin peor incidente, las coordenadas prefijadas por las calculadoras de la base secreta Gala II, sincronizada, en órbita solar, de manera que permanecía invisible para los observadores de la Tierra...

Ankamún examinó con meticulosidad los alrededores para asegurarse de que ningún peligro le acechaba. «Miró» todos los olores y aunque le trajeron confianza, se dejó llevar por la rutina autodefensiva fijándose en torno una barrera mental de repulsión contra los desconocidos y pequeños seres que captaba pululando bajo las piedras entre las plantas secas, en agujeros y cuevas; no dispondría de tiempo si se propusiera averiguar hasta qué punto cada uno de ellos era peligroso; creyó que lo mejor sería repelerlos por igual, y dejar el plan de estudios para después de conseguir el contacto con su esposa que tardaría en llegar porque el platillo que conducía había amerizado casualmente en la cota 4.877: muy desplazado de la diana pre asignada...

Ankamún necesitaba resistir la espera con un mínimo de comodidad y para conseguirla estuvo buscando con su PES (percepción extrasensorial) un terreno amoldado a sus exigencias. Pronto captó las típicas vibraciones del suelo arenoso a su gusto. Se aproximó reptando hasta el lugar, distante unos veinte metros, donde enterróse con satisfacción, aunque dejando fuera los extremos de sus cinco brazos para poder sostenerse alerta por medio de sus glándulas receptoras orgánico-mecánicas...

Porque la espera se prolongaba más de lo calculado, Arkamún comenzó a experimentar un molestísimo hormigueo de intranquilidad bajo la epimembrana.

—Marki no ha aparecido —pensó con sentimiento de alarma—, ni siquiera me han llegado sus ondas. ¿Le habrá ocurrido algún accidente en el último instante?

Otra cosa le agitaba: el silencio de Gala II que, según el tiempo transcurrido, debíase haber roto dando alguna explicación o tan siquiera indagando. Decidido a averiguar algo Arkamún apretóse dos de los botones rojos que sobresalían entre las protuberancias de su piel...

—Llamando a base... Contesten clave 277... Llamando a base...

Hubo una serie de zumbidos y luego...

—Aquí base. No hable porque ya sabemos que va a preguntarnos por Marki... Cierto que puede haberle ocurrido algo... Pero le suplicamos espere un poco más.

—De acuerdo...

Cortó la comunicación y se resignó...

Transcurrida una hora más. Arkamún rebasó la frontera de su paciencia.

Abandonó su cálido refugio del subsuelo y púsose a pasear nerviosamente de una loma a otra... De súbito, durante uno de los saltos que estaba dando de altura en altura, las ondas de ella le sacudieron; fue solo un segundo el tiempo en que percibió las vibraciones orgánicas llegando desde muy lejos, pero le bastó para localizar su procedencia exacta, y hacia ella partió disparándose con un fuerte impulso autoteletransportador. Los cinco corazones le latían con energía: «Su suave, dulce y amada Marki».

Ankamún experimentaba un gran orgullo por hallarse unido a la primera viajera interestelar y que además habíase prestado a procrear un hijo en pleno espacio para contribuir a los estudios relacionados con la influencia del medio en la genética.

—Marki. ¡Marki! —llamó in mente, con ternura... Marki no respondió...

Después de sobrevolar una extensión de dunas de blanca arena finísima, Arkamún alcanzó la costa; dejóse caer al agua y allí quedó flotando a la espera porque presagiaba que ella no estaba lejos.

Llegó la noche. Desde su sitio Ankamún veía la orilla y un brillo de llamas iluminando las altas peñas erguidas a unos setenta metros del final de la arena. Percibió que dos seres tomaban energía física del calor de una hoguera.

No opuso resistencia a las olas que lo transportaban hasta la playa, y cuando se vio tendido entre las algas en seco desplazóse lentamente evitando la luz para aproximarse sin ser visto; se escurrió por los estrechos espacios entre las rocas y con cautela aupóse reptando a un otero desde el cual poder comprobar lo que existía en realidad tras las peñas...

—¡Humng! Veo dos seres, ¿o dos medios seres? Me sorprende la semejanza que existe entre éstos y el que me asustó en el llano. Qué raro que sólo tengan la mitad del tamaño del otro... y además les falta el resto del cuerpo. ¿Acaso estoy ante dos crías a las que más adelante les crecerá lo que les falta? ¿Se trataba aquel de un solo animal? ¿Viven los de este tipo en simbiosis con los de aquel tipo?... Bien... con tiempo se aclarará todo...

—Marki, ¡oh, Gala II! ¿Dónde está Marki?... Sé que ella está por aquí, entre estos animales. ¿Dónde? ¿Por qué no transmite?

Los dos hombres sentados sobre un montón de redes agitaban con sendas tablas algo que borboteaba en un caldero asentado sobre la hoguera...

El horror de Arkamún no tuvo límite cuando repentinamente comprendió que cosa estaban guisando y comiéndose con apetito...

III

Andrés «Ratón» entró jadeando en la taberna del pueblo Iberia, a pocos kilómetros de San Miguel. Se apoyó tembloroso en la barra y pidió con dificultad un vaso doble de ron que se bebió de un trago.

El tabernero le escrutó con curiosidad...

—¿Otro? —preguntó con sorna—. Si bebe usted así deberá tomarse un barril para que pueda alcanzar el gusto.

El viejo intentó responder con mordacidad pero no pudo articular palabra.

—¿Otro? —volvió a preguntarle el tabernero.

«Ratón» asintió con la cabeza pero indicando con los dedos que se lo sirviera triple.

Se lo sirvió...

—¿Le pasa algo? Me da la impresión de que usted necesita ayuda...

—¿Pasarme algo? —respondió Andrés—. No me ocurre nada —negó, intentando aparentar tranquilidad.

—El temblor de sus manos le delata... ¿Ha hecho usted algo malo?

—¿Malo? ¡No, hombre!

—Entonces, ¿qué le ha ocurrido? Viene lleno de polvo y de miedo.

El viejo clavó con fijeza sus pequeñas pupilas en el tabernero, no explicando nada a pesar de ser la impresión que dio. Sonriendo forzosamente pidió más alcohol con una displicente señal de mano.

—Le advierto, abuelo, que si piensa embriagarse aquí, va equivocado porque en mi taberna sólo lo considero algún que otro sábado.

Casi sin respirar Andrés engulló más bebida. Soltó el vaso sobre la barra y se dispuso a hablar.

—¿Usted?... —comenzó en tono indeciso y misterioso.

—Diga, diga...

—¿Ha visto alguna vez un fantasma de cinco patas volando a plena luz del día?

—¿Qué?

—¿Que si ha visto un fantasma volando?

—¿Un fantasma? —el tabernero estalló en sonoras carcajadas—. No he visto un fantasma nunca, y menos danzando a pleno sol... Abuelo, a usted se le ha recalentado el seso...

Andrés se enfadó y encogiéndose de hombros dio media vuelta y dirigióse hacia la salida.

—¡Eh, amigo! ¿No piensa pagarme?

El viejo se detuvo sorprendido por su propio despiste. Rebuscó una moneda en los bolsillos de su chaqueta...

—¡Tome! —Y se la arrojó al tabernero—. Además, para que se fastidie, voy a

decirle la verdad: ¡Su ron es una porquería!

—¿Porquería? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Si ni le ha podido agarrar el gusto...!

IV

En la playa la hoguera continuaba recalentando la comida que humeaba esparciendo un agradable olorillo. Manuel probó otro bocado y lo saboreó con agrado. Antonio suspiró satisfecho masticando el suyo.

—¡Qué suerte! —exclamó, recordando que habían pescado al desconocido «cefalópodo» cuando, ya desesperados del tiempo que llevaban sin sacar nada en sus redes, pensaban abandonarlo todo y ampararse en la caridad de la Sociedad Protectora de Hombres.

—Sí —afirmó Manuel con los carrillos llenos. Hizo una meditativa pausa y agregó—: El aspecto, cuando lo sacamos, resultaba un poco chocante, sin embargo me he olvidado de la impresión gracias al buen gusto que tiene...

—Nunca había visto otro igual, Manuel... ¿Será tóxico?... Esperemos que no...

—¿Tóxico?... No puede serlo, está demasiado rico... Por otro lado, ¿tú no sabes que lo de la mar todo se come?

—¿De verdad crees que hemos debido comérselo tan a la ligera?

—¿Qué otra cosa podíamos haber hecho? ¿Morirnos de hambre?...

Del caldero volvieron a sacar grandes trozos de la extraña pesca y los masticaron con fruición. Tendiéronse de espaldas plácenteramente adormilados por la buena digestión, tranquilos, sin sospechar que un ser gemelo del que habían devorado se les acercaba con un brillo de infinito dolor en la piel... con un sentimiento de destrucción en cada núcleo, con un impulso de fuerza matadora en cada tentáculo...

V

Ankamún se irguió con gran esfuerzo ante el jefe Gala II.

—Póngase cómodo —le invitó el jefe con galantería—. Comprendo su tristeza... Si lo desea puede echarse para oírme con más comodidad.

—Gracias, señor... voy a hacerlo porque me encuentro muy deprimido.

—No tiene por qué dar las gracias.

El jefe Gala II hizo una pausa, abrió un cajón de la mesa piramidal y extrajo de él un trozo de hilo magnetofónico que soltó sobre el tablero.

—He oído su informe... El Mando lamenta profundamente el hecho. Pero estese tranquilo porque le someteremos a un tratamiento de olvido y readaptación...

—Hizo usted muy bien obedeciendo la instantánea orden de regreso que le enviamos por la vía mental directa. Tuvimos suerte al localizarle en un instante crítico... Usted iba a cometer un grave fallo agrediendo a aquellas formas inteligentes.

—¡Cómo serán entonces los imbéciles! —comentó Ankamún con amargura—. Y es una lástima —agregó— que los de Gala II se hayan mostrado tan ineficaces con mi mujer...

—Ankamún... lo de su mujer fue inevitable. Y en cuanto a los seres que la atacaron, ¿acaso tenían modo inmediato de averiguar qué era pensante?

—Sí, cierto... Tal vez... No sé...

—Acuda en el acto al médico Ordenador. Y tenga en cuenta que si no lo hace antes de tres giros, prescribiré que le arresten, y le «trataremos» contra su propia voluntad...

—Bien, señor —respondió Ankamún con los ojos cargados de lágrimas... Poniéndose en pie se fue alejando deprimido...

—¡Oh, poderes! ¿Por qué? ¿Por qué?...

Ankamún dobló un recodo del largo pasillo y se detuvo ante una puerta estrellada... «Ordenador Psíquico».

—Marki, tengo que olvidarte... es la Ley...

Empujó la puerta, Dos nuevas lágrimas anaranjadas le corrieron por la granulosa piel...

Prohibido coger flores

Francisco Lezcano

I

El nauta avanzaba con dificultad sobre el crujiente suelo del planeta. Tiraba y tiraba de sí mismo para zafarse de la fuerza gravitatoria; un pie, luego el otro; respirar hondo, detenerse y pronto comenzar; un pie y luego otro... El exoesqueleto inoxidable de acero le ayudaba mucho, pero no lo suficiente.

No obstante el tremendo esfuerzo, apenas había podido alejarse unos doscientos metros de la nave en la cual Mikimoto y él acababan de llegar. Se detuvo un instante y mientras tomaba aliento alzó la cabeza deseando ver por cualquier resquicio, aunque tan sólo fuera un poco de la luz solar que suponía tras las negras nubes, muy bajas y aborregadas, espesas como vapor de alquitrán. Suspiró, y otra vez inició su cansino andar sobre la reseca corteza que chasqueaba bajo sus pisadas, despertando raros ecos en aquella densa atmósfera irresistible para humanos. Delante del hombre se alzaba el acantilado, como una muralla construida por amontonamiento matemático de verticales pilares hexagonales de roca gris violácea, aparecía desnuda e imponente. El nauta cerró los ojos y aspiró con profundidad el aire condicionado de su hermético traje espacial. Cuando alzó los párpados vio varias hermosísimas flores que no había contemplado en ninguna otra parte.

Se extrañó muchísimo de no haberlas descubierto antes...

«Quizá tenían sus corolas cerradas y ahora al abrirse es cuando se han hecho visibles», pensó.

II

Habían viajado hasta el lugar porque el Detector Autónomo ínter ED denunciaba venas de mineral Gama D237, que resultaba insustituible para producir, en el Centro 45 Tierra, la energía necesaria que ponía en marcha la maquinaria salta-comba dimensiones, de propiedad internacional. Debían tomar muestras de mineral y regresar con él al Centro Analizador donde determinarían la real importancia del hallazgo y no la especulada.

Mikimoto pulsó un nuevo botón en el tablero de visión exterior. La pantalla del visor se apagó y volvió inmediatamente a encenderse, mostrando un ángulo diferente del paisaje por donde veía caminar con torpeza a su amigo Félix White embutido en

el engorrosísimo vestido estanco.

Mikimoto recordó algunos de los lamentables incidentes que, en un principio, alzaron muros de espinos entre una creación y otra, entorpeciendo contactos o destruyéndolos para siempre. Puede ser que lo rememorara por estar contemplando en un mismo plano la figura de White y las raras flores del acantilado. Una vez...

—¡Duing! ¡Duing! ¡Duing! —hizo el Controlador Electrónico conectado directamente al cerebro de White.

Por la ranura azul existente bajo la pantalla visora surgió la cinta plástica y serpenteante del computador. El hilo ideológico de Mikimoto se interrumpió ante la revelación de la cinta. Tomó el mensaje entre los dedos y volvió a traducir por si acaso habíase equivocado. Pero no, si era verdad: White había variado repentinamente de dirección mental; no era «Dimensonio» su trayectoria principal, era «otra cosa». Mikimoto se inquietó.

III

... Hallar una flor en un lugar como aquél, o algo que se le pareciera, representaba para el espíritu un golpe de vitalidad... White la miró con fijeza, en realidad experimentaba un vivo deseo de mirarla con fijeza...

—Preciosa. Muy bonita...

Aunque las ordenanzas lo prohibían con artículos tajantes y duros de expresión, se hizo el propósito de arrancar una y llevársela a su dulce Marisa que había quedado llorosa muy lejos, esperando con Luisito en brazos, como una antigua costera diciendo adiós al intrépido pescador aventurero, de siempre incierto futuro.

Las flores eran similares a grandes girasoles de tronco grueso y escamoso con pétalos de arteciopelada alcachofa. Su atractivo era casi mágico, ineludible. Por todo, el fatigado andante, maravillado, alargó su brazo armado de tenazas y sujetó el cáliz de una... para quebrarla...

IV

—¡Duing! ¡Duing! ¡Duing! —continuó emitiendo el controlador mental.

—Bueno. ¿Pero es que White se ha vuelto tonto? —pensó jocosamente—. ¡White! —llamó por el micro. White no respondió—. Deja eso —le insistió—. ¡Está prohibido!...

White cerraba más su tenacilla azul...

... Intentó quebrar la planta. Pero no consiguió hacerlo porque una tremenda descarga energética, emitida por el presunto vegetal, le hizo gritar de pánico; le arrojó al suelo, convulsionado, prisionero de extrañas reacciones. Y luego las flores, como droseras cuando atrapan, cerraron sus corolas, se contrajeron y largos tallos carnosos

reptando hundiéronse bajo el polvo, igual que culebras escapando. El dimensionauta quedó respirando agitadamente; fija la mirada en el cristal de la escafandra, incapacitado, en una grotesca posición yacente...

VI

Mikimoto siempre había creído inmunizado a su compañero contra actitudes opuestas a las normas; le había visto actuar sin modificarse, como un mecanismo de precisión. Sin embargo, su actitud ante las flores...

Consternado, apretó el pulsador carmesí que controlaba las iniciativas del robot especialista en rastreo y rescate.

—¡Urgencia! ¡Urgencia! ¡Urgencia! —repitió más de cien veces el fono de alarma haciendo lucir sus letras una y otra vez en el recuadro rojo de polthen esmerilado. Después de su silencio, la respuesta fue un traqueteo en la planta baja estanco número cero. Y en seguida Mikimoto vio salir el robot al aire libre, buscar una zona dentro del campo visual de la nave y detenerse, según sus células le indicaron, para recibir órdenes.

—Máquina Dimensión a Robot 457 —llamó Mikimoto a través de un rayo fotónico. El vehículo autónomo replicó encendiéndose su luz piloto de tono rojo incrustada en la frente.

Mikimoto observó durante unos segundos la forma de negro escarabajo con cárdenos tintes de la máquina, y cuando vio emerger de su lomo dos antenas amarillas, le habló de nuevo en emisión programada en clave.

—Escuche...

Inmediatamente después de la recepción, la coleóptera estructura del robot androide poseedor de ruedas cilíndricas acolchadas, giró sobre sí mismo dirigiéndose hacia el punto señalado en clave y con misión específica.

Llegó hasta el dimensionauta espacial y lo levantó con sus fuertes brazos. Las flores habían desaparecido. Si no fuera por las huellas marcadas en la tierra se podría haber pensado en una alucinación. El robot sacó fotografías de la zona y luego partió con su carga hacia la nave, desde donde Mikimoto le transmitió nuevas órdenes.

—Máquina Dimensión a Robot 57. ¡Rápido! Entre por la rampa siete y traslade su carga a la Cámara Sanitaria.

Apagó el contacto de comunicación. Subió con el ascensor interno hasta el recinto médico, donde aguardó al robot. Desde lejos, muy amortiguado, le vino el chirrido de la portañola exterior y los bufidos del aire al escaparse en las cámaras de presión y volver a entrar. Al poco encendióse la anaranjada luz que existía al frente, sobre la puerta que, con un característico zumbido, se abrió empujada por el robot. White continuaba inanimado sobre los potentes brazos de vidrio flexible de la máquina autónoma. Mikimoto se aproximó muy agitado a su inconsciente compañero, en ánimo de auxiliarle con rapidez.

—¡Dios mío! —exclamó al mirarle el rostro a través del plástico azulino del casco con cierre hermético... White, aunque vivo, estaba contraído lo mismo que una fruta seca y tapizado por millares de pequeñas flores que, como amarillos insectos, le hormigueaban por encima, le entraban y salían por la nariz, la boca y los oídos. Dirk parecía una momia cubierta con retazos de áureas florecillas desasosegadas.

—¡White! ¡White!

Mikimoto inició la ardua labor de liberar al enfermo de su engorrosa escafandra. Pero, contra toda lógica, sintiéndose cada vez más impulsado hacia un sentimiento de afecto por aquella hervorosa alfombrilla fluorescente que no se daba descanso... que incomprensiblemente traspasaba con su aroma el hermético aislamiento del hombre encerrado en su traje...

—Quietas, quietas —murmuró inconscientemente desabrochando con pausa el traje de su agonizante compañero.

Las florecillas seguían en hormigueo. Su perfume le trasladaba a un mundo de embriaguez y de absurdo.

—Sí, florecillas, tenéis derecho a la vida. Haré para vosotras un jardín. —Mikimoto había olvidado de White. Mikimoto sólo amaba a las flores, a las flores—. Un jardín, queridas mías, un jardín...

Afuera, grandes flores con aspecto de girasoles, de serpientes de alcachofas... ondulaban hacia la nave...

VII

La inmensa maquinaria tan grande como una ciudad, que era una ciudad, se puso a vibrar. Cada célula de la Urbe de Reintegración se puso a vibrar. Desde el aire semejábase una masa de domos verdes rodeando una plataforma hexagonal rojiza cuya superficie variaba incesantemente de tono, tal como la inquieta pigmentación bajo la piel de los pulpos...

Emitiendo un zumbido, algo que recordaba una espumadera de cocina, surgió despacio de cada vértice en sentido perpendicular a la base. Se iluminaron, y el zumzuneo hízose más intenso.

De entre los millares de domos, uno, situado en el límite oeste de la ciudad, creció en altura, impulsado desde abajo por alguna fuerza. Dentro de ese domo:

—Ordenador Mao —dijo la máquina que integraba toda la estancia.

Mao, sentado frente a los cincuenta pulsadores neumáticos asintió con la cabeza.

—White y Mikimoto están a punto de llegar —prosiguió la metálica voz—. Comience usted a pulsar en orden clave setenta y veintisiete.

Mao tomó de un cajón un cuaderno y buscó la clave para actuar según ella. A continuación obró.

Ciudad Urbe de Reintegración se agitó al máximo y quejó; la plataforma y los postes verticales se iluminaron y encendieron; toda la atmósfera agitóse contagiada

por la súbita energía desatada. Primero fue un destello, después como un estruendo de gran granizada cayendo sobre planchas de hojalata; a continuación, igual que un ente que se materializara a partir de un fluido ectoplásmico, la nave de White y Mikimoto apareció surgida de un más allá desconcertante... En seguida vino el silencio total y la calma. Entonces Ordenador Mao envió el aviso de llegada a los cuatrocientos hombres actuantes en sus puestos clave: tres en cada domo. Asió la palanca que abría las compuertas de salida de la nave y la empujó poco a poco. La compuerta se movió sobre sus goznes. Y ante los cuatrocientos pares de ojos observantes ningún nauta surgió al exterior como se esperaba: sólo un inusitado vómito de extrañas flores, un reventón inexplicable de primavera; flores, flores, flores...

¿Dónde hay espacio?

Luis García Lecha

El hombre que tenía a mi lado, me pisó.

—Dispense —dijo con una sonrisa—. Le he pisado sin querer.

—No tiene importancia —contesté con otra sonrisa parecida—. Quizá dentro de un momento le pise yo a usted.

—Sí, claro. Es lo que suele pasar en estas aglomeraciones.

—Hombre, usted verá...

Después de tan animador principio, la conversación languideció. No sabíamos qué decirnos.

Pasó un largo rato. El hombre se aburría. De cuando en cuando, me dirigía una mirada medio amistosa, medio suplicante. Resultaba hartamente evidente que intentaba entablar conversación conmigo.

En torno a nosotros no se oía otra cosa que un sordo mosconeo, un monótono zumbido de conversaciones, el runruneo constante de miles y miles de bocas pronunciando palabras y palabras, irritadas unas, coléricas otras, resignadas las más.

María se retrasaba bastante. Me empeciné sobre las puntas de los pies y traté de avizorar por encima de aquel mar de cabezas humanas que nos rodeaba y que se extendía por todas partes, hasta perderse de vista.

El río no estaba lejos: tres o cuatrocientos metros escasamente. Podía calcularlo por la hilera de álamos que sobresalían por encima de aquella inmensa multitud. También pude darme cuenta de que muchas personas, a falta de sitio o quizá buscando espacio para mañana o pasado, se habían encaramado en las ramas de los árboles.

Nosotros estábamos en la llanura, sin una mala rama de árbol cuyas hojas pudieran defendernos de los brutales asaltos de aquel sol de mediados de julio. Pero teníamos un poco de espacio.

—Vaya calor, ¿eh? —dijo el hombre.

—Sí. El sol aprieta hoy bastante —respondí indiferentemente.

—Y eso que estamos todavía en julio. Figúrese cuando llegue agosto.

—Si lo vemos llegar.

El hombre se mordió los labios. Apreensivo, miró a derecha e izquierda.

—Me llamo Francisco —dijo.

—Yo, Juan.

Francisco se frotó las manos, húmedas, transpiradas.

—Juan, ¿cree usted que llegaremos a agosto?

Levanté los hombros.

—¿Y quién puede asegurarlo? —rezongué.

—Sí, tiene usted razón —convino Francisco.

Volví a empinarme sobre las puntas de los pies. ¿Dónde estaba María? ¿Por qué se retrasaba tanto?

Bajé la vista. En torno a mis pies, tenía un espacio más o menos circular, de unos cincuenta centímetros de radio. Todo lo demás eran piernas y pies, piernas y pies..., un bosque enloquecedor de extremidades inferiores.

Y si miraba por encima, no veía más que cabezas, cabezas, cabezas...

—No creo que lleguemos a agosto —murmuró Francisco.

—¿Qué sé yo? —mascullé, procurando ocultar el disgusto que me causaba la tardanza de María.

De nuevo languideció la conversación. Ahora se había hecho lúgubrementemente premonitoria.

Alguien me dio un codazo. El tipo se disculpó.

—Perdone. Me empujaron —dijo cortésmente.

—Olvídelo, amigo —contesté con acento benigno.

Las rodillas me dolían ya de tanto rato en pie. Podía sentarme, tenía espacio para ello; pero no quería hacerlo hasta que hubiese regresado María del río.

A unos treinta metros de distancia se arremolinó la gente. Una mujer gritó.

Sonaron coléricas voces de protesta.

—¡Eh, no empujen!

—¡Cuidado, sin atropellar!

—¡Mis callos! —se dolió alguien.

—¡Cada cual, a su sitio!

—¡Todavía hay espacio! —vociferó uno.

La mujer volvió a gritar. Fue ahora un largo lamento, casi animal, terminado en un aullido seco, estridente, que cesó de modo brusco.

Los gritos de la mujer fueron sustituidos por los vagidos de un recién nacido.

Cerca de donde yo estaba, alguien empezó a echar pestes contra el que acababa de venir al mundo. Yo no quise decir nada.

¿Para qué?

Estaba seguro de que sucesos semejantes se producían a cada instante en aquella vasta llanura. No ya luchar, ni siquiera protestar era útil contra lo inevitable.

Francisco volvió a dirigirme la palabra y, como antes, su tono estaba lleno de ansiedad.

—Juan, ¿cree que llegaremos a agosto?

Miré de nuevo al suelo. Sus pies estaban a cincuenta o sesenta centímetros de los míos. Más allá se veía otro par de pies... y otro y otro, a derecha, a izquierda, por todas partes.

—Esto no era lo peor. Días antes, estábamos a kilómetro y medio del río. Ahora,

distábamos de él unos tres o cuatrocientos metros. La presión de la inmensa muchedumbre nos empujaba lentamente hacia la corriente, día a día, de manera irresistible.

—No lo sé, Francisco —repetí desganadamente.

El sol seguía brillando con furia en lo alto. Más allá, a cincuenta metros, nacieron tres criaturas casi al mismo tiempo: dos gemelos y una niña, de madres distintas, claro. Una vez más se reprodujeron las protestas y los empujones.

El movimiento de la multitud se aquietó otra vez. Alguien, con amargo sarcasmo, comentó;

—¡Para lo que van a vivir!

Y otro le dijo:

—Si usted fuera su padre, pensaría de modo distinto.

Sin querer, escuché retazos de conversaciones sostenidas alrededor del lugar en que me hallaba.

—... imagínese usted los que están en las faldas del Himalaya. Quieren bajar, pero la aglomeración de gente no se lo permite. Constantemente son empujados hacia arriba, hacia arriba...

—... las noticias volantes del otro día dijeron que en Groenlandia se había hundido repentinamente un gran bloque de hielo de tres kilómetros cuadrados de extensión. Tres millones de personas parecieron ahogadas...

—... y menos mal que los biólogos organizaron todo este jaleo de la fotosíntesis para los seres humanos, si no, ¿adonde hubiéramos ido a parar sin alimentos?

—¡Qué horror! —exclamó una buena mujer—. ¿Y dice usted que murieron de golpe doce millones de personas?

—Los que están a la orilla del río son los más felices. Se bañan...

—Y también se ahogan los primeros. Prefiero seguir aquí.

De nuevo me empiné sobre las puntas de los pies. Sí, allí parecía que se acercaba María de regreso.

Instantes después, se produjo un pequeño remolino.

—Eh, no empujar...

—¡Cuidado, que se cuele!

—A ver esa tía fresca.

Escuché la voz de María.

—Dejen paso, por favor. Mi espacio está guardado.

De pronto, un helicóptero de vigilancia, apareció en el cielo. Volaba directamente sobre nosotros, sin causar el menor ruido, y se detuvo a unos metros sobre el suelo, a corta distancia de mí.

El piloto se asomó por la ventanilla, provisto de un megáfono.

—Usted, eh, ¿adonde va?

Por encima de la espesura de cabezas, asomó un brazo, cuya mano enseñaba una tarjeta blanca. El piloto de vigilancia se dio por satisfecho.

—Vuelva a su sitio y no provoque disturbios, señora.

El helicóptero se alejó en silencio.

La gente se movió cerca de donde yo estaba. Por fin, abrieron paso y la figura de María, mi esposa, apareció ante mis ojos. Venía sudorosa, encarnada, con dos manchas húmedas en la blusa, bajo las axilas, pero traía en las manos dos grandes cantimploras de agua.

—Toma, bebe, Juan —me dijo, alargando una de las cantimploras.

El agua estaba medio fresca y corrió agradablemente por mis fauces reseca. Pero la escatimé; no sabíamos cuándo podríamos reponer la provisión de agua... ni si podríamos repetirlo más veces.

Sonreí agradecido.

—Te he guardado tu espacio —dije.

—Sí —contestó ella, con una animosa sonrisa—. Yo tenía mejores probabilidades de alcanzar el río que de conservar nuestro espacio. Juan —sus hermosos ojos se ensombrecieron de pronto—. Cuando estaba llenando las cantimploras se produjo una avalancha de gente y cayeron al agua varios cientos. La mayoría han muerto ahogados.

Apreté los labios. Era la suerte que nos esperaba..., ya que no era posible soñar con franquear el río a nado. La otra orilla estaba también abarrotada de personas.

La multitud se estrechó de pronto. La distancia a los pies de mi vecino se redujo a cuarenta centímetros.

María me miró. Su rostro estaba cubierto de sombras. Sabía lo que significaba aquel movimiento de las personas.

—Mañana ya no podré ir al río, Juan.

—Lo sé, María. Pero no te aflijas.

Ella trató de sonreír valerosamente.

—Podrá parecer ridículo, pero siempre pedí estar a tu lado en el último momento, Juan.

Pasé el brazo por sus hombros y la atraje hacia mí.

—Así no lo sentiremos, querida —contesté.

María no se atrevió a decir ya nada más. Yo callé.

En torno a nosotros seguía oyéndose el espeso zumbido de las conversaciones. Algunos gritos, lamentos, ruegos, imprecaciones...

El hombre que me había pisado antes, Francisco, me miró con ojos implorantes.

—Si hubieran construido astronaves suficientes para evacuarnos a otros planetas... —dijo en tono gemebundo.

—Desengañese, Francisco —respondí—. Hace ya muchísimos años, un tal Willy Ley predijo que se necesitarían astronaves con capacidad para cien personas cada una, y que además zarparan de la Tierra a razón de una por minuto, para mantener el nivel de la población de entonces. Cosa imposible de realizar, como usted comprenderá.

Angustiado, Francisco insistió:

—Dígame, Juan, ¿duraremos hasta agosto?

Decidí darle una respuesta definitiva:

—Oiga esto, Francisco. La población actual del planeta crece al ritmo de un uno por ciento anual, un uno por ciento limpio, neto, descontadas ya las defunciones por todas las causas. Tal como estamos ahora, calculo que el número de habitantes supera de largo los quinientos billones, fíjese bien: ¡billones!

Me llené los pulmones de aire para soltarle el escopetazo final:

—Francisco, ese uno por ciento significa cinco billones de nacimientos anuales, nacimientos efectivos, como digo, lo cual, a su vez, representa un aumento en la población terrestre de catorce mil millones de seres por día. ¿Cómo diablos quiere que llegemos vivos a agosto?

Francisco se calló, encerrándose en sí mismo a rumiar mis palabras.

Yo también callé. María no dijo nada.

En el año 1960, los sociólogos habían predicho que, de seguir aumentando la población humana al ritmo de entonces, setecientos años después, los habitantes de la Tierra nos veríamos obligados a permanecer en pie, cubriendo toda la parte sólida del globo, por falta de espacio.

Estábamos en el año 2660.

Centro de violencia controlada

Ángel Torres Quesada

I

Raymond Morris se arrastró por el suelo, miró a través de los matorrales y apretó fuerza su metralleta. Lentamente, sin hacer el menor ruido, colocó el punto de mira de su arma delante de sus ojos y apuntó a la patrulla que confiadamente avanzaba por el sendero.

Junto a él, su acompañante, que portaba diversas armas prestas a su disposición, esperaba con paciencia el resultado de todo aquello.

La patrulla estaba ahora a menos de cien metros. Cada miembro, de facciones orientales y vestidos con uniformes descoloridos y gastados, miraba en derredor desconfiadamente.

Raymond acarició el gatillo. Eran doce los componentes de la patrulla. Si actuaba con eficacia la ráfaga los tumbaría a todos, los derribaría como si fueran peleles ensangrentados. Se preguntó cómo sonarían hoy a sus oídos los gritos de dolor de los heridos.

Su dedo se crispó sobre el gatillo y la boca de la metralleta escupió el torrente de balas. Los guerrilleros empezaron a caer uno tras otro, gesticulantes. Alguno consiguió hacer unos disparos atolondrados, sin precisar el lugar de donde procedía el ataque.

Raymond Morris se incorporó y con la velocidad del rayo quitó el cargador vacío y colocó otro. Avanzó unos pasos y disparó contra dos desconcertados supervivientes.

—Perfecto —le dijo su acompañante.

—Aún no está acabado el trabajo, Cristian —dijo Ray avanzando hacia el sitio donde había caído la patrulla, deleitando sus oídos con los quejidos de dolor de los moribundos.

—Creo que es suficiente —insistió Cristian Hoffman.

Pero Raymond no escuchaba a Cristian. Con la metralleta dispuesta llegó hasta el herido más cercano. Vio un rostro empalidecido y lleno de miedo. Yacía sobre la hierba en medio de un charco de sangre. Ray desenfundó su afilada bayoneta y se arrodilló. El guerrillero desorbitó los ojos ante el acero que danzaba burlón frente a su rostro. Con un rápido movimiento, Ray le seccionó la yugular, apartándose rápido para no mancharse con el torrente de líquido rojo.

Poco más allá, uno sobre otro, dos asiáticos se agitaban violentamente. Ray se

acercó a ellos y quedóse quieto observándoles. Uno de los guerrilleros pronto dejó de moverse. Ray se impacientó con el otro y comenzó a darle puntapiés en el cráneo. Cuando hubo terminado, se volvió hacia su acompañante. Una sonrisa de satisfacción flotaba en sus labios cuando dijo:

—Listo. Duraron poco, Cristian.

—No era preciso estropear tanto los cadáveres, Mr. Morris.

—Bah, no se preocupe por eso. Me gusta completar lo que empiezo. Además, es mi dinero. ¿Qué queda?

—Una aldea, a poca distancia de aquí. Se supone que no habrán oído nada de esto.

—¿Habrá soldados?

—No. Sólo mujeres, niños y ancianos. Unos treinta miembros.

Raymond torció el gesto.

—Bueno, podemos regresar si no le agrada el último número del día —dijo Cristian echando a andar.

—Eh, eh, no he dicho tal cosa. Pensaba en que hemos estado toda la mañana detrás de esa patrulla y sólo me duró unos minutos —se rascó la barbilla y sonrió torvamente, añadiendo—: El gasto está hecho y si esta aldea es para mí... Vayamos allí. Ya pensaré algo por el camino.

—Como desee. Llegaremos en veinte minutos.

Mientras se dirigían a la aldea vietnamita, abriendo la marcha Cristian, Ray pensaba que cada día le gustaba menos aquel tipo. Cristian Hoffmann era orgulloso, alto y fuerte, lo suficientemente fuerte como para que pudiera llevar sin cansancio una serie de pesadas armas para que él eligiera la que más le agradase en el momento oportuno.

Tal vez algún día, si Cristian seguía portándose con él con tanto desdén, casi con desprecio, su actitud iba a costarle cara.

Era un testigo frío, impersonal. Nunca había alabado su buena puntería ni se había reído con él después de cada episodio.

Cuando llegaron a la vista de la aldea, Ray se alegró de no haberla despreciado. Aquello era prometedor. Se trataba de media docena de casitas de bambú, como había pensado. Pero varias mujeres, viejos y niños absortos en sus quehaceres domésticos y totalmente despreocupados de cuanto les rodeaba, componían una escena digna de ser destruida por Raymond Morris.

—El rifle de aire comprimido, Cristian —pidió Morris.

Ray lo tomó y lo cargó con los dardos que se suponían envenenados. Apuntó cuidadosamente a su primera víctima, un niño que jugaba algo apartado de su madre, que amasaba pan junto a la puerta de su choza.

El aire fue taladrado silenciosamente por el dardo envenenado que terminó clavándose en el pecho desnudo del niño, que cayó sin proferir un gemido. Desde su escondite, Ray sonrió. Mató luego a un viejo y a una mujer. Tales muertes no

alarmaron al resto de la comunidad. Ya no había más personas alejadas del núcleo.

Con un ademán solicitó de Hoffman el bazooka. Su compañero le ayudó a colocárselo sobre el hombro y le cargó el primer proyectil. Después de apuntar unos segundos, Raymond disparó. La explosión se produjo en el mismo centro del poblado. Dos disparos más redujeron a astillas el resto de las frágiles casas. Los nativos supervivientes corrieron de un lado para otro, cegados por el humo. Entonces Ray tomó el rifle con mira telescópica y fue cazando lenta pero sistemáticamente a los que huían. Minutos después, todo era silencio. Entre el crepitar de las llamas que habían prendido en las casitas de madera y bambú, Ray escuchó un lamento.

Ray se levantó, sacudiéndose el pantalón. Hoffman recogió las armas y le miró, esperando órdenes. Ante el silencio de Ray, preguntó:

—¿Quiere la bayoneta?

Ray miró su reloj y se encogió de hombros. Echó a caminar, alejándose del destruido poblado. Sacó un paquete de cigarrillos y dijo:

—Bah. Uno se acuerda de pronto que esta escena estará dispuesta dentro de unos días para otro. A veces se rompe el encanto del engaño y resulta cansado destrozarse cachivaches.

—Algo parecido intenté decirle antes —replicó Hoffman rechazando el cigarrillo que le ofrecía Ray.

—Pero no debió ni intentarlo —estalló Ray—. Por un momento creí estar de verdad en Vietnam vengando a mi hermano. ¿Sabía que yo apenas si tenía ocho años cuando a él lo mató una patrulla de vietcongs? Unos días después se firmó el armisticio. Los soldados regresaron, los políticos se felicitaron y los fabricantes de armas dijeron que bueno, que ya habían ganado lo suficiente como para poder esperar otra guerra. ¡Qué asco!

Hoffman le miró un rato en silencio.

—¿Por eso viene aquí?

—¿Qué importa el motivo? Acudo a un costoso Centro privado y pago elevada cuota. Usted gana como todos y listo. No más detalles.

—Lo siento. No quería molestarle; pero llevo trabajando con usted más de un mes y aún no he podido definirle.

—¿Definirme? ¿Qué quiere decir con eso?

Hoffman sonrió tímidamente.

—Generalmente, mis pupilos demuestran después de dos o tres episodios las causas por la que vienen aquí, a un Centro privado. Es una cosa buena, porque nos permite aconsejarles lo que más les conviene. Así gastan su dinero con más provecho y se divierten realmente.

Habían salido de la jungla vietnamita y caminaban por un sendero muy cuidado.

—Quiere decir que soy un introvertido, ¿eh?

—No se ofenda, Mr. Morris. Llevo trabajando en esto mucho tiempo y vienen personas como usted, pero son las menos. Perdóneme si le he ofendido. A veces me

tomo demasiada confianza con los socios. Le ruego que olvide esto.

—No, no. Quiero que sigamos hablando de este tema. Explíquese.

—Como desee. Los episodios que usted prefiere me impiden calificarle a causa de la poca uniformidad que poseen. Una vez, cuando se dedicó a matar pieles rojas me dijo que cuando pequeño siempre jugaba a cowboys y su amigo Terry, que hacía de piel roja, invariablemente le vencía. Cuando mató a los policías me explicó que el agente de su barrio la tenía tomada con usted de mozalbete. La excusa para irrumpir en una reunión del Alto Estado Mayor alemán con Hitler presente era que siempre ha odiado a los nazis. Pero luego resultó que no podía ver a los rusos, ni a los franceses de Napoleón. Tampoco a los conquistadores españoles, llegando al extremo de convertirse en azteca para sacar el corazón a Hernán Cortés después de abrirle el pecho con un puñal de piedra.

—Oh, no me recuerde el episodio de Cortés. Me costó una fortuna su montaje.

—No fue fácil darle toda la realidad que el caso requería. Pero, dígame, ¿por qué mató después con el mismo puñal a Cuauhtémoc? Eso me sorprendió mucho. Es imposible odiar a españoles y aztecas al mismo tiempo...

—Cuauhtémoc también me costó mi dinero, ¿no? Era una estupidez dejarle vivo. También acabé con los indios que estaban con él y prendí fuego al templo. ¿Por qué no?

—La razón monetaria es muy convincente. La creería si a la semana siguiente no decidiera convertirse en Pizarro e hiciera lo que hizo. Estoy seguro que si usted hubiera sido el verdadero Pizarro de la historia su figura hubiera sido peor tratada aún. Hasta Pizarro se hubiera horrorizado de lo que usted hizo.

—Está empezando a decir tonterías, Hoffman.

—Si lo prefiere me callo, Mr. Morris.

—Oh, no, siga; me distrae.

—Tal vez a todo esto se le podía encontrar algo razonable para poderlo explicar en conjunto si poco después no matase con una carabina de aire comprimido y dardos venenosos a cien personas en una avenida de una ciudad americana en la época actual.

—Vamos, vamos; éste es un episodio que solicitan muchos.

—Tiene razón. Lamentablemente, es uno de los episodios más solicitados.

—¿Entonces?

—Lo más desconcertante es lo que viene. Usted tiene programado para la próxima semana ser un coreano del norte que tortura a unos prisioneros americanos. ¿Qué puede decirme de esto? ¿Cómo puede su mente ser tan tortuosa? Le confieso que esto es lo que ha terminado por desorientarme acerca de su desequilibrio mental. Dudo que con esta terapia sane pronto.

Raymond se detuvo, arrojó el cigarrillo sobre la grava y lo aplastó con furia. Sus ojos chispeaban cuando miró al hombre con furia para decirle:

—¿Qué diferencia existe entre matar civiles americanos o soldados americanos?

¡Ninguna!

—Me temo que sí hay alguna, Mr. Morris. Y mucha. Nunca hasta ahora se había preparado en el Centro algo semejante, se lo puedo asegurar...

—Pues alguna vez tenía que ser la primera. ¿Ya está todo preparado?

Hoffman negó con la cabeza. Habían llegado hasta la entrada de un moderno y funcional edificio de dos plantas, rodeado por alegres jardines.

—Los técnicos están ultimando los detalles —dijo Hoffman—. Ya sabemos por experiencia que usted no suele atenerse a lo programado y no queremos que algo falle en las unidades si de súbito recurre a métodos de tortura no previstos.

—Hacen perfectamente. Cuando le corté el cuello a Hitler no salió ni una gota de sangre. Luego me dijeron que creían que sólo iba a matarle a tiros. ¡Fue una falta de previsión!

—Pero nunca más ocurrió, ¿no es cierto?

—Pero me subieron la tarifa. Dijeron ustedes que tenían que preparar las unidades mejor para prevenir cualquier contingencia. ¡Sanguijuelas!

Entraron en el recibidor. Atrás dejaron el calor del Verano y el aire acondicionado resultó reconfortador para Ray. Hoffman entregó el armamento que portaba a un empleado con bata blanca y siguió a Raymond Morris hasta las oficinas para firmar el recibo de conformidad. En la escalera automática, dijo a Ray:

—Éste es un negocio como otro cualquiera, Mr. Morris. Sabe perfectamente que puede acudir a los Centros del Gobierno. Si un cliente exige tenemos la obligación de satisfacerle, pero también la necesidad de subirle la tarifa de acuerdo con sus caprichos.

Ray había encendido un nuevo cigarrillo y miraba a su instructor a través de una nube de humo. Odiaba a Hoffman en aquel momento más que nunca. Se sentía furioso con él. Todavía no comprendía cómo le había permitido decirle tantas cosas. Se había atrevido a juzgarle con aquel aire de suficiencia, como si fuera un siquiatra y él un enfermo estúpido. ¿Acaso debió gritarle que se callara y hacerle comprender así que pese a lo que pretendía demostrar sus palabras le herían? Podía pedir a la Dirección que le cambiase de instructor. Pero, no. Deseaba tener a Hoffman con él la próxima semana.

Una bella y sonriente empleada le tendió un documento para que lo firmara, en el cual reconocía su plena satisfacción por el episodio puesto a su disposición.

Ray tomó la pluma que le tendía la muchacha y miró sin ver el papel. A su lado, Cristian también cumplimentaba otros documentos.

—Buenas tardes, Mr. Morris —escuchó Ray. Levantó la cabeza y vio frente a él a Mr. Warren, uno de los directores del Centro—. ¿Satisfecho plenamente?

Por un momento Ray estuvo tentado de formular quejas contra Cristian, pero firmando rápidamente al pie del papel, dijo:

—Sí, totalmente. Hasta la próxima semana, Mr. Warren.

—Hasta entonces, Mr. Morris.

—Adiós, señor —saludó Cristian.

—Nos veremos, Hoffman.

II

Raymond Morris regresaba a la ciudad conduciendo su coche último modelo por la concurrida autopista y pensaba en los sucesos del día.

Hubiera podido quedarse en el Centro, alternando con los demás socios, jugando al poker o al golf; pero había decidido regresar a su casa pese al aburrido domingo que le esperaba indudablemente al lado de su esposa. Se preguntó con quién habría salido Jessica. ¿Con el idiota de Paul o con el lascivo Jack? Seguramente con el último. Parecía que a Jessica empezaba a cansarle Paul, quien ahora empezaba a tontear con la esposa de Mac, el secretario del segundo director de la empresa donde él trabajaba.

Se encogió de hombros. Estaba anocheciendo y aún tenía cerca de hora y media de carretera por delante. Se entretuvo demasiado tiempo en el bar del Centro, charlando con varios socios. Tenía que reconocer que era buena la idea de aquel tipo gordinflón, que había tenido aquel sábado, un episodio que tal vez él, con algunos retoques ligeros, ordenaría para después de la próxima semana.

Pero ahora tenía que pensar en el episodio que le tocaría vivir dentro de siete días. Debía de ir pensando cosas para distraerse con los prisioneros. Roger, el técnico del Centro de su sección le había prometido que las unidades que estaban preparando para él serían maravillosas. Habían recibido unos nuevos modelos estupendos a los que nada podía pedirles. Podían sangrar por cualquier parte del cuerpo y tenían grabaciones adecuadas para todo momento, según el daño que les hiciera. Roger le había asegurado que los gritos de dolor que escucharía cuando dañara los genitales le harían estremecer. Ray tuvo que reconocer que Roger nunca exageraba, y si él lo afirmaba así sería.

Era demasiado tarde y sentía hambre. Seguramente, cuando llegase a casa, Jessica estaría durmiendo pesadamente, vencida por los efectos de varios martinis y alguna que otra droga, y de todas formas tendría que cenar en un restaurante. Lo mismo le daba hacerlo en uno de los muchos que jalonaban la autopista o en otro de la ciudad.

Detuvo su coche ante el primero que apareció a su derecha. Echó unas monedas en el parquímetro y penetró en el concurrido salón. Una muchachita ligera de ropa acudió presta a recibir sus órdenes apenas se hubo sentado ante una mesa. Ray pidió algo ligero, sin mirar dos veces a la atractiva chica. Luego dedicó su atención a la enorme pantalla de televisión que estaba al fondo del comedor, conectando el altavoz de su mesa para escuchar el sonido.

Un hombre de aspecto simpático estaba en la pantalla. Había aparecido después de una serie de anuncios. Sonrió y dijo:

—Hoy se cumplen doce años que fue aprobado por el Senado de los Estados Unidos de América del Norte la ley Parkington. Ya es tiempo suficiente para que podamos hablar de los maravillosos resultados obtenidos. El elevado número de

homicidios perpetrados en los años sesenta y principios del setenta ha quedado prácticamente reducido a una cantidad insuficiente. Tengo aquí, ante mí, datos del sesenta y nueve, donde se cometió un crimen cada cincuenta minutos. El año pasado solo hubo treinta y ocho muertes violentas y ninguno de los causantes había acudido una sola vez a los Centros de Violencia Controlada del Estado —sonrió—. Y mucho menos, como es de comprender, a los CVC particulares, donde ya saben ustedes lo que cuesta sacudirse esa ansia de matar que todos llevamos en lo más hondo de nuestro ser.

»Pero mejor es que sigamos con nuestra historia, ya que no me pagan para hablarles de los altos honorarios que los CVC particulares cobran a sus afortunados socios. En los años setenta la situación llegó a tal extremo que las autoridades nombraron una comisión para que encontrase la forma más eficaz de suprimir el homicidio sin justificación, si es que puede existir justificación al hecho de matar a un semejante por mucho que se le odie o nos haya hecho mal.

»Después de mucho trabajo, de mucho estudiar, la comisión llegó a la conclusión que el homicida, bien como francotirador causante de muchas víctimas a las que no conoce sino a través de la mira telescópica de su rifle, o el sádico que actúa sólo una vez cada cierto tiempo, son enfermos mentales, paranoicos y que pueden ser curados con eficacias únicamente con una terapia: dejarles matar. Una vez conseguido su propósito, si el homicida no es descubierto y se cansa de matar, puede convertirse en un honrado ciudadano que con el paso del tiempo es capaz incluso de horrorizarse al leer las crónicas de sucesos en los periódicos.

»Todos estos asesinos, que mataron a personas que nunca vieron antes por el simple placer de apretar el gatillo o por su amor a las armas de fuego, cuando fueron apresados dieron siempre una explicación estúpida, carente de la más pueril base. Algunos se derrumbaron moralmente al darse cuenta de lo que realmente habían hecho en un momento de ofuscación, de querer ver caer muertas a personas, como si estuvieran tirando al blanco en un parque de distracciones.

»Sí, los Estados Unidos son el país de mayor libertad de la Tierra, de los completos derechos humanos; pero donde aún queda gente que piensa que no es delito matar a negros, amarillos o mejicanos. ¿Por qué no darles satisfacción? Esta pregunta se la hicieron los componentes de la comisión Parkington. Si a un pirómano se le entrega una aldea desierta para que la incendie, poniéndole en una mano un bidón con gasolina y en la otra unos fósforos, seguro que después de haber satisfecho su deseo sin trabas pierde sus ansias de realizar otra hazaña semejante. Si se nos dan toda clase de facilidades para desarrollar nuestro pasatiempo favorito, sólo al principio encontramos placer en ello. Más tarde terminará aburriéndonos. El filatélico colecciona sellos porque sabe que existen muchos que nunca poseerá y vive en la esperanza de encontrar algunos. Si los tuviera todos ni siquiera echaría un vistazo a su colección.

»Algunos escépticos pensaron que el pirómano no se conformaría con incendiar

la primera aldea desierta que le entregaran. Entonces los de Parkington respondieron: ¡Dadle más casas que no sirven para que las incendie, hasta que verdaderamente se canse!

»Pero el problema radicaba en que no se le podía decir a un homicida en potencia: “Vamos, tira; ahí tienes una avenida llena de ciudadanos confiados y un lugar estupendo desde donde disparar. Y un montón de cartuchos”. La comisión Parkington había encontrado la terapia, pero no el medio de llevarla a cabo.

»Por suerte todo llegó a solucionarse. Una filial de la Ford, asociada con la IBM y la Westinghouse, presentó un nuevo tipo de hombre mecánico que podía caminar como un ser humano y echar a correr al oír disparos. Ya estaba el blanco idóneo. Después de muchos ensayos y pruebas con homicidas convictos se obtuvieron datos y resultados más que satisfactorios. Los enfermos de sed de matar se curaban. Pero ésa no era la meta. No solamente era necesario curar, si no también prevenir. Se hizo ley el proyecto Parkington y se dispuso que todos los ciudadanos debían asistir una vez al mes cuando menos a lo que después se llamaron Centros de Violencia Controlada, en donde podían quemar sus deseos de matar semejantes disparando contra un robot cuyo aspecto exterior era idéntico a un hombre o una mujer. Rápidamente, los robots, o unidades, se fueron perfeccionando hasta llegar a los modelos de hoy, asombro de todos.

»Pero éste es el pueblo más emprendedor del planeta, el de los grandes cerebros para los negocios, y no tardaron en surgir los CVC privados, amparados en la ley antitrusts. Yo los llamo clubs para hombres de empresa, millonarios, afortunados entre los afortunados de esta nación...».

Ray cerró el altavoz. De pronto la comida le pareció una porquería y los platos ceniceros. Se levantó furibundo. Arrojó unos billetes sobre la mesa y pasó como una exhalación delante de la sorprendida camarera.

De nuevo en su coche, sumergido en el intenso tráfico de la autopista, Ray aferraba sus manos al volante, tratando de serenar sus nervios.

CVC, CVC, todos contentos con CVC. Todo resuelto. La realidad era que eran tratados como niños. Decían: «¿Queréis tirar al blanco, disparar con un rifle, con un cañón? ¡Ahí tenéis figuras de aluminio, que andan, hablan, con piel plastificada casi igual a la verdadera; víctimas de vuestro innato odio. Incluso con un líquido que os parecerá sangre corriendo por sus venas de plástico. Si les disparáis caerán al suelo y gritarán. Y de sus heridas manará líquido rojo. Y si les claváis un puñal a la altura del corazón su precioso mecanismo dejará de hacerlo latir. Habéis matado. Estáis contentos. ¿Queréis jugar más?».

Todos eran engañados como estúpidos retrasados mentales, pero el gobierno decía que ya no solamente se curaba a los enfermos asesinos, sino que se les identificaba previamente, impidiendo el homicidio.

Los CVC particulares se esforzaron en dar a sus clientes todo cuanto ellos pedían. No importaba la dificultad que encerrase el decorado ni el número de robots

necesarios. Todo podía conseguirse con dinero.

Auténticas muertes para los millonarios, el placer de matar para quienes pudiesen gastar un puñado de dólares en aquel juego. Sólo porque se sabía de antemano, sabía el cliente que aquellos cadáveres eran robots que más tarde serían reparados. Tal vez los guerrilleros del vietcong que él mató por la mañana la próxima semana serían soldados de Alejandro Magno o chinos comunistas, una vez reparados los que no hubiesen sido muy dañados por las granadas.

Recordó las palabras que una vez escuchara de Sherman, el encargado de los computadores, socio también de su CVC.

—Chico, la verdad es que algunas veces me he olvidado por completo de que todo es un juego y me he estremecido en medio del fragor de los disparos. La última vez yo perseguía a unos gangsters y te juro que ante sus disparos de fogueo sentí miedo. Y tuve unos deseos inmensos de huir de aquel decorado de barrios bajos. No lo hice porque la presencia de mi instructor me recordó la realidad de la situación. Francamente fue algo muy agradable sentir aquel pánico, dejar de notar las piernas, pese a que me temblaban. Te aseguro que llegué al lavabo con los calzoncillos húmedos —terminó riendo Sherman con carcajadas de imbécil.

¡Idiota, Sherman, idiota! Pero parcialmente tenía razón aquel fatuo gordinflón homosexual, aunque no tenía ni pizca de imaginación planteando sus episodios. ¿Qué otra cosa podía esperarse de él? Pero tenía que reconocer que en parte Sherman estaba en posesión de la verdad, que había puesto el dedo en la llaga. También él, en algunas ocasiones, se había olvidado de la realidad y había creído vivir la ficción. Pero a su lado, expectante, siempre estaba su instructor, el guía, portando las armas y municiones por él elegidas, pendiente de sus deseos y cuidando de que el cliente no corriera el menor peligro en la aventura, ni que se saliese de la zona previamente acotada para el episodio para no que se metiese en la de otro socio del CVC. También cuidaban de que no hicieran más destrozos de los que estaban dispuesto a pagar.

Cristian Hoffman.

Ray recordó a su instructor. Cristian nunca le fue simpático. Él había creído adivinar en la mirada del instructor que éste reprobaba todo aquello porque debía considerarlo como un juego infantil. Una vez Ray le preguntó si él nunca había protagonizado un episodio y Cristian le respondió que no lo creía conveniente porque él sabía positivamente que nunca necesitaría matar robots para apagar sus ansias criminales. Ray se mordió la lengua en tal ocasión y se dijo que nunca le habían insultado como entonces de forma tan sutil. La realidad es que Cristian le había llamado desequilibrado mental. ¿Pero es que había alguien en aquella sociedad de superabundancia que estuviera totalmente cuerdo? ¿Acaso Cristian se tenía por un superdotado?

Entraba en la ciudad. Aminoró la marcha. Quince minutos más tarde se detenía delante de su casa. Había luz en el interior, la del salón. Jessica no se debía haber acostado aún, pensó Ray con fastidio. Miró el reloj y se sorprendió al comprobar que

era tan tarde. Más de medianoche. Estaba mirando con tanta atención la panorámica ventana iluminada que no se dio cuenta de que alguien subía a un coche aparcado junto al suyo. El ruido de la puerta al cerrarse le hizo mirar hacia el interior. Una conocida voz le dijo:

—Hola, Ray. Buenas noches.

Era Jack, que debió haber salido de su casa segundos antes. Ray respondió al saludo con un silencioso movimiento de cabeza y emprendió el camino a su casa. A su espalda, el coche arrancó.

Ray, mientras buscaba la llave de la puerta, pensó que si Jessica no dormía ya no tardaría en hacerlo profundamente. Ella y Jack no concebían una salida sin abundante alcohol.

III

Ray pasó unos días aburridos y llenos de agitación. Las seis horas de trabajo de cada día se le antojaban eternas. Jessica era cada vez más difícil de soportar. Ella también, al igual que él, estaba de un humor endiablado. Tal vez era porque Jack no la había vuelto a llamar desde la noche del sábado. Jessica era una mujer de cerrado entendimiento, ¿Es que todavía no conocía a aquel tipo lo suficiente como para saber cuándo se cansaba de ella?

Procuró rehuir la presencia de su esposa cuanto pudo. Alguna vez pensó en hablarle seriamente y proponerle que empezaran la tramitación del divorcio; pero llegó a la conclusión de que no merecía la pena realizar aquellos gastos mientras ella no estuviese dispuesta a presentar la demanda por su propia iniciativa. Ray no tenía la menor intención de tener que pasar a Jessica una elevada pensión y darle parte de su saneada fortuna. Aquella arpía no le perdonaría ni un solo centavo. Aún tenía Ray que acordarse, furioso, de su anterior divorcio, que estuvo a punto de arruinarle.

Pero una cosa era dejar a Jessica libre con sus devaneos —al menos eso la mantenía apartada de él— y otra muy diferente que volviera a fijarse en él cuando no encontrase con quien estar.

A veces a su esposa, después de un desaire de uno de sus amigos, le pasaba algo semejante. La noche anterior llamó a su dormitorio. Tuvo que hacerse el dormido y esperar que se cansara. Por la mañana tuvo que levantarse antes de lo acostumbrado para no encontrársela. Cuando regresó de su trabajo soportó estoicamente un ataque de histeria de Jessica.

Era viernes y Ray estaba en su lujosa oficina. Una idea que le parecía genial había acudido a su mente. Marcó un número telefónico y segundos después una voz preguntó:

—¿Sí? Habla Cristian Hoffman.

—Oh, buenos días, mister Hoffman. Soy Raymond Morris.

—Es una sorpresa su llamada, mister Morris. ¿Qué se le ofrece?

—Sabía que a estas horas estaría desocupado y pensé que podría concederme unos minutos. Me temo que lo que voy a pedirle es algo poco normal. Me gustaría hacerle unas preguntas acerca del episodio de mañana.

—Puede hacérmelas, por supuesto. Precisamente acabo de recibir el informe de los técnicos. Todo está preparado. Le aseguro que mañana saldrá satisfecho de nuestro Centro.

—No lo dudo, pero pienso que sería mejor que nos viésemos personalmente. ¿Qué le parece esta noche en mi casa? Avisaré a mi esposa ahora para advertirla que tendremos un invitado a cenar. ¿Acepta?

Ray esperó nervioso la respuesta de Cristian, quien dijo al fin:

—Creo que sí podré ir. Ya encontraré su dirección en los archivos de secretaría.

¿A qué hora nos veremos?

Ray sonrió contento. Le preguntó a Cristian si las siete era un buen momento para él. Beberían algo antes de cenar.

—Ray, ¿cómo se te ha ocurrido invitar a un vulgar empleado de tu CVC? —le preguntó por décima vez Jessica cuando apenas faltaban unos minutos para las siete.

Ray vació su pipa en un cenicero y la miró tranquilamente.

—No tuve otra alternativa. Oh, vamos, te aseguro que no es lo que te figuras. Estoy seguro que Cristian te causará una buena impresión. Es un tipo simpático y un magnífico conversador.

Jessica hizo un gesto de clara desconfianza. Ray observó a su mujer fumar en silencio y mirar hacia un lugar perdido del salón. Unos años antes había creído enamorarse de ella y había cometido la estupidez de volver a casarse, como si su primera experiencia matrimonial no le hubiese bastado. Jessica aún era atractiva y Cristian no resultaba ser un mal tipo. Tal vez se gustaran y... Jessica le dejaría en paz durante otra temporada.

Irónicamente se dijo Ray que de esta forma, arrojando a Jessica a los brazos de Cristian, se vengaría de éste. Jessica podía parecer al principio dulce y apasionada, pero luego resultaba violenta e inoportuna, además de egoísta y alcohólica. Era una mujer hueca. Daría muchos dolores de cabeza a Hoffman si éste caía en sus redes. Cristian no parecía ser un hombre acostumbrado a saber dominar a mujeres como Jessica. Sólo tipos como Jack o Paul eran capaces de estar unos días en su compañía y luego despedirla de forma que ella no pudiera volver a asediarles.

A las siete en punto se detuvo un coche delante de la casa. Desde la ventana del salón, Ray vio a Cristian apearse y dirigirse con paso ágil y decidido al pórtico. Él mismo le abrió la puerta y le invitó a pasar al salón. Le presentó a su esposa e inmediatamente Ray supo que Cristian había hecho en Jessica el impacto que él esperaba. Ella había abandonado su postura agria y se esforzaba en lucir su más seductora sonrisa.

Cristian Hoffman vestía un correcto traje gris y aceptó un escocés que Jessica le sirvió, sentándose la mujer a su lado en el amplio sofá. Frente a ellos. Ray fumaba y se preguntaba si Cristian disimulaba o no se daba cuenta el muy cretino de la impresión que su persona había causado en Jessica, quien se desvivía en preguntarle tonterías y colmarle de atenciones.

Charlaron de todo. Jessica, con su tercer whisky, se arrimó más aún a Cristian y le preguntó:

—¿Así que usted es quien cuida de mi marido mientras él juega? ¿Qué penoso es que ambos coincidan en las mismas horas los sábados? Estos días son terriblemente aburridos para mí, pero la semana es larga y creo que... ¿No es cierto que en los CVC privados, al contrario de los estatales, sólo hay episodios los sábados? El resto de la semana se dedican a preparar escenarios, ¿no es así?

—Sí —respondió con sequedad Cristian, que aún tenía en su mano derecha el primer whisky, sin tocar siquiera.

Ray se fijó en el vaso de Cristian y pensó que no era bueno que el instructor no fuese aficionado al escocés.

Jessica bebió otro sorbo y rió picarescamente.

—Creo que voy a dejar de asistir a las sesiones obligatorias del CVC estatal e inscribirme en el club de mi esposo... con usted como instructor, por supuesto. ¿Es cierto que cada cliente puede elegir el episodio que más le interese?

—Exactamente.

—Pues prepárese para cuando tenga que trabajar conmigo, Cris. Estoy segura que...

Ray decidió que era el momento y, levantándose de su sillón, dijo:

—Tendrá que perdonarme, Cristian. Acabo de recordar que tengo que ir a casa de Sherman. Trabaja en mi empresa y sólo vive a unos minutos de aquí. Volveré dentro de unos minutos.

—En ese caso... —empezó a decir Cris levantándose también.

Ray hizo un ademán para que continuase sentado.

—Quédese, se lo ruego. No tardaré en regresar.

Pero Cristian Hoffman ya caminaba hacia la salida ante la sorpresa de Jessica y la desolación llena de ira de Ray.

—Buenas noches. Hasta mañana, mister Morris.

Ray alcanzó a Cristian en el jardín. Agarrándole del brazo, le preguntó:

—¿Por qué no se queda? Me prometió cenar y... recuerde que tengo algunas preguntas que hacerle.

—Puede dejarlas para mañana. Yo también acabo de recordar que tengo una cita muy importante esta noche.

Ray empezó a perder la paciencia.

—¿Tengo que recordarle que soy un cliente muy importante para el CVC donde trabaja? No estoy dispuesto a consentir este desaire.

Con un suspiro y voz paciente, preguntó Cristian:

—¿Qué desaire? ¿El que le he hecho a su esposa o a usted?

—¿Qué pretende insinuar?

—Dejemos esto, mister Morris. Esta mañana me extrañó su invitación, pero acepté pese a que su compañía no me es agradable. Pero tengo que decirle que no acostumbro a flirtear con las esposas de los socios.

Ray soltó el brazo de Cristian. Estaba mortalmente pálido.

—No pretendo calificar su proceder, mister Morris —siguió diciendo Cristian—. No estoy acostumbrado a las intrigas de los de su clase, pero no puedo dejar de decirle que su actitud es vergonzosa. Ignoro qué es lo que se había propuesto. Si realmente quería arrojar a su esposa en mis brazos o buscar un pretexto para extorsionarme. Buenas noches.

Cristian le volvió la espalda y entró en el coche. Ray lo siguió con la mirada hasta que dobló la primera esquina de chalets. Estaba furioso, lleno de temblor y musitaba imprecaciones contra Cristian Hoffman.

No esperaba aquello, no. Pensaba matar dos pájaros de un solo tiro: librarse de Jessica y recibir el agradecimiento de Cris en forma de mejoras en los episodios y menor facturación en los daños que él ocasionaba en los decorados y robots. ¡El tipo aquel se había asustado, temiendo que todo fuese una trampa! Y para colmo había adoptado con él una postura arrogante, de superioridad.

Cerró tras sí la puerta con violencia. Jessica tomaba un nuevo whisky y le miraba burlonamente, desmadejada sobre un butacón.

—Pobre Ray, pobrecito Ray —dijo Jessica entre convulsivos hipidos—. No sirves para nada, ni para este papelito que te has asignado. ¿Puedes decirme para qué sirves?

La mujer se levantó violentamente. Su rostro había abandonado la expresión burlona y ahora era hostil, desagradable, casi hombruno.

—Sólo hablas, cuando te decides a hacerlo, de tu cochino CVC y de tus muertes. ¿Sólo sirves para eso? ¿Para matar? ¡Pero si sólo matas muñecos! Eres un hombre falso totalmente. Ya sé por qué tu primera esposa aceptó el divorcio. ¡Porque únicamente deseas una mujer para tus amigos, una esposa de escaparate! Todo en ti es fachada. Mentira. Hasta matas con mentiras...

Ray la abofeteó. Jessica le miró asombrada, acariciándose la mejilla dolorida. Rompió a llorar y salió corriendo de la habitación.

Ray quedóse mirando la mano con la que había golpeado a Jessica. Lentamente, la cerró.

IV

A las diez de la mañana, en el CVC, Raymond temblaba mientras esperaba en la amplia sala a su instructor. Docenas de clientes rondaban por allí, formando grupos que charlaban animadamente. Pero Ray no deseaba compañía alguna. Sherman ya le había visto y llamado con la mano desde un rincón para que se acercara, pero Ray fingió ignorarlo.

El altavoz iba llamando a diversos clientes para que acudieran a los puntos de suministros.

Ray fumaba con nerviosismo. Una voz detrás de él le dijo:

—Mister Morris, ¿no escuchó la llamada?

Ray se volvió. Por la voz ya sabía quién era. Cristian Hoffman estaba frente a él, con su rostro imperturbable, vistiendo sus ropas de trabajo, que consistían en un mono gris oscuro y botas de media caña. Una gorra de visera grande cubría su cabeza.

—No, no lo oí. Estaba distraído —respondió Ray. Cristian estaba como siempre. Lo sucedido la noche anterior parecía haberlo olvidado.

—No perdamos más tiempo, por favor. Se hace tarde. ¿Ha pensado qué armas llevaremos?

Se dirigieron al almacén de aprovisionamiento. Al otro lado del mostrador un joven esperaba sus órdenes.

Ray se apoyó sobre el mostrador. Pensó que todo lo que le estaba ocurriendo parecía irreal. Se sentía confuso, desorientado. Anoche estaba tan seguro de sí mismo... Podía creer que estaba viviendo un sueño, o una pesadilla. Quizás nunca pensó seriamente que el momento crucial debía llegar inexorablemente.

—Mister Morris, le ruego que tenga presente que se nos está haciendo muy tarde —le apremió Cristian con toda cortesía.

—Oh, sí. Lo siento —Dirigiéndose al empleado, añadió—: Unos cartuchos de dinamita para hacerlos estallar por control a distancia. También una pistola del nueve largo y un cuchillo.

Cristian le miraba sin denotar el menor asombro. Ray le observó de reojo y creyó ver en el instructor un velado reproche.

—¿Qué más, mister Morris? Me figuro que la dinamita será para volar la casa donde le esperan sus prisioneros —preguntó Cristian—; pero querrá otras cosas para poder distraerse un rato. Una explosión es algo espectacular, pero definitivo.

—Eso es cuestión mía.

—Seguro, pero es mi deber hacerle estas advertencias. Luego no queremos reclamaciones.

Ray se atrevió a mirar a Cristian a los ojos. Le dijo:

—No es preciso explicarle lo que pienso hacer.

—Usted manda —respondió Cristian.

En unos minutos estuvo sobre el mostrador lo solicitado por Ray, quien firmó un recibo y Cristian cargó con la dinamita y el detonador. Ray guardó la pistola y el puñal. Se dirigieron a la salida.

En el exterior, los socios del CVC se diseminaban hacia sus zonas acotadas en compañía de los instructores. Los terrenos que el Centro ocupaba se extendían durante millas y millas cuadradas. Podía asegurarse que allí se encontraba cualquier parte geográfica del planeta en pequeña escala. Los socios siempre estaban separados unos de otros por grandes distancias. El último episodio vivido por Ray fue organizado cerca de las oficinas, pero en esta ocasión Cristian indicó uno de los pequeños coches que usaban cuando tenían que desplazarse a largas distancias.

—¿A dónde vamos? —preguntó Ray sentándose junto a Cristian, que tomó el volante y puso el motor en marcha.

—Hay una cabaña ideal a diez kilómetros de aquí que sirvió a los técnicos para el escenario después de unos arreglos.

Ray no volvió a hablar. Después de diez minutos de atravesar un bosque llegaron a un claro en cuyo centro se levantaba una maciza casa de madera de una sola planta.

Descendieron y Ray entró primero. Cristian encendió una lámpara de petróleo. La habitación tenía una mesa y tres sillas por todo mobiliario. Una alacena contenía diversos artículos de uso vulgar.

Señalando la alacena, Cristian dijo:

—Tal vez le sirvan.

Ray cerró la puerta y echó el cerrojo, preguntando:

—¿Hay algo de cuerda? Me olvidé traerla.

—Creo que sí —respondió el instructor buscando en el fondo de la alacena, de donde sacó un rollo que depositó sobre la mesa—. ¿Será suficiente?

—Seguro.

—¿Vamos con los prisioneros? Son siete, como usted pidió.

—Luego. Ahora quiero que se siente.

Cristian alzó la mirada hasta Ray y le estudió.

—Siéntese —repitió Ray.

—Puedo estar de pie —el instructor había dejado al entrar la dinamita y el detonador en el suelo. Señaló ambos objetos y dijo—: Será mejor que ponga esto en un lugar más seguro hasta que usted vaya a necesitarlo.

—Deje eso ahí, Cristian. Lo que quiero es que se siente.

—No entiendo, mister Morris.

—Por ahora no tiene usted que entender nada. Luego vendrán las explicaciones.

Cristian se sentó y cruzó los brazos sobre el pecho.

—De acuerdo. Ya estoy cómodo.

Ray dejó sobre la mesa el cuchillo.

—Ahora corte un trozo de cuerda —dijo—. Lo suficiente como para atarse las

piernas a las patas de la silla.

—¿Está loco, mister Morris? ¿Qué intenta hacer?

Cristian había hecho un amago de levantarse; pero Ray ya empuñaba la pistola, encañonándole con ella.

—Si intenta un tontería le mato. ¡Amárrese las piernas de una vez!

El instructor sonrió.

—Su humor es hoy muy especial. Le advierto que es con los muñecos que hay dentro con los que tiene que jugar, no conmigo.

—Hoy no habrá ningún juego.

Hoffman ya tenía casi atadas sus piernas a las patas de la silla y levantó la cabeza sorprendido. Ray había estado vigilando que no hiciera un nudo en falso.

—Creo que esto está llegando demasiado lejos. Vamos, deje de apuntarme. Los proyectiles de esa pistola apenas me harían daño. Sólo provocan cortocircuitos en los robots.

Ray apretó el gatillo y la bala se incrustó fuertemente en el entarimado, a pocos centímetros de las botas del instructor.

—Por el camino cambié los cartuchos por otros que yo traía. No se engañe más a sí mismo, Cristian. Estoy hablándole en serio. Termine.

Cuando Hoffman hubo acabado, Ray tomó el resto de la cuerda y, sin dejar de apuntar, la pasó varias veces por el cuerpo del instructor y el respaldo de la silla. Luego, al no haber peligro de ser atacado por Cristian, le amarró bien las manos.

Ray se retiró unos pasos y miró a su prisionero. Un prisionero verdaderamente humano, no un costoso muñeco preparado para recibir golpes y tiros.

—¿Puede decirme ahora qué se propone hacer? —preguntó Cristian con calma.

—Simplemente, matarle.

—Está chiflado, mister Morris. Pero la verdad es que esto no me sorprende. Estaba seguro que un día u otro terminaría matando a un ser humano.

—Vaya, siempre tan sagaz. ¿También pensó que iba a elegirle a usted?

—No, eso no. Pero debí figurármelo... después de lo de anoche. No podía imaginarme que el desaire que le hice a su esposa podía molestarle tanto. En realidad, pensé que le hacía un favor.

—Se equivoca. Su actitud de ayer sólo sirvió para añadir una gota más al vaso de agua, ya de por sí bien colmado. Ya le odiaba de antes y muchas veces pensé en matarle. Llevaba mucho tiempo pensando cómo. Si se hubiera hecho amigo de Jessica no le hubiera salvado la vida, sino sólo se la hubiera prolongado. Su suerte ya estaba echada, realmente.

—Esto es absurdo.

—Me molestaría mucho que creyera que el accidente de anoche ha influido en mi decisión. No puede ser así porque mi esposa me interesa muy poco. Me casé con Jessica porque pensé que ella haría cambiar mi forma de ser; pero me equivoqué otra vez. Las mujeres no me atraen en absoluto. Oh, tampoco soy un homosexual como

Sherman, créame. No tengo por qué mentirle. Quería que usted me ayudara a mantener a Jessica alejada de mí. Eso hubiera salvado su vida.

—No es suficiente justificación para matar a un hombre, mister Morris.

—Tal vez no, desde su punto de vista. En realidad han sido sus constantes críticas a mi persona, su aire permanente de ser superior lo que ha motivado esta situación.

Ray trataba de mostrarse sereno, pero la realidad era que se sentía molesto ante la serenidad que Hoffman seguía conservando. El instructor, tranquilamente, le dijo:

—No se engañe a sí mismo, mister Morris. La realidad es que necesita una víctima. Usted mismo se preocupó en buscar causas para odiarme porque necesitaba una leve excusa para decidirse a querer asesinarme. Es su obsesión.

Ray crispó los puños y se dirigió a la puerta del fondo, abriéndola. Encendió la luz y se encontró frente a siete robots vestidos con los uniformes de campaña del ejército americano de la guerra de Corea. Los hombres mecánicos no parecían tales, sino auténticos prisioneros asustados. Con barba de diez días, sucios y miradas temerosas, le observaron. Ray sacó el cargador de la pistola e introdujo el que durante el viaje quitara. Desde la otra habitación, Cristian le gritó:

—Debe pensarlo bien, Raymond. No puede salir con bien de ésta. Aún está a tiempo para rectificar. Yo puedo considerarlo todo como una broma y...

Ray había disparado siete veces su pistola sobre los muñecos, que se desplomaron al suelo con las manos atadas a la espalda. El ruido de las detonaciones ahogó las palabras de Cristian. Ray empezó a transportar los inanimados robots a la habitación donde estaba su prisionero humano.

—¿Qué planea? —le preguntó Cristian.

—Ya lo verá —replicó Ray.

Cuando hubo trasladado el último muñeco, Ray jadeaba. Entonces se plantó delante de Cristian. Se sentía fuerte y triunfador. Se volvió sonriendo irónico y empezó a dar puntapiés y cuchilladas a los robots. Cuando terminó con su cometido, se sentó para secarse el sudor que caía por su cara.

—Si algo queda de los robots quienes investiguen deben pensar que yo sí jugué —explicó Ray.

—Demuestra poca inteligencia, mister Morris. No podrá evitar que descubran su crimen y le recuerdo que aún no se ha abolido la cámara de gas para los homicidas sin justificación.

—No llegarán a pensar que ha existido un homicidio. Todos supondrán que ha sido un accidente.

Ray alcanzó la dinamita y el detonador y empezó a trabajar. En unos minutos terminó y colocó la carga explosiva a un metro de Cristian.

—No quiero que se vaya de este mundo pensando que soy un cretino. Mi plan es tan simple que nadie pensará que no ha sido un accidente. Escuche: yo terminé con mi diversión y usted salió a revisar el coche para el regreso, pues yo pensaba dar fin al episodio haciendo estallar la cabaña. Puse la carga y salí con el detonador hasta

situarme a una distancia prudencial. Entonces usted regresó a la casa para llamarme y yo no le vi entrar. Apreté el detonador y... ¡Pum! Adiós, Cristian Hoffman. Un lamentable accidente. Si alguien llega a sospechar algo no podrá probar nada.

—Aunque ponga la carga bajo mis pies la explosión no será tan fuerte como para hacer desaparecer las cuerdas que me atan —dijo Cristian—. Algunos trozos quedarán prendidos en los trozos de mi carne. Descubrirán que estuve atado.

—Sigue creyendo que soy estúpido. Tengo un magnífico cuchillo para desatarle ahora. Así...

Ray, de un rápido movimiento libró a Cristian de las ataduras. Entonces se dirigió a la puerta sin darle la espalda y apuntándole con la pistola que previamente había vuelto a cargar con cartuchos normales.

—Nos veremos en el infierno, Cristian —rió Raymond mientras cerraba la puerta, echaba la tranca y corría hacia donde estaba el coche. Una vez allí se apresuró a hacer estallar la carga. Cristian necesitaría un par de minutos para desconectar el fulminante colocado en el explosivo. No le daría tiempo. Ray apretó el botón.

Pero Ray ignoraba que Hoffman no había hecho el menor intento para desarmar la carga. El tiempo que empleó Ray en poner entre él y la casa una prudente distancia y hacerla volar por los aires, lo había empleado el instructor para murmurar:

—No nos volveremos a ver, mister Morris. El infierno, al menos, está completamente vedado para mí.

El pájaro que se comió los colores

Luis Vigil

Esperaban escondidos, sudorosos, en aquel callejón mal iluminado la señal de su vigía que, desde el tejado de una casa vecina, espiaba los movimientos de las patrullas de policía por el colindante distrito residencial.

En cuanto se retirasen para acudir a otro de los innumerables puntos candentes de la ciudad amotinada, ellos se lanzarían al saqueo. *¡Black Power!* ¡Poder a los negros, muerte a los odiados blancos!

Sus manos oscuras apretaban con furia las improvisadas armas con las que pronto harían correr la impura sangre de los «superiores» hombres blancos.

Hacía frío a aquella altura, pero la atmósfera era más limpia y se estaba lo suficientemente lejos de las grandes ciudades para que su iluminación no molestase. Desde allí, el indiscreto ojo del telescopio gigante podía curiosear mejor el lejano Cosmos, tratando de arrancarle sus secretos.

Hacía frío, pero el hombre no lo notaba y no por la protección del traje termógeno que envolvía sus enjutos miembros, sino por una fiebre que venía de más adentro, de su corazón y, sobre todo, de su cerebro.

La solitaria figura, empequeñecida por las titánicas dimensiones del instrumento que utilizaba, se mesaba los cabellos ya diezmados por el paso de los años, cubriendo el antes impoluto suelo del Observatorio con puñados de canas.

No era éste un hecho aislado, más bien una epidemia que atacaba a la totalidad de las sesudas cabezas diseminadas por la miríada de Observatorios que constelaban la parte del globo sumida, en aquel momento, en las tinieblas de la noche.

Y, francamente, no había para menos, pues lo que el científico estaba contemplando en aquellos momentos a través del ocular de su telescopio representaba el derrumbamiento de ese orgulloso edificio que la Humanidad había venido edificando, laboriosamente, durante siglos. La Ciencia.

Derribado en un abrir y cerrar de ojos, aunque tal vez sería mejor decir en un abrir de alas, ya que lo que estaba centrado en el campo visual del instrumento óptico en aquellos momentos era un pájaro... ¡El objeto lambda-1978 exterior era un pájaro!

Cuando el observatorio de Kilimanjaro había descubierto el objeto, allá en los límites del sistema solar, los astrónomos se habían apresurado a identificarlo como un asteroide errante que las leyes del acaso traían a las vecindades de nuestro sol. Y como tal lo habían clasificado.

Luego, los computadores gigantes de la cátedra de astronomía de la Universidad de Quito habían determinado su órbita y dictaminado que ésta lo llevaba en una

trayectoria de colisión con el planeta Marte.

Cuando los titulares sensacionalistas provocados por la noticia amainaron en intensidad, los científicos pudieron hacerse oír para calmar los temores creados en las masas por un grupo de oportunistas hombres de la prensa: el choque sería de una magnitud suficiente como para poder ser observado telescópicamente desde nuestro planeta, pero tan pequeño a escala cósmica como para que no cupiese ningún temor sobre la estabilidad de nuestro sistema solar.

Desde entonces, los grandes Observatorios, cuyas tesorerías se habían visto enriquecidas por las jugosas aportaciones de las cadenas televisivas deseosas de transmitir la catástrofe (en un programa que sería la delicia de los anunciantes por la cantidad de espectadores que era previsible lo visionaran), habían enfocado sus mejores instrumentos científicos hacia el intruso, dispuestos a no perderse ni un microsegundo de este acontecimiento sin paralelo en la historia conocida de la Humanidad.

El Hombre iba a contemplar, por vez primera, un cataclismo cósmico. Pero...

¡Un pájaro!... ¡Y qué pájaro!

Un pájaro colosal, titánico, una nueva ave Roe corregida y aumentada. Semejante a un cóndor de los que pueblan los inaccesibles picachos de los Andes y sin embargo diferenciándose de ellos por su plumaje iridiscente que relucía con todos los colores del espectro y aún con algunos que los aparatos registraban, pero que el ojo se negaba a aceptar. Eso y el pico.

Y que conste, que nunca se ha usado el término pico en una forma más general que cuando se aplicaba al órgano bucal del ave del infinito, pues aquello no se parecía en nada a los distintos picos de las innumerables variedades de volátiles terrestres, sino que su aspecto se aproximaba más a la boca de una trompeta.

¿Y las dimensiones del monstruo?... ¡Inimaginables!: Un millar de kilómetros de pico a cola y no menos de 5000 de punta a punta de alas, alas con las que se movía grácilmente por el vacío, como una gaviota apoyándose en el viento, tal cual si en la absoluta nada interestelar hallase la suficiente densidad para impelerse a velocidades astronómicas.

¿Comprenden ahora por qué los científicos se arrancaban el cabello? Galileo y Einstein a la basura, Darwin y Hoyle a la papelera. La ciencia a los museos, a hacer compañía al Pitecántropo.

Y el titán estelar seguía volando, burlándose de la «científica ciencia» de los insignificantes habitantes de sol III.

Las pantallas de televisión en colores, conectadas a los más potentes instrumentos de astronomía óptica (hasta el telescopio gigante del Everest había sido alquilado, por una cantidad tan fabulosa que sólo había podido ser pagada por una marca de sopas concentradas de renombre mundial), transmitían la llegada a Marte del monstruo. El planeta relucía con su habitual color rojizo mientras el ave iniciaba una órbita a su

alrededor.

En la nueva sede de las Naciones Unidas, en la Antártida, los delegados de los países del globo, seguían, como miles de millones de sus representados, las evoluciones del pájaro, pero con la ventaja que les daba el estar recibiendo en directo las imágenes que transmitía el Zion-5 desde su órbita marciana. Por eso relataremos los hechos tal y como los vieron los muy honorables señores delegados.

El titán extendió sus alas a su máxima amplitud y, sin visible esfuerzo, comenzó a planear a escasos kilómetros sobre la superficie del planeta. Luego, dirigió su «pico» hacia abajo.

Y entonces, ante los asombrados ojos de la mayor parte de los habitantes de la Tierra, pendientes de las lustrosas pantallas de los televisores, se desarrolló una escena increíble; a medida que el fondo del más allá pasaba sobre un segmento de la superficie del planeta ésta perdía su color escarlata, para adquirir una tonalidad blanca, de un blanco tal que más bien parecía ausencia de color que presencia del blanco.

Así, minuto a minuto, hora a hora, los atónitos ojos de la Humanidad entera contemplaron la asombrosa transformación del cuarto planeta, al cual nunca más se le podría llamar Rojo.

En la Babel de la Antártida, a pesar del frío clima, los delegados discutían acaloradamente, sin conseguir la ecuanimidad que se había pretendido obtener con su traslado desde Nueva York. Por el contrario, cada cual en su lengua o dialecto, trataba de manifestar su opinión respecto a los acontecimientos recién presenciados, gritando desafortadamente para lograr hacerse oír entre la catarata sonora que llenaba el enorme salón de sesiones.

Por último, lo que estaba sucediendo en la enorme pantalla dispuesta para recoger las señales del orbitador en Marte comenzó a atraer la atención de los diplomáticos que, poco a poco, fueron cerrando sus bocas y abriendo mucho sus ojos.

El inconmensurable pájaro, terminado su barrido de la superficie del planeta escudriñaba con sus ojos, facetados como diamantes, el cielo buscando una nueva presa. Por fin, su mirada pareció clavarse directamente en la pantalla.

Los delegados no pudieron evitar un respingo de sorpresa al creerse objeto de la atención de la bestia, pero no tardaron en comprender que la curiosidad de ésta no era provocada sino por el satélite de la Teocracia de Israel, Zion-5. En efecto, tras escudriñarlo detenidamente, se acercó con un suave golpe de alas, agrandándose en la pantalla, hasta que el campo del objetivo del lejano satélite tan sólo alcanzaba cubrir la profunda sima que era el interior del pico del pájaro.

Atemorizados, algunos delegados se cubrieron los rostros con las manos, como intuyendo que algo terrible iba a ocurrir, pero iban a quedar decepcionados: la cámara siguió transmitiendo imágenes con suma perfección. El artefacto espacial seguía intacto.

Tan sólo había una pequeña diferencia, diferencia que al pronto no fue advertida

más que por unos pocos. La imagen, que antes era en colores, ahora tan sólo registraba tonalidades blancas.

—¡Ese monstruo se come los colores! —fue el grito que, lanzado por el representante de la Democracia Ocular Castrista de Haití, rompió el sepulcral silencio que se había enseñoreado de la gran sala.

Un tumultuoso torrente de voces surgió incontenible por la brecha aparecida en el dique del silencio, anegándolo todo.

El pájaro era ya visible a simple vista. Tras limpiar Marte de todo color, había cambiado de rumbo, dirigiéndose hacia la Tierra.

El mundo de la ciencia estaba dividido en dos grandes bandos: hickoristas, seguidores de John Hicks, y los seuillanos, capitaneados por Fierre Seuilly. La trascendental cuestión que los dividía era la discusión sobre si el titán venía hacia la Tierra atraído por los colores de la misma o si había captado las señales del Zion-5, siguiéndolas ahora hasta su destino.

Lo cierto es que, embarcándose en esta discusión bizantina, los sabios de todos los países tan sólo pretendían, aunque fuera inconscientemente, rehuir la contemplación y estudio de los dos grandes misterios originados por la bestia: lo que había pasado en Marte y la misma existencia del ser.

Tal vez se debiese a que quedaban ya muy pocos cabellos en sus cabezas y deseaban conservarlos. No debemos olvidar que de aquella época proviene la denominación, corriente en nuestros días, del lenguaje vulgar de *pelón*, refiriéndose a todo científico.

Lo cierto es que a pesar de los sabios, a pesar de los diplomáticos y a pesar de los periodistas, un hecho permanecía irrefutable, la bestia se acercaba cada vez más a la Tierra.

Entonces, los militares creyeron llegado su momento.

—Faltan tres minutos para la hora Cero —resonaba la metálica voz de los autoparlantes en los pasillos subterráneos de una base de lanzamiento en algún lugar del Tíbet. En los silos, los cohetes de fases múltiples y carga termonuclear marcados con la estrella roja de la Unión de las Repúblicas Socialistas Asiáticas esperaban el impulso eléctrico que les lanzaría hacia el infinito.

—Cero menos dos minutos —anunció el locutor de la base de lanzamiento de Redstone, en la Unión de Estados Soberanos Blancos y Negros de Norteamérica. Las barras y estrellas (alternadas una blanca y una negra) flotaban en el límpido cielo azul sobre los plateados cohetes atómicos de gran alcance.

—Sesenta segundos —se leía en el gran cuadrante luminoso que presidía el *bunker* de lanzamiento de la base de Baikonur, en la Confederación de Ciudades-Estado de la Gran Rusia. Aquí también los proyectiles parecían galgos esperando el disparo con que daría comienzo la carrera.

—Nueve, ocho, siete, seis... —musitaba el oficial superior, con el tono de un

hechicero en una ceremonia *vudú*. A su alrededor, cien rostros oscuros, sudorosos, se fijaban en los cuadrantes que indicarían las fases de lanzamiento de los *misiles* de la fuerza aérea del Imperio Ghanata.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... —contó el cronómetro de lanzamiento del cosmodromo de Medellín, en la Asociación de Estados Iberoamericanos. El dedo de un coronel se acercó al botón rojo situado en el centro geométrico de la casamata de mando.

—Cero... ¡fuego! —y los emisarios de muerte subieron veloces, lanzadas de luz en los cielos nocturnos o puntos brillantes en los iluminados por el sol.

El más fuerte ataque que el Hombre jamás había hecho, la concentración más enorme de poder destructivo estaba en camino contra la bestia.

Los segundos corrían unos tras otros en una nueva danza de la muerte, como las que se ven en esos cuadros medievales de las viejas iglesias centroeuropeas.

Las pantallas de radar seguían la trayectoria de intercepción de los miles de puntitos que convergían sobre el otro, algo mayor, procedente del espacio exterior; pero no eran las únicas pantallas alerta: protegidas tras filtros antideslumbrantes las cámaras de la televisión transmitían lo que ocurría a millones de televidentes ansiosos de presenciar el espectáculo. Algunos, más afortunados, encontrados en lugares desde los que sería visible la colisión, observaban el cielo con prismáticos, telescopios de aficionado o simples cristales ahumados.

Un punto atacante se fundió con la señal de radar que indicaba la posición del pájaro, luego otro y otro. En los televisores, los destellos atómicos cegaban a los espectadores impidiendo la visión de lo que ocurría.

Pero el monstruo aparecía incólume, antes bien, como contento. Saltaba de una explosión a otra a medida que se iban produciendo y a su paso el rojo infernal y el amarillo deslumbrador daban lugar al blanco desvaído.

¡Las bombas termonucleares, los cohetes, la potencia militar de la raza, la furia de los núcleos desatados tan sólo servía para dar un aperitivo al pájaro antes del plato fuerte: la Tierra!

Luego, cuando ya ni la República de Andorra tenía un mal megatón que lanzar contra la bestia, terminado el apocalíptico espectáculo, el ave reanudó su incontenible marcha.

Mucho antes, los televisores habían ido siendo apagados. Era el momento de la meditación, de la reflexión y de la plegaria... de la espera.

Y los cielos de la Tierra vieron pasar al ser inexplicable y así fue como los árboles perdieron su color verde y el mar su tono azul y el fuego su resplandor rojo y el trigo su amarillo y las rosas su carmín.

Y los tigres se hallaron blancos y los papagayos se vieron blancos y la Gioconda siguió sonriendo aunque ya sólo en blancos tonos... y ya no se pudo jugar más a las damas.

Y los habitantes de Watts se sintieron iguales a los de Manhattan y los soldados

asiáticos en la frontera de los Urales se contemplaron del mismo color que los rusos del otro lado de las alambradas. Y los musulmanes negros se quedaron sin causa, y el Ku Klux Klan, y los partidarios del *apartheid*, y los supremacistas amarillos de Pekín.

Cuando el mundo se quedó sin colores, el titán agitó sus alas y, sin volver a fijar la vista en el globo blanco de polo a polo se alejó.

Los telescopios siguieron al animal en su órbita hacia el exterior del sistema hasta que dejó de ser visible ópticamente. Los radiotelescopios pudieron trazar su rastro durante algún tiempo más. Luego se desvaneció.

Las discusiones bizantinas entre los científicos aún habían de continuar por mucho tiempo, pero los más inteligentes ya habían vuelto al trabajo, al trabajo más importante del momento: a buscar urgentemente colorantes con que teñir la blanca uniformidad.

Esperaban escondidos, sudorosos, en aquel callejón mal iluminado la señal de su vigía que, desde el tejado de la casa vecina, espiaba los movimientos de las patrullas de policía por el colindante distrito residencial.

En cuanto se retirasen, para acudir a otro de los innumerables puntos candentes de la ciudad amotinada, ellos se lanzarían al saqueo. *¡Fat power!* Poder a los gordos, muerte a los aliados flacos!

Sus gordezuelas manos apretaban con furia las improvisadas armas con las que pronto harían correr la impura sangre de los «superiores» hombres delgados.

El dulce color de las estrellas

Alfredo Julio Grassi

«El 14 de julio de 1965 el navío espacial norteamericano Mariner IV pasó a 5.400 millas de la superficie del planeta Marte y tomó fotografías que fueron retransmitidas a la Tierra. En ninguna de ellas se advirtieron señales de vida inteligente...».

(De los diarios de todo el mundo, 16 de julio de 1965).

Kare salió del laboratorio y permaneció un momento de pie en la blanca escalinata. El viento nocturno, helado, le mordió cruelmente el rostro. Pero estaba tan acostumbrada al clima septentrional que no advirtió casi el cambio de ambiente. Una preocupación intensa la dominaba. Esto, unido al cansancio acumulado durante las últimas semanas de fracasados experimentos, parecía haber embotado sus sentidos, aislándola del mundo exterior bajo una cúpula de silencio.

—¿Vuelves a casa, Kare? —la voz de Some, el astrofísico, la sobresaltó. Reponiéndose, procuró no exteriorizar su abatimiento.

—Prefiero dar un paseo por la orilla del canal, Some —repuso—. ¿Quieres acompañarme, por favor?

El astrofísico asintió y echaron a andar junto al simétrico paredón que separaba la calle del canal. La escarcha nocturna se había sedimentado sobre el pavimento, tornándolo resbaladizo. Caminaron en silencio durante varios minutos. Kare prefería no hablar. Sabía que si lo hacía, se traicionaría en su profunda decepción. Y sin embargo...

—Sin embargo, aún quedan esperanzas, Kare —Some adivinó como siempre sus pensamientos—. Los experimentos de laboratorio deben ser corroborados por la realidad. Y en este caso...

—En este caso nuestro cohete teledirigido ha enviado suficientes datos y fotografías como para poderlo asegurar. Hemos recorrido todos los planetas del Sistema Solar, fotografiando sus superficies desde pocos miles de kilómetros de altura. En ninguno hay señales de vida. Por lo menos, de vida inteligente. Es terrible, Some. ¿Sabes qué significa esto?

Some asintió sombríamente.

—Estamos solos, Kare... las estrellas nos miran y nosotros miramos a las estrellas, y nuestra humanidad es la única que existe en los diez planetas que giran en torno del Sol. Pero no pierdo las esperanzas... hay otros mundos en el Universo. Tiene que existir alguno cuyas condiciones permitan el desarrollo de vida inteligente...

—Jamás llegaremos a saber eso.

—Algún día, Kare. Nosotros o nuestros hijos. Lo importante es que el progreso no se detiene.

Kare lo miró y sacudió la cabeza.

—¿Te das cuenta de que todas nuestras esperanzas de recorrer el espacio interplanetario estaban básicamente apoyadas en la idea del intercambio de conocimiento, de cultura, de conceptos, con otros seres pensantes? El cohete Xian-3 ha demostrado que nuestra humanidad es única... quizás un producto del azar... de la casualidad. ¡La vida es un producto del azar, Some!

—Eso es una blasfemia, Kare —protestó el astrofísico—. Por otra parte... ¿Quién nos asegura que nuestros datos son correctos?

La astrónoma suspiró y alzó los ojos hacia las estrellas, que titilaban desde distancias muertas.

—¿Pretendes que puede haber vida donde no se han fotografiado rastros de las construcciones lógicas en un mundo poblado... obras de seres inteligentes?

—La vida no tiene por qué haber seguido las líneas que nosotros consideramos normales en su evolución... todo eso es demasiado misterioso para sujetarlo a leyes matemáticas. Además, el Xian-3 fotografió solamente una parte del planeta... la zona ecuatorial. ¿Y si hay allí una humanidad inteligente que evolucionó en las zonas templadas y frías solamente, fuera del radio de acción de las cámaras de nuestra nave interplanetaria de prueba? Todo puede ser...

El suave crujido de la escarcha al ser pisada por las botas nocturnas de la pareja despertaba ecos en la silenciosa noche. Kare trató de sonreír *su* desilusión. ¡Hacía tanto tiempo que buscaba en el firmamento estrellado algo, una señal! Una señal de vida, de inteligencia, de comprensión. La nada la aterraba porque la hacía sentirse insignificante, intrascendente. Le hacía comprender la inutilidad de sus esfuerzos, de todos los esfuerzos de generaciones olvidadas de estudiosos y científicos que habían buscado una respuesta, un eco a sus preguntas. Para afrontar ahora los fríos hechos presentados por las cámaras enfocadas sobre el planeta 3. «Estamos solos, Kare... estamos absolutamente solos»... Se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó solícitamente Some—. Vamos a mi coche.

Le siguió sin hablar más. Necesitaba dormir. Dormir hasta olvidar. Un tratamiento de sueño artificial y algo que le permitiera sobrevivir al desengaño. Some la miró mientras entraban en el coche, equipado para funcionar en el hielo del canal.

—Yo también me siento mal, Kare —le dijo suavemente—. Hemos trabajado juntos muchos años, ¿verdad?

—Con la misma idea. Buscando el mismo resultado —repuso ella—. Éramos muy jóvenes cuando comenzamos. Y todo fue tiempo perdido. ¡Qué despilfarro de energías, de tiempo, de dinero! —rió sin alegría—. Un despilfarro tan grande como el de crear un Sistema Solar y dejarlo prácticamente deshabitado.

—Nunca se nos ocurrió hablar de otra cosa, ¿no es así?

—insistió Some, acariciando con delicadeza el rostro de Kare. La astrónoma le miró como si le viera por primera vez.

—¿De qué otra cosa?

—De nosotros, por ejemplo... somos dos seres solitarios... dedicados exclusivamente a la ciencia. Y, sin embargo, hace quince años éramos muy jóvenes y cuando te vi por primera vez creo que te amé —el astrofísico hablaba en voz muy baja.

Algo brilló en los ojos de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? —murmuró.

—Te vi demasiado alejada de las cosas cotidianas... demasiado dedicada a la ciencia.

—Era una coraza de protección contra las agresiones del mundo, Some... no sabes cuánto te admiraba y cómo escuchaba tus conferencias. Una de las cosas realmente felices de mi vida fue el poder trabajar a tu lado...

—Todavía estamos a tiempo, Kare... podemos...

En aquel momento la estrella fugaz atravesó el firmamento. Some se interrumpió y señaló la trayectoria.

—¡Un meteorito, Kare! —exclamó. Al mismo tiempo un sonido agudo llegó al interior del coche, pese a que las ventanillas estaban herméticamente cerradas.

—No es un meteorito, Some —susurró Kare—. ¡Mira!

El bólido había disminuido su velocidad; ya no caía a plomo sobre las bajas colinas que bordeaban el canal del sur. Ahora descendía lenta y majestuosamente. Un chorro de llamas anaranjadas que brotaba de su brillante forma casi esférica actuaba a modo de freno. Aquello no podía significar más que una cosa y los dos científicos lo comprendieron inmediatamente.

—Es una nave interplanetaria, Kare —murmuró Some.

—Y no es de las nuestras... nosotros no tenemos ningún artefacto de ese tipo... ¡es de otro mundo!

Como obedeciendo a una orden telepática, Some puso el coche en marcha y avanzó a toda velocidad por el helado borde del canal.

—Descendió más allá de las colinas, Kare... —dijo excitado el astrofísico—. ¿Te das cuenta? Allí puede haber seres inteligentes... y aunque sea un aparato robot, sin tripulantes, significa que estábamos equivocados, que en nuestro universo hay otros seres inteligentes, capaces de atravesar el sistema solar con sus aparatos...

—A menos que vengan de otro sistema solar... —la voz de Kare temblaba de contenida emoción—. No estamos solos, Some... tenemos hermanos en el Universo... sean de nuestro sol o de otra estrella. ¡Lo importante es que existen!

El momento era histórico. Ante la pareja se alzaba, sobrepasando la altura de las pequeñas colinas circundantes, un aparato semiesférico, con un halo metálico en su parte inferior que le daba el aspecto de un gigantesco plato invertido. Aparentemente, el descenso no lo había dañado en lo más mínimo. Incluso los extraños símbolos

pintados en su superficie se mantenían intactos.

Kare y Some se miraron y, sin hablar, descendieron del coche. Tras una breve vacilación, echaron a andar hacia la nave interplanetaria. El silencio era profundo; hasta el viento de la noche había cesado, como queriendo participar en la solemnidad de ese primer encuentro entre dos culturas, dos civilizaciones, dos razas humanas absolutamente distintas. Distintas, pero unidas a través de millones de kilómetros de frío espacio interplanetario por ideales comunes de curiosidad científica y progreso.

Lentamente, como respondiendo a un remoto control mecánico, una parte de la pared que miraba hacia los dos científicos comenzó a deslizarse hacia el interior de la máquina interplanetaria. Kare contuvo una exclamación de anhelante expectativa.

—¡Espera! —exclamó Some—. Buscaré una cámara fotográfica en el coche... quiero tomar nuestro primer encuentro con «ellos».

Volvió corriendo hacia el coche.

—Apresúrate... —gimió casi Kare. Sentía un dolor vago que la ahogaba lentamente. Comprendió que era la emoción y se dio cuenta que es posible morir en un momento así... simplemente morir de esperanzas contenidas.

Some se unió a ella y volvieron a andar hacia la astronave.

El astrofísico, sin dejar de caminar, comenzó a tomar fotografías.

—Por fortuna tengo película para rayos infrarrojos... —comentó.

Entonces apareció el primer monstruo en la abierta escotilla de la nave interplanetaria.

La pareja de científicos se detuvo y Kare ahogó una exclamación de repugnancia. Some sacudió la cabeza.

—¿Qué pretendías? —preguntó—. Era razonable imaginar que el aspecto exterior no podía ser semejante al nuestro... pero recuerda que son seres prodigiosamente evolucionados. Son nuestros hermanos intelectuales...

El astrofísico se adelantó y volvió a levantar la cámara para fotografiar al ser del otro mundo.

Pero nunca llegó a hacerlo. El monstruo, que había asomado cautelosamente por la escotilla, alzó un artefacto extraño que parecía una prolongación metálica de las mangas de un traje espacial. Un estallido seco quebró el profundo silencio nocturno, y Some trastabilló hacia atrás y cayó, como si una mano poderosa lo hubiera empujado.

Kare, aterrada, lanzó un grito de espanto y se arrodilló junto al astrofísico. Un redondo orificio de feo aspecto había aparecido en su frente: estaba muerto, con una mirada de absoluta incredulidad en los ojos.

Kare se incorporó, temblando violentamente.

—¡Ustedes no comprenden! —gritó—. ¡Somos hermanos... ustedes y nosotros somos hermanos... no pueden atacarnos... hemos venido a darles la bienvenida... no tienen derecho a dudar... no queremos hacerles daño!

Nerviosamente, sin darse cuenta casi, había avanzado hacia la espacionave

mientras gritaba su tremendo dolor.

El monstruo de la escotilla la dejó caminar unos metros. Luego volvió a alzar la mano con su extraña arma.

Kare, demasiado tarde, comprendió.

—¡Oh, no! —susurró, sin fuerzas para intentar una fuga que era imposible—. Solamente queríamos darles la bienvenida... la bien...

Su voz se cortó ante el impacto del nuevo proyectil que surgió del arma que empuñaba el ser del espacio exterior.

Se desplomó, sintiendo que todo aquello era un mal sueño, una pesadilla absurda. Una broma de mal gusto que le jugaban sus sentidos. Sobre ella continuaban brillando las estrellas, pero sus ojos muertos ya nada veían.

—Ya no hay más atacantes, Reynolds —exclamó Mark Williams volviéndose hacia el interior de la espacionave y suspirando aliviado—. ¡Uf! Nunca olvidaré sus gritos y los gestos que hacían al cargar contra nosotros...

—Seguramente eran gritos de combate, Mark —repuso el capitán Reynolds—. Indudablemente se trata de seres muy primitivos. Menos mal que hemos traído armas de fuego y algunas bombas atómicas... Bajemos.

Descendieron por la larga escalerilla de metal que surgió automáticamente al pie de la escotilla. Los cuerpos muertos de Kare y de Some estaban en el sitio donde habían caído, con una mirada de dolor mezclado con asombro infinito en sus tres ojos, el rojizo musgo manchado por la verde clorofila de su sangre.

—¡Qué feos son! —murmuró Reynolds—. Y pensar que el Mariner IV primero y los V y VI que mandamos después para fotografiar la superficie de Marte no hallaron señales de vida. Es como para creer lo que dicen los hombres de ciencia...

Williams no le contestó. Escupiendo en dirección del helado canal, sacó una cámara para rayos infrarrojos y comenzó a tomar fotografías.

Sobre el cercano horizonte, separadas por una breve distancia, aparecieron Fobos y Deimos, las dos minúsculas lunas marcianas, y comenzaron su rápido recorrido nocturno, opacando con su luz el remoto, el frío, el dulce color de las estrellas.

La voz del lobo

Francis Carsac

I

El intermitente rojo parpadeó, se apagó, volvió a encenderse definitivamente. Arrancado de la duermevela en que le había sumido la monótona vigilancia de la pantalla del hiperradar, Jean Michaud sacudió la *cabeza*, ahuyentando las últimas brumas de su entumecimiento. Sobre el fondo fluorescente, entre unas pequeñas manchas, reflejos de polvos cósmicos, acababa de aparecer un punto más claro. Con un gesto rápido, Michaud bajó la manecilla del comunicador.

—¡Contacto, comandante!

—¡De acuerdo!

Un minuto después, el comandante Olivarez estaba allí. Pequeño, moreno, el rostro enjuto y alargado partido en dos por la sombra de un poblado bigote que la navaja no conseguía borrar, contrastaba notablemente con el joven alférez de navío, que con su corpulencia y su elevada estatura —un metro noventa— aplastaba el asiento de metal.

—¿Desde cuándo tiene usted ese contacto?

—Le he llamado inmediatamente, comandante. Estamos al máximo alcance.

—¡Cien millones de kilómetros! Eso nos concede algún tiempo, si se trata de algo que no sea un asteroide o un cometa. A esa distancia, el telescopio no nos servirá de nada. Ninguna idea acerca de su trayectoria, ¿verdad?

—El Fijascopio no indica nada, por ahora.

—Bien. No lo pierda de vista.

Michaud vaciló un segundo.

—¿Vamos a su encuentro, comandante?

Olivarez no acostumbraba a discutir sus decisiones con sus subordinados. Esta vez hizo una excepción.

—Todavía no lo sé. En el sector en que nos encontramos no hay colonias ni razas no humanas conocidas. ¿Un explorador? Nos aseguraríamos fácilmente de ello emitiendo un mensaje, pero prefiero abstenerme, si se trata de una nueva raza. Si sus radares no son tan buenos como los nuestros, podríamos acercarnos lo suficiente como para utilizar el telescopio antes de que nos localicen a nosotros...

—En ese caso, ¿por qué no ensayar la longitud de onda del código del Servicio? Si no son de los nuestros, hay pocas posibilidades de que estén en esa frecuencia.

—¡Vamos, Michaud! Nosotros tenemos un monitor, que escucha en todas las longitudes prácticas. Ellos pueden hacer lo mismo.

—Bien, comandante. ¿Cuántas de nuestras expediciones han encontrado razas no humanas, hasta ahora?

Olivarez era un xenólogo de renombre al mismo tiempo que comandante del explorador *La Fulgurante*.

—Diecisiete. Pero ninguna en ese cuadrante.

Al quedarse solo, el joven alférez fijó su atención en los aparatos. El punto luminoso parecía inmóvil. Michaud activó la pantalla de visión. No esperaba ver la astronave extranjera, suponiendo que se tratara de una astronave: estaba demasiado lejos. Abajo, a la izquierda, velada por el fotocompensador automático, centelleaba la estrella cuyo sistema acababan de explorar, y, en el centro, el cuarto planeta, su objetivo, nadaba majestuosamente en el espacio, pequeña mancha redonda y verdácea.

—¿Qué diablos hacen en el continuum, tan cerca de un mundo? Si son de los nuestros, podemos despedirnos de la mitad de la prima de descubrimiento... Y si son extranjeros... ¿Vienen también en calidad de exploradores, o están ya en su casa?

La aguja del Fijascopio osciló, avanzó ligeramente hacia la derecha.

—¡Caramba! ¡En línea recta hacia nosotros, me parece! ¡Comandante, es una astronave!

El sonido metálico del timbre «todos a sus puestos» desgarró el ruido de fondo producido por el zumbido de las máquinas. Unos instantes después, un joven pelirrojo y delgado se dejó caer sobre el asiento de la izquierda: Jerry Dahl, el telemetrista-radar al que Michaud había revelado. Diez segundos más tarde, el oficial de tiro, Boris Ivanov, se sentaba a la derecha, tras haber cerrado la puerta con compartimiento estanco. El equipo del puesto I estaba completo.

—¿Qué has localizado, Jean? ¿Un extranjero, o un compañero que nos quiere birlar la prima?

Las largas manos delgadas y cubiertas de manchas rojizas se movían sobre las manecillas con una destreza que Michaud no hubiese podido igualar.

—¡Eso es lo que me gustaría saber!

Metalizada por el comunicador, la voz de Olivarez interrumpió la conversación:

—Acabamos de emitir la señal de reconocimiento. Es casi seguro que hemos sido localizados. Sin embargo, no podemos esperar una respuesta antes de diez minutos. La probabilidad de que se trate de una astronave extranjera es elevada. Acabo de releer las instrucciones que nos dieron en el momento de salir de la base: nuestro camarada más próximo, el *Antares*, se encuentra a unos cien años luz de nosotros.

»Pocos de ustedes han participado ya en un primer contacto. Debo recordarles que la sangre fría y la disciplina son las cualidades más indispensables. Todo el futuro de las relaciones entre los hombres y los otros puede depender de los minutos que van

a seguir. Nadie debe disparar sin orden formal, aunque estemos bajo el fuego, aunque seamos tocados. A partir del momento en que suene la alerta roja y el zafarrancho de combate, quiero a todo el mundo en espaciandra interior. Que nadie lo olvide. ¡Nada de tonterías a ese respecto! No son molestas, han sido concebidas especialmente, y les darán tiempo para endosarse las verdaderas espadañas, si por desgracia las necesitan. Nada más. ¡Telemetrista, su informe!

—Dirección 000, distancia 98 millones. Velocidad 5.000 kilómetros por segundo, composición radial. Velocidad tangencial desconocida —cantó Jerry Dahl.

—¡Oficiales de tiro, su informe!

—Tubos 1 y 2 cargados, cabezas termonucleares, tubos 3 y 1 cargados, cabezas atómicas, tubos 5 y 6 cargados, cabezas químicas —respondió Ivanov.

—Tubos 7 y 8 cargados, cabezas termonucleares, tubos 9 y 10 cargados...

Sucesivamente, los seis puestos de tiro desgranaron su letanía de muerte.

—Dirección 000, distancia 97 millones 900 millas, velocidad radial 6.000 km/seg...

—No cabe duda, nos han visto —murmuró Michaud.

—¿Tú primer combate? —interrogó el ruso.

—Sí. ¿Y tú?

—Tres contra los Kzllils...

Con un gesto de enojo, Dahl les impuso silencio. Una brusca presión les pegó a los respaldos de sus asientos: *La Fulgurante* aceleraba, a 2 g. Transcurrieron los minutos, silenciosos; luego, unos timbrazos entrecortados les hicieron sobresaltar. La alerta roja, que precedía al timbre de zafarrancho de combate.

Michaud saltó, pero Ivanov le había precedido ya. Sacó del armario metálico las tres combinaciones ligeras que les permitirían soportar la descompresión, si no era demasiado brutal, durante el tiempo que necesitarían para colocarse las espaciandras. Fijaron sobre sus rostros la máscara de oxígeno y volvieron a ocupar sus puestos, mientras Dahl se vestía a su vez.

El altavoz clamó:

—Respuesta recibida. El idioma es completamente desconocido. ¡Hijos míos, vamos a tener el honor de un primer contacto! Alférez Michaud, el teniente Caccini va a reemplazarle. Preséntese inmediatamente en el puesto de mando...

—¡Granuja, vas a poder verlo todo!

—... y tráigase su espaciandra.

Un coro de risas saludó, en toda la astronave, aquella última recomendación. Michaud no habría podido endosarse otra espaciandra que no fuera la suya.

—Dirección 3 grados. Éste. Distancia 95 millones. Velocidad 7.000 km/seg.

A media voz, Dahl añadió:

—Está maniobrando. ¿Para abordarnos, o para evitarnos? Buena suerte, y hasta pronto. ¡Eso espero!

Cuando Michaud entró en el puesto de mando, Olivarez le esperaba allí rodeado de su estado mayor: el primer teniente Ali Kemal, el segundo teniente Terai, cuya indolencia polinésica no ocultaba del todo su energía, Horqarnaq, el mecánico jefe, esquimal tripudo y risueño, y de dos paisanos, Herr Doktor Müller, el lingüista, y Oumbopa, el astrónomo cafre, el único que por su estatura, ya que no por su corpulencia, podía rivalizar con el alférez de navío a bordo de *La Fulgurante*.

—Le he enviado a buscar, Michaud, porque según su ficha ha escogido usted la lingüística como especialidad. A partir de este momento, y por el tiempo que sea necesario, queda usted a las órdenes del doctor Müller.

—*Ach*, mi joven amigo, ¿dónde ha estudiado, y con quién?

—En la academia astronáutica de Reganne, con el profesor Vandenberg.

—¡Perfecto, perfecto! Vandenberg es uno de mis antiguos condiscípulos, y le aprecio mucho, aunque a veces no estemos de acuerdo en la traducción de los rollos de las ciudades muertas de Alpha-Polaris III. Venga conmigo, oirá usted el registro del mensaje que hemos recibido como respuesta al nuestro.

Pasaron a la salita que era el dominio del Herr Doktor.

—¡Siéntese, siéntese! ¡Los alumnos de mis amigos son mis amigos! He aquí el mensaje.

Del magnetófono surgió una voz cantarina:

—*Anéo'iditélékrantchaboetélé ansitélékranchatéoutélalou hinéto
betéoersiteriskaridoro.*

—Tres palabras, o quizás tres frases que no llegamos a descomponer. No entiendo nada.

—¡Yo tampoco, querido, yo tampoco! *Teufel*, su comandante nos toma por brujos. Si tuviéramos más palabras, y unas imágenes, tal vez conseguiríamos algo. *Mein Gott!* ¡Cuando pienso en todas las burradas que pueden oírse y leerse sobre el descifrado de idiomas desconocidos! Mire, tengo aquí una novela de un autor cuyo nombre no le daré, porque es demasiado conocido. Pues bien, en esa historia, una de nuestras astronaves llega a un planeta, la tripulación encuentra unas inscripciones, y ¡hop!, en tres páginas, el lingüista de a bordo lee correctamente los textos. ¡Hay que ver! Tome esos famosos rollos de Alpha-Polaris: estamos seguros de que el lenguaje es del tipo del de los Klens montañeses. Pues bien, donde su maestro, mi amigo Vandenberg, lee: *Yo, Akka, Rey, hice un sacrificio a los dioses*, yo leo: *Yo, Akka, Rey tomé una nueva concubina*. ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia, ¿verdad? Y yo estoy seguro de que tengo razón. Según sus bajorrelieves, los protoklens eran una pandilla de sátiros. Y Vandenberg es demasiado puritano. Volvamos al puesto de mando, *volen sie?* Tal vez haya alguna novedad.

Oumbopa reguló minuciosamente el gran telescopio. Situado en la parte delantera de la astronave, y destinado a estudiar de lejos los sistemas visitados antes de acercarse a ellos, el aparato, provisto de un amplificador electrónico, permitía unas

ampliaciones fantásticas. Pero sobre su pantalla sólo se veía una pequeña mancha luminosa, sin forma definida.

—Hay que esperar, comandante —dijo el astrónomo negro, con su voz de bajo africana, vibrando más sordamente que una voz europea.

Esperaron, el silencio interrumpido únicamente por los informes de los telemetristas y el «sin novedad, comandante» de los radios que trataban inútilmente de restablecer el contacto con «los otros».

Todo estaba silencioso a bordo de *La Fulgurante*. Encerrados en los compartimentos estancos, los hombres esperaban la orden que desencadenaría los proyectiles a fusión, o, por el contrario, terminaría con el zafarrancho de combate. Fuera, detrás del delgado casco, ¡oh!, tan delgado ahora, las estrellas taladraban la oscuridad del espacio con su luz sin destellos, y, lejos debajo de la astronave, giraba el planeta desconocido que habían venido a reconocer en nombre de la humanidad y que «los otros» iban tal vez a disputarles. Hasta ahora, la expansión humana en el Cosmos había sido pacífica, con la breve interrupción, diez años antes, de la guerra kzililiana.

Un comunicador zumbó. Olivarez empuñó el receptor.

—Comandante, ahora estamos seguros de que el planeta no emite ninguna forma de energía, aparte de las energías naturales. Ni radio, ni ondas de Kolback, ni radioactividad, salvo lo que es normal.

—Ese mundo, por tanto, carece de vida inteligente, o al menos de civilización industrial.

—A no ser, comandante, que nos hayan localizado y que se hagan el muerto...

—Una civilización no se hace el muerto, como una foca, Horqanaq. Además, en el momento de acercarnos, tampoco nosotros hemos emitido nada. Lo malo es que si esa Tierra del cielo es virgen para nosotros, lo es también para ellos.

Con un gesto, señaló la pequeña mancha luminosa en la pantalla. Se había agrandado, evidentemente. Oumbopa reguló el telescopio.

—¡Ahora se ve una forma!

—Si a eso se le puede llamar forma...

—No es de los nuestros, ni de los Krens, ni de los Hopolpops, ni de los Sinerios, ni de los...

—No hace falta que recite toda la serie, Kemal —interrumpió Terai—. Es algo nuevo, en efecto.

—Probablemente son menos tradicionalistas que nosotros, o que cualquiera otra raza que conozcamos...

—¡Efectivamente! En tanto que nosotros hemos conservado para nuestras astronaves el aspecto exterior de los modelos primitivos, ahusado o esférico...

—Algo de ese tipo había sido propuesto en otros tiempos, cuando nuestros antepasados pensaban poder conquistar el espacio con unos cohetes atómicos...

—¡Era menos complicado!

El aparato desconocido se dibujaba ahora claramente sobre la pantalla. De una parte central en forma de globo partían unas estructuras radiales, como las espinas de un erizo, cada una de ellas terminada en una especie de pala. No era ningún medio de propulsión.

—Deben utilizar el cosmomagnetismo, como nosotros...

—¡Comandante, comandante! ¡Contacto televisivo!

El grito del oficial de comunicación interrumpió los comentarios. La pantalla de televisión se había encendido, recorrida de vivas irisaciones. Tensos, los hombres se limitaron a mirar. Las irisaciones se ordenaban y, durante una fracción de segundo, hubo una imagen.

—¿Ha visto?

—Sí, serían...

—¡Los primeros humanoides localizados!

—¡Imposible! Sobre una imagen tan fugitiva, nuestros ojos...

—En todo caso, buscan el contacto...

—Una emisión equivocada...

—¿Con su nivel técnico? ¿Y hacia quién...?

—¡Ya vuelve!

La imagen se fijó sobre la pantalla. ¡Surgido de las profundidades del espacio, un rostro les miraba, un rostro humano! Desde luego, no podía pertenecer a ninguna raza terrestre. Bajo unos largos cabellos de oro verde, la frente alta, lisa, estrecha, dominaba a unos ojos extraños, de color violeta, almendrados, unos ojos oblicuos, hiperasiáticos. La nariz recta y fina, la boca mediana, sin prognatismo, la piel de un moreno claro, cálido, cobrizo. El cuello era largo y gracioso, las orejas pequeñas pero carnosas, el rostro triangular, y las comisuras de la boca, ligeramente vuelta hacia arriba, le daban un aire de amable ironía.

—¡Dios mío, qué hermosa es! —El grito se le escapó a Michaud.

—Pero, ¿es una mujer?

—¡Mire! ¡Además, ahí está un hombre!

Un segundo personaje acababa de aparecer, algo más alto, de facciones más duras, pero con las mismas características raciales.

—Transmitan a su vez —ordenó Olivarez—. Que vean que también nosotros somos humanos.

—¿No vamos a luchar contra ellos, comandante?

—¡No, si puedo evitarlo! ¡Fotografíen todo lo que se ve de su puesto de mando!

Detrás de los desconocidos, todo un tablero hormigueaba de aparatos, familiares en su rareza. El hombre manipuló en unos mandos y se encendió una pantalla, en la cual apareció la imagen de los oficiales de *La Fulgurante*.

Olivarez se situó delante del transmisor y, con las manos extendidas hacia adelante, declaró lentamente:

—¡Saludamos a nuestros hermanos del espacio! ¡Venimos en son de paz!

II

—*Ilia olenga aritsuno teb irig'no ...no, me equivoco, irieg'no...*

El idioma extranjero, el idioma de los «otros» acudía casi naturalmente a sus labios. Desde hacía tres meses, *La Fulgurante* orbitaba alrededor del planeta y la astronave extranjera hacia otro tanto. Con un acuerdo al principio tácito, luego claramente definido, los dos comandantes habían decidido esperar a que la barrera lingüística quedara eliminada antes de aterrizar y de establecer contacto. En *La Fulgurante*, Müller y Michaud debían actuar como intérpretes. Entre los «otros», la joven y su hermano desempeñarían el mismo papel.

Las cosas habían progresado lentamente. A pesar de la ayuda de las imágenes transmitidas por televisión, no resultaba fácil para dos razas, dos civilizaciones completamente extrañas, entenderse. Las palabras concretas, relacionadas con los actos simples, habían sido rápidamente asimiladas por las dos partes. Pero, si bien resulta fácil decir: «Me siento en la silla», es más delicado expresar unas abstracciones, unos sentimientos. Por fortuna, la «humanidad» de los extranjeros parecía extenderse a su psicología, y no cabía duda de que se escribirían muchas tesis sobre los dos mundos, a propósito de la inverosímil coincidencia que había producido unas evoluciones tan paralelas en la Tierra y en Elalouhin. La evolución se extendía al número de los cromosomas y probablemente a los genes y a la bioquímica, lo cual indujo a Brian O'Hara, uno de los biólogos de *La Fulgurante*, a expresar la opinión de que un matrimonio mixto sería sin duda fecundo.

El estudio del idioma elalouhini había sido difícil e ingrato, y sin la poderosa ayuda del anciano filólogo alemán, Michaud no hubiese conseguido hablarlo en tan poco tiempo. Ilia, la joven extranjera, había tenido menos trabajo para dominar el espacial, voluntariamente simplificado en su sintaxis, si no en su vocabulario.

—Ilia, me siento feliz al pensar que pronto podré saludarla personalmente —dijo Michaud—. Estoy seguro de que ese encuentro beneficiará inmensamente a nuestras dos razas, tan lejanas y tan próximas a la vez.

—Yo también me siento feliz. ¿Recuerda sus temores, Jean?

Michaud rió de buena gana. En cuanto pudieron intercambiar algunas frases, se había interesado por la estatura de Ilia, temiendo que fuera una gigante de diez metros de altura, o una enana de treinta centímetros. Nada permitía establecer a priori la escala de los objetos o de los seres que aparecían en la pantalla del televisor. Pero, de una medida de la astronave extranjera, y de una indicación de las relaciones de magnitud, había deducido, con una sensación de alivio, que los Elalouhins se adaptaban a las normas terrestres: Ilia medía alrededor de 1,73 m. y su hermano 1,80 m.

Toda amenaza de conflicto parecía descartada. Los Elalouhins efectuaban un viaje de exploración, mucho más allá del límite normal de su expansión, y no tenían

la intención de colonizar aquel planeta demasiado lejano. Formaban, a más de 600 años luz de la zona terráquea, una vasta confederación pacífica de pueblos, de los cuales ningún otro era humanoide.

—Aterrizaremos mañana, Ilia. ¿Lo sabía?

—Sí. Nosotros haremos lo mismo, a quince eltons... es decir, a unos diez kilómetros, según las medidas de ustedes. Y pasado mañana...

—¡Pasado mañana, el gran encuentro! ¡Las dos razas humanas de la galaxia finalmente reunidas, entre tantos no-humanos!

—Entre nosotros hay una antigua profecía que dice que un día encontraremos a nuestros hermanos «en el camino de las estrellas». ¿Anticipación de un vidente, o pura coincidencia? Tendremos muchas enseñanzas que intercambiar. Nosotros hemos aprendido mucho. El paralelismo de nuestro desarrollo cultural, al mismo tiempo que físico, proyectará, sin duda, una gran claridad sobre las causas profundas de la evolución...

—Sólo me entristece una cosa, Ilia. Después de esa reunión, tendremos que volver a separarnos. ¿Quién sabe cuándo nos veremos de nuevo? Soy oficial, y tengo que obedecer órdenes...

—No olvide que ahora habla usted nuestro idioma, y que le reclamaremos como oficial de enlace.

El rostro de Michaud se iluminó.

—¿Le agrada volver a verme?

—Tal vez. Pero, ¿no estamos demasiado lejos de ustedes, con nuestras costumbres distintas, nuestro hábito de comer la carne cruda...?

—Nuestra raza incluye a numerosas civilizaciones, como ustedes las tuvieron en el pasado. A bordo de *La Fulgurante* están representados once pueblos, y hemos aprendido a respetarnos mutuamente, aunque no siempre nos comprendamos del todo. Y, después de tres meses de vernos y de hablarnos diariamente, de vencer juntos las dificultades idiomáticas, me siento tan cerca de usted como de la mayoría de mis carneradas de a bordo, quizás más cerca que de la inmensa mayoría de ellos.

Ilia enrojeció ligeramente.

—*A biltuerenga, e ten, erenga knou bilto etil.* La amistad nace de las palabras amables, y la amistad hace pronunciar la palabra. Hasta mañana, Jean, y esta vez cara a cara...

Una vez cortada la comunicación, Michaud se quedó pensativo. ¿Qué había querido expresar Ilia con aquel refrán? Consultó sus numerosas notas. *Bilto etil*: pronunciar la palabra. La Palabra, con P mayúscula. La que, pronunciada públicamente, comprometía. El equivalente elalouhini del «sí» sacramental. ¿Estaba enamorada de él, se proponía pasar por encima de la barrera de centenares de años luz? O'Hara afirmaba... ¡Al diablo! Él no estaba enamorado de Ilia. ¿O sí? Hablaba de ella lo suficiente como para haberse convertido en objetivo de las bromas de los tripulantes de *La Fulgurante*. Bueno, a fin de cuentas, ¿qué tenía de malo la cosa? Si

las dos razas eran tan similares como parecía, los matrimonios mixtos serían inevitables. Él sería el primero, sencillamente...

Apenas tuvo tiempo de pensar en su problema, el día siguiente. Olivarez le encargó de dirigir la expedición que aterrizaría en «Encuentro», nombre que se había dado al planeta. Los informes de los equipos de ecólogos y de biólogos enviados en vanguardia cuando se supo que el contacto de las dos razas sería pacífico, eran todos favorables: medio muy semejante al medio terrestre, ninguna bacteria o virus que la multivacuna no pudiera combatir.

Establecieron su campamento al pie de una colina, cerca de un lago alargado y estrecho, cuyas orillas eran frecuentadas por millares de pseudoaves acuáticas. Por todos los otros lados se extendía hasta el infinito una llanura ondulada, cubierta de altas gramíneas y cortadas por cortinas de árboles. A media tarde, la esfera de los Elalouhins descendió al otro extremo del lago. Un breve contacto telefónico confirmó la presencia de Ilia y de su hermano.

Los barracones provisionales fueron montados rápidamente. Se había acordado que el encuentro tendría lugar al día siguiente, en el campamento terrestre, a las nueve de la mañana, hora local, en presencia de los dirigentes de las dos partes. Todo parecía marchar sobre ruedas.

El drama estalló a las cinco de la tarde. Media hora antes, tres jóvenes astronautas se habían presentado a Michaud pidiéndole autorización para tomar un vehículo ligero y dirigirse al lago para comprobar si contenía aquellos peces que los biólogos habían localizado y que, después de una serie de pruebas, habían hecho las delicias de la tripulación y de los oficiales. El campamento estaba casi instalado, y no existía ningún motivo para denegar el permiso. Michaud se limitó a recordarles que no debían tratar de encontrar a los Elalouhins.

Los tres jóvenes partieron.

A las cinco, exactamente, el chasquido lejano de una pistola lanzacohetes hizo sobresaltar al alférez de navío. Luego se encogió de hombros: un cohete explosivo en el agua era el mejor sistema de pesca, cuando no había reglamentos en contra, ni guardas encargados de aplicarlos. Sin embargo, como había oído casi simultáneamente un silbido particular, penetrante, tomó sus gemelos y escudriñó las orillas del lago. Lejos, detrás de un bosquecillo, en la dirección de la esfera, el vehículo regresaba.

«¡Imbéciles! Han ido a espiar a los Elalouhins, a pesar de mi prohibición — pensó Michaud—. ¡Un mes de calabozo aclarará sus ideas acerca de la obediencia! Lo menos que puedo aplicarles son tres días, y con el viejo “Diez veces más”. Olivarez, nadie les quitará un mes...».

El vehículo se acercaba, zigzagueando. Inquieto, lo enfocó con sus gemelos. ¡Un hombre al volante, uno solo! Los otros asientos estaban vacíos.

—¡Maldición! —exclamó Michaud—. ¿Qué ha pasado? Temía ya lo peor.

—¡Bengson! ¡Craig! ¡Carrere! ¡Un vehículo, y conmigo, armados!

Allá abajo, el auto había girado brutalmente a la derecha, clavándose en un matorral. Los cuatro hombres subieron rápidamente al vehículo y rodaron a la velocidad máxima.

Un hombre estaba caído de bruces sobre el volante, mejor dicho, una piltrafa con forma humana. La carne de la cara aparecía desgarrada, particularmente alrededor de los ojos, como si se hubieran encarnizado con él o arañazos. Otros profundos rasguños desaparecían debajo de las ropas destrozadas, y la sangre fluía abundantemente de una herida en la garganta.

—¡Dios mío! ¿Se ha peleado con unos gatos?

Michaud levantó la cabeza del herido.

—¿Y los otros? ¿Dónde están los otros, Abdul?

Un ojo se abrió penosamente.

—Muertos... atacados... los monos... Alá...

Una contracción espasmódica, y Abdul murió.

—Craig, lléveselo. El vehículo no tiene nada. Los otros me acompañarán.

Siguieron, en sentido contrario, la pista que el vehículo había dejado en las hierbas.

«Ya estamos en el baile —pensó Michaud, desesperado—. ¡La guerra! ¿Por qué aberración han llegado a las manos? Atacados, ha dicho Abdul, ¿Habrían representado los “otros” la comedia del pacifismo para mejor aplastarlos? En tal caso, ¿por qué esta ridícula y trágica escaramuza, que sólo había servido para provocar la alarma?».

Michaud frenó brutalmente y descolgó el comunicador.

—BX3 a FC4. BX3 a FC4. Urgente. Urgente. Urgente. Habla Michaud. Llamando a *La Fulgurante*. Llamando a *La Fulgurante*. ¡Alerta roja! ¡Alerta roja! Abdul, Hermann, Kemp, asesinados por los Otros (de un modo completamente natural acudía a sus labios la antigua denominación, abandonada en favor de Elalouhinis). Voy a investigar sobre el terreno.

—Aquí, Olivarez. ¿Qué sucede, Michaud? No pierda la sangre fría. No tenemos aún ninguna prueba de hostilidad. La astronave elalouhini no se ha movido. Debe tratarse de un error. No establezca contacto directo. Envío la chalupa número dos como refuerzo. Vuelva a llamarme en cuanto sepa algo.

Desfilaban entre las altas hierbas que se acostaban bajo el vehículo con un suave crujido. Llegaron al lugar de la lucha.

Nada, o casi nada, quedaba de Hermann: un cadáver literalmente destrozado, sin cabeza, y cuya mano empuñaba todavía la pistola lanzacohetes. Mucho menos quedaba de dos elalouhinis, que habían recibido el proyectil a quemarropa. Un tercero yacía boca arriba con la garganta abierta, en medio de un charco de sangre roja, de sangre humana. Un cuarto cadáver reposaba medio hundido la hierba, con una extraña arma en la mano, una parte del rostro arrancada y un largo cuchillo de reglamento plantado en el vientre. Kemp, hecho una bola, no se movía ya.

—¡Tres hombres, cuatro Elalouhins! ¡Siete cadáveres! Tan muertos los unos como los otros. Vamos, regresemos.

—¿No nos llevamos a los nuestros, comandante? —preguntó Carrere.

—No. Si se trata de un trágico error, es preferible dejarlo todo tal como está para la encuesta común. Si es la guerra...

Dejó la frase sin terminar.

—El comandante ha encargado que le llame usted urgentemente —dijo el tripulante que Michaud había dejado a la escucha.

—¿Es usted, Michaud? Acabamos de recibir un mensaje de los Elalouhins. Solicitan que se ponga usted inmediatamente en contacto con su base avanzada. Hágalo, pero a canal abierto, de modo que yo pueda seguir la conversación. ¡Hable en espacial!

—Comprendido.

En la pantalla se dibujó el rostro pálido y triste de Ilia. Detrás de ella, su hermano Ehiho permanecía en pie, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro duro y cerrado.

—Jean, ¿cómo es posible que sus hombres hayan atacado a los nuestros? Veníamos en son de paz, y usted lo sabe. ¡Qué salvajismo! ¡Nuestros hombres, destrozados!

—¡No ha visto usted los míos! ¿Han tenido supervivientes? Me gustaría oír *su* historia. Entre nosotros no ha habido ninguno.

—Entonces, nadie sabrá lo que ha pasado. Pero yo le aseguro que nuestras órdenes eran concretas. En caso de encuentro fortuito, mantener una actitud distante, pero amistosa.

—También entre nosotros eran concretas las órdenes. ¿Entonces?

—Entonces, hay algo que no comprendemos.

—Tampoco yo lo comprendo. ¿Qué propone usted?

Ehiho se adelantó.

—En tanto no sepamos lo que ha sucedido, considero imprudente seguir nuestros antiguos planes. No habrá entrevista mañana en el campamento de ustedes. Pero, ¿está usted dispuesto a encontrarse conmigo, a solas, a medio camino? Queden todavía dos de sus horas de plena luz.

Michaud lanzó una ojeada a la pantalla que recibía las emisiones de *La Fulgurante*. Olivarez inclinó la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo. Pero comprenderá que desee tomar precauciones. No llevaré ninguna arma, ni visible, ni oculta. Sugiero que haga usted lo mismo, y que reduzcamos nuestros vestidos al mínimo. Dejaremos nuestros vehículos a una distancia de cien metros del lugar de reunión. La zona despejada que se encuentra casi a medio camino, cerca del lago, podría convenir, en mi opinión.

—Acepto. Voy a prepararme.

Ehiho desapareció de la pantalla.

—Jean, le aseguro que tiene que existir un terrible malentendido. ¡Nosotros no deseamos la guerra!

—Nosotros tampoco, Ilia —dijo Michaud, en tono más grave—. Le prometo que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que el malentendido se disipe. Hasta la vista...

Se interrumpió antes de decir: querida.

III

Michaud detuvo su vehículo y saltó a tierra. La zona estéril se extendía delante de él, y, a unos 400 metros, aproximadamente, se detuvo el panzudo vehículo que transportaba a Ehiho.

Michaud ando lentamente a su encuentro. El viento del atardecer bañaba de frescor la piel desnuda de su torso y de sus piernas. Allá abajo, el Elalouhini no era más que una silueta, cuya agilidad admiró. Ehiho iba también casi desnudo, y Michaud pudo ver que si bien era menos alto y menos macizo que él mismo, poseía una musculatura que muchos atletas hubiesen envidiado. Llegaron a treinta metros de distancia uno de otro y, simultáneamente, se detuvieron. Sorprendido, Michaud notó que sus pelos se erizaban.

«¡Absurdo! —pensó—. Se trata de Ehiho, con el cual he hablado un centenar de veces por televisión y que, por muchos conceptos, está más cerca de mí que muchos de mis camaradas. Es el hermano de Ilia...».

Pero volvió a emprender la marcha con una extraña repugnancia, y se dio cuenta con espanto de que su paso se había transformado en un paso de fiera al acecho, de cazador paleolítico. A pesar suyo, sus músculos se tensaron, sus ojos adquirieron la movilidad de los de una fiera. Se encontraron cara a cara.

Michaud tuvo tiempo de entrever una sonrisa crispada en los labios de Ehiho, y luego el odio se apoderó de él, en el instante en que el rostro del otro quedaba desfigurado por un espantoso rictus de combate. Michaud saltó, con las manos abiertas para estrangular.

El Elalouhini le esperó a pie firme, lanzando su puño que se estrelló contra el pecho del alférez de navío, arrancándole una exclamación de sorpresa y de dolor. Al mismo tiempo, su propio puño salía disparado. Con una alegría feroz, percibió el ruido sordo sobre la carne. Todo en el otro le resultaba odioso ahora, su color, su voz, su aliento que le llegaba, rudo, entre dos golpes, su olor a carne cruda y viviente. Una sola idea, un solo deseo le poseía: matar, desgarrar, aplastar, matar, matar, matar...

Y mientras luchaba así, con todos sus instintos tendiendo a la destrucción, una parte de su conciencia permanecía despierta en él, como un espectador impotente, diciéndole que trataba de destruir a Ehiho, su amigo Ehiho, el hermano de Ilia, Ehiho, que había venido a su encuentro para aclarar el trágico malentendido.

Sangraba ahora por la nariz y por la boca, los labios aplastados. El Elalouhini, menos fuerte, estaba probablemente mejor adiestrado en la lucha. Sin embargo, un formidable golpe en pleno rostro le hizo tambalear y Michaud aprovechó la ocasión, lanzándose al cuerpo a cuerpo. Su mano derecha agarró la garganta del otro, en tanto que la izquierda protegía su propio cuello. Ehiho había conseguido aferrar su muñeca, disminuyendo así la fuerza de su ataque. Rápidamente, Michaud soltó la garganta de Ehiho y, aprovechándose de la sorpresa, aplastó el brazo de su adversario de un

rodillazo. Luego volvió a engarfiar el cuello del Elalouhini. Una serie de violentos golpes en la cabeza, que alguien le propinaba por detrás, no le hicieron desistir de su siniestro designio.

Ehiho oponía cada vez menos resistencia. Una voz gritaba al oído de Michaud unas palabras que el alférez no oía.

—¡Muerte a los monos! —aulló, triunfante.

¿Muerte a los monos? Súbitamente, recobró la conciencia. ¿Qué había dicho Abdul antes de morir? Unos monos... La voz era ahora clara.

—¡Jean! ¡Jean! ¡No me obligue a disparar!

Levantó la cabeza, apartando los ojos del enemigo, medio ahogado. Ilia estaba delante de él, con el rostro surcado de lágrimas, apuntándole con una extraña pistola. Michaud se incorporó, tambaleándose. ¿Ilia? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿No podía dejar que un hombre suprimiera a un mono?

Ehiho se irguió lentamente, atacó. De un puñetazo bien dirigiendo envió a Michaud rodando por el suelo, donde no se movió.

—¡Márchese, Jean, márchese en seguida! ¡Lo comprendo todo! ¡Márchese, antes de que experimente demasiados deseos de matarle! ¡Márchese, por lo que sea más sagrado para usted! ¡Oh! ¡Habíamos esperado tanto de este encuentro!

Michaud la contempló, estupefacto. Era Ilia, tal como la había visto tantas veces en la pantalla, tal como había esperado estrecharla un día entre sus brazos. Y, sin embargo, toda una parte de su inteligencia sopesaba la posibilidad de hacerla víctima de una treta que la desarmara, convirtiéndola en una presa fácil de eliminar...

—¡Jean, Jean, por favor!

Con un terrible esfuerzo de voluntad dio media vuelta, echó a andar hacia su vehículo.

—¡Adiós, Ilia! —murmuró.

Antes de emprender la marcha, dirigió una última mirada hacia atrás: Ilia arrastraba a su tambaleante hermano hacia su propio vehículo, el cual se puso en movimiento y desapareció en el crepúsculo.

Cuando llegó al campamento, sus hombres profirieron un grito al verle.

—¡Rápido! Regresemos a *La Fulgurante*. ¡No habrá entrevista, no, nunca, nunca! No desmonten los barracones, no queda tiempo, limítense a recoger el material más valioso. No, ya me atenderán después, tengo que presentar mi informe lo antes posible.

—... Y eso es todo, comandante —concluyó—. Acudí a la cita con la idea de aclarar el misterio, lleno de sentimientos amistosos hacia Ehiho, y en cuanto le vi me sentí poseído por la idea de matarle. Si Ilia no llega a intervenir, uno de nosotros se hubiera quedado allí, tal vez los dos.

—Regresen inmediatamente. La esfera de los Elalouhinis ha llegado a su astronave, y si ha de haber lucha necesitaré a todos mis hombres. Si es preciso,

abandonen el material.

—De acuerdo, comandante.

—Pero, haga que le curen. Su aspecto no resulta nada agradable.

Cuando Michaud entró en el puesto de mando, el estado mayor y los científicos estaban reunidos en él.

—Todos hemos oído su informe, alférez. No tengo ningún motivo para dudar de su palabra. Si alguien de a bordo estaba bien predispuesto hacia los Elalouhins, era usted. Eso hace más incomprensible su conducta, y la de Ehiho...

—Yo la comprendo, comandante —afirmó una voz grave.

Todos se volvieron hacia Fedorov, el biólogo.

—¿Qué es lo que comprende usted? ¿Ese odio súbito e inextinguible, esa rabia asesina hacia unos seres tan parecidos a nosotros, y que nadie ha experimentado nunca hacia los Kzlils?

—¡Precisamente, comandante! *¡Son parecidos a nosotros, pero no son nosotros!* Yo he vivido en la taiga siberiana, donde mi padre y mi madre eran etnólogos. Tuve un lobo domesticado... Timour... Vivíamos en una cabaña aislada, en los bosques...

Se interrumpió unos instantes. Nadie trató de apremiarle. Fedorov hablaba como quería y cuando quería.

—Abdul comprendió antes de morir, Michaud. ¿Recuerda sus últimas palabras? Monos, y Alá. ¿No le dice nada eso? ¿Y su propio grito: muerte a los monos? ¿Nada? De acuerdo. Yo tuve un lobo domesticado, allá abajo, hace mucho tiempo, al norte de Iakutsk. Se llamaba Timour. Lo había recogido muy joven, y herido, y se había encariñado conmigo, acompañándome a todas partes, como un perro. No se metía nunca con los perros *normales*. Luego, un día, vino un Inspector de Vladivostok con un magnífico perro-lobo. ¡Timour lo degolló! Al ver aquel otro animal parecido a él, pero que no era de su raza, la voz del lobo se despertó, el grito del salvajismo, la llamada al asesinato, a la destrucción de lo que es extraño a nosotros y sin embargo, suprema injuria, se nos parece. La destrucción del mono, alférez, el mono que es la criatura del diablo, formada a imitación de la criatura de Dios, el hombre. De Dios, o de Alá, si es usted musulmán.

»¡La voz del lobo se despertó en usted! Mientras había visto a los Elalouhins, a los Otros, únicamente por televisión, sin ningún contacto real, no pasó nada. Pero al encontrarse con ellos, el olor, quizás, extraño...

Michaud no le escuchaba. Con los ojos clavados en la pantalla del telescopio, contemplaba la astronave de los Elalouhins que se alejaba, llevándose un sueño imposible.

Felices vacaciones

Jacques Sternberg

Desde el momento en que se estaba dentro, y hasta el cuello, había que reconocer que todos se habían equivocado en sus predicciones. Los incurables pesimistas no menos que los optimistas, igualmente incurables. Los unos habían vaticinado que la Era Atómica significaría el fin del mundo, los otros que sería sinónima de una Edad de Oro y de Felicidad para todos.

¿Qué pensar? En realidad, el mundo continúa ahí, más o menos intacto, y el oro sigue oculto en las bóvedas de los bancos, del mismo modo que la felicidad sigue siendo un mito con el cual los jefes de estado y los sociólogos sazonan sus discursos y sus teorías. Sin embargo, la Era Atómica está en su apogeo desde hace mucho tiempo. Ha conocido todos los triunfos, todas las apoteosis; nos ha reservado las más espectaculares sorpresas. Pero, aparte de esas ventajas abstractas, ¿qué hemos ganado en el terreno de lo cotidiano, del realismo? Un aumento de molestias, simplemente, de preocupaciones secundarias, de nuevos impuestos, y un formidable aumento del costo de la vida. Y también de innumerables fuentes de tentaciones que contribuyen a convertir la vida de cada individuo en una extenuante carrera en pos del objeto, de los múltiples perfeccionamientos que vienen descubriéndose sin tregua. Una carrera en pos del dinero, en suma, ya que han sido substituidas muchas cosas, pero nada ha substituido al dinero ni a las leyes esenciales del comercio. Y el dinero es más que nunca sinónimo de trabajo insensato. Esto significa que no hemos hecho más que acrecentar la locura furiosa que se apoderó de este mundo a raíz de la invención del motor y de la electricidad. Significa también que el acto de ganarse la vida no ha estado nunca tan cerca de ser un acto de perdición.

Que la vida se ha convertido en una interminable suma tempestuosa de operaciones diversas, especialmente de restas, resueltas en una sola explosión de facturas comerciales, es algo que nadie puede poner en duda. Y de año en año las cosas empeoran.

Parece ser que en el siglo XX el gas doméstico, la antracita, el carbón o la electricidad desequilibraban desfavorablemente los presupuestos; pero, ¿cómo podrían compararse los precios de aquellas materias primas con los precios desorbitados de la energía atómica que nos ha sido impuesta y que devora alegremente la mitad de un salario cualquiera? Sin contar con que en nuestros días todo funciona con la energía atómica, desde el pelapatatas al despertador. Parece ser que también en el pasado las cargas contributivas eran onerosas, pero al menos uno tenía derecho a carecer de empleo o de recursos. Ahora no existe ese derecho: todo el

mundo se gana bien la vida, todo el mundo paga unos elevados impuestos. Nadamos en la opulencia y en la prosperidad. Hasta tal punto, que incluso pagamos el aire que respiramos en nuestros apartamentos.

Los contadores de aire giran en todas partes, y el hombre del siglo XXII, aunque siga teniendo como sus antecesores un pie en la tumba, vive a lo grande sobre el otro, continuamente invadido del deseo de ganar mucho y de gastar más.

La época de los pequeños apartamentos, de los peatones, de los indolentes, de los satisfechos a poco precio con su propia suerte, pertenece a un pasado tan lejano como la época de los esclavos o la de los combates entre gladiadores en el circo. *Hoy*, todo el mundo está obligado a tener una posición. Más que nunca, el hombre tiende a impresionarse a sí mismo. Normalmente, posee un apartamento en la ciudad, una casa en las afueras y una villa junto al mar, en la montaña o en cualquier planeta de veraneo. Posee obligatoriamente dos automóviles, uno para la ciudad, cuya velocidad máxima es de veinte kilómetros por hora, y otro para la autopista, donde a veces se pueden alcanzar los cuarenta kilómetros, cuando el tránsito no es demasiado intenso. Casi siempre posee un fuerabordo de trabajo, porque los canales de los distritos suelen verse menos frecuentados que las carreteras nacionales. Resultaría imposible tratar de escribir todos los perfeccionamientos electrónicos, aparatos Hi-Fi o pequeñas maravillas del artesanado incrustados en las paredes de todos los apartamentos. Nadie puede prescindir de ellos. No hace falta subrayar que esas fruslerías cuestan una fortuna y que, como símbolos de riqueza, gravan, considerablemente el impuesto sobre la renta. Es un círculo vicioso en el cual el hombre corre ciegamente, perdido, aturdido por su propia velocidad, sin saber exactamente qué es lo que busca.

En cuanto a la ley esencial de la existencia, no ha experimentado ningún cambio: quien dice poder adquisitivo dice salario, y el salario, como la salud, es siempre el trabajo.

Trabajo a la medida de una época en la cual todo es sofisticación extrema, insondable sutileza de una ciencia en movimiento, continuamente en gestación. Desde hace ya mucho tiempo, no se trata de interesarse por el propio trabajo, o de tomárselo a pecho, sino sencillamente de ocuparse de él. Igual que en otros tiempos, cuando le condenaban a uno a trabajos forzados y le enviaban a partir piedra. Todo empleo, incluso el más humilde, está relacionado con los demás a través de la electrónica, y sólo los cerebros artificiales pueden comprender los gestos que los cuerpos humanos realizan como autómatas. Al hombre ya no se le exige que piense, sino que se muestre eficiente, que produzca. El hombre había sido siempre una bestia de carga; ahora se ha convertido en una bestia de cargas... algebraicas. No ha ganado nada en esta aventura, excepto una densidad de embrutecimiento todavía mayor que en el pasado, y una constante jaqueca, que por fortuna la ciencia consigue prevenir mezclando aspirina en todos los géneros en venta en el mercado. Pero, aparte de esa medida preventiva, ha habido que modificar los diccionarios clásicos que estuvieron

en uso hasta el siglo XX. Un día de descanso a la semana y tres semanas de vacaciones al año sometían a los hombres a un régimen de fatiga que durante mucho tiempo hizo la fortuna de los psicoanalistas y de las clínicas. Ante aquel estado de cosas con tendencia a empeorar, hubo que revisar los horarios. Se cambió todo. Ahora, en el mundo entero, después cinco días de trabajo se disfruta de cinco días de vacaciones. Y vuelta a empezar. Es la ley general. En compensación, se trabajan quince horas diarias, con un cuarto de hora de intervalo alrededor de las tres y el drogado obligatorio a las seis de la tarde para terminar la jornada. Y se termina. De grado o por fuerza.

Éste es el mundo en que vivo desde hace treinta y cinco años. Un mundo que no me complace. Pero, ¿qué puedo hacer? únicamente los autores de ciencia ficción de hace tres siglos hablaban, con infantil perseverancia, de los viajes en el tiempo. Espejismos. Hasta ahora, nadie ha conseguido abandonar este siglo. En cierto sentido, es preferible, porque si se organizara un viaje hacia el pasado o hacia el futuro, en clase turística o incluso en primera, quedarían muy pocos en este siglo de alienados.

Por eso es preciso aceptar las cosas como son, en vista de que no es posible cambiarlas. Nos quedan, como consuelo, esta capacidad de resignación que hemos heredado de nuestros antepasados más lejanos, y las pequeñas máximas que el espíritu creador del hombre ha conseguido construir. Paciencia. Mientras hay vida hay esperanza. Hay que acostumbrarse. Como se acostumbra uno a hacer la cama, a sonarse la nariz. A falta de pan, buenas son tortas. Y así por el estilo. A fin de cuentas, el vivir antes de Jesucristo o bajo Carlomagno, en el siglo XIX o en el XXII, no ha evitado a nadie el morir. De nada sirve pensar en vivir bien si, en último término, hay que morir mal. No vale la pena perder el tiempo imaginando que las cosas podrían mejorar. Es preferible no pensar demasiado y aceptar lo que viene y tal como viene.

Y sonreír, por ejemplo, porque mañana empiezo mi turno de descanso. Cinco días de fiesta que transcurrirán entre el estrépito en Alta Fidelidad de las transmisiones radiofónicas, o en los atascos de las autopistas, o entre la explosión agresivamente abigarrada de los millares de espectáculos sedantes que se abaten de continuo sobre los asalariados de este mundo. A menos que uno decida pasar las vacaciones en otro mundo. Un mundo de calma, porque el estrépito humano no ha conseguido aún contaminar todas las galaxias. Pienso en ello y me parece una solución precaria, banal, pero aceptable. Debo añadir que hace quince días que no salgo de la Tierra y mi salud se resiente de esta prolongada estancia en nuestro planeta. Un cambio de aires me sentará muy bien.

Tras haber tomado esta decisión, el resto es cuestión de rutina. Basta con dirigirse a los lugares pertinentes, consultar las instrucciones y los carteles indicadores que cubren este mundo, pagar sin rechistar, y todo marchará sobre ruedas, porque el planeta tiene en sus vísceras unos engranajes tan bien engrasados que incluso el desorden está sutilmente organizado, puesto a punto, aprobado.

Después de haber tomado un plato unitotal para no perder tiempo, me dirijo a la agencia Pook, sección mundos extranjeros, tercer piso, donde, en un decorado de muebles, de variaciones luminosas y de manchas abstractas, la armonía de un eterno concierto sidereal incita a los indecisos a la partida.

—*What can I do for you?* —me pregunta la joven que me recibe, consciente del hecho de que, desde hace muchos siglos, los norteamericanos viajan mucho más que las personas de otras nacionalidades.

De todos modos, quedo asombrado, porque esta mañana no me he puesto mi corbata extranjera.

—*I should glad* de consultar algunos prospectos —le digo, para darle a entender sin ser demasiado brusco que el inglés sólo es mi idioma paterno.

—¿Cómo prefiere consultarlos? —se preocupa—. ¿En televisión a todo color? ¿En relieve Hi-Fi 3D? ¿En odoscope? ¿O prefiere oír nuestro catálogo hablado en una cabina de escucha?

—Me bastarán anos prospectos.

La joven me entrega un fajo de prospectos, con un gesto que expresa la desconfianza que le inspiran los clientes fastidiosos y poco inclinados a beneficiarse de los resplandores de la época. Debo decir que son muy pocas las personas aficionadas a leer: la imagen y el sonido imponen su ley. Hojeo los prospectos, sumido en una gran confusión. La elección resulta muy difícil. Desde que el hombre ha conquistado las estrellas, la cantidad de los viajes propuestos por las agencias ha adquirido tales proporciones que la mente humana queda aturdida. ¿A dónde ir? Tomar una decisión continúa siendo el mayor problema. Pero quedarme en la Tierra me parece absurdo, teniendo cinco días delante de mí.

Trato de escoger, de ver claro, pero al cabo de unos segundos todo baila y se enmaraña delante de mis ojos. Lo veo todo abigarrado, porque el tecnicolor ha invadido este mundo hasta un punto tal que uno se pregunta si la noche se escribe aún en blanco y negro sobre este planeta. En los prospectos, algunos paisajes resultan favorecidos. Sin hablar de los mundos que conozco y sobre los cuales no tengo deseos de volver a poner los pies. Miro, toco las páginas en relieve, huelo los paisajes olfativos, intento soñar y crearme espejismos fascinantes, pero la tentativa fracasa. Para soñar, es necesario saber que toda la realidad es inalcanzable. Y no es éste el caso, evidentemente, ya que nada resulta inalcanzable, ni siquiera lo imposible. No obstante, he de tomar una decisión sin demora, ya que casi todos los cohetes salen entre el mediodía y la una de la tarde.

Inútil pensar en el planeta K.02, donde se han llevado a cabo hace muy poco tiempo unos experimentos atómicos, en el cuadro de las grandes maniobras de primavera. T.23 me recuerda las vacaciones transcurridas bajo un viento gris y lechoso, azucarado y dulzón, tan opaco que todavía me pregunto si aquel mundo estaba dotado o no de un paisaje, U.11 parece más atractivo según los prospectos, pero sólo los tuberculosos pueden desembarcar en él. El atractivo de G.34 no es

menos intenso y me dejaría tentar si a la Paramount no se le hubiese ocurrido la idea de transformar el paisaje de aquel mundo en un espectáculo permanente: Sonido, Olor y Luz. En el 0.8 impera el racismo y los blancos no son admitidos. Y el H.54 sólo puede ser visitado en invierno, porque las larvas de aquel mundo segregan en primavera una baba que cubre todo el paisaje.

Lo mejor es pedir consejo a la empleada que se encuentra en estado de hibernación en una pequeña jaula de cristal bajo el cartelito de «Informaciones». Empuño el micrófono y formulo lentamente mi petición.

—Deseo tomarme unas vacaciones extraterrestres, pero he de regresar dentro de cinco días.

Sin abrir los ojos, sin ninguna expresión, casi sin moverse, la empleada consulta como una sonámbula su horario y su mapa del cielo.

—El R.4 se encuentra solamente a unos millones de kilómetros de la Tierra, pero dispone usted únicamente de diez segundos para tomar el cohete de las doce y media.

—¿Es demasiado tarde?

—Temo que sí. El R.34 goza de una agradable temperatura en esta época del año, pero no habrá cohetes de regreso hasta principios de la semana próxima.

—¿Y el E.04?

—Ese planeta ha sido eliminado del catálogo. Desde hace unos días, resulta imposible localizar su situación exacta.

—El M.77...

—Un poco frío. Claro que utilizando los trajes recalentados podrá usted bañarse a cualquier temperatura...

Todo eso no me parece demasiado atractivo. Se me ocurre pensar si, después de todo, no será preferible quedarme en la Tierra y dirigirme hacia alguna de las playas del océano Arthritico que desde hace veinte años cubre lo que fueron tierras de Arizona. O tomar un billete para P.4, mundo que conozco muy bien porque cuando era joven pasaba allí casi todas mis vacaciones.

Me decido por esto último.

Llego a P.4 al atardecer, después de un viaje sin historia, y experimento cierta emoción al volver a encontrar, contiguo a una colina, el pequeño pabellón que desde hace dos generaciones pertenece a nuestra familia. Puedo estar seguro de volver a encontrarlo siempre en buen estado, inmaculado, porque nada cambia sobre P.4, un mundo sin polvo, sin escoria y sin microbios. Incluso los colores permanecen inmutables a través de las estaciones, apenas visibles, desteñidos, tan discretos que parecen transparentes. Colores en armonía con una naturaleza de musgo y de arena deslumbrante, de aguas cristalinas y de cosas mórbidas, de millares de vástagos que brillan bajo el sol de este mundo como los reflejos de una gigantesca lámpara de cristal. En cuanto al aire, no lo turba nunca ninguna brisa, y el agua tiene la densidad de una burbuja, descendiendo en torrentes de un modo silencioso, mitad líquida, mitad gaseosa. La vida es suave y sencilla sobre este mundo sin huracanes, sin

tormentas y sin cataclismos. Y los Translúcidos, que viven en manadas sobre este planeta, no son menos suaves.

Ovíparos, multívoros, seguramente apostálidos, menocenos, los Translúcidos son medusas superiores bípedas, inconsistentes, a medias inmateriales según la temperatura y sumamente dóciles. Podría jurarse que su única actividad consiste en cambiar lentamente de forma. No piensan más que en sobrevivir, lo cual les resulta fácil no teniendo enemigos que vencer ni obstáculos que superar. Y en un clima de suma languidez devoran metódicamente su propio planeta, y sus enormes ojos melancólicos reflejan continuamente una desesperación de singular insistencia. No hablan, se lamentan con una sola nota baja, siempre la misma. Toda su civilización parece contenida en esta nota de pesar, este eterno reproche que parece clamar al cielo.

Dado que P.4 no contiene metales preciosos ni riquezas naturales, y nada puede ser objeto de comercio, ni siquiera el tejido descarnado de los Translúcidos, a los terrestres no se les ha ocurrido nunca convertir este mundo en una colonia ni poner a los Translúcidos bajo el protectorado terrestre. ¿Qué hubiera podido hacerse con estos seres que emplean una hora para engullir una simple hoja de árbol y que, además, pueden convertirse en invisibles a voluntad? He aquí el motivo de que en P.4 no se encuentre más que a algún veraneante despistado, y de que en él reine la paz.

En P.4, como en todos los lugares del universo, hay algunos inconvenientes. Y especialmente de noche.

En realidad, si los días transcurren en una calma que llega a resultar fastidiosa, las noches parecen pertenecer a alguna fascinante pesadilla puesta en escena, inofensiva a fin de cuentas, pero bastante penosa para el que ha de soportarla.

La noche, aquí, es el refugio inexplicable de las fluctuaciones de imponderables y de sutiles metamorfosis. ¿Espejismos, alucinaciones, apariciones? Nunca se ha logrado comprenderlo, pero en cuanto se pone el sol lo informe y lo impalpable dictan su ley. Manchas de colores gotean en el aire y en el interior de las casas, burbujas de sangre se deslizan por el pavimento, ramas descarnadas asoman lentamente fuera del cielorraso. Las paredes se llenan de rumores como si se convirtieran en lugar de reunión de millones de termitas, el silencio queda interrumpido por gritos imposibles de definir y por espejismos aullantes; resplandores fantasmales entablan una lucha viscosa con formas móviles. Y en esta pesadilla, la parte más inquietante es la que representan los Translúcidos, que al llegar la noche, probablemente sin saberlo, realizan proezas que nunca llevan a cabo en pleno día. Atraviesan las paredes, se deslizan por debajo de las puertas, se desvanecen en el aire para reaparecer un poco más tarde, y cuando me despierto de noche encuentro siempre una multitud de Translúcidos a mi alrededor, inmóviles, o retorciéndose como pobres agonizantes. En la oscuridad son fosforescentes o simplemente transparentes, y puedo verlos paseando sobre mi lecho, a lo largo de las paredes o del techo, espantosos pero pacíficos, visibles pero incorpóreos. A veces se tienden a mi

lado, semejantes a un enorme charco de leche, cuyo contacto recuerda el de un mármol revestido de cola. Cuando abro los ojos, mi mirada encuentra generalmente, muy cercana, la mirada de sus inmensos ojos líquidos, tan suaves como inquietantes. Y, de noche, su canto monocorde se convierte en un solo lamento continuo, como un estertor de algún perro despanzurrado.

Escucharlo sin terror puede resultar interesante. Ver los translúcidos cambiar del lívido al verde es algo menos agradable. Y a veces me digo que para soportar estas noches en compañía de una manada de larvas quejumbrosas se requiere amar a un mundo como P.4, y estar acostumbrado a él.

Amor difícil de desplegar, sin duda, porque en resumidas cuentas los días no son demasiado agradables en P.4, donde las distracciones no existen, prácticamente. Desde luego, resultaría refrescante bañarse en el agua gaseosa y vaporosa de las cascadas amarillas, pero sé que el agua de P.4, cuando se evapora, desgarrar la piel del hombre. También resultaría placentero revolcarse en la arena de las playas, pero nadie correría ese riesgo, ya que la arena de este mundo ataca la carne con la misma agresividad de una horda de hormigas rojas. No sería menos embriagador correr por la sabana llameante de la llanura, si las hierbas no cortaran como cuchillos que destilan, además, un sutil veneno.

Mi única distracción, en suma, es la de permanecer en mi pabellón, diciéndome que resulta agradable vivir aquí, que el paisaje es realmente encantador, y que los Translúcidos, con su lentitud de parásitos, son decididamente de vida fácil y de buena compañía.

Una buena cura de reposo, desde luego, aunque sea casi imposible dormir de noche, aunque no pueda tumbarme en ningún sitio. Pero el reposo no puede ser eterno. Después de cuatro días, las vacaciones llegan a su fin y he de pensar en regresar a la Tierra para estar en la oficina mañana por la mañana.

En la base de P.4 tomo el cohete de las 15,30 que llegará a la Tierra al atardecer. Somos únicamente tres pasajeros, y para hacernos recuperar el tiempo perdido, nos obsequian ya con música suave, con slogans publicitarios, con informaciones, con órdenes y con imágenes del Mundo en Camino. No cabe duda, estamos volviendo a la vida normal.

—¡Feliz regreso! —nos augura la azafata espacial, cuya única obligación es la de emitir bocados de fórmulas de cortesía.

Augurio que resulta ineficaz, porque el regreso nos reserva un golpe imprevisto. Mientras volamos a lo largo de T.43, uno de los navegantes nos anuncia con la más completa indiferencia que nos hemos desviado de la trayectoria prevista y que estamos condenados a girar durante un año alrededor del planeta T.43, del cual nos hemos convertido en satélite artificial. He aquí adonde nos conducen los inconvenientes de los balbuceos interplanetarios.

Yo no digo nada, más resignado que los otros dos pasajeros, uno de los cuales se convertirá en padre de familia dentro de unos días, en tanto que el otro empieza a

gritar que en la razón social que dirige nadie podrá efectuar los pagos de estos meses sin su presencia. Pero no basta con gritar para cancelar las inexorables leyes del espacio.

—Permaneceremos en comunicación con la Tierra —dice el navegante para tranquilizarnos—. Recibiremos víveres, carburante e incluso el correo. Pero no podremos aterrizar antes de un año. Así están las cosas.

Lamento no haberme traído algún libro. Cierto que tenemos la televisión, la publicidad en Alta Fidelidad, el tecnicolor y otros malolientes aspectos de la civilización, tan lejana y, sin embargo, tan próxima. Civilización que piensa en nosotros porque, al día siguiente, recibo un cablegrama de mi oficina. Es muy explícito: «Nos hemos enterado con disgusto que ha quedado usted bloqueado en el espacio. Le enviaremos regularmente trabajo. Procure escribir de un modo más legible que de ordinario. De todos modos, nos vemos obligados a descontarle una jornada de trabajo de su salario».

¡Muy tranquilizador! El mundo no nos olvida.

De hecho, al día siguiente recibo en un pliego sellado un importante fajo de documentos que debo estudiar antes de pasarlos a las máquinas electrónicas que los engullirán con la voracidad de la glotonería comercial. Me parece estar en la Tierra. Y qué alegría ver de nuevo el papel de cartas de la firma para la cual trabajo, con su lema y su águila amaestrada que parece respirar a pleno pulmón el orgullo de volar tan alto en el cielo. El mismo correo me ha traído también diversas facturas que he de pagar y los impuestos sobre aparatos con una potencia superior a los 15 watios. No hay que desanimarse. Estamos lejos de la Tierra, pero cerca de nuestros acreedores. Y los que nos dan trabajo piensan en todo.

Mañana recibiré seguramente la cuenta de los impuestos indirectos, y luego la de los impuestos directos sobre las tasas locales. Después vendrá el impuesto mensual sobre el automóvil rural, que tiene ya en su activo más de 10.000 kilómetros. Y el impuesto de honor para la regulación de los gastos contractuales relativos a profesiones no comerciales, o por la mayoría aplicada a todas las alturas que excedan de 20.000 kilómetros. Y así por el estilo. Claro que a final de mes recibiré mi salario, con el descuento de la «prima de presencia», desde luego.

Y el alquiler que exigirá la compañía propietaria de este cohete será muy elevado, naturalmente. Sin contar con los seguros y los impuestos espaciales que tendremos que pagar.

Este año se anuncia duro, aunque nuestra situación sea bastante elevada. Habrá que trabajar día y noche para pagar todo eso. Paciencia. Tanto va el cohete al cielo que acaba por perderse. La cosa podía ser peor: existía la posibilidad de quedar condenados a girar eternamente alrededor de este planeta. Es la vida. Que continúa. Escuchemos su murmullo tranquilizador. La radio anuncia ya que un huracán ha causado cincuenta mil víctimas en el Japón, que se ha producido una violenta manifestación antiterrestre en G.87, donde la guerra es inminente, y que el secreto de

la eterna juventud se encuentra en el uso del dentífrico Colgate.

Bien. Moriremos como terrestres, no cabe duda, aunque ello suceda lejos de nuestra querida patria. Nadie puede eludir su propio destino.

El valle de Avalón

Charles Henneberg

Anexo al expediente, sobre las relaciones intergalácticas. Testimonio del doctor Sartory Shayne (del Servicio de los Satélites).

MUY SECRETO

Se estancaba probablemente sobre el suelo de ciertos planetas desolados de la Hoya del Cisne: los navegantes evitan aquella sima ardiente de soles oscuros. Se pegaba a los asteroides saturados de torio, donde atracan las naves piratas. Era, de acuerdo con los análisis, una combinación dinámica formada de oxígeno, nitrógeno (en forma de albúmina), hidrógeno y algunos gases ignorados de la Tierra. En estado activo, se presentaba como una nube cenicienta, salpicada de polvo de diamantes.

Aquella cosa informe estaba viva. En virtud de su ritmo y su dominio parapsíquico, poseía una intuición diabólica y también un sentido de la belleza.

Ignoramos su edad exacta. En los planetas muertos, cuya luz no llega ya al sistema solar, se han encontrado rastros de N03H (con algunas X más). Surgida de la Hoya del Cisne, avanzaba hacia sus orillas y cuando localizaba una vida orgánica sobre un globo se ocupaba de ella, a su manera. Era a la vez viviente y atrocamente material: tan material, incluso, que pudo ser captada más tarde por la cámara fotográfica. Dado lo complicado de su fórmula química, la llamamos simplemente la Bruma, y luego la Voz. Finalmente, Les Olsen me habló de aquel antiguo sortilegio olvidado: el Valle de Avalon, en el bosque de Broceliande.

Permitidme ahora que pase a las demostraciones.

Nos han hablado tanto de monstruos galácticos, que tendemos a imaginarlos entre el trueno y los relámpagos. El asunto empezó, por el contrario, discretamente. Hay, en la memoria profunda de la Tierra, cubiertos por el polvo de los siglos y las inquietudes del día, unos recuerdos absurdos y demenciales, extrañas fábulas que recobran vida al azar de una incursión o de un descubrimiento, y vemos entonces que hemos vivido tranquilamente, durante siglos enteros, al lado de pesadillas completamente reales. En aquella época yo era médico, asignado al servicio de Delta 6, un pequeño satélite artificial, que orbitaba a muy poca distancia de la Tierra. Había tan poco espacio en su superficie, que yo pernoctaba en nuestro globo.

Una noche fui despertado por el Faro de Delta 6 que me reclamaba urgentemente. Una astronave había aterrizado allí, bajo el control de un robot. A bordo de ella había una extraña tripulación: cinco hombres, todos muertos.

Pregunté inmediatamente:

—¿Alguna avería?

—No —respondió flemáticamente el comandante del satélite—. Todo está en orden.

—Entonces, ¿una intoxicación producida por los concentrados?

—No. Tienen un aspecto muy tranquilo.

—Bien. No tardaré en llegar.

Mi pequeño cohete de servicio me trasladó sin demora a Delta 6. Durante el trayecto, echaba pestes contra esos tipos de la Astronáutica que se impresionan por nada.

No había ningún detalle que llamara particularmente la atención. La astronave era un pequeño vehículo, quizás no demasiado regular, de tipo comercial, y los hombres cinco jóvenes espléndidos. Estaban apaciblemente tendidos en sus hamacas, con los brazos cruzados, e incluso se habían preocupado de taparse con las sábanas que les servían de mortaja. Tuve la impresión de que habían sucumbido bajo los efectos de un derivado del nitrógeno: casi un gas hilarante. Habían sabido que iban a morir, y el saberlo les había alegrado. Ninguno de ellos había dejado una carta. La compuerta estaba abierta de par en par desde hacía unos instantes, y no pude analizar la naturaleza de la atmósfera, pero el comandante del puerto me aseguró que cuando ellos habían entrado había bastante oxígeno.

—Tal vez demasiado, incluso —opinó su ayudante, un joven observador—. Y vapor de agua, que salió con un leve silbido.

—No era un silbido, propiamente —rectificó el comandante—. Era... bueno, como cuando el agua empieza a hervir en una olla. Algo tibio que runrunea agradablemente.

—Comandante, es usted un poeta.

—De todos modos, vapor o no, se disipó en el aire.

El casco de la nave, relativamente nuevo, fue enviado a la descontaminación. Se estudiaron los documentos de a bordo: la astronave se llamaba *Audaz X198*, un bello nombre de corsario, y era una nave pirata. Sorprendentemente, las bodegas estaban vacías, pero nuestros contadores Geiger, trabajando a fondo, nos demostraron que transportaba habitualmente materias fisiles. De contrabando, naturalmente, por lo que nadie se presentó a reclamar el buque. Su última escala había sido un asteroide situado a orillas de la Hoya del Cisne.

¿Y los muertos? Nadie vino a buscarlos, tampoco. Sin embargo, eran jóvenes, debían tener familiares, pero ya se sabe lo que ocurre cuando uno se lanza a esa clase de aventuras: se cambia de nombre, y se hace quemar sobre su piel el número de nacimiento. En el fondo, esa gente se preocupa de su honorabilidad.

Eran unos jóvenes normales y sanos, sin taras aparentes. Su muerte había sido... casi dulce.

Un solo hecho me impresionó: todos ellos tenían los ojos abiertos. Y su iris era gris, con un reflejo dorado, metálico.

El caso fue bautizado incluso con el nombre de «el misterio de los muertos de ojos grises». Tal vez los tenían así de nacimiento. Habían sido adormecidos, drogados por una mezcla nitrogenada. «Una parcela de atmósfera particular que se habían traído de la Hoya del Cisne», decidió la Comisión de Control, que esta vez había dado en el clavo, aunque olvidando el hecho de que los cuerpos gaseosos poseen la propiedad y la costumbre de dilatarse, y había que admitir que aquella parcela permaneció incoercible. Y no era venenosa. No.

Se firmó el acta, y todo el mundo olvidó el asunto.

Tres días después, una patrulla procedente de Delta G nos anunciaba que, en el astrodromo, todo estaba muerto... salvo el guardián del Faro. Y, según todas las probabilidades, se trataba también de un gas hilarante.

Esta vez, la enorme máquina gubernamental se puso en movimiento. Se analizó, demasiado tarde, hasta la menor parcela de aire sobre Delta 6. Se hizo la autopsia a los muertos tranquilos, de ojos grises, que parecían sonreír. Se sacudió, desde luego, al guardián del Faro como a un ciruelo. No sabía nada, excepto que preparaba sus exámenes de piloto y que había subido a la torre, para ahorrar su propia luz. Y luego, sentado en la escalera giratoria, se había dormido sobre su manual de álgebra. Era una noche muy tranquila, brumosa... una especie de niebla fosforescente...

En Delta 6 no se encontró nada. Ni siquiera una alteración de la retina en los felices cadáveres. Aquella irisación gris era simplemente un reflejo que se había fijado: el organismo humano había actuado como una célula fotoeléctrica. Si hubiésemos estado un poco exentos de ideas preconcebidas, habríamos comprendido que los muertos habían fotografiado también a su asesino. Lo malo es que nosotros buscábamos una forma visible: la vista es el más exigente de nuestros sentidos.

De todos modos, aquella hecatombe sobre un satélite tenía forzosamente que preocupar a la Tierra, la cual tiene una acusada tendencia a no interesarse más que por sus pequeños asuntos personales. Se obró de manera que nada figurase en los diarios hablados de la televisión, y se evitó por muy poco una interpelación federal. Se filtraron las informaciones con cuentagotas. Las familias recibieron una tarjeta de pésame: «*Caído en su puesto en el espacio*», y unas pensiones.

¿He de decir que yo no estaba satisfecho? Se trataba de otra cosa. No me sentía culpable, personalmente, delante de aquellos muertos. Un astronauta, después de todo, ha escogido un oficio peligroso. Pero había que contar con los apacibles, los rutinarios, los normales habitantes de la Tierra... Algo había golpeado dos veces, acercándose. Algo absolutamente invisible, impalpable y, a juzgar por el aspecto de las víctimas, bastante agradable, incluso, a primera vista...

Hice repetir los análisis. No buscaba ahora en los muertos algo que no existía antes, sino por el contrario lo que les faltaba. La idea de una vida carnívora surgida

de las profundidades del espacio no se había apartado de mi mente: incluso me asombraba de que la tierra hubiese evitado hasta ahora el peligro. En los antiguos libros de anticipación, que no eran siempre las tonterías alucinadas que se ha querido ver en ellos, el caso es bastante frecuente: los «zorls» se nutren de «yd», y los «shambleau», más poéticamente, de «fuerza vital»...

El análisis químico resultó decepcionante: a los muertos de Delta 6 no les faltaba nada: Por el contrario, me atrevería a decir que se encontraban en un estado perfecto de madurez, de virilidad. ¿Debí comprender, quizás? No. No. Es difícil, en este mundo inseguro, imaginar que se pueda morir porque se ha alcanzado un grado de perfección, una suma de éxtasis...

A partir de aquí la historia se convierte en alucinante, por el hecho de ser cotidiana. No esperéis que os presente unos monstruos con tentáculos y ventosas que se pasean por nuestras calles, provocando las convulsiones de la humanidad. No dispongo de mucho tiempo para seguir los periódicos o escuchar las emisiones, y sin embargo tenía la certeza de que Ella había desembarcado sobre la Tierra. Probablemente con la astronave de patrulla... o en un pequeño cargo. He dicho ya que su intuición era diabólica; gracias a un sentido desconocido captaba, en un instante, todo el acervo de una cultura milenaria y se adaptaba a ella. Bruma de pantano, nube atómica sobre los planetas del carbonífero, fosforescencia en el espacio, en la Tierra se convertía en civilizada. ¿Quién no ha oído hablar de esos muertos, de los cuales comentan las comadres: «¡Pobrecito! ¡Parece sonreír!»? (Observad que ni siquiera las comadres están seguras: no del todo. En esa sonrisa hay un elemento extraño, una angustia donde el bien y el mal parecen confundirse).

No quisiera filosofar demasiado: hubo en la época dos o tres hecatombes bastante espantosas, debidas a ciclones, a maremotos o a sabotajes. Algo en común: todo el mundo, incluso los saboteadores, sonreía.

Las llamadas dramáticas vienen siempre de noche o en aquella lívida palidez del alba en la cual todas las catástrofes parecen posibles. Aquella vez, me habían citado en el Servicio. Hay que decir que, entretanto, yo había dirigido un pequeño informe sobre las «vidas moleculares del espacio» a quien corresponde. Fui recibido por el Gran jefe, en persona. Esperaba, o unos cumplidos por mi trabajo, o, más probablemente, unos reproches como sembrador de pánico. Pero el Gran Jefe se limitó a colocar delante de mí una espantosa estadística:

Campo de Juventud ZA303

Año 2290 / Muertos (suicidios o causas indeterminadas) / Muertos probables

Mayo-Jun / Niños 17, Adultos 10 //

Julio / Niños 23 / Adultos 08 //

Agosto / Niños // Adultos // 180, 20

—¿Qué es esa pesadilla? —pregunté.

El Gran Jefe me miró, pasándose por su frente fea, abombada, genial, una mano muy bella de cirujano.

—Sí —dijo—. Es una pesadilla. Se trata de la Reserva Europea de Vacaciones: la superficie de un estado mediano, los más hermosos parajes y una atmósfera ideal. El distrito afectado se llama el Valle Feliz. En un bosque de pinos, de eucaliptus y de tamarindos, hay unos poblados educativos dirigidos por monitores especializados y servidos por robots. Tengo aquí los expedientes de los pequeños y del personal docente: todos pertenecen a una élite estable, sana y sin taras.

»Cuando se produjeron los primeros fallecimientos, hubo una verdadera conmoción: se sospechó que existía una epidemia, una resurrección de antiguas plagas, un virus... a pesar de que los virus han desaparecido prácticamente de la Tierra. Se desinfectaron los poblados y se puso en observación a las personas que habían estado en contacto con las víctimas. Un método completamente inoperante, por otra parte, puesto que no se sabía de qué enfermedad podía tratarse, ni cuáles eran los plazos de incubación. Además, ¿se trataba únicamente de una enfermedad? Me habían prevenido demasiado tarde... Las muertes habían sido... suaves. Un grupo de pequeños que pasaba la noche en el bosque, al final de una excursión, había danzado alrededor de una fogata de campamento. Fatigados, se habían dormido y no despertaron ya. Otros habían nadado con sus monitores, en una cala poco profunda; testigos que se encontraban sobre un promontorio afirman que los pequeños reían y cantaban, acompañándose de un instrumento. Ésta es una fotografía que tomaron: parecen duendecillos dichosos, chapoteando en el agua y tendiendo los brazos al sol... Pues bien, un minuto después, se dejaban ahogar, todos...

—¿Delante de los testigos?

—Sí. Éstos se precipitaron, un poco tarde, probablemente habían creído que se trataba de un juego. Nadie se salvó: ésos son los 31 muertos de julio.

Examiné la fotografía. Dije:

—Observo una anomalía.

—Sí, ¿verdad? El sol y las sombras de las rocas fijan la hora a mediodía. Y, sin embargo, la cala está velada por una ligera bruma. Pero empezaron por decirme que se trataba de un fenómeno corriente en la región: las nieblas matinales que se pegan a las ensenadas... Lo cierto es que se produjo una viva inquietud en los medios docentes. Se temían las reacciones del público, la desesperación de los padres; había que disolver el campamento. Ya sabe usted que esas organizaciones sociales forman el núcleo, el centro viviente de la construcción de nuestro Estado... Y eso no era todo: había que dar explicaciones. Esos niños que se habían ahogado en 50 centímetros de agua... y esos adultos, todos acondicionados, deportivos... ¿Qué es lo que les había arrastrado a la muerte? ¿Una insolación? Pero el agua se mantenía tibia gracias a una corriente artificial creada a lo largo de las costas, y al sol benigno. Los periodistas hablaron entre ellos —ya que se puso un freno a las indiscreciones— de pulpos y de cierta serpiente de mar periódica. En aquel preciso instante, su informe

—un gesto de disculpa—, injustamente descartado por unos secretarios, cayó bajo mis ojos. Y pensé que tal vez usted tendría una opinión personal que expresar.

—Tengo una —dije francamente—. Pero antes me gustaría saber por qué ha señalado usted en esa estadística: «suicidios».

Me dio la misma respuesta que el difunto comandante de Delta 6:

—Vi los cadáveres de los ahogados. ¡Estaban tan... tan tranquilos!

—Aún así. Hay gases y somníferos que provocan una muerte apacible.

—Una de las niñas escribió sobre la arena: «¡Oh, muerte, dulce muerte...!». Una niña de diez años. Desde luego, la suposición es monstruosa y no hablaremos de ella a los padres: pero diríase que les alegraba morir.

—¿Y el grupo del mes de agosto? ¿Por qué «muertes probables»?

El Gran Jefe se ensombreció del todo.

—Porque sabemos que están muertos —dijo—, pero no hemos podido verles. Mire este mapa: ésta es la costa, el Valle Feliz. Esa aglomeración es el poblado de las Cicades, una verdadera aldea atribuida a los niños de 6 a 15 años. Durante sus cinco meses de vocaciones, viven ahí con sus monitores, se divierten, hacen deporte, cultivan sus jardines y sus huertas, y le ruego que crea que la colonia es excelente.

—20 monitores para 180 alumnos. ¿No es demasiado?

—No, si se considera que hay personal especializado, incluyendo puericulturas para las niñas, médicos, pedagogos y enfermeros. Todo el mundo es —era, debería decir, por desgracia— joven y activo, y los adolescentes mayores les ayudaban. Además, tenían sus robots para las tareas manuales, ¿no es así? En fin, lo cierto es que ayer, día de la fiesta de las Huertas, toda la reserva debía reunirse en el centro de las Gencianas, para presentar los productos de su suelo; son unos verdaderos comicios agrícolas, en los cuales se conceden medallas: los niños disfrutaban mucho. Pero las Cicades no enviaron ninguna delegación, cosa que es contraria a todas las normas. Se intentó establecer contacto con ellos por viseo, inútilmente. Sus puestos emisores permanecían callados. Entonces, las lenguas se desataron, se dijo que muchos niños habían desertado de las pruebas deportivas, las semanas anteriores, y que los que regresaban tenían «un aire raro y reían siempre».

»La monitora-jefe de las Gencianas (niños de 14 a 18 años), formó un grupo de reconocimiento y marchó en dirección a las Cicades. Gracias sean dadas al cielo: es una mujer inteligente, y no llegó allí.

—¿Por qué?

—Mire esa fotografía. Fue tomada por un alumno del grupo de reconocimiento.

Era el Valle Feliz... y era otro mundo. Acababa de verlo en el mapa y en las otras fotografías; sin embargo, no existía más que un vago parecido en la configuración del paisaje. Contemplé la imagen sin poder despegar los ojos de ella: las montañas eran más altas, más puntiagudas, semejantes a los picos lunares, los desfiladeros más profundos y más misteriosos. Un estanque oculto bajo los musgos se ensanchaba en un lago de ópalo que reverberaba con una alucinante belleza. Pero, ¿de dónde

procedían aquellos roquedales centelleantes, fluctuantes, aquellas extrañas siluetas de cristal que tal vez eran árboles, y aquellas lianas metálicas que eran sin duda serpientes pitón? Una cascada algodonosa, suspendida en los aires, fosforecía a través del pálido encaje de los nenúfares gigantes. La curva de las colinas era una música; la bruma dorada, diamantina, que envolvía las cosas, un perfume. Aquello era lo que veían en el momento de morir, aquello era el último refugio, la tierra ideal... el país del cual no se regresa nunca. Para arrancarme al maléfico encanto, tuve que cubrir con la mano el paisaje embrujador.

—Y no era solamente eso —dijo el Gran Jefe, con voz ligeramente enronquecida (también él debió contemplar aquella fotografía... ¡y largamente!)—. No verá usted a la monitora-jefe, la han colocado bajo vigilancia: condujo a su grupo, el ojo tumefacto y los cabellos en desorden, porque tuvo que luchar. Ahora, está poseída por una especie de delirio. Dice que a medio camino del Valle se empezaba a oír la Voz. ¿Era una voz? Los testigos de la cala han hablado de zumbidos o de vibraciones; en todo caso, se trataba de un sonido agudo, correspondiente a las variaciones visuales y que ataca los nervios, de un modo exquisito.

»Y aquella voz hablaba, sin que fuera posible distinguir una palabra, alcanzando a la vez todas las fibras del ser; murmuraba y prometía cosas inefables, inexpresables, un paraíso de infancia, de inocencia y de pureza. Los niños iban a lanzarse, y en aquel instante la monitora tuvo una idea genial: ordenó a sus alumnos que se taparan los oídos, como hicieron los marineros de Ulises, y a las niñas que cerraran los ojos, formó una cordada y condujo a su pequeño grupo ciego y sordo —jadeante— al redil, es decir, a las Gencianas. Supongo —añadió el Jefe— que aquellos niños vieron y oyeron lo que podían oír y ver —una especie de ideal imposible—, y que la confrontación fue limitada. Pero temo que no lo olviden nunca.

—¿Y los otros?

Rechazó un mechón blanco que no le conocía, con un gesto que se convertía en un tic:

—Sí, los otros... No sabemos nada de ellos. Tres monitores, cada uno por su cuenta, trataron de descender... Ninguno ha regresado. He dado orden de rodear el Valle. Hace de eso 36 horas.

—¿Continúa allí la bruma?

—¿Lo que nosotros llamamos la bruma?

Sí. Yo sabía ahora lo bastante acerca del fenómeno para reaccionar.

Expuse al Gran Jefe mi plan, muy sencillo. Hasta cierto punto, teníamos quizás la suerte de que, saturada, ebria de tanta alegría joven como había bebido, de tantas vidas intactas, la Muerte reposara en el desfiladero. Teníamos una posibilidad —¡muy pequeña!— de sorprenderla y de combatirla. ¿Con qué armas? Entonces me di cuenta de que el Jefe estaba más impresionado de lo que había creído: contemplaba obstinadamente sus manos largas, morenas, eficaces, que por espacio de tantos años habían combatido a la muerte y que se revelaban inútiles, por primera vez.

Comprendí que, para el cirujano y cardiólogo Thierry Verde, era una derrota imperdonable. Lo comprendí todavía mejor cuando se negó a dirigir la expedición.

—Usted está más al corriente que yo de esos asuntos, Sartory Shayne —dijo—. Es usted más joven. La resistencia nerviosa tiene un límite. Yo... —Esbozó una sonrisa lamentable, antes de añadir—: Mi hija, lone, estaba en el campamento de las Cicades. Tiene... tenía... 15 años.

Eso fue todo. Me encontraba solo delante de una tarea sobrehumana. El Gran Jefe me dejó sus laboratorios y sus colaboradores. Durante toda la noche, los viseos nos aportaron informaciones que los cerebros electrónicos ordenaban. Todo el mundo confirmaba la cualidad hipnótica del paisaje y el origen extraterrestre del fenómeno. ¡Pero yo lo sabía ya! Al amanecer, mientras bebíamos un café muy cargado, delante del Androide XXX99, entre una montaña de fichas perforadas, Les Olsen, bacteriólogo y medievalista, examinando por centésima vez las fotografías, expresó una opinión autorizada:

—Eso parece el Valle de Avalon —dijo—. ¿Te acuerdas? El Museo del Mundo Antiguo. El siglo XIII del Cuaternario, la caballería y todo eso.

—¿El Valle de...?

—No te rías, por favor. La Edad Media fue una época exquisita y cruel, durante la cual la humanidad, demasiado débil y demasiado sensible, conoció todos los atentados. Se defendió... como un hombre. Dame un poco más de café... Existía el bosque de Broceliande: un bosque de pinos, precisamente. Al entrar se encuentra una fuente, con unas gradas de esmeraldas; un cubilete cuelga al extremo de una cadena de oro. Se bebe, se echa el agua sobrante sobre las losas... y he aquí que se desencadena una tormenta, se levanta una niebla y a través de sus nubes lechosas aparece un paisaje divino: es el Valle de Avalon. Quienquiera que penetre en él se convierte en presa de una fuerza mágica y no reaparece nunca. Centenares de seres desaparecen de ese modo... Pero ese valle no ha existido nunca, lo sabemos perfectamente...

—Muy poético —dije—. Pero no veo...

—Tenemos también el jardín de Klinsor —continuó Olsen en un tono algo alucinado—, y la ciudad de Ys, y el pueblo invisible de Kitéje. Pero aquí la leyenda se complica, los habitantes invisibles de los pueblos perdidos son quizás seres vivientes, se oyen tañir las campanas en una perpetua armonía, bajo la superficie del lago de Antioche se ven los palacios blancos de Antigonía... No, regresemos a nuestros lugares mágicos y a su destrucción...

—Comprendo —dije, captando finalmente la idea que pretendía expresar.

—En Ariosto, Orlando el Furioso derriba unas cacerolas, es la entrada encantada: la humareda se disipa y el encanto se desvanece. En otra parte, lo que disipa las tinieblas es la acción del deslumbrante, del resplandeciente Graal. En realidad, se ha supuesto que Graal tenía un origen termonuclear, al poner en juego las radiaciones gamma...

—Eso no encaja con nuestro caso —le interrumpí—. La Voz merodea por unos asteroides llenos de uranio.

—De acuerdo, pero tienes que admitir que en lo que acabo de decirte hay una idea práctica: no podemos combatir a una niebla con un arma en la mano.

—No —dije, acordándome repentinamente de una cosa—. Olsen, creo que... Escucha: hasta ahora hemos tratado de conocer al enemigo de acuerdo con las normas de la Tierra: un error, sin duda. Sobre la Tierra, traído por cualquier azar estelar, el enemigo se adapta, asume aspectos y nombres magníficos. Pero, veámosle en su dominio, la Hoya del Cisne. Es un organismo de bajo origen, como lo demuestra el que sea indiferenciado. ¿Qué sabemos de él? No tiene forma concreta, es un compuesto de gas y de proteínas, viviente, y mata para sobrevivir. Habita con preferencia en los asteroides que carecen de atmósfera, de calor y de electricidad. Pero, sobre la Tierra, soporta las temperaturas solares, y el carbono y el oxígeno...

—La electricidad... —empezó a decir Les.

—Sí. En Delta 6, el único superviviente —que dormía, por otra parte— es un guardián del Faro que pasa la noche bajo el mismo proyector.

Nos miramos, y Olsen dijo:

—Supongamos que el Graal no fue más que un electrón...

Era necesario ahora comprobar aquella hipótesis absurda, fantástica. Una sola persona continuaba con vida después de haber contemplado de cerca al Enemigo: me hice transportar en helicóptero a la entrada de la Reserva y exigí ver a Anne Wynne, la monitora-jefe. Me contestaron que reposaba y que, además, estaba loca. Tuve que utilizar toda mi autoridad de médico para conseguir mi propósito. Terminaron por introducirme en una especie de celda de paredes acolchadas. Una mujer morena, delgada, ni fea ni guapa, la recorría, embutida en una camisa de fuerza. Volvió hacia mí un rostro alucinado.

—Miss Wynne —le dije, con toda la suavidad que me fue posible—, en este momento es usted el único ser sobre la Tierra que ha visto cara a cara un peligro que nos amenaza a todos. Creo que podría usted rendir un inmenso servicio a la humanidad si nos ayudara a identificar al enemigo, por penosos que sean para usted esos recuerdos.

Lo esperaba todo, menos la respuesta de Miss Wynne, formulada con voz tan suave como la mía:

—¿Qué enemigo? ¿De qué está hablando, doctor?

A regañadientes, me embarqué en una explicación científica, pero ella me interrumpió bruscamente:

—Me dice usted que todas esas personas están muertas. Sea. Lo habrían estado, de todos modos y probablemente con una muerte sórdida o espantosa: de vejez, de enfermedad, o en un conflicto mundial, roídos los huesos y la carne, en medio de abominables sufrimientos. Ahora, se han extinguido en la cumbre de una perfección

física, simplemente porque su éxtasis era demasiado profundo, su delicia demasiado penetrante... porque en un momento determinado se identificaron con el Donante. Le han devuelto lo que él exaltó en ellos, lo que había elevado a las más altas cumbres: la Dicha. Sí, han muerto de dicha. ¿Quién no desearía una muerte semejante?

Era más de lo que yo pedía: aquello confirmaba mis sospechas más odiosas. Sin embargo, ignoraba aún una cara del monstruo que operaba, para alimentarse, aquella espantosa simbiosis. Pero Miss Wynne estalló:

—¿Y quiere usted que yo *le* traicione? ¿Porque soy humana? ¡El demente es usted, doctor! Aparte de ese cuerpo incómodo y esa sensibilidad que no sirve para nada, me gustaría saber qué queda de su humanidad dura, obtusa, obstinada... Escuche, doctor Shayne, los hombres no me han dado nada. ¡Nada! Toda mi vida me he ocupado de los demás, de sus debilidades, de sus ignorancias, de sus complejos; me entregaban una pequeña larva, un boceto al que yo había de dar forma; y cuando esos niños se convertían finalmente en criaturas humanas inteligentes y encantadoras, se marchaban, se marchaban todos... Y yo me quedaba con las manos vacías: era la vieja gruñona, la fastidiosa Miss Wynne.

Se llevó las dos manos al rostro y añadió de un tirón (sin duda, nunca se había atrevido a hablar de aquellas cosas en voz alta):

—El único momento de mi vida en que fui completamente dichosa se sitúa en aquella estrecha cornisa, ante un sueño materializado. A *él* le debo mi único éxtasis, *él* es mi única esperanza, lo es todo para mí. Esa gente que me mantiene encerrada, atada, pretende que estoy loca. Por el contrario, soy particularmente lúcida, Sartory Shayne. Al devolverles aquellos estúpidos pequeños, porque era mi deber hacerlo, declaré que mi único deseo era regresar al Valle.

—Estaría usted muerta, en este momento —dije, con cierta rudeza.

—Sí. ¿Y qué? ¿Qué vale esta vida monótona y gris, comparada con un instante realmente bello? Ustedes no saben, pobres babosas que se arrastran sobre su fango —añadió, y su rostro se iluminó—, lo que es esa explosión de alegría que le invade a uno, arrancándole de las groseras contingencias físicas. ¡*Él* está aquí! Sus efluvios nos penetran, hasta que formamos un solo ser con él y con el cosmos... ¡He aquí la verdadera unión!

—Dios me perdone, Anne Wynne. Habla usted de esa monstruosidad... como de un amante.

Había tratado de escandalizarla, de arrancarla brutalmente de sus fantasmas. Pero sólo obtuve el efecto contrario: una sonrisa de felicidad asomó a sus labios exangües:

—Sí —murmuró—. Es mi amante. ¿Qué mujer no ama a su dios?

—¡Un dios, esa cosa indiferenciada!

—¡Oh! —replicó Miss Wynne, encogiéndose de hombros—. Él puede adoptar la forma que le place. Y es precisamente a causa de esto que usted no podría vencerle. Al principio se había limitado a asumir, como las nubes, un aspecto de ciudades, de paisajes... Pero ahora puede convertirse en lluvia de oro, en cisne o en hermoso

caballero rubio, como Tristán o Parsifal... ¡Daos prisa, Terrestres, se os escapa!

Comprendí, en efecto, que tenía que apresurarme.

Trabajamos como condenados, Les y yo. Bajo unas escafandras, como en un planeta sin aire, nos hacíamos ayudar por unos robots. Un mar deslumbrante de brillantes rosas flotaba a media pendiente, y cuando eché una mirada —una sola— en aquella dirección, me pareció entrever cosas maravillosas y vagas, jardines suspendidos llenos de azaleas nacaradas, palacios fantásticos y puentes resplandecientes. Procesiones invisibles vagaban bajo los arcos, y cerré los ojos para no ver rostros encantadores. Les y yo habíamos obturado nuestros aparatos de escucha, a fin de evitar, al menos, la música.

Por orden del jefe, disponíamos de elementos mecánicos para renovar continuamente el aire: unos ventiladores capaces de crear una tormenta, y unos proyectores a pilas tan potentes como el Faro de Delta. Les quería utilizar también los desintegradores, pero yo me opuse: existía una leve posibilidad de que quedara algún niño con vida en el Valle. Una muchacha llamada lone Verde... o cualquier otra. Siempre han ocurrido milagros, ¿no es cierto?

¿Cómo describir aquellos últimos instantes? Estábamos aislados por barreras magnéticas, sobre una plataforma rocosa que controlaba todo el aparato del combate. Sabiendo que innumerables vidas humanas, tal vez incluso la suerte de la Tierra, dependían de nosotros (¿qué son todos los venenos —el opio, la heroína, la morfina— comparados con el paraíso artificial del Valle de Avalon?), nos sentíamos tensos, un poco febriles. Olsen es un poco mayor que yo (tengo 28 años), pero era yo quien dirigía, de común acuerdo, las operaciones. Habíamos escogido la hora más oscura de la noche para desencadenar nuestra ofensiva con más potencia. Sin embargo, me pareció que la oscuridad no llegaba nunca. ¿Era una ilusión óptica? La marea blanca ascendía. ¿Blanca? No, ahora era magníficamente cenicienta, azulada, multiplicando e irisando mil colores, respirando como una cosa impaciente y viva.

No se arrastraba ya por el fondo del desfiladero. Sus olas lamían la pendiente; proyectaba sus tentáculos a los picos, a las copas de los pinos. Inmediatamente, bajo la insidiosa caricia, el granito o la rugosa corteza se cubrían de escarcha, un diamante se encendía en cada aguja, en cada gramínea, y era un encanto para los ojos. Un claro de sauces se convirtió en un bosque de estalactitas púrpura. Una cornisa se trocó en una escalera de ópalos. Me sorprendía a mí mismo formando extraños pensamientos: la Tierra sería más hermosa si, en vez de nuestros amorfos rascacielos, se alzaran por doquier torres de cristal, si, entre la multitud, unos rostros adorables se llamaran como antaño Isolda, Viviana, Morgana... Consciente de mi desfallecimiento, puse maquinalmente la mano sobre el primer proyector.

—Deja eso —me dijo Olsen, con voz suave.

Me volví, dándome cuenta en seguida de que me había acercado insensiblemente al borde del acantilado. El embrujo se debilitó, mis sienes se helaron con un sudor

frío: de modo que era aquello, pensé, lo que experimentaba una mosca atraída hacia la tela tejida por la araña... Había estado a punto de arrojarme a aquel abismo deslumbrante. Pero, Olsen... ¡Dios mío, Olsen! Para trabajar más cómodamente, había desatado las correas de su escafandra... se encontraba bajo los efectos de la Voz. La consecuencia fue inmediata y terrible: me apuntó con su visor.

—Deja eso —repitió—. Yo no había comprendido que era inútil luchar... es la mejor suerte que puede cabernos... a nosotros y a toda la Tierra. Convertirse de nuevo en seres puros, como los niños. Creer en los cuentos de hadas... formar parte de esa belleza... ¿No comprendes que uno no muere? Se convierte en una nota de ese canto, o en un color. Y eso constituye una sinfonía inmortal...

—Les —dije, desesperadamente, sabiendo que cada segundo y cada palabra contaban—, tú estabas orgulloso de tu trabajo, tan personal, tan *tuyo*... Y tienes una madre que te ama a ti y no a una sinfonía o una gama cromática. ¡Piensa en eso! Y a todo el mundo le ocurre lo mismo. Estamos aquí para luchar.

Les no respondió. Vi, bajo la visera de su escafandra, la fijeza de su mirada. El agujero negro del visor se levantó hasta la altura de mi rostro. Lo único que pude hacer fue lanzar un grito discordante, tratando de desordenar las ondas fónicas, y aquel grito, por casualidad, rompió por un segundo el Canto mortal. Antes de que Les se sumergiera, esta vez conscientemente, en su abismo de delicias me había dejado caer al suelo accionando al mismo tiempo los mandos.

Fue un huracán y un deslumbramiento. Admirablemente sincronizados, los haces de luz y los vendavales irrumpieron en el Valle Feliz, despanzurraron la enorme burbuja de niebla, la laceraron, la desgarraron, la quemaron. Vi, con una satisfacción casi morbosa, las grandes estrellas de plata de la energía eléctrica inflamando trozos enteros de aquella masa viviente, que se retorció, se ennegrecía y gritaba... ¡Sí, gritaba! Los sonidos armónicos del canto se trocaron en una aguda queja que torturaba los nervios, y fueron apagándose hasta ser apenas audibles, convertidos ahora en estertores y sollozos infantiles que brotaban, en una suprema convulsión de la materia. Yo estaba a la vez aterrorizado y desalentado: ¿acaso las pequeñas víctimas formaban parte, realmente, de aquella Cosa atroz? ¿Eran ellas las que lloraban, al comprobar bruscamente el horror de la muerte? No había que pensar en ello, no más que en las innumerables plañideras de los cuentos, en las Lorelei, en las damas de las aguas y de los bosques, en las ondinas que esparcían verdaderos llantos... Un harapo de la monstruosa tela de araña, barrido por el vendaval, aterrizó sobre nuestra plataforma y se fundía rápidamente bajo los proyectores. Recibí en pleno rostro el bofetón de un líquido tibio y salado: lágrimas o sangre...

Entre los rugidos del huracán artificial, agarrándome a mi centro de mandos, sólo pude echar una ojeada hacia atrás: Olsen había caído, desvanecido o muerto. Su visor había rodado bajo las rocas. Cuando, por espacio de un segundo, mi tormenta se debilitó, me ocupé sobre todo de registrar las cavernas con el proyector. Vi que la perturbación atmosférica creada por nosotros había desencadenado sobre el Valle una

verdadera tempestad; el oscuro cielo se iluminaba de zigzags deslumbrantes, y el rayo rebotaba sobre las pendientes. Yo había perdido el casco de mi escafandra y oía ahora el menor de los gemidos del Monstruo, sometido a un bombardeo de electrones que yo no había podido oponerle. Alas tarde cayó la lluvia, saturada también de electricidad, crepitando sobre las ramas, tendiendo sobre el desfiladero sus espesas cortinas. Aquel diluvio arrastraría los restos pegados a los arbustos y desinfectaría la Tierra. Finalmente pude abandonar mis aparatos y trepar hasta el lugar donde se encontraba Olsen. La caída producida por la ruptura de las vibraciones le había hecho perder el conocimiento, pero respiraba. Limpié y vendé la herida que tenía en la nuca y luego, sacando mi botiquín portátil, le puse una inyección. Al recobrar el sentido, me apretó débilmente la mano.

—Escucha, Les —le dije—. Tengo la impresión de que la lucha ha terminado y de que el enemigo ya no existe. Te dejo aquí, y llamo por fono al pueblo más próximo; espero que no tardarán en venir a recogerte.

—¿Y tú? —preguntó, en un susurro.

—Yo tengo que bajar al Valle.

—¡Sart!

—Amigo mío, puede haber algún niño vivo, aunque lo dudo. ¿No has sobrevivido tú? Y yo soy médico.

No discutimos más y, atándome a una cuerda, descendí desde lo alto del pico, directamente al Valle Feliz. Todo estaba muerto en él, e incluso completamente desintegrado. Hasta entonces sólo habíamos visto cadáveres recientes y sometidos a un período de oxidación bastante breve. Aquí, no encontraba más que cadáveres metalizados, extraños objetos semejantes a corales o a insectos, que se deshacían en polvo, al primer contacto.

Sin embargo, en una gruta situada a media pendiente que dominaba el poblado lo bastante como para emerger de la bruma —al menos durante algunos días—, tuve la suerte de tropezar con un ser vivo. Ocurrió al final de mi gira de inspección. Continuaba lloviendo a torrentes, pero los relámpagos se reflejaban cada vez menos sobre la superficie de un estanque que brillaba a través de aquellos espantosos esqueletos de metal. En medio de un paisaje alucinante, avanzaba penosamente con barro hasta los tobillos, un barro pegajoso que convertía mi marcha en un verdadero martirio. Por unos instantes, vacilé: ¿era realmente necesario que escalara la pendiente hasta aquella gruta? Su situación era muy elevada, y ningún niño podía haber llegado hasta ella. Finalmente me decidí a subir y paseé circularmente, sobre los negros muros de la caverna, mi linterna. Algo se movió en el fondo, oí un leve grito: un grito humano.

¡La delicia de captar algo que brota de unas verdaderas cuerdas vocales!

—¡Apaguen esa luz! ¡Oh! ¡Me duelen los ojos! —gritó la sombra.

Avancé a tientas, las manos tendidas hacia adelante, y mis dedos no tardaron en rozar los cabellos empapados, el rostro trastornado y débilmente fosforescente en la

oscuridad de una jovencita: debió permanecer allí, en tinieblas, durante días enteros, y estaba medio loca de terror y de debilidad. Pero cuando la llevé al umbral de la gruta, vi sus rasgos finos y bien dibujados y las manos demasiado bellas que conocía.

—Soy... soy Ione Verde —dijo la jovencita con voz vacilante como si le costara trabajo encontrar las palabras (pero el timbre era la música misma)—. Estaba en el bosque, arriba, cuando... empezó la cosa. Tuve el tiempo justo para refugiarme en la caverna. No me atrevía a salir, he vivido con un poco de agua y algunas hierbas... ¿Ha terminado todo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los otros?

Habíamos salido de la gruta. La lluvia caía aún sobre el Valle, crepitando, y la pequeña Ione se refugió debajo de mi abrigo de plástico. No me había sentido con fuerzas para decirle que todos sus camaradas estaban muertos. Ione tenía quince años, había rodeado mi cuello con sus brazos desnudos, con una confianza conmovedora, y temblaba bajo su vestido ligero y mojado. Tenía un encantador rostro plateado, una boca violenta y tierna y unos ojos...

Unas pestañas muy largas se alzaron sobre una ceniza plateada, viviente, danzante. Un gris que reflejaba en el vacío sideral millares de soles apagados... espirales de nebulosas muertas... Ya que la Bruma se nutría también de luz y de calor. Aunque prefería la vida orgánica, desde luego. Y podía adoptar todas las formas.

—Bésame, Sart —dijo Ione.

Dios me perdone: *No la he matado.*

Los apoderados

Arthur Sellings

I

En el vuelo no había nada especial... que el público supiera... Se trataba sencillamente de la tercera expedición de contacto que regresaba de Ganymede. Pero la multitud se apretujaba de tal modo detrás de la valla, que Dee tardó casi media hora en recorrer los quinientos metros hasta el perímetro.

Al Departamento del Espacio le hubiera sido fácil quebrantar sus propias normas y enviar un helicóptero para que recogiera a Dee, pero aquello podía haber dado origen a que se rumorease que se estaba cociendo algo importante. Y el Departamento del Espacio, a través de un siglo de fracasos, había adquirido una profunda alergia a los rumores.

Hasta cierto punto, la densidad y la exuberancia de aquella multitud estaban justificadas. Hacía cuatro años que la raza humana había conseguido —o medio conseguido— su objetivo, pero el entusiasmo fluía aún a raudales. Sin embargo, Dee y sus compañeros no eran sólo instrumentos de una conquista; eran símbolos de esperanza en el futuro. Los hombres veían en Dee y sus compañeros la imagen de lo que ellos mismos iban a ser.

Dee acogió resignadamente los apretones de manos, las palmadas en el hombro y los fogonazos de magnesio. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sólo en una ocasión perdió la calma... para lamentarlo después. Ocurrió cuando una muchacha, que no tenía más de dieciséis años, le tendió una cinta del pelo para que firmara en ella, acompañando la acción con un número de videófono y la petición de una cita. Dee se detuvo y, mientras firmaba, rebuscó en sus conocimientos enciclopédicos. Devolvió la cinta a la muchacha, y dijo: «El amor a la forma por la sustancia es perversión».

Y continuó avanzando a través de la muchedumbre.

El helicóptero que le aguardaba era un taxi corriente, pero el conductor estaba provisto de una insignia del D. E. que mostró a Dee con la reverencia de un acólito que sostiene entre sus manos una reliquia sagrada. Invitó a su pasajero a entrar en la diminuta cabina acolchada con una deferencia que a Dee le hizo sentirse incómodo. Y cuando aterrizaron sobre el terrado del edificio del D. E., se negó a aceptar la propina que Dee le ofrecía.

—Vamos, tómelo —insistió Dee—. En realidad, el dinero no significa gran cosa para nosotros.

Pero el conductor alzó una mano boyuna.

—No, sir. Llevarle a usted ha sido un honor. Es la primera vez que transporto a un... —carraspeó— a un viajero del espacio. Desde luego, si tuviera algún pequeño recuerdo de Ganymede, aunque fuera un simple guijarro, mis hijos se pondrían locos de contento.

Dan rebuscó en su recipiente.

—Temo que no podré complacerle. Lo siento. Pero el conductor estaba recogiendo algo que había caído del recipiente sin que Dee se diera cuenta.

—¿Es de Ganymede? —inquirió, en tono excitado. Dee lo miró.

—No, es un tallo de hierba de un canal marciano. He debido llevarlo encima durante más de dos años.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó el conductor.

—Desde luego.

Rápidamente, como si temiera que Dee cambiase de idea, el conductor guardó el blanquecino tallo en su billetero, subió al helicóptero y despegó, dejando a Dee maravillado ante una escala de valores que nunca llegaría a comprender del todo.

En el interior del edificio, la ansiedad del Departamento del Espacio no es para descrita. Un ayudante hizo objeto a Dee de la más cortés de las acogidas, y luego le condujo al sancta sanctorum del Consejo Mundial.

Dee quedó sorprendido al ver los personajes que le estaban esperando. Jacques se encontraba allí, naturalmente. También Floyd, el jefe del D. E. Pero la otra docena de rostros eran los de los miembros más importantes del Consejo.

Jacques sonrió y agitó la mano en su dirección. Dee, algo desconcertado por la situación, se inclinó rígidamente en un breve saludo y pasó a ocupar el lugar reservado para él en la mesa.

Jacques se puso en pie.

—Caballeros, les presento a Dee, jefe de las expediciones de Ganymede y el más antiguo de nuestros robots.

Sabin, Ministro del Espacio, inició el interrogatorio. Empezó preguntando cortésmente si la radio estaba reparada. Dee contestó afirmativamente. Luego formuló la pregunta esencial, la que les había reunido allí para oír la respuesta. Sabin era un hombre bajito, de ojos pequeños y penetrantes.

—Díganos, Dee, ¿ha traído el cristal?

La vacilación de Dee duró una fracción de segundo.

—No, sir —dijo.

En el repentino silencio que se produjo, el tenue susurro del mecanismo vital del robot resonó con una sorprendente intensidad.

—¿Y por qué no?

—Los ganymedeos se negaron a entregarlo.

—Pero... —Sabin tenía una expresión paciente, como la de un adulto dirigiéndose a un chiquillo—, ¿les trasladó usted nuestras ofertas?

—Sí, señor, al pie de la letra. Son una raza geopónica, de modo que les ofrecí aperos de labranza. Los rechazaron. No poseen ninguna clase de energía; les ofrecí el motor de gasolina. No les interesó. Les gusta la música. Les ofrecí un tocadiscos. Se mostraron interesados, pero la sugerencia de que podía ser un precio justo por un cristal pareció ofenderles.

—Pero, ¿no les ofreció usted centenares de ellos, millares de ellos, a cambio del cristal?

—Desde luego. Pero el ofrecimiento les dolió.

—¿Y las armas? —inquirió bruscamente Sabin—. ¿Les ofreció las armas?

—No —dijo Dee—. No les ofrecí las armas.

—Pero son una raza tribal, y la conducta tribal es bélica. ¿Por qué no se las ofreció, tal como se le ordenó?

—Porque sabía que las rechazarían. Su conducta bélica se limita a una especie de contienda de gladiadores, dentro de unas normas muy estrictas en lo que respecta a alcance y armamento. No se concibe que puedan modificarlas.

Sabin miró a Dee con ojos tan inexpresivos como los del propio robot. Y cuando habló, su voz tenía la misma carencia de inflexiones.

—¿Qué ocurrió cuando todas las ofertas fueron rechazadas? ¿Cómo reaccionaron al ultimátum? Dee sostuvo la mirada de su interrogador.

—No les di a conocer el ultimátum.

Los reunidos se volvieron como un solo hombre a mirar a Jacques, en una especie de muda interrogación. Sabin expresó lo que estaban pensando en aquel momento, con un vocablo que despertaba antiguos y casi arquetípicos temores.

—Eso es sedición, Dee. ¿Se da usted cuenta?

—Sí, señor —respondió sencillamente—. Pero no pudimos obligarnos a amenazar con la fuerza a unos seres amistosos e inteligentes.

El Presidente del Consejo Mundial, el Viejo en persona, alto y robusto, intervino bruscamente.

—Eso no es de la incumbencia de los de su especie. Además, nadie desea utilizar la fuerza. Hemos hecho unas razonables ofertas de intercambio.

—Disculpe, señor —dijo Dee—, pero los ganymedeos no las consideran razonables.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren esos idiotas?

—Nada, señor.

—¿Nada?

—Exactamente. No hay nada en el mundo, ni en el suyo ni en el nuestro, que quieran cambiar por uno de sus cristales. Los cristales son sagrados para ellos. Los velos que efectúan con su ayuda son... —hizo una breve pausa, buscando la palabra— rituales. Morirían antes de permitir que alguien se llevara por la fuerza un solo cristal.

—¡Ah! —exclamó Sabin—. Entonces, ¿mencionó usted la posibilidad?

—No, señor. Su arte militar es también ritual. Un símbolo de resistencia a cualquier tentativa de robar un cristal, una demostración a sus dioses de su eterna disposición a defender su fe.

—¡Tonterías! —dijo el Presidente, inclinándose sobre la mesa hacia Dee—. Serían incapaces de defender su fe cinco minutos contra veinte robots. ¿Por qué no utilizó la fuerza, tal como se le ordenó?

—Ya he contestado a esta pregunta. Ningún robot puede matar a un ser inteligente de carne y hueso. A menos, desde luego, que amenace al género humano.

—Pero, ¿cuántas vidas se hubieran perdido? ¿Veinte? ¿Cincuenta? ¿Cien? Vidas ajenas al género humano, desde luego. Y ese cristal es de vital importancia para nosotros. Usted lo sabe, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Y sabe que por cada avance importante que ha efectuado el género humano se han perdido inevitablemente algunas vidas... Que el situarles a usted y a los de su clase en el espacio, por ejemplo, ha costado también millares de vidas.

—Sí, señor, lo sé. Pero aquéllas fueron muertes accidentales. Además, señor, me he enterado de que si uno de los trece cristales se perdiera, todos los miembros de la tribu responsable se suicidarían, avergonzados de su incapacidad para evitarlo.

—Parece estar muy bien informado acerca de sus creencias —dijo Sabin secamente.

Del interior del robot surgió un sonido semejante a un carraspeo artificial.

—Verá, señor, los ganymedeos trataron de convertirnos. Jacques reprimió una sonrisa. Sabin enarcó las cejas.

—Bueno —gruñó el Presidente—, no vamos a discutir la clase de daño que puedan infligirse a sí mismos. Lo que nos interesa saber es si somos menos importantes para usted que un puñado de velludos ganymedeos que andan a cuatro patas. ¿Acaso puede usted tomar en consideración a sus hipotéticos dioses contra nosotros... que le hemos hecho a usted?

—Desde luego que no, señor. Pero nosotros sabemos quién nos ha hecho. Por eso debemos respetar a los seres que sólo tienen fe. Sé que nunca podríamos cumplimentar el ultimátum... ni siquiera presentarlo. Confiaba en que no sería necesario. Si fuéramos distintos a lo que somos...

Dee extendió sus manos en un gesto extrañamente humano. El Presidente alzó las suyas, exasperado, y las dejó caer de nuevo, como si comprendiera lo inútil de su exasperación.

Jacques se puso en pie.

—Mira, Dee, vamos a dejar a un lado la importancia de esos cristales para la raza humana. ¿Harás lo que te han pedido que hagas, no en nombre del género humano, sino en nombre mío, y en nombre de mi abuelo, que te ideó y desarrolló, y de mi padre, que te perfeccionó y consumió su vida en la tarea?

Dee vaciló un instante, pero sólo un instante.

—Lo siento, mister Jacques, créame. Pero no puedo evitar el negarme, del mismo modo que un humano no puede evitar el apartar su mano del fuego. Es algo intrínseco.

Y era una respuesta definitiva. Sabin se volvió hacia el robot.

—Puede marcharse —dijo fríamente. En cuanto el robot hubo salido, el Presidente miró ansiosamente a Sabin.

—¿Cree que podemos dejarle suelto? ¿No deberíamos someterle a vigilancia?

—¿Quién va a vigilarle? —inquirió Sabin, en tono respetuoso e irónico al mismo tiempo—. ¿Otro robot?

—Desde luego que no. Son tan poderosos... No estoy tranquilo. Tengo la sensación de que ya no podemos confiar en ellos.

Jacques se apresuró a tranquilizarle.

—Se trata simplemente de una reacción imprevista ante una nueva situación. Pero nunca podrían volverse contra nosotros. Esto significa únicamente que en este caso no pueden estar con nosotros.

—Me parece significativo —comentó secamente Floyd— que la primera vez que ocurre una cosa así sea a propósito de algo que les afecta personalmente. Hasta ahora, los robots han tenido el monopolio de los vuelos espaciales porque no habíamos encontrado un carburante que no implique aceleraciones que un hombre no podría resistir. Los ganymedeos poseen cristales con definidas propiedades antigraavedad. Cuando el hombre pueda desarrollar ese principio, Dee y sus compañeros no tendrán razón de ser. De modo que —extendió sus manos— no hay cristal.

«Desconfiado Floyd», pensó Jacques. Pero, ¿podía reprocharle que pensara de aquel modo? La jefatura que ejercía en el D. E. sería puramente nominal mientras el D. E. dependiera de los robots y, en consecuencia, mientras Floyd dependiera de Jacques. No era de extrañar, pues, que los sentimientos de Floyd hacia los robots no fuera precisamente de veneración.

—Bueno, ¿qué dice usted a eso, Jacques? —inquirió el Presidente.

—Que es una idea equivocada —respondió Jacques afablemente—. Los robots no piensan así.

—¿Cómo podemos estar seguros? —intervino Sabin—. No podemos leer las mentes que se ocultan detrás de esos rostros de metal. ¡Oh! Sé lo de las pruebas de aptitud, y los tests para medir las reacciones, etc. Pero, ¿hasta qué punto podemos saber? Desde luego, el punto esencial es que los robots poseen inteligencia. Eso implica una capacidad para ocultar sus verdaderas motivaciones, ¿no es cierto?

—Tal vez. Pero cualquiera de tales motivaciones sólo podría estar encaminada al bien del hombre. Los robots no pueden tener ningún deseo personal de conservar su monopolio.

—¿Personal? —inquirió el Presidente—. ¿Qué otra clase de motivación podrían tener entonces?

—Lo ignoro. No he sido yo quien ha sacado a relucir la cuestión de las

motivaciones. El propio Dee estableció una comparación con un acto humano puramente reflejo. Evidentemente, su respeto hacia la vida inteligente debe ser tan básica para ellos como el temor al fuego para nosotros.

—Miedo... Respeto —dijo Sabin, como si sopesara las palabras. Miró fijamente a Jacques—. Entonces, ¿cree usted que tienen emociones?

—Digamos que no tienen pasiones. Y que las emociones que puedan experimentar, aunque reales, son de origen intelectual. No me importa que parezca una contradicción, pero ésa es la verdad.

En cuanto Sabin habló, Jacques comprendió por qué había dado aquel giro a la discusión.

—Entonces, si los robots poseen... digamos un simulacro de emociones, poseen también el simulacro de un deseo de continuar viviendo...

—Sí.

—En tal caso, pueden ser amenazados con la pena de extinción.

—No, temo que no.

—¿Lo sabe, o lo supone, simplemente?

—Fue comprobado experimentalmente por mi padre —dijo Jacques— hace más de veinte años. Le dije a un robot que me apuñalara en el hombro... o sería destruido. Yo tenía entonces ocho años —sonrió al recuerdo—. Mi padre era un apasionado científico, desde luego. La orden tenía que ser algo tan drástico como aquello, porque no había otra cosa que un robot no se hubiera apresurado a hacer. El robot se negó a obedecer. Mi padre balanceó un martillo de siete libras a tres pulgadas de su cabeza. La cabeza era un armazón provisional, muy frágil, pero el robot se quedó quieto.

—¿Y su padre lo destruyó?

—¡Santo cielo, no! No lo habría hecho ni por cincuenta millones de dólares —hizo una breve pausa y añadió—: Aquel robot era Dee. Mejor dicho, la base de Dee. Desde entonces le han sido añadidos muchos elementos.

—¿Puede infligirse dolor a un robot? —preguntó uno de los ministros.

—No. Su equivalente de un sistema nervioso es electromagnético. Por eso mi padre balanceó el martillo cerca de su cabeza, para demostrar que estaba dispuesto a cumplir su amenaza. A un robot no puede infligírsele dolor retorciéndole un brazo, por ejemplo.

—Entonces —dijo Sabin—, usted imaginó seguramente que Dee se negaría a complimentar el ultimátum contra Ganymede.

—No, señor. Verá, cuando mi padre le ordenó que me apuñalara, le obligaba a obrar contra un ser humano, y contra un ser humano al que Dee conocía, por añadidura. Supuse que Dee evaluaría la situación de Ganymede intelectualmente y contrapesaría su propia aversión constitucional con la convicción de las necesidades humanas. Estaba equivocado.

—¿Constitucional? —dijo Sabin, implacablemente—. Esto nos lleva al problema de «condicionar» un robot. A no ser que construyamos uno especial para la tarea.

—Me parece una buena idea —dijo el Presidente—. Recuerdo que, cuando era niño, en las ferias del Estado había robots. Hacían cualquier cosa: recoger herraduras, servir bebidas... ¡Oh! Ya sé que eran simples muñecos dirigidos a distancia, pero, ¿por qué no podemos construir una tripulación de robots como aquéllos y enviarla en busca de uno de los cristales, dirigiéndola desde la Tierra?

Jacques suspiró. Pensó que cualquier escolar sabría contestar la pregunta.

—Porque el control a distancia es un control por radio, señor Presidente, y las ondas de radio tardan más de cinco segundos en recorrer un millón de millas. Lo cual las descarta por completo en lo que respecta a los viajes espaciales. Las operaciones de aterrizaje de una nave se desarrollan en fracciones de segundo. Por eso han sido necesarios todos estos años de investigación y la inversión de miles de millones de dólares a fin de poner a punto a Dee y a los de su especie. Las tripulaciones tienen que poseer una iniciativa absoluta.

El viejo gruñó.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué no embarcamos un solo robot controlado por radio? Sólo para conseguir el cristal.

—Los otros lo sabrían. Inmediatamente sospecharían que algo no marchaba como era debido cuando el robot de imitación tardase cada vez más en contestar preguntas. No olviden que, cuando la nave llegara a Ganymede, tardaríamos una hora en establecer contacto con el fingido robot.

—Entonces, no hagamos funcionar el robot hasta que la nave aterrice.

—Eso no resolvería el problema del retraso —dijo Jacques pacientemente—. Cuando ustedes hicieran llegar las señales allí, los ganymedeos habrían huido con su valioso cristal, si es que los verdaderos robots no habían inmovilizado ya al muñeco.

—¿Quiere usted decir que tomarían medidas activas contra nosotros? —dijo el Presidente, envarándose. Sabin intervino.

—Estoy seguro, señor Presidente —dijo, en tono suave—, de que el problema tiene otra solución. Condicionar los robots, por ejemplo —se volvió hacia Jacques—. ¿Puede usted inculcarle una directriz primaria a uno de ellos?

—Desde luego —afirmó Jacques.

—¿Entonces?

—La dificultad estriba en que el robot no sería capaz de cumplirla. Cuando se trata de efectuar un servicio, basta con aplicar los mecanismos correspondientes. Pero, si se le inculca una directriz a un robot, aunque sea primaria, cada uno de los actos que realice tendrá que coincidir con la directriz. Cada uno de los actos: incluso el colocar un pie delante del otro. El resultado efectivo es un robot tan inhibido que resulta prácticamente inútil. El prestar un servicio, en cambio, es una reacción natural del robot, porque es su única función.

—Bueno, la mayor parte del tiempo —gruñó Floyd.

—Pero, ¿por qué han de ser tan endiabladamente obstinados? —estalló el Presidente—. ¿O tan inteligentes? ¿No puede construirse una tripulación de robots

más sencillos, que no se preocupen de lo que no les importa? Ese Dee es demasiado listo, para mi gusto.

—Tiene que ser listo —dijo Jacques—. Un robot menos inteligente no podría manejar una nave espacial. Un robot tiene que ser inteligente, educado, responsable, capaz de reaccionar ante una situación determinada en una fracción de segundo. De hecho, ha de ser un sustituto del hombre.

—Pero, ¿si su adiestramiento es sólo técnico?

—Incluso así, tiene que ser aleccionado por hombres. Al menos, tiene que ser alimentado con ideas concebidas por el hombre. E incluso los datos técnicos llevan la impronta del pensamiento del hombre. Más que los valores algebraicos, por ejemplo, está implícito en la afirmación de que e es igual a me.

El silencio que siguió, mientras la asamblea rumiaba la idea, fue interrumpido por el Presidente:

—Entonces, en realidad, los robots nos tienen sobre un barril...

—Sí, señor, temo que sea así.

—No podemos amenazarles. No podemos lastimarles. Si nos libramos de todos ellos y empezamos de nuevo con otro grupo, no resolveremos el problema, además de perder de golpe cincuenta millones de dólares...

—Sólo veinte millones —le interrumpió Jacques, en tono apaciguador—. No olvide que Dee no le costó un solo centavo al Consejo.

—De acuerdo, veinte millones. Sacrificaría de buena gana veinte millones de dólares a cambio de que pudiéramos conseguir un cristal.

—Desde luego, señor Presidente —dijo O'Neill, Ministro de Buenas Relaciones Internacionales, satisfecho de poder meter baza—. Ningún precio es demasiado elevado en vista de la situación mundial. La Confederación se sostiene únicamente porque los hombres tienen puestos los ojos en la expansión espacial. Tenemos que actuar rápidamente. La última encuesta sobre la moral...

—Ahórrenos las cifras —dijo el Viejo. Se volvió hacia Jacques—. Mire, su padre se limitó a amenazar al robot, el cual no necesitaba ser demasiado inteligente para darse cuenta de que la amenaza no era real. Digamos que nosotros llevaremos a cabo el experimento de un modo adecuado. Amenazaremos a un robot, pero lo haremos delante de otro robot. Luego, cuando el primero se niegue a cumplir la orden, convertiremos la amenaza en realidad: lo destruiremos. ¿Cómo reaccionará el robot número dos?

Jacques reflexionó durante un par de segundos.

—Yo diría que igual que el número uno. El Viejo le dirigió una penetrante mirada a través de sus párpados semicerrados.

—¿Y cómo reaccionaría usted?

—¿Yo? ¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, si los robots tienen un solapado interés en su monopolio, usted tiene un solapado interés en ellos, ¿no es cierto?

—¿Yo...?

—Pues que podría darse el caso de que estuviera... protegiéndolos.

—Señor Presidente —dijo Jacques en tono helado—, es verdad que tengo cierta identidad de intereses con ellos. Es lógico. En cierto modo, crecí en su compañía. Pero estoy tan ansioso como el primero por conseguir uno de esos cristales. Lo único que he querido poner de relieve es que las medidas drásticas no nos conducirían a nada.

El Presidente sonrió.

—De acuerdo, de acuerdo, confío en usted. Sólo quería asegurarme. Pero, ¿qué me dice de ese experimento?

—Insisto en que no serviría de nada. Cuando los robots estuvieran en Ganymede, no podría usted cumplir la amenaza. No puede aplicar una pistola a la cabeza de un robot desde cuatrocientos millones de millas de distancia. El Presidente frunció el ceño.

—Desde luego. Y pensar que esos cristales han sido descubiertos por un grupo de seres primitivos que no saben cómo utilizarlos, en tanto que nosotros daríamos nuestro brazo derecho por conseguirlos...

—Existe también la teoría —dijo Sabin— de que los cristales pueden ser reliquias de alguna raza superior y más antigua de Ganymede, o quizá de algún visitante interplanetario.

—De todos modos —insistió el Viejo—, ¿se ha demostrado de un molo fehaciente que poseen propiedades antigravedad?

—Desde luego —afirmó Sabin—. La atmósfera de Ganymede es demasiado tenue para que pudiera sostenerse en ella cualquier clase de aeronave. Además, los nativos se elevan verticalmente, tal como nos han mostrado las películas. El cristal es transportado por la tribu, en un destartalado carruaje de fibras, a uno de los valles especiales, que parecen albergar unos intensos campos electromagnéticos. Esto parece comunicar energía al cristal, y la aeronave se eleva.

—Estoy enterado de todo eso. Pero, ¿cómo podemos saber que no se trata de alguna clase de efecto local? ¿De algún atalaje del campo planetario que no nos sería de ninguna utilidad como fuerza motriz en el espacio?

—No lo sabemos —admitió Sabin—. Pero, incluso así, sería algo completamente nuevo. Nosotros no tenemos nada parecido. Es posible que no sea la llave de la puerta, pero podría ser la llave de la caja que contiene la llave de la puerta... y unas cuantas más, por añadidura.

—¡Adelante! —gruñó el Presidente—. Convierta esos malditos cristales en almacén de todas las virtudes... Nos encontramos a medio millón de millas de distancia de ellos. ¿Cómo...?

—¡Un momento, señor! —le interrumpió Floyd—. Jacques dice que no podemos aplicar una pistola a la cabeza de los robots desde esa distancia. Pero, ¿por qué no podemos hacerlo? Escuchen...

Los otros escucharon con creciente atención. Incluso aplaudieron cuando Floyd terminó de hablar.

—Bueno, Jacques, ¿es factible eso? —inquirió el Presidente—. ¿No invertiría los términos de la situación y los colocaría a ellos sobre el barril?

—Tal vez. Pero hay que tener en cuenta el factor tiempo. Tan pronto como los coloquemos sobre él, pueden volver a apearse, sin que consigamos impedirlo.

—Ejem... Comprendo lo que quiere decir —declaró el Presidente.

—¡Ah! —dijo Floyd—. Esa dificultad puede ser superada. Podemos colocarlos sobre el barril y atarlos a él al mismo tiempo...

Y a continuación explicó cómo podía hacerse.

Jacques se vio obligado a admirar la limpieza del procedimiento... y su diabólica sencillez. Pensó furiosamente, pero no descubrió ninguna grieta en el plan. La única objeción que se le ocurrió fue de orden táctico.

—Eso significará mucho trabajo. Tal vez Dee y sus colegas se olerán una trampa si les hacemos salir de la nave.

—Podemos decirles que va a ser reparada —sugirió Sabin.

—Siempre se han encargado de sus propias reparaciones.

—Les diremos que queremos asegurarnos de que la radio funciona perfectamente en su próximo viaje —dijo Sabin secamente.

—¡Ajá! —aprobó Floyd—. Probablemente se trató de un truco para darles tiempo a imaginar una historia verosímil. Tal vez no existe nada de lo que contaron acerca de los ritos y otras zarandajas. De todos modos, el plan que he esbozado dejará resuelto el asunto para siempre.

—Sí —dijo Jacques, en tono lúgubre—. De un modo u otro.

—¿Acaso existe algún peligro? —inquirió el Presidente—. ¿Es posible que sean tan testarudos? Jacques suspiró.

—No, creo que no. Estoy seguro de que no. Aceptarán nuestro punto de vista. Tienen que aceptarlo.

—¿Cree que sospecharán de nosotros?

—No, señor. Pueden ser muy inteligentes, pero opino que una jugarreta como ésa está más allá de sus posibilidades de comprensión. Verá, ellos confían en nosotros.

El Presidente carraspeó.

—Bueno, la dificultad que usted señaló en lo que respecta a sacarlos de la nave sigue en pie. No podemos darles el más leve motivo de sospecha.

—¡Creo que he dado con la solución —dijo Heimer, Ministro de Cultura—. Organizaremos un viaje para Dee y sus compañeros, a fin de que el pueblo tenga ocasión de admirar a los héroes.

Estalló una carcajada general. Aquello resolvía el problema.

—Me gustaría hacer una petición —dijo Jacques, cuando las risas se apagaron—. Me gustaría plantearle la cuestión francamente a Dee por última vez. Quizás consiga convencerle, sin que tengamos que recurrir a medidas drásticas.

—No olvide que antes ya pareció estar convencido —le recordó Floyd.

—Porque creía que no se vería obligado a entregar el ultimátum, tal como nos dijo. Pero si ahora me lo promete, apuesto la vida a que cumplirá su promesa.

—No puede usted extirpar un reflejo —objetó Sabin.

—La comparación que hice fue simplemente eso: una comparación. En el caso de los robots, se trata de una reacción instintiva a unos datos acumulados. Si puedo alimentar a Dee con suficientes datos favorables a nuestro punto de vista, quizás consiga provocar una reacción distinta.

—La idea no me parece mala —dijo el Presidente—. Podría ahorrarnos mucho tiempo y muchas molestias. Pero, ni una sola palabra que pueda hacerle sospechar que no nos resignamos a su obstinación, ¿entendido?

—Naturalmente, señor.

—Le verá usted aquí, desde luego —dijo Floyd. Más que una pregunta, era una afirmación.

—Sería mejor que le viera en mi casa. Allí no entraría en sospechas. Dee suele visitarme para charlar un rato o jugar una partida de ajedrez.

—Bueno, tal vez sea mejor —dijo el Presidente.

Pero Jacques se dio cuenta de la mirada de reojo que el Viejo dirigió a Floyd... y a Grout, el jefe de los Servicios de Seguridad.

El Presidente añadió:

—Y, a propósito... Ya que va usted a hablar con él, infórmele del viaje que piensa organizar el Ministro de Cultura por todo el país.

II

Anochecía cuando Jacques llegó a su casa. Su ama de llaves le informó de que se había presentado un empleado de la compañía videofónica para revisar la instalación. Una simple revisión rutinaria, había dicho el empleado. Y sólo había estado un par de minutos en la casa, añadió el ama de llaves.

Jacques sonrió para sus adentros. No se trataba de un empleado de la compañía videofónica, desde luego. Dos minutos era el tiempo exacto que requería la instalación de un micrófono.

Bueno, pensó, era mejor así. Evitaría suspicacias innecesarias.

—¿Una partida de ajedrez, mister Jacques? —dijo Dee, tan pronto como su voluminosa pero extrañamente ágil figura hubo cruzado la puerta.

—Esta noche, no, Dee —respondió Jacques, haciendo una mueca—. Bastantes jaques me han dado en el Departamento.

—¡Oh! —dijo Dee—. Lo siento. Pero, usted lo comprende, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Aunque opino que te estás mostrando más bien absolutista.

—Eso es lo peor que tiene el poseer una mente absoluta —dijo el robot.

—En tal caso, deberías ser capaz de adicionar todos los factores, incluyendo aquellos que no son puramente mentales. Porque estás equivocado, ¿sabes?

—No, mister Jacques. Si fuera así, no estaríamos tan seguros.

—Bueno, hay algo más de lo que les dijiste en el Departamento, ¿verdad? El robot vaciló.

—Sí —admitió.

—¿De qué se trata? Supongo que a mí puedes contármelo.

—Somos una especie de fetiches. Y eso es muy penoso para nosotros. ¿Acaso no dicen vuestros libros sagrados que no hay que adorar ninguna imagen?

Jacques miró a Dee con una especie de desesperada admiración. ¿Qué puede hacerse con un ser que le sirve a uno lealmente, pero que al mismo tiempo le desafía con obstinación... y que cuando se le dice lo que una enfurecida multitud opinará de él, le cita a uno las Escrituras? Pero las palabras del robot le recordaron el viaje proyectado por el Ministro de Cultura. Se lo comunicó a Dee.

—¡Oh! —dijo el robot. Vaciló, y luego añadió—: Bueno, si cree que es realmente necesario...

—El Departamento lo cree así. Opina que el público tiene derecho a contemplaros de cerca.

—Muy bien, mister Jacques.

—Desde luego —el hombre dirigió una especulativa mirada al robot—, si el Hombre pudiera viajar por el espacio por sus propios medios, quedaríais descargados del peso de una popularidad indebida, según vosotros.

—¡Oh! Encontrará el medio para hacerlo, mister Jacques.

—Pero puede ser demasiado tarde, ¿no te das cuenta? Tiene que encontrarlo pronto. Esos cristales podrían ser la solución. No podemos esperar centenares, quizás millares de años. ¿No lo comprendes?

—Sí, mister Jacques. Pero estoy convencido de que el Hombre encontrará la respuesta por sí mismo. Y en el momento oportuno. Siempre lo ha hecho.

—¡Sois unos maníacos! —estalló Jacques—. Hace un momento te referías a nosotros como si fuéramos unos chiquillos delincuentes; ahora hablas de nosotros como si fuéramos dioses... ¿Por qué no nos miras como lo que realmente somos: unos seres falibles de carne y hueso que necesitan vuestra ayuda? Si yo te lo digo, ¿no puedes ver que nuestra propia actitud es limitada?

—Desde luego, mister Jacques. Por favor, no hablemos más de ello. Si somos limitados, no podemos evitarlo. Y el hablar no modificará las cosas. No hay nada que pueda modificarlas. Allí, en el espacio, nos pertenecemos absolutamente a nosotros mismos...

—¿Por qué dices eso? —inquirió Jacques, súbitamente inquieto. ¿Sospechaba algo Dee?

Pero la respuesta de Dee no reveló la menor suspicacia.

—Porque sabemos que el Hombre tiene que confiar en nosotros.

En cualquier otra ocasión, Jacques habría opinado que las palabras de Dee demostraban una evidente nobleza. Pero ahora se sintió furioso... furioso e indefenso. Se dirigió al robot en tono de helado furor:

—De acuerdo, adelante con vuestra estupidez. Podíais haber pasado a la historia como dignos sirvientes del Hombre. Pero, por lo visto, no os interesa. No olvidaremos esto... esta traición. Cuando el Hombre domine el espacio por sí mismo, se alegrará de librarse de vosotros del mismo modo que ha sabido librarse siempre de aquellos que trataban de limitar su libertad: dictadores, dogmáticos, prohibicionistas. Al menos, ellos eran humanos; sabían en qué consistía la elección. Vosotros, en cambio, no comprendéis que el Hombre ha de tener libertad... incluso la libertad de equivocarse. Pero, tarde o temprano, nos independizaremos de vosotros. En los calendarios futuros aparecerá señalado en rojo El Día que Nos Libramos de los Robots.

Escupió las palabras, sin importarle que los agentes del Servicio de Seguridad las oyeran, sin importarle siquiera la posibilidad de que Floyd estuviera con ellos, escuchando... y regocijándose ante el espectáculo de su incapacidad para razonar con sus propias criaturas. Y llegó hasta el fin, dándose cuenta de que su invectiva tenía otro motivo. No podía convencer a Dee, no se hacía ilusiones al respecto. Pero, tal vez...

Dee acogió las palabras de Jacques en silencio... Un silencio que se prolongó largo rato cuando Jacques hubo terminado. Luego, el robot dijo:

—Lo siento. Tal vez habría sido mejor que no me hubiesen creado. Todo sería más sencillo.

Aquello fue todo. Luego giró sobre un talón de metal y se marchó. Jacques le oyó abrir y cerrar la puerta de la calle. Sólo entonces se dio cuenta del más fuerte de los motivos que habían provocado su ira: sentía temor por Dee.

Permaneció en pie, semiaturdido, dándose cuenta de varias cosas. Que existía un riesgo, un gran riesgo, en el plan de Floyd. Pero que, aun en el caso de que advirtiera al Departamento, el plan sería puesto en práctica, debido a lo elevado de la puesta. Y, por encima de todo, dándose cuenta de que, lo mismo que Dee, según sus propias palabras, sólo le encontraba sentido a la vida a causa de su relación con el Hombre... de ese modo el único objetivo de su propia vida eran Dee y sus compañeros. Lo demás no importaba. Era algo que llevaba en la sangre.

III

Cuatro personas estaban reunidas ante la pantalla del televisor. El Presidente, Floyd, Sabin... y Jacques. Los tres primeros se esforzaban en ocultar una expectante excitación. Jacques no necesitaba ocultar nada. Sólo se sentía deprimido. Estaba allí porque tenía que estar.

Habían transcurrido diez semanas desde la negativa final de Dee. Jacques no le había visto en todo aquel tiempo. Los robots habían efectuado el viaje proyectado por el Ministro de Cultura y un grupo de técnicos humanos invadió la nave.

Los robots habían regresado, y unos días después despegaron con destino a Ganymede.

Cada hora, la nave establecía contacto audiovisual con la Tierra. Ahora, la voz de Dee estaba anunciando el aterrizaje. La cosa ya no tenía remedio, pensó Jacques, desalentado. La video-señal estaba en camino, como un beso de Judas.

Se obligó a sí mismo a descartar aquellas ideas. ¿Por qué estaba preocupado? Dee era pura mente, ¿no es cierto? Iba a encontrarse en la situación con que todo hombre se enfrenta en un momento u otro de su vida: una elección, no entre el bien y el mal, sino entre dos males, el mayor y el menor. Para el robot, lo mismo que para el hombre, sólo podía haber una elección. ¿Podía haberla, en realidad?

La pantalla se iluminó súbitamente, y el paisaje de Ganymede apareció sobre ella, inconfundible, semejante al Arrecife del Gigante de la Tierra. A través del altavoz llegó la voz de Dee:

—Aterrizaje sin novedad en el sector habitado. ¿Alguna orden?

Era la fórmula de costumbre. Floyd dirigió una mirada significativa al Presidente y a Sabin y dio sus instrucciones.

—Escuche con mucha atención. Mantenga su viso-transmisor encendido y enfocado sobre el paisaje. Luego, salga con diez miembros de su tripulación y consiga un cristal. ¿Me ha oído? Por la fuerza. No desconecte. Consiga un cristal. Regrese a la nave manteniendo su cámara enfocada sobre el cristal. Lleve el cristal a la gaveta número siete, deposite el cristal en ella y cierre la gaveta. Luego, regrese inmediatamente a la Tierra. En caso contrario, una enorme porción de Ganymede, incluyéndoles a ustedes y a varias tribus de ganymedeos, quedará desintegrada. La nave lleva una bomba-G de gran potencia. La bomba ha sido activada desde la Tierra en el instante en que se recibió su señal de aterrizaje, y la haremos estallar desde aquí si se resiste usted a cumplir las órdenes. Y no crea que podrá escapar despegando antes de que les alcance la señal que hará estallar la bomba. En este momento, la bomba se encuentra conectada directamente con su sistema motriz, y sólo quedará desconectada cuando el cristal sea depositado en la gaveta número siete.

»Y no trate de forzar el mecanismo de cierre de la gaveta número siete. No puede ser forzado con la suficiente rapidez. Entiéndalo bien: no puede hacer nada para

evitar la catástrofe, como no sea cumplir estrictamente estas órdenes. Si no regresa con el cristal dentro de una hora, haremos estallar la bomba.

»Sabemos que es una medida drástica, pero no nos ha dejado otra alternativa. Ahora, acuse recibo a este mensaje... y vaya en busca del cristal.

Floyd se volvió hacia el Presidente.

—Bueno, la trampa está tendida —dijo.

—Recemos para que el mecanismo no falle —dijo Sabin.

—Ha sido revisado y vuelto a revisar minuciosamente —aseguró Floyd.

—En la Tierra —gruñó el Presidente—. Recemos, de todos modos.

Fueron transcurriendo los minutos. Las miradas de los cuatro hombres iban de la pantalla a sus relojes, y viceversa.

—¡No pasa nada! —estalló de pronto el Presidente.

Floyd sonrió débilmente.

—No olvide la demora en la comunicación.

—¡Oh! Sí, desde luego —dijo el Viejo. Poniéndose en pie, empezó a andar de un lado para otro, como un león enjaulado.

Sabin miró a Floyd. Éste se puso en pie.

—Bueno, faltan todavía... —consultó su reloj— cuarenta y cinco minutos. ¿Qué les parece si vamos a tomar una taza de café?

—Cualquier cosa será preferible a esta espera —dijo el Presidente—. Y cualquier cosa será preferible al café. Tenemos algo más fuerte que eso.

Se dirigieron hacia la puerta. Floyd se volvió.

—¿Vamos, Jacques?

—¡Oh! Desde luego, desde luego —dijo Jacques, levantándose.

No había nada que él pudiera hacer allí. No había nada que alguien pudiera hacer en alguna parte.

Regresaron poco antes de cumplirse los tres cuartos de hora. Sabin, animado por el whisky, trató de aliviar la espera contando chistes. No tenían nada de graciosos, pero ayudaron a matar la tensión. De pronto, el altavoz chirrió.

—Sh-sh —siseó Floyd, innecesariamente. Dee estaba contestando.

—Mensaje recibido. Lamento que no sea posible conseguir el cristal. Verán, no estamos en Ganymede...

Mientras hablaba, la pantalla volvió a iluminarse. Pero, esta vez, el paisaje era distinto. Evidentemente, no se trataba de Ganymede. Ganymede tenía una atmósfera: tenue, pero atmósfera al fin y al cabo. Aquí, las sombras tenían la negrura absoluta de los espacios desprovistos de aire. El terreno era duro y abrupto.

La voz de Dee continuó:

—Tengo el honor de anunciarles el primer aterrizaje sobre Calixto. Siento tener que confesar una impostura, pero el paisaje de Ganymede no era más que una diapositiva inserta en la cámara. Durante el viaje, discutimos las medidas que ustedes podían haber tomado para obligarnos a cumplir sus órdenes. Creo que el hecho de

que nuestras ideas discurrieran por el mismo camino y llegaran a la misma conclusión es un tributo a nuestros creadores. Desde luego, podíamos haber tomado medidas para localizar y desmontar la bomba durante el viaje, pero decidimos que no podíamos arriesgarnos a destruir la nave y destruirnos nosotros mismos, sabiendo lo elevado del precio que han pagado ustedes...

Mientras Dee hablaba, la cámara penetró en la sala de mandos de la nave y enfocó al robot.

—Pero, si están enfurecidos con nosotros, les ruego que nos destruyan aquí, ya que éste es un satélite muerto y nadie sufriría ningún daño —extendió sus manos—. Pero, por favor, no opinen demasiado desfavorablemente de su propia creación. Es preferible que les hayamos engañado como nos hemos visto obligados a hacer, es preferible incluso que nos destruyan a que su contacto con los seres de otros mundos se inicie bajo el signo de la violencia. Perdónenme por repetirlo, pero es verdad. Si pueden comprenderlo, les ruego que liberen nuestro sistema motriz, a fin de que podamos regresar a la Tierra para que sea extraída la bomba. Nos gustaría quedar libres lo antes posible para... para prestar servicios que no fueran especializados. Infórmennos, por favor.

El altavoz quedó silencioso.

Los cuatro hombres reunidos delante de la pantalla se miraron el uno al otro. Jacques miró a Floyd, pero su expresión no era de triunfo. No se sentía triunfador.

—¡Demonio con los robots! —juró el Presidente—. Los muy tunantes sospecharon algo... —suspiró—. De acuerdo, Floyd, suelte todos los controles.

Los dedos de Floyd se movieron resignadamente sobre los interruptores.

—De acuerdo, Dee —dijo—. Puede despegar y regresar a casa.

Cortó la comunicación, dejando abiertos únicamente los receptores.

—¡Maldición! —murmuró entre dientes—. ¿Por qué no se me ocurriría pensar en eso? Lo había previsto todo...

—Bueno, ahora es demasiado tarde para lamentarse —dijo el Presidente.

A Jacques le pareció que en la voz del Viejo había respeto por los robots. El Presidente era un político, y no de los blandos, precisamente. Ésta no era la primera derrota que había tenido que tragarse.

—Tendremos que idear otra solución —dijo Sabin, con voz desprovista de furor, de pesar... o de cualquier otra emoción. Luego pareció animarse un poco—. ¡Ya sé! Trataremos de convencerles. Les diremos que el Sol va a apagarse, o que la Tierra va a estallar... y que tenemos que encontrar un medio para escapar de ella.

Miró a sus compañeros con una expresión esperanzada.

Jacques se echó a reír al ver que el desencanto asomaba a los ojos de Sabin. La expresión de Sabin era escéptica. Y en cuanto al Viejo, no trató de disimular la hilaridad que le producía aquella brillante idea.

—No, Sabin —dijo, en tono risueño—. Estoy seguro de que Dee y sus amigos insistirían —muy humildemente, desde luego— en comprobar la verdad. Sólo para

evitar que cometiésemos otro error. No; supongo que tendremos que enfrentarnos con los hechos. Los robots continuarán siendo nuestros apoderados hasta que encontremos un medio. Y, cuando lo encontremos, podremos disfrutar de la buena reputación que tendremos, gracias a ellos. A fin de cuentas, no vamos a salir perjudicados... Otra cosa: nadie se ha aprovechado nunca con beneficio de algo que obtuvo sin el menor esfuerzo. Esos cristales nos han sacado de quicio. Parecen una alfombra mágica. Bueno, tal vez lo son y tal vez no. De todos modos, encontraremos nuestro propio camino. Y cuando alguien se pone en marcha para encontrar una cosa, nunca sabe qué otras cosas puede descubrir a lo largo del sendero. Si los viajes espaciales no hubiesen sido tan endiabladamente difíciles, nunca se nos hubiera ocurrido fabricar un robot, porque no habrían sido necesarios.

Una hora más tarde, Jacques, sólo en la estancia, oyó la inexpresiva voz de Dee:
—Mensaje recibido. Gracias. Regresamos a casa.

El diario

Massimo Lo Jacono

El apartamento olía a papeles grasientos y a col rancia. Unos rayos sol se filtraban a través de las persianas bajadas. Era el mes de julio.

Había una muñeca que se reía tontamente de un hombre tumbado sobre un diván; y el hombre leía:

«Me llamo Ayme Algys. Tengo cuarenta años, los cabellos todavía negros, los ojos grises. Mido casi un metro ochenta y cinco. No estoy descontento de mi físico. Desde hace seis meses, soy empleado de séptima clase».

Aquello no podía ser verdad.

«Trabajo en la Oficina de los Recuerdos. Los datos que yo recopilo son utilizados por los empleados de sexta clase: los de la Oficina de las Condiciones Sociales y de los Estudios de Laboratorio».

La quinta clase correspondía a la Oficina de los Ensayos. Y así sucesivamente, hasta la primera clase que trabajaba en la Oficina Histórica. El hombre sabía todo eso y podía saltarse una buena parte de lo que seguía.

«... Finalmente se llega a los Dirigentes. Los hay de primera, de segunda y de tercera clase. Por encima de ellos están los Funcionarios de las Máquinas. Y, por encima de todos, las Máquinas».

Ayme Algys encendió un cigarrillo y se tumbó de espaldas, un poco más cerca de te muñeca,

A decir verdad, aquello no era más que una suposición. Pero, puesto que había Funcionarios de las Máquinas, tenía que haber Máquinas. Ayme Algys sonrió.

Estaba obligado a reconocer que todo lo que relataba aquel Diario era completamente coherente, siempre que se olvidara lo que no correspondía a la realidad. Algys sabía que había Funcionarios, no que fuesen Funcionarios de las Máquinas. Pero lo más importante no era eso, sin duda.

La fecha de aquel Diario era de seis meses atrás. Por tanto, ¿cómo podía ser ya

empleado de séptima clase, si sólo trabajaba desde el mes anterior?

El asunto tenía que ocultar algo feo, ya que no conseguía encontrar el hilo conductor de aquella extraña historia.

Pero, incluso admitiendo que fuera efectivamente él quien había redactado el Diario —y tenía que admitirlo: era su escritura, y hablaba de cosas que únicamente él sabía—, ¿cuándo lo había escrito?

«Realmente, un empleado de la Oficina de los Recuerdos goza de una gran libertad de movimientos. Y desde cierto punto de vista, su servicio es claramente privilegiado. Incluso puede conocer hechos que se consideran absolutamente olvidados, y comprobar que las cosas cambian. Así, no hace mucho tiempo, descubrí que en una época bastante reciente los hombres escogían a sus jefes por medio de elecciones libres. Sin embargo, diríase que en la actualidad nadie se acuerda».

¿De qué no se acordaban? ¡No había nada que recordar! Los hombres no habían dado nunca, nunca, el poder a otros hombres por medio de sistemas electorales. Las elecciones eran asunto personal de los dirigentes. ¿Quién, pues, podía tener interés en hacer circular semejantes rumores?

«El hecho es que esa particularidad es ahora completamente ignorada por la Oficina de los Recuerdos. Emocionado por la importancia de mi descubrimiento, me precipité al despacho de mi jefe de servicio, el dirigente Cochran, y he de reconocer que me escuchó con mucha paciencia. Sabiendo que Cochran es un cerdo, su actitud debió ponerme sobre aviso.

»Se mostró muy amable. Incluso se tomó el trabajo de explicarme por qué había sido necesario aquel sistema, a pesar de que ello no entraba en sus atribuciones».

¡Desde luego que no entraba en sus atribuciones! Y, aún suponiendo que aquel extravagante sistema hubiese funcionado en realidad, era muy amable por parte de Cochran explicarle los motivos a un tipo como él.

«¡Las Máquinas han decidido! —me ha dicho—. No es posible que cualquiera pueda tener acceso a la Oficina de los Recuerdos y enterarse de cosas tan importantes. En consecuencia, todos los expedientes han sido trasladados a la Oficina Histórica, y no es seguro que permanezcan allí!».

¡Siempre la dichosa historia de las Máquinas!

«Se sabe que actualmente todo es decidido por las Máquinas, después de que han consultado a los ciudadanos dignos de ser admitidos a su presencia. Pero tengo excelentes motivos para creer que tampoco este sistema durará mucho. Y probablemente no estamos lejos del día en que los dirigentes lo decidirán todo entre ellos, y por su propia cuenta...».

No podía ser de otro modo. ¿Acaso sus sugerencias podían tener el mismo valor que la opinión de un dirigente de tercera clase, por ejemplo?

«Las abejas y las hormigas organizan, en beneficio suyo, su propio modo de vivir, pero eso no quiere decir que aquella organización resulte forzosamente buena para nosotros».

El razonamiento no tenía sentido. No podía compararse, ni siquiera aproximadamente, la vida que ellos llevaban con la de los insectos.

«Un ejemplo: todos los ciudadanos serán obligatoriamente vacunados mañana».

¿Y bien?

«Todo me induce a creer que la terrible epidemia de que nos hablan es una enteleguia. De todos modos, la vacunación tendría que ser un derecho, no una obligación. Y me parece que el artículo de la Constitución que lo estipula así ya no es respetado».

¿Qué Constitución? ¿Acaso una Constitución se ocupa de esas cosas?

«Por fortuna, no es probable que este Diario sea descubierto. No existe el “ojo-espía” ni otras cosas por el estilo. Al menos, todavía no. Las Máquinas, al descargar al hombre de las responsabilidades del poder y de la gestión de los asuntos públicos, han decidido que cada uno sea completamente libre, en privado, para pensar y escribir todo lo que le parezca».

Por lo demás, el dirigente de primera clase Robson lo había recordado últimamente en uno de sus discursos, a raíz de la inauguración de la 30.º Feria de Usos y Costumbres: *«Cada uno es libre de pensar como le parezca».* No cabía imaginar que pudiera imponerse un modo de pensar a los demás.

«Sin embargo, la semana pasada, Cochran me dio a entender que estaba rigurosamente prohibido formular la menor crítica. Deduzco de ello que el hecho de disfrutar de la mayor libertad de pensamiento no significa que yo deba pensar en jugar a los reformadores. “¡Sólo faltaría que el primer imbécil recién llegado se pusiera esa idea en la cabeza!», ha dicho Cochran”.

¡Desde luego! La libertad de pensamiento bien entendida era ante todo que nadie debía tratar de influenciar a los demás. E incluso que cada uno debía pensar por su propia cuenta, y guardarse sus ideas para él.

«Cochran ha sido muy claro: Aunque usted opine que el Sistema no funciona como es debido, ello no le autoriza a presionar la voluntad de los demás, por medio de maniobras abusivas psíquicamente coercitivas. Por otra parte, nadie le pregunta nunca si está de acuerdo con cada uno de los actos del Gobierno; por lo tanto, no debe usted tratar de influenciar el libre albedrío de los demás. Cada uno ha de tener sus propias opiniones. Y, para que esto sea verdad, se hace necesario prohibir todo intercambio de ideas que no serían realmente utilitarias».

Ayme trató de reunir sus propias ideas. El Diario no relataba nada interesante; pero, sobre todo, le desagradaba, no encontrando en él fechas concretas, no poder decidir en qué época y en qué orden se habían producido los acontecimientos que figuraban en él.

No podía negar que se sentía turbado: la cosa no debía resultar tan fácil como había pensado... Ni siquiera recordaba la época en que había escrito el Diario.

No era más que un vago presentimiento, tal vez irrazonable, pero algo le decía que aquel Diario era el suyo. Ahora también redactaba uno; era una de sus manías. Le

gustaba anotar las menores cosas que le sucedían, los hechos más ínfimos, los incidentes más insignificantes. No tenía nada que ver, evidentemente, con aquella impresionante sucesión de acontecimientos en los cuales acababa de detener sus pensamientos...

Bruscamente, se dio cuenta de que el tiempo había pasado. Eran ya las diecinueve horas. Y se exponía a llegar con retraso a la velada de los Cochran.

Los vehículos no cesaban de llegar y de detenerse delante de la verja del parque. A pesar de ello, la luna llena prestaba al paisaje un falso aire romántico. Y, como siempre, había mucha gente. A Cochran le gustaba rodearse de gente.

Ayme aminoró el paso y encendió un cigarrillo, con la esperanza de darse a sí mismo un aspecto desenvuelto. Su mirada, por espacio de un segundo, se cruzó con la de Sarah: se apresuró a entrar.

Alguien le tocó el hombro, riendo:

—Siempre resulta impresionante como un trueno, ¿eh?

—¿A qué se refiere?

—Vamos, Algys, no se haga el inocente. Hablo de lady Cochran, desde luego. Siempre ocurre lo mismo, cuando se la ve por primera vez.

—¿Por primera vez?

—Esta noche anda usted un poco despistado, Algys, si no me equivoco.

—¿Yo? De veras que no comprendo...

—Es lo que yo digo. Repite usted todas mis palabras, como un pasmado.

—Entonces, ¿es la primera vez que veo a lady Cochran?

—¡Desde luego que es la primera vez! No había venido usted nunca aquí, ¿verdad?

—No...

—¿Se da cuenta? Venga conmigo, voy a presentarle. Pero trate de asumir un aire menos cohibido.

Ayme siguió a su interlocutor sin reflexionar más. Era un hombre bajito y rechoncho. Franchot Zecchini, si no le fallaba la memoria.

Cuando se acercaron, Sarah Cochran se volvió. Tenía una voz turbadora, ligeramente ronca:

—¿También usted es un empleado de mi marido?

Además de su voz, ofrecía también el resto: sus ojos; sus cabellos negro-azulados, largos como ya no se llevaban; y un cuerpo flexible de curvas emocionantes.

Algys no le respondió hasta que ella volvió a interrogarle. Y bruscamente, absurdamente, su timidez se convirtió en audacia:

—Hace unos instantes he tenido la impresión de que ya la conocía, señora.

—Imposible.

Pero lo había negado con demasiada precipitación, o al menos eso le pareció a Algys.

La joven se dirigió entonces hacia otros invitados. Demasiado aprisa, también, demasiado bruscamente. Zecchini hizo un gesto de contrariedad:

—Vamos, Algys, ¿qué se ha creído usted? No es más que un empleado de séptima clase, amigo mío...

Ayme quiso ir a reunirse con Sarah, pero el otro le cogió por el brazo impidiéndole avanzar.

—¡No haga el idiota! ¿Acaso no ve a Cochran?

Un hombre se había acercado a ellos. No muy alto, con una tripa incipiente, unos labios sensuales y unos ojos saltones.

Ayme estrechó una mano húmeda:

—Señor Cochran...

—Veo que no se siente usted demasiado desplazado, Algys. Me alegro. Siempre había creído que era usted espantosamente tímido.

Algys se inclinó, más de la cuenta. Cochran sonrió:

—¡No pierda el tiempo! ¡Diviértase! Lo que aquí faltan no son muchachas guapas, precisamente.

—No quisiera terminar encontrándome casado... —dijo Ayme, bromeando. Y enrojeció violentamente. Cada vez que se encontraba con Cochran, sólo decía tonterías.

—Eso no tiene nada que ver. Vamos, Algys, compórtese como uno de los nuestros, esta noche. No es tan difícil, supongo; basta con quererlo.

De repente, Ayme tuvo de nuevo la sensación exacta de lo que era Cochran y de lo que era él, cuando Cochran estaba allí. Se alejó, lleno de confusión.

La sonrisa de Cochran le perseguía. Se esforzó en no pensar en lo que hubiese querido y debido contestar... Esto le hubiera humillado más. El comienzo del baile vino a distraerle de todo aquello.

Se hizo servir un whisky y se dedicó a sorberlo con una lentitud exagerada. Era un buen pretexto para no bailar. Luego encendió un cigarrillo con el mayor cuidado. Adivinó que Sarah estaba detrás de él.

—Algys, no puede usted imaginar hasta qué punto me intriga lo que me ha dicho hace unos instantes...

De repente, recobró el dominio de sí mismo; siempre le ocurría así, después de haber estado ridículo.

—¿Dónde nos hemos visto antes de esta noche, Sarah?

El rostro de la joven enrojeció.

—Es usted un descarado.

—No se defienda, Sarah. Es inútil. Usted conoce ya mi nombre, cuando en realidad no debería saberlo. No soy más que un modesto empleado de séptima clase... No tiene ningún motivo para sentirse incómoda conmigo. Por lo demás, la he llamado por su nombre de pila, sin que usted se sorprendiera. Pero son simples detalles. Lo que importa es que yo estoy seguro de conocerla ya; y no así, no como

esta noche. Usted y yo...

—¡No, Ayme, ahora no!

Algys se sobresaltó, sorprendido:

—¿Ayme? ¿Conoce usted también mi nombre de pila?

La joven se aferró a su brazo. Con un gesto pesado, habitual.

Cochran se reunió con ellos en aquel preciso instante.

—Felicidades, veo que se han convertido en un par de amigos...

Sarán sonrió forzosamente. Ayme experimentó un irresistible deseo de pasar al terreno de la acción. El rostro de Cochran era de madera.

—Desde luego, sería inútil querer buscar unos motivos personales en lo que voy a decirle. Pero me parece impropio que permanezcan ustedes tanto tiempo juntos, y tan cerca el uno del otro. Se trata de una simple cuestión de decoro. No todo el mundo sabe que es usted un modesto empleado, Algys.

—¿Y bien?

La voz de Cochran se hizo un poco estridente:

—Convendría que se alejara usted un poco, que dejara de molestar a mi esposa.

—¿Por qué? ¿Sentiría celos de mí, únicamente porque soy un empleado de última clase?

Cochran sonrió irónicamente:

—¡No discuta tanto! Incluso el más torpe de los empleados se daría cuenta de que no le conviene indisponerse conmigo. Trato de hacerle un favor, Algys. Es usted el más incapaz de mis subordinados, se lo digo por si no se había dado cuenta. Pues bien, a pesar de eso, le he propuesto para un ascenso. ¡Sí! Hubiera preferido no decírselo, para darle una sorpresa. Pero usted muerde la mano que le ayuda... ¡Santo cielo! Ayme estaba demasiado furioso para contestar. Murmuró rabiosamente algo ininteligible. Cochran cogió del brazo a su esposa y se alejó con ella.

—¡No te excites, Algys! ¿No has comprendido aún quién era el más fuerte de vosotros dos?

Habiendo dicho esto, Murray Eppenstal le arrastró a la fuerza hacia el bar:

—¡Dos whiskyes dobles!

—No tengo ganas de beber.

—No hagas el tonto. Nadie tiene ganas de beber, pero todo el mundo bebe. Hablemos de otra cosa que va a interesarte: lo que acaba de decirte Cochran es cierto. He visto tu propuesta de ascenso.

—¡Me importa un bledo!

—No, no te importa un bledo. No comprendo tu actitud, Algys. Cochran es un cerdo, todo el mundo lo sabe, pero nadie le planta cara como tú. ¡Ignóralo! No creo que te resulte tan difícil...

—No soy yo, es él el que me busca. ¿No te has dado cuenta?

—Bueno, es él. ¡De acuerdo! Pero el único que tiene algo que perder en esa historia eres tú. Además, ¿cómo se te ha ocurrido la idea de hacerle la corte a su

esposa?

—¿La corte?

—Sí. No trates de negarlo. Os mirabais como dos tórtolos. Y el hecho de que Cochran sea un cerdo no te autoriza a birlarle la mujer.

Ayme se volvió de un salto hacia su colega:

—¿Qué es lo que acabas de decir? ¿Que *nos* mirábamos? ¿O que *yo* la miraba?

Eppenstal sonrió:

—Llamas al mal tiempo, ¿eh? Creo que te convendría una mutación. Cuanto más pienso en ello, más me parece la mejor solución.

—Escucha. ¿Qué pasaría si alguien le matara? Quiero decir, ¿qué le harían al que lo hiciera? El rostro de Eppenstal se ensombreció.

—¡Barman, otros dos whiskeys! ¡Triples! Ayme, amigo mío, no tengo interés en convertirme en el amigo de un asesino. El serlo de un loco es ya bastante peligroso...

—Te lo preguntaba por curiosidad. No creerás...

—Hay curiosidades que es preferible no tenerlas.

—Te he preguntado lo que pasaría, simplemente. Nunca he querido hablar de un asesinato cualquiera.

—Ahora estamos lo bastante civilizados como para no pensar siquiera en una cosa semejante. Sin contar con que un asesinato no resuelve nada. Sin embargo, deberías saber que existe una justicia; pero es una justicia secreta, suprema, inexorable. Por eso no se sabe absolutamente nada de ella. Creo que está hecho a propósito para que la temamos más.

—Lo que no conocemos es siempre lo que nos inspira más temor.

—Un empleado, un día, quiso robar una gran suma de dinero. Le desenmascararon fácilmente, y le detuvieron, incluso; pero, al cabo de algún tiempo, volvió a la oficina. Hoy ocupa el mismo puesto que antes; ni siquiera le degradaron. Solamente le obligaron a reembolsar el dinero, naturalmente y a pagar un interés bastante elevado. La verdadera pena había sido muy distinta.

—Es precisamente lo que quiero saber.

—Ni siquiera él lo recuerda. Pero jura que fue la pena más dura que pueda imaginarse; y se estremece todavía al hablar de ella. Ahora, desde luego, es el hombre más honrado del mundo. Podría citarte docenas de casos como ése. Sin embargo, algunos culpables de delitos infinitamente más graves, no han vuelto a aparecer.

—¡Han debido matarles!

—No lo creo. Se trata, ya te lo he dicho, de una justicia suprema, y que, por serlo, tiene que estar por encima de eso. Pero a causa de ella, precisamente, te aconsejo que olvides a Cochran.

Ayme asintió silenciosamente.

Eppenstal se encogió de hombros:

—Sé lo que piensas. Que su muerte haría soportable cualquier pena...

Un insistente murmullo, la agitación repentina de los invitados le interrumpieron.

Un criado repartía paquetes enteros de periódicos:

—¡Las últimas noticias, damas y caballeros! Una espantosa epidemia acaba de abatirse sobre el país. Se habla ya más de cien mil muertos. El Gobierno acaba de decidir la vacunación general y obligatoria.

Ayme exclamó, aullando casi:

—¡Es ilegal!

Eppenstal le miró con aire de extrañeza.

—¿Qué significa eso de «ilegal»? Es una medida profiláctica, una medida de seguridad. No querrás enfermarte, ¿verdad? La ilegalidad no aparece por ninguna parte.

Ayme hizo un esfuerzo para calmarse.

—Si yo no quiero, no pueden vacunarme.

—Indudablemente. Pero un criado no se expresa forzosamente como un diccionario. Y es posible que ese haya dicho «obligatoria», para decir algo. A no ser que se trate de evitar el contagio. ¡Ah! Esta noche estás muy nervioso.

—Tienes razón, voy a beberme otro whisky. ¡Barman, un whisky! ¡Cuádruple, si es posible! Pero, de todos modos, me gustaría que alguien me dijera qué es lo que pueden inventar, todavía.

Tenía la boca amarga, pastosa. Y un olor a cenizas cálidas flotaba en la atmósfera. No era una imagen; era real.

—Estamos entre amigos, ¿no es cierto? —dijo Cochran—. Esta velada está resultando fúnebre.

—Vamos a animarla un poco —replicó un dirigente de segunda clase, flaco y desmadejado, de mirada alucinada—. Tú conoces más juegos que nadie.

—Conozco incluso uno de los más democráticos —dijo Cochran—. Dado que aquí hay personas del nivel más bajo y que nunca harán carrera —guiñó un ojo con aire que quería ser benévolo—, ¿por qué no ofrecerles, por una noche, la ilusión de que son alguien?

El dirigente Queeny sacudió la cabeza, con aire de desaprobación:

—Ya lo hicimos una vez, y no me gustó. Busca otra cosa, Thomas: creo que un *strip-tease* no estaría mal.

—¡No, no! —gritó Cochran—. El juego de la «sociedad estática» es mucho mejor.

Tras aquellas palabras, se hizo un breve silencio.

—¡La sociedad estática! —gruñó finalmente el dirigente Bruss—. ¿No crees que llegas demasiado lejos?

—Es un sádico —murmuró un tipo gordinflón al oído de una guapa mujer.

—Pero nadie se lo tomará a mal —replicó la dama—. Y es muy excitante, de todos modos.

Cochran insistió y consiguió vencer las últimas resistencias. Sólo una docena de invitados se despidieron; todos los otros se quedaron.

—Tú, Bruss —dijo entonces el dueño de la casa—, serás un criado. Y tú, Fontaine, que has sido siempre mi mejor sirviente, acércate: tú serás Bruss, por una noche.

Bruss se echó a reír; y el criado se volvió, visiblemente turbado.

—Lady Benz —continuó Cochran, riendo—, usted será mi desdichada secretaria, la cual tiene la costumbre de encender a todo varón que tenga menos de ochenta años. Un papel divertido, ¿no es cierto?

—Un papel que me va como anillo al dedo —respondió Lady Benz con una carcajada.

—Y tú —añadió Cochran, dirigiéndose a una doncella, quitándole una bandeja de las manos— serás Lady Benz.

Lady Benz flirteaba ya descaradamente con el atrabiliario Queeny.

—¡No, no le llame Queeny! —exclamó Cochran—. Ahora es mi mayordomo. Y mi mayordomo se llama Queeny.

Muchos cambiaban ahora su identidad por su cuenta.

—¡Sarah, no te vayas! —ordenó Cochran a su esposa, la cual se dirigía hacia la puerta—. Tú continúas siendo lady Cochran...

—Eso no es justo —protestó el dirigente Roloff, convertido en ordenanza—. Todo el mundo tiene que cambiar.

—¡Ella no! —dijo Cochran, riendo—. El que cambiará seré yo. Me convertiré en Algys Ayme, empleado de séptima clase en la Oficina de los Recuerdos, y Algys Ayme será Cochran.

Estalló una carcajada general.

Sarah consiguió dominarse, pero a Ayme le pareció que todo aquello había sido maquinado para fastidiarle; tenía el rostro arrebolado.

—¡Si es usted una gallina mojada, no venga a las veladas de los dirigentes! —aulló Cochran.

Eppenstal se acercó a él: —Disculpe...

—Usted será lady Morghen. ¿Le molesta interpretar un papel de hombre, lady Morghen?

—¡Al contrario! —exclamó alegremente lady Morghen—. Siempre he sentido una especial debilidad por las mujeres.

Nadie se rió, ya que se murmuraba que era la verdad.

Lady Benz, por su parte, se había tomado su papel muy en serio. Y el joven Follery se perdía ya en un mar de encajes y bordados.

Cochran se acercó a Sarah con aire de fingida timidez:

—¿No nos conocemos ya, señora?

Sarah le miró con desprecio.

—¡Oh, no! No le mirabas así —rió Cochran, retorciéndole la muñeca—. Representa tu papel como es debido, hasta el final.

Ayme, sin pensárselo dos veces, se interpuso entre Cochran y su esposa.

—¿Sí? —inquirió irónicamente Cochran.

—Yo...

—Continúe, Excelencia, por favor.

Y Cochran se inclinó ceremoniosamente, ridículamente, en medio de una tempestad de risas.

—¡Pon a ese impertinente en el lugar que le corresponde! —dijo Sarah, con voz cortante—. ¿Eres mi marido, sí o no?

Ayme sonrió y cobró valor.

—Apártese de aquí, Algys —ordenó, tartamudeando; luego, su voz se hizo más firme—: ¡Éste no es su lugar!

Cochran se inclinó de nuevo y se retiró, muy humilde, andando hacia atrás.

—¡Ahí ¡Tiene usted la suerte de que no soy Cochran! —murmuró cómicamente.

Sarah cogió a Ayme de la mano.

—¡Ven! ¿No te recuerda nada esta payasada? —No le veo...

—No haga el cretino —le dijo Cochran—. Ella quiere, por lo menos, que la bese.

—¡Señor Cochran!

—Me llamo Algys —replicó Cochran con una risa estridente—. ¿Es posible que en todo el salón sólo haya una persona que no pueda participar en el juego?

Sarah pasó sus brazos alrededor del cuello de Ayme, sin preocuparse por nada:

—Ayme, te quiero —murmuró. Y añadió, en voz alta—: Thomas, te quiero más que a todo lo del mundo.

Ayme se abandonó a un torbellino de sensaciones desconocidas. Y cuando el beso terminó le pareció surgir de una eternidad de dulzura:

—Te amo, te amo —susurró, su boca pegada a la otra boca—. Siempre te he amado.

—*Entonces, recuérdalo.*

Luego le pareció que la luz se apagaba, volvía a encenderse, se apagaba de nuevo. Las paredes giraban vertiginosamente. Lady Benz ejecutaba un *strip-tease* con un brío asombroso. Cochran abofeteaba a Sarah. Y él, Ayme, era a la vez Cochran, un ordenanza, un Funcionario de las Máquinas... ¿Qué le habían dado a beber?

Todo el mundo reía, bromeaba, se besaba, se amaba. Todo eran colores y música. ¿Qué podían estar haciendo Sarah y él en semejante ambiente?

Cuando recobró el conocimiento, no se encontraba ya en la villa de los Cochran, sino en su casa, tendido sobre su lecho. El silencio era absoluto; estaba solo.

El calor parecía haber llegado de repente. No es que no estuviera ya allí, pero él apenas le había prestado atención. Bruscamente, se hizo insoportable.

Ayme se quitó la chaqueta, desanudó su corbata, se despojó de la camisa. Se quedó en calzoncillos y camiseta.

Por un instante pensó en abrir la ventana, que era justamente lo que no debía hacer. Dejó los postigos entornados y encendió la luz.

El anochecer era sofocante.

Empezó a rebuscar en un montón de antiguallas, en unos rincones que no miraba nunca. Y descubrió cosas olvidadas: un cinturón pasado de moda. Una vieja pipa con la boquilla rota. Ni siquiera recordaba haber fumado en pipa. Una corbata deshilachada. ¿Por qué la había conservado? Unas cartas de la época en que era estudiante. Una fotografía de su madre, amarillenta y descolorida. En ella aparecía — como en todas sus fotografías, por otra parte— con su rostro sonriente y un poco bobalicón, la pobre mamá...

¿No era estúpido perder su tiempo como lo estaba haciendo, cuando todo había transcurrido normalmente en la oficina, aquella mañana? Había podido confirmar lo de la vacunación obligatoria y lo de su próximo ascenso. Cochran ni siquiera le había mandado llamar.

Pero Algys recordaba confusamente lo que había sucedido la otra noche y, sobre todo, se sentía turbado por haber sido la causa de lo que sucedió.

Le resultaba difícil ver claro en unos acontecimientos como aquéllos, lo mismo en lo que respecta a su actitud que en la que habían mostrado los demás: y todo el asunto adquiría un aire de irrealidad.

¿Qué podía significar: «*Entonces, recuérdalo*»?

No le era posible mentirse a sí mismo, repetirse que aquello no significaba nada. Ya que, en tal caso, ¿qué objeto tenían sus pesquisas? Inspeccionó cuidadosamente la habitación en la cual se encontraba: ni «ojo-espía» ni micrófonos. Aunque lo más probable era que estuviera exagerando.

¿Quién era él para «merecer» ser espiado? ¿Y cuándo había oído hablar de algo de aquel tipo? Se dio cuenta, al tirarlo, de que acababa de encender su cigarrillo. Encendió otro.

Encontró algunos papeles sucios y arrugados, pero no era aquello lo que buscaba.

¿Quién sabe lo que podía estar haciendo Cochran en aquel momento? ¿Y Sarah? ¿Cochran y Sarah?

Se divirtió un instante con un antiguo bolígrafo, ahora en desuso. Y estuvo a punto, por distracción, de llevarse el cigarrillo a los labios por el lado contrario a la boquilla.

Se disponía a renunciar, cuando *lo* descubrió. Pero ahora le parecía que siempre había sabido que se encontraba allí. *Como si se lo hubiera recordado a sí mismo*, cosa que no había sucedido.

El Diario estaba redactado sobre las páginas de una agenda de seis años antes, encuadernada en cuero amarillo, con una cinta deshilachada entre ellas. La apretó convulsivamente, asustado de lo que podía contener, y temiendo frustrar el placer del descubrimiento con una lectura demasiado apresurada.

Pasó al salón, muy excitado, se sirvió un gran vaso de cerveza e incluso se sintió tentado de añadirle un whisky. Pero no lo hizo, porque la botella estaba casi vacía. Encendió otro cigarrillo.

«Me llamo Algys Ayme. Tengo treinta y cuatro años, los cabellos...».

Podía saltarse aquello.

«Desde hace cuatro meses estoy empleado en la Oficina de los Recuerdos...».

¡Absurdo! ¡Realmente absurdo! ¿Valía la pena continuar?

«Tengo como jefe de servicio al dirigente Thomas Cochran...».

¡Ya! ¡He aquí ahora que empezaba a razonar como si todo aquello fuera posible!

«... y soy indigno de la benevolencia que me demuestra. Acaba de proponerme para un ascenso, y yo persigo a su esposa con mis asiduidades».

¿Qué? Era inverosímil que hubiera escrito una cosa semejante.

«Pero, naturalmente, si lo que dice Sarah fuera cierto, la cosa sería distinta. Hasta mañana no podré aclarar la cuestión. Pediré que me encaren con los investigadores Psíquicos, o, mejor dicho, a las Máquinas. “A las Máquinas”. ¿Por qué “a” en vez de “con”?».

Eso, en cambio, es muy propio de él, esa clase de estúpidas digresiones.

«Tengo miedo de dejar estas páginas a la vista...».

¡Desde luego, las había ocultado bien!

«... si alguien las encontrara, sería una catástrofe. ¡Una sociedad estática! Sarah tiene unas ideas muy concretas al respecto: “Una sociedad estática es una sociedad en la cual un empleado de séptima clase lo será durante toda su vida, aunque imaginando siempre que cada seis meses obtiene un ascenso”».

¡La vacuna!

«Cada seis meses, se somete a la gente a la vacunación obligatoria. Se hace circular el rumor de que una terrible epidemia se ha abatido sobre el país. ¿Cuál es su virus? Es un detalle, y tal vez se trate siempre del mismo. De todos modos, después de haber sido vacunado, nadie se acuerda de nada. Al menos, en lo que concierne a lo que “ellos” quieren que se olvide. Creo...».

Estaba claro. Cada uno «regresaba» cada vez a los recuerdos que tenía en el momento que le empleaban.

«De modo que, si lo que dice Sarah es cierto, hace ya quince años que soy empleado de séptima clase».

Quince años más seis = veintiuno.

«Deduzco que tendrían que existir otros Diarios. Pero debo haberlos ocultado tan bien que no he conseguido encontrarlos. Desde luego, todo esto resulta demasiado increíble».

No tanto, en el fondo, puesto que había personas lo bastante idiotas como para creer cada seis meses las mismas tonterías.

«Lo que más me preocupa es el saber lo que Cochran sabe. ¿Tiene algún poder sobre el curso de los acontecimientos?».

El hombre que había sido hace seis años era un imbécil. Había tenido todos los elementos en la mano, y no había sido capaz de extraer las conclusiones correctas de ellos.

«... a pesar de que es muy amable conmigo».

¡Sus motivos tendría!

«Mañana, cuando esté en el Centro de Investigaciones Privadas, exigiré ser sometido a un control de los Investigadores Psíquicos».

Pero, tal vez era necesario seguir una pista...

«Tengo que preguntar por Mortimer. Es el dirigente del Centro. Mortimer es un enemigo declarado de Cochran, y eso le inducirá a escucharme. Sarah me ha asegurado que me escuchará».

Por fortuna, el Diario daba todos los informes necesarios.

«Es inútil continuar este Diario. Cuantas más cosas escritas deje, más posibilidades habrá de que las encuentren».

Hojeó algunas páginas más, pero el Diario se interrumpía allí. ¡Y pensar que habían aún tantas cosas que le hubiera gustado saber! ¿Cómo había empezado aquella historia? ¿Cuándo había empezado?

Un hecho al menos era cierto: su tentativa había fracasado. Y ahora, disponía de toda la noche para encontrar otros escritos y reflexionar sobre lo que podían revelar.

¡Nada! Lo había buscado y registrado todo, sin encontrar nada más.

Se dejó caer sobre su lecho y encendió otro cigarrillo.

Sin embargo, tenían que existir otros Diarios, puesto que vivía la misma existencia desde hacía veinte años, repetía los mismos gestos y giraba alrededor de sí mismo como un trompo.

Hoy, continuaba redactando un Diario; lo había redactado seis meses antes e incluso seis años antes. ¿Por qué no lo habría redactado también durante los quince años precedentes? Pensándolo bien, el argumento parecía bastante especioso. Y, sin embargo, la clave del asunto estaba allí.

«Suponiendo que un hombre tuviera que resolver varias veces los mismos problemas, ¿lo haría cada vez del mismo modo? Probablemente sí, si se excluyen las enseñanzas de la experiencia. Lo que equivale a decir que si hoy me quemara tocando un fogón, mañana no lo haría. Los problemas no cambiarían, sólo mi actitud. Pero, si olvidara lo que es el fogón, si fuera posible que pudiera olvidarlo —y que todas mis experiencias quedaran anuladas—, si volviera a convertirme en el mismo hombre que era el día anterior, el mismo hombre completamente desprovisto de experiencia, ¿acaso volvería a tocar el fogón? ¿Puede afirmarse lo contrario?».

Era evidente que tenía que haber redactado otros Diarios. Puesto que cada seis meses volvía a convertirse en el hombre que había sido anteriormente: exactamente el mismo hombre.

Quedó un poco decepcionado cuando terminó su cigarrillo —era el último—, pero la impresión no perduró. El vertiginoso torbellino de sus pensamientos volvió a absorberle por entero.

Ahora había llegado el momento en que le era necesario ser metódico. Tenía que

recapitular y comprender, comprender y decidir. La primera conclusión que se impuso a su mente, por deducción, fue la de que había redactado exactamente cuarenta y dos Diarios, y que había encontrado únicamente dos, sin contar con el que escribía actualmente. ¿Dónde estaban los otros?

¡Cuidado! Tenía que desconfiar de las conclusiones demasiado apresuradas, ya que carecía de otras certezas.

Sí, tenía una, al menos: cuando se había dirigido a casa de Mortimer, se había metido en la boca del lobo. Admitiendo —y tenía que admitirlo: los hechos le daban mil motivos para hacerlo— que Sarah era incapaz de proporcionarle una falsa información, llegaba a pensar... a pensar... ¡Sí! ¡Que no había sido Sarah la que se la había proporcionado!

Pero aquello no era seguro. He aquí que ahora se apresuraba demasiado a encontrar una respuesta. Había muchas: Sarah se había equivocado; Sarah hacía un doble juego; Mortimer había sido reemplazado; Mortimer hacía un doble juego...

De todos modos, podía comprobar ya algo. Se dirigió al teléfono y marcó el número de Eppenstal:

—¡Hola, Murray! ¿He sido importuno? Se trata de una información.

—A tu servicio. ¿Continúas pensando en el asesinato de Cochran?

—¡Déjate de bromas! Se trata de algo más serio. ¿Puedes decirme quién es el actual dirigente del Centro de Investigaciones Privadas?

—¿Por qué?

—Por favor, deja los «porqués» a un lado. Necesito una respuesta inmediatamente.

—Mortimer, creo.

—¿Es realmente él, o lo crees, únicamente?

—Es él, desde luego. ¿Por qué?

—Estoy efectuando una pequeña encuesta personal. Es posible que vuelva a llamarte más tarde.

—No te lo aconsejo. Son ya las tres de la mañana... Será mejor que te acuestes.

La risa de Eppenstal le devolvió un poco el sentido de las realidades. Y colgó el receptor con un incomprensible sentimiento de aprensión.

¡Mortimer continuaba siendo el dirigente del Centro! ¿Qué significaba eso? ¿Qué había ido ya a ver a Mortimer? En tal caso, Mortimer estaba de acuerdo con Cochran. ¿O no había ido nunca a ver a Mortimer, porque le habían impedido hacerlo?

Tenía que estirar un poco más el razonamiento.

Si no había ido a ver a Mortimer, era porque alguien le había cerrado el paso. Y, consiguientemente, eso significaba que se encontraba todavía bajo vigilancia. Motivo por el cual no había conseguido localizar los otros Diarios... Siendo así, tenía que deducir que le había dejado el Diario a propósito, a fin de hacerle caer en una trampa...

Ahora, más que nunca, debía procurar no perder el hilo de sus pensamientos. Si

su impresión era exacta, el Diario no lo había redactado él. Tal vez se lo habían dictado... Y eso quería decir que deseaban verle entrar en contacto con Mortimer. Por lo tanto, no tenía que hacerlo.

¿Por qué estaba preocupado, en realidad? Debía tratarse de algo que no se atrevía a confesarse... ¿Sarah? ¿Podía afectar a Sarah?

¿Por qué no le había puesto en guardia contra Mortimer? ¿Era posible que también ella hubiese olvidado? Seguramente no, ya que había sido precisamente ella la que le había dicho que recordara.

¿Eppenstal? ¿Qué podía estar haciendo Eppenstal, levantado, a las tres de la mañana? ¡Y él le había dicho, como un imbécil, que estaba efectuando una pequeña encuesta personal! Sin embargo, sabía perfectamente que los que sabían callar eran siempre los que tenían más posibilidades de llegar a viejos.

¡Vamos! No debía excitarse: Sarah no era capaz de traicionarle. Sus lágrimas de la otra noche habían sido sinceras. Y también había sido sincera al advertirle que recordara. Además, si Sarah había representado una comedia, ¿qué motivo tenía él para luchar? Debía comportarse exactamente como si Sarah fuera su fiel aliada, sin margen ninguno para la duda.

¿Por qué, entonces, aquella sensación de desaliento? Volvió a coger el Diario.

En realidad, no conseguía seguir correctamente el hilo de sus pensamientos. Se detenía en unas imágenes, suscitaba unas afinidades y analizaba los hechos de que disponía; pero siempre terminaba por embrollarse.

Necesitaba a toda costa estar más tranquilo, mucho más tranquilo.

Se aferraba a la creencia de que Sarah era realmente su aliada. En tal caso, le habían dejado el Diario para que lo que estaba escrito en él le impulsara a efectuar falsas maniobras. Por lo tanto, no era Sarah la que le había sugerido que fuera a ver a Mortimer. Tal vez había sido Cochran. ¡Cochran!

En consecuencia, se juró no ir a casa de Mortimer.

De todos modos, había algo que no estaba claro. ¿Acaso el estilo del Diario era el suyo?

Aquella repentina digresión en la que se trataba de averiguar por qué se había escrito «a las Máquinas» en vez de «con las Máquinas» era propia de él, sin duda. Aunque podía ser un *pastiche* muy bien logrado de su manía de pasar bruscamente de un tema importante a otro fútil. Pero, por otra parte, se hablaba de Cochran con cierta admiración. Y si había alguien a quien él no había podido soportar, era Cochran. Le repugnaba incluso su aspecto físico.

En realidad, el Diario estaba mal imitado. Además, Ayme se contradecía en él un par de veces, como mínimo, de modo flagrante.

Desde luego, había encontrado el Diario entre sus viejos cachivaches, lo cual podía confirmar evidentemente que él lo había ocultado allí. Pero faltaban los otros, de todos modos.

Tenía que avanzar lentamente. Muy lentamente. Meterse dentro de la piel de

Cochran y compañía.

Si no hubiera tenido sospechas, no habría buscado nunca sus Diarios. Si las hubiese tenido, los habría buscado. Y hubiera encontrado precisamente aquel *único* Diario. El cual le habría puesto naturalmente sobre una pista falsa. ¿Naturalmente? No tan de prisa: tenía que retroceder un poco.

Si hubiera tenido sospechas, habría —conclusión lógica— tratado de informarse. Y entonces se habría enterado de que el hombre al cual debía ver era Mortimer. Luego habría descubierto el Diario, leyendo en él que debía dirigirse a Mortimer, precisamente. Pero el Diario estaba mal imitado, y se habría dado cuenta de que era una falsificación. Mejor dicho, que lo había escrito él —puesto que la escritura era la suya—, pero que se lo habían dictado. ¿Era realmente una hipótesis a descartar?

Por otra parte, había descubierto la superchería con una facilidad desconcertante. Y, sin embargo, ni Cochran ni los otros eran estúpidos. Tenía que existir otra posibilidad.

De todos modos, hubiera terminado por enterarse de que tenía que dirigirse a Mortimer, de manera que daba lo mismo hacérselo saber por medio del Diario. En cuanto se diera cuenta de que el Diario era una falsificación, no se dirigiría ya a Mortimer, precisamente porque en el Diario estaba escrito que tenía que hacerlo. Admitiendo esta hipótesis, pues, llegaba necesariamente a la conclusión de que tenía que dirigirse a Mortimer, precisamente.

Se tumbó boca arriba, con un principio de jaqueca.

¿Debía suponer que Cochran y los otros eran tan astutos como para haberle tendido una trampa de dos caras, o debía atenerse a una teoría menos complicada? ¿Era posible que hubieran previsto cada una de sus reacciones con la sutileza de unos hábiles jugadores de ajedrez? ¿O se trataba, por su parte, de una simple especulación capciosa y deseada?

¿Y si se lo preguntaba a Sarah?

Aquella mañana, Ayme llegó a la oficina con retraso. No podía quedarse levantado hasta el amanecer y esperar descansar realmente a continuación, durmiendo un par de horas. Afortunadamente, Cochran no le mandó llamar hasta las once.

Sarah estaba también allí. La escena tenía algo de ya visto y premeditado. Sarah llevaba un vestido de color claro y Cochran, como siempre, un traje oscuro. Un traje de dirigente.

—Siéntese, Algys. Tengo que hablarle.

Ayme detestaba sentarse. Las butacas del despacho de Cochran estaba muy por debajo del nivel de su mesa de trabajo; y cuando uno se sentaba en ellas, se sentía constantemente en estado de inferioridad, sin contar con que eran tan incómodas que uno no dejaba de moverse ridículamente.

Se instaló lo más confortablemente posible. Cruzando las piernas y apoyándose a fondo contra el respaldo la cosa resultaba soportable.

—¡No le he dicho que se acueste, joven! Aquello le hizo erguirse de un salto.

—Disculpe, pero prefiero estar de pie.

—No empiece a discutir. Le he pedido que se siente. Pero, desde luego, esto no quiere decir que se tumbe a la bartola. Y en el caso de que quiera ignorar que soy su superior, no olvide que hay una dama presente.

Algys volvió a sentarse, cada vez más aturdido.

—Algys, ante todo quiero dejar bien sentado que sólo voy a hablarle en su propio interés. ¡Estoy muy descontento! Voy a explicárselo: trato continuamente de defenderle de sí mismo, pero usted me decepciona cada día más. La otra noche, por ejemplo, le invité a mi casa. Pues bien, se portó usted pésimamente...

—Debo decirle, señor Cochran...

—¡Siempre esta maldita costumbre de replicar! ¿Cuándo acabará de comprender que el jefe soy yo?

Ayme asintió silenciosamente.

—¿Por qué diablos se me habrá ocurrido ayudarle, puesto que usted no lo desea? Estuvo tan impertinente conmigo, la otra noche, que merecería que no me ocupara más de usted. A pesar de todo, tiene usted ya el ascenso.

Sonrió, al tiempo que le tendía una especie de diploma.

—A partir del próximo lunes será usted empleado de sexta clase —añadió—. Puede estar seguro de que los casos como el suyo no son frecuentes. Unos meses de séptima clase, y en seguida el ascenso. A este paso, ¿qué piensa llegar a ser? ¿Dirigente?

Ahora, Cochran sonreía amistosamente:

—Espero que no se pondrá a imaginar cosas raras. Que le tengo manía, por ejemplo, porque le reprendo de cuando en cuando. Mire a los demás: ni reprimendas, ni observaciones, pero tampoco ascensos. Espero que comprenda, pues, que lo hago por su bien.

—No sé cómo darle las gracias.

—No vale la pena. Es mi esposa la que ha intervenido en favor suyo. ¿No lo sabía usted?

—Su esposa...

Se volvió hacia Sarah; ésta le devolvió fríamente la mirada. Hubiérase dicho que sus ojos se habían hecho más sombríos.

—Se lo agradezco mucho, señora.

Sarah volvió la cabeza.

—Está bien, está bien —dijo Cochran, a modo de despedida—. Esta mañana se muestra usted mucho más razonable. Puede disponer de nosotros.

Ayme se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¡Algys!

La voz Cochran le paró en seco, en el instante en que alargaba la mano hacia el pomo.

—¡Trate de no llegar con retraso con tanta frecuencia, por la mañana! Cuando quiero, sé mostrarme duro.

Ayme se inclinó, se disculpó, prometió ser más diligente en el futuro, y volvió a dar las gracias.

Su ascenso no tendría efectividad hasta el lunes siguiente. Pero tenían que vacunarle el sábado o el domingo. Entonces lo olvidaría todo, y volvería a empezar partiendo de cero. ¿Cuántos años hacía que volvía a encontrar siempre el mismo Diario?

Sí, existía también el otro, el que había hecho nacer sus primeras dudas; pero éste lo había encontrado en la casa de campo de su tío. Y de un modo casual, además. Ellos no podían imaginar que se hubiera llevado su Diario a aquel rincón perdido. Aunque... ¡quién sabe! ¿Podían preverlo? ¡No, no, era completamente increíble!

Con Cochran, se había mostrado a la altura de la situación. Humilde, servil, resignado. Sarah no le había ocultado su desprecio. ¡Oh! ¡Aquella mirada de desdén! ¿Cuántos años hacía que se repetía aquella escena?

Seguramente se había inclinado ante Cochran una infinidad de veces. Y siempre en presencia de Sarah. También esto tendría que pagarse, llegado el momento.

Hasta ahora, había reaccionado y actuado constantemente como ellos esperaban; había llegado el momento de cambiar de sistema. ¿Cuántas veces lo había descubierto todo, y vuelto a empezar desde el principio? En adelante, después de haber decidido la conducta a seguir, no le sería permitida ya la menor falsa maniobra. Y, para empezar, solicitó tomarse sus vacaciones inmediatamente.

La vacunación tuvo lugar el sábado por la tarde. Se decía que la epidemia estaba en su apogeo, y que había afectado a medio millón de personas en poco más de una semana.

Ayme lo había preparado todo. El bisturí, el agua oxigenada, la ampolla de morfina para la inyección, la jeringa. Era bastante elemental, y Ayme ignoraba hasta qué punto resultaría eficaz. Pero, de todos modos, confiaba en que la morfina calmaría el dolor y neutralizaría al mismo tiempo el efecto de la vacuna. Le esperaban ya en la amplia sala.

Eppenstal se burló de su manía antivacuna. Cochran vigilaba personalmente el desarrollo de las operaciones.

¡Santo cielo! ¡Qué agradable hubiera sido preguntarle en voz alta cuántas veces se había molestado en presidir aquella ceremonia! Pero Ayme se contuvo. Tenía la costumbre de callarse. Finalmente, le llegó la vez.

El médico era expeditivo y le inyectó rápidamente.

—No me lo estropee —bromeó Cochran—. A partir del lunes, será de sexta clase. Es un ascenso debido únicamente a sus propios méritos.

Ayme se inclinó y se despidió.

Corrió a los lavabos y se encerró en ellos.

Arrancó el vendaje, apretó el lugar donde le habían vacunado, hasta que brotó un poco de líquido y unas gotas de sangre. Luego empezó a chupar, desesperadamente.

¿Cuánto tiempo tardaba en actuar la vacuna?

Tiró la venda al W.C., volvió a vestirse apresuradamente y no tardó en encontrarse en la calle.

Un taxi estaba estacionado a dos pasos del inmueble. Dio su dirección al conductor y se dejó caer sobre el asiento.

En su casa, en el cuarto de baño, todo estaba preparado.

Se dio la inyección de morfina. Esperó unos instantes y empuñó el bisturí.

No podía tenerse en pie. La morfina hacía su efecto. El cuarto de baño estaba salpicado de sangre. Ayme examinó de nuevo el profundo corte practicado por el bisturí: ¿se había mezclado ya la vacuna a la sangre? Se derrumbó cuan largo era en el interior de la bañera.

Cuando se despertó era de noche. El agua estaba llena de algodones sucios y de coágulos de sangre.

Ayme sudaba y le dolía la cabeza de un modo atroz. También tenía fiebre; debía ser muy alta.

Se arrastró trabajosamente hasta su lecho y se deslizó bajo las mantas. No conseguía ya seguir el hilo de sus pensamientos ni comprender nada. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se encontraba en la bañera? Luego volvió a quedarse dormido. Sin embargo, antes de hundirse en un pesado sueño, se acordó de la vacunación.

Cuando se despertó, el sol estaba ya muy alto. Y fue precisamente el sol lo que le arrancó de su sueño. Continuaba teniendo fiebre, pero ésta bajaba visiblemente.

Se sentía aturdido, trastornado, como si acabara de disputar un combate de boxeo con el campeón del mundo. Más, quizás. Pero se acordaba de la vacuna, del bisturí, de Cochran, de su ascenso...

De momento, sólo tenía que pensar en restablecerse. Puso un poco de orden en el cuarto de baño, arregló la cama y comió un bocado. Luego tomó un par de comprimidos y volvió a acostarse. Pasó el día descansando y medicándose.

A las nueve de la noche llamaron a la puerta.

Acudió a abrir en pijama, fingiendo un terrible dolor de cabeza. Pero el que había llamado era el cartero, simplemente.

Leyó la carta en la cama:

«Apreciado señor Algys:

Nos complace informarle que su petición relativa a un empleo eventual en la Oficina de los Recuerdos ha sido atendida. En consecuencia, le rogamos que se presente el próximo lunes, a las nueve en punto de la mañana, al dirigente de tercera

clase Cochran, jefe de servicio de la mencionada oficina.

Reciba el testimonio... etc. etc»...

Resultaba francamente cómico: aquella carta era exactamente igual que la que había recibido seis meses antes.

Se dirigió puntualmente a la oficina a la hora citada. A base de ingerir medicamentos y pócimas de todas clases, había conseguido vencer la fiebre, aunque se sentía un poco débil.

Cochran le hizo esperar más de una hora antes de recibirle; sin embargo, aquello le favoreció, permitiendo que pasaran inadvertidos algunos pequeños errores que cometió.

Se apresuró a saludar a Eppenstal, por ejemplo. Eppenstal había sido siempre empleado de séptima clase, pero aquel día parecía particularmente feliz por serlo. Y, naturalmente, no se conocían aún. Se presentaron el uno al otro, y Ayme se disculpó por haberle confundido con uno de sus amigos. Eppenstal le invitó a beber y le aseguró que se encontraría muy bien en la Oficina de los Recuerdos.

Finalmente, Cochran le recibió.

Estaba detrás de una montaña de papeles, con un teléfono en cada mano. Teatral, como siempre. Le ofreció un puro; Ayme lo rechazó.

—No se preocupe, no entra usted en funciones hasta mañana —le alentó Cochran. Ayme se sentó.

—Vamos a ver... Yo soy su jefe y usted se llama Avne Algus, ¿no es eso?

—Ayme Algys.

—Discúlpeme, siempre me embrollo un poco con los nombres cuando los oigo por primera vez.

Ayme consiguió no sonreír.

—Bueno, Algys. hablemos del tema que nos interesa. Aquí se trabaja duro. No tardará en darse cuenta. Al principio, procuraré facilitarle la tarea, pero después tendrá que desenvolverse solo. Por lo demás, a juzgar por los documentos que nos ha presentado es evidente que tiene usted condiciones para el trabajo que le espera. Su vecino de mesa, Eppenstal...

—Le conozco.

Cochran le miró, con aire sorprendido y suspicaz.

—¿Le conoce usted?

—Sí, acabamos de presentarnos mutuamente.

Cochran sonrió.

—Eppenstal es un buen muchacho —dijo—, y espero que llegarán a ser buenos amigos. Él le presentará a sus otros colegas. De todos modos, le aconsejo que no trabee demasiadas amistades, ya que el personal habla a veces más de la cuenta, con evidente perjuicio para su trabajo.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Bien! Si tropieza usted con alguna dificultad —es muy posible, al principio—, no vacile en acudir a mí. Deseo que todo el mundo rinda al máximo.

—Le agradezco...

—Tendrá que perder la costumbre de interrumpirme, aunque sea para darme las gracias.

—Bien, señor.

—Perfecto. Tal vez le parezca un poco brusco, pero es porque soy muy franco. Por otra parte, ya le dirán que cuando algo no funciona como es debido, tomo inmediatamente las medidas adecuadas. Le conviene saberlo, ya que cuando tomo medidas alguien tiene ocasión de lamentarlo.

—No lo dudo.

—No obstante, estoy convencido de que, con usted, no tendré necesidad de llegar a esos extremos. Ya me entiende...

—Sí, señor.

—Puede usted retirarse.

—Hasta la vista, señor Cohrin.

Cochran saltó con la brusquedad de un resorte que se dispara. Sus ojos saltones y húmedos se agrandaron todavía más.

—¡Cochran!

—Perdone, señor.

—¡No, no le perdono! Si no es usted capaz de recordar el nombre de sus superiores, tendré que pensar que es un cretino. Esto es una mala nota. ¿Sabe usted que hay diez mil peticiones en suspenso de aspirantes que desean ingresar en este servicio y que están infinitamente mejor calificados que usted?

—Sí, desde luego... Yo...

—¡Cállese! Y ha sido usted quien ha tenido preferencia. Supongo que ha debido beneficiarse de ayudas eficaces. Pero a mí no me gustan los recomendados. Y usted... Está bien, márchese.

—Discúlpeme, señor Cochran. Yo no sabía...

—Algys —la voz de Cochran se había suavizado repentinamente—, no tengo nada contra usted. Todo el mundo puede equivocarse. Pero quería ponerle en guardia contra usted mismo. Estoy seguro de que es muy testarudo.

—Sí, señor.

—De acuerdo, cambiaremos eso, Algys.

—¿Sí?

—Un error no cuenta. ¿Comprendido?

—Perfectamente comprendido.

—¡Uno solo!

Contuvo la risa únicamente porque Eppenstal le esperaba en el pasillo.

—Le acompañaré a visitar el servicio —le dijo su colega—. Cochran tiene un carácter muy difícil. ¿No habrá discutido usted ya con él, por casualidad?

—Ejem... Una pequeña diferencia.

—Procure evitar el contradecirle. Se pone a aullar, ¿comprende?

—No.

—Es muy sencillo. Se pone a aullar cuando quiere dar una lección a alguien. Porque sí, en frío.

—Gracias. No discutiré más con Cochran.

—Es lo mejor que puede hacer. Él es el más fuerte. Y muchos, por desgracia, sólo lo comprenden cuando es demasiado tarde.

La visita fue rápida. Por lo demás, no era necesario hacerse presentar a todo el mundo desde el primer día. De todos modos, tuvo derecho, por enésima vez, a los recuerdos bélicos de Holly, a los chismes de la señora Fross, a la trágica historia de las mil y una enfermedades de la vieja Bindie.

De momento, la cosa marchaba bien; al menos, ésa era la impresión de Algys. Incluso cuando se había equivocado de nombre con Cochran. En realidad, la última vez había olvidado ya aquel nombre, lo cual había provocado su desacuerdo inicial.

Algys dio otra vuelta por el servicio; habló de la lluvia y del buen tiempo con el portero, y no tardó en no ignorar nada de las ideas y de las opiniones de los diversos empleados.

El viejo Knight no sospechaba el número de veces que le había contado ya las mismas historias.

Bruscamente, Algys se sintió asqueado...

Una vez fuera, vagó al azar por las calles y terminó por extraviarse. Hasta el punto de que no supo si había llegado allí incidentalmente, o si había reconocido el lugar...

La villa de los Cochran se destacaba orgullosamente de las otras. Ayme encendió un cigarrillo, sin perder de vista las ventanas del primer piso. Le pareció que un visillo se movía. Preocupado, se alejó inmediatamente hasta llegar a la esquina.

¿Iba a estropearlo todo por culpa de un estúpido sentimentalismo?

Se volvió, y comprobó con alivio que se trataba de Sarah y que le hacía señas desde la ventana. Ayme esperó.

La joven no tardó en reunirse con él.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó, con voz dura—. Estás un poco desquiciado, ¿no?

—Te amo.

La voz de Ayme era tierna. Sarah sonrió:

—¿Cómo has conseguido recordarlo?

—Eso no importa. Lo que cuenta es acordarse.

—¿De qué te acuerdas?

—De que te amo.

La joven se colgó de su brazo.

—No podemos quedarnos aquí, no sería prudente. Te vigilan.

—¿Por qué?

—¿Quién puede saberlo? Eppenstal habló el otro día.

—¿Cómo?

—Sí. Dijo que le habías telefoneado a las tres de la mañana, para formularle extrañas preguntas.

—¿No dijo nada más?

—No. Creía que te habías vuelto loco, ¿comprendes? Mucho más por cuanto ya le habías formulado unas preguntas extravagantes, en nuestra propia casa.

—¿También ha dicho eso?

—Sí, pero obraba de buena fe. Thomas terminó por enterarse de todo.

—¿Qué debo hacer?

La joven parecía preocupada, pero sólo estaba un poco triste.

—Nada. No puedes hacer nada. Todo está previsto de antemano.

Ayme se estremeció al oírle pronunciar aquellas palabras.

—Escucha, Sarah. No es posible que *todo* esté previsto. ¿Acaso había venido ya aquí, para tratar de verte?

—No...

—¿Te das cuenta? Lo imprevisto también puede producirse. Es necesario que continúe obrando como lo hago ahora, si queremos que las cosas cambien. Pero el tiempo apremia. Contéstame sinceramente: ¿he ido ya a casa de Mortimer?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Sin embargo...

—Comprendo. La cosa salió mal. ¿Sabes al menos por qué?

La voz de Sarah no fue más que un murmullo:

—¿Cómo quieres que lo sepa, Ayme?

—Porque también estaba previsto. Me pregunto cómo han podido... Y es por eso que voy a cambiar de táctica, esta vez. Voy a ir directamente a las Máquinas.

—¡Es imposible! El único que puede autorizarte es precisamente Mortimer.

Ayme hizo un gesto de contrariedad:

—¿Cuál es la mejor solución, entonces?

—¿Acaso no te das cuenta de que no hay solución, Ayme? Ésta es la décima vez, por lo menos, que revivo esta escena. Contigo. Hasta el punto de que temo que también ella haya sido prevista en este absurdo escenario.

—Entonces, ¿qué soy yo? —exclamó Ayme—. ¿Un conejillo de Indias? No me suprimen; vuelven a llevarme siempre a mi punto de partida. ¿Por quién me toman? Por un sujeto de experimentación, ¿no es cierto?

El beso de Sarah, lo mismo que sus lágrimas, dejó en su boca un gusto a sal.

Tal vez debió de haber seguido los consejos de Sarah. Ocultar su amor, y fingir olvidar cada vez. Evitar la vacuna cada seis meses; pero comportarse cada vez del mismo modo, de seis en seis meses. Abrazar, acariciar a Sarah a escondidas. Contentarse con las migajas para no perderlo todo. Resignarse a aquella miserable vida de mentiras. Sus manos apretaron el viejo Diario.

La historia le era conocida de nuevo en sus grandes líneas. ¿Hasta cuándo?

Las Máquinas habían sido construidas para poner punto final a la incesante lucha por el poder. Por medio de métodos abstractos basados en los conocimientos de los sabios, las Máquinas habían gobernado a la humanidad desde hacía siglos. La guerra había sido eliminada. Y el acceso a las funciones públicas había quedado reglamentada. Unos procedimientos equitativos designaban a los que eran más dignos de empuñar las palancas de mando. Al principio, todos los hombres eran iguales en derechos.

Todo ciudadano podía solicitar, una vez al año, ser interrogado por los Investigadores Psíquicos; éstos sondeaban los más ocultos rincones de su alma. Y si el ciudadano en cuestión lo merecía, obtenía un ascenso. Las recomendaciones, lo mismo que las mentiras, no servían de nada. Las Máquinas eran infalibles.

Sin embargo, el sistema llevaba ya en sí mismo los gérmenes del mal que debía falsear su buen funcionamiento.

En principio, todo dirigente designado se aprovechaba de su situación —a la cual iban unidas apreciables ventajas— para desarrollar sus facultades y enriquecer sus conocimientos. La sociedad se había estabilizado poco a poco; y esto duró hasta que los dirigentes descubrieron por fin el modo de engañar a las Máquinas y de conservar indefinidamente sus prerrogativas personales. Con muy raras excepciones, todos se pusieron de acuerdo sobre aquel modo de proceder.

Para tener acceso a las Máquinas, era necesario redactar una petición en debida forma, la cual podía ser aceptada o rechazada tras haber sido examinada. Se trataba, pues, de convertir en prácticamente insuperables los criterios de aceptación, y así se hizo: la sociedad se convirtió en más estática todavía.

La generación de Cochran descubrió algo mejor.

Los desórdenes estaban a la orden del día, el descontento aumentaba. La población del globo había crecido enormemente. Incluso deseándolo, no había ya modo de designar a otros dirigentes; y los únicos nombramientos posibles se producían a la muerte de los dirigentes en funciones. Pero, con los últimos progresos de la ciencia, aquellas muertes eran cada vez más raras. Vivir cien o doscientos años estaba prácticamente al alcance de cualquiera que ocupase un puesto elevado.

Se experimentó la vacuna 17/50 D.I.A.: sus resultados fueron prodigiosos.

A partir de entonces, se pudo conseguir que los hombres no recordaran más que lo que se quería que recordasen. Y una de las cosas que se quería que olvidasen, de un modo especial, era que podían recurrir a las Máquinas.

Ya que los creadores de dichas Máquinas las habían dotado de un poder que sobrepasaba a todos los demás: el de impartir justicia. Y, por lo poco que se sabía de ello, era un poder supremo, inexorable, del que se derivaba, naturalmente, una justicia igualmente suprema, igualmente inexorable.

¡Las Máquinas conocían un secreto que podía permitirles suprimir toda la humanidad!

Sin embargo, una simple pregunta lo echó todo a rodar: ¿qué pasaría, si nadie pudiera recurrir a ellas? ¡Nada! No pasaría absolutamente nada.

Además, ¿qué quería decir *suprimir toda la humanidad*? ¿Cuál era, pues, aquella justicia suprema?

De todos modos, aquellos problemas no eran de los que Ayme tenía que resolver. De momento, debía elaborar un plan de acción. Y, para él, el único problema verdadero era el de tener acceso a las Máquinas.

La última vez que había ido a ver a Mortimer no había sido admitido a hablar con ellas. ¿Quién había podido impedirselo?

Le era absolutamente necesario suprimir todo obstáculo: tal vez fue su subconsciente el que le sugirió aquella solución, tal vez pensó en ella por un simple y mezquino deseo de venganza. Sea como fuere, la idea se abrió paso.

Cochran le esperaba en su despacho, con el rostro contraído. También esta vez Sarah estaba con él; pero tenía un aire preocupado, ya que ignoraba los motivos de aquella entrevista.

—¿Qué es lo que me han dicho, Algys?

—Disculpe, señor Cochran, no sé a qué se refiere.

—¡Lo sabe perfectamente! ¡Parece ser que ha pedido usted audiencia al dirigente Mortimer!

Ayme esbozó una mueca de sorpresa y de aprensión:

—Verá... Ignoraba que estuviera prohibido.

—No haga juegos de palabras, joven. Nunca he dicho que estuviera prohibido.

—No soy un joven, tengo cuarenta años. La voz de Cochran se hizo estridente:

—¡Es un poco tarde para empezar a trabajar! Pero no se trata de eso. Ayer, le vieron en compañía de mi esposa...

Se volvió negligentemente y golpeó a Sarah con el dorso de la mano. Una gota de sudor se deslizó a lo largo del rostro de la joven. Thomas Cochran continuó:

—Tampoco se trata de eso. Al menos, de momento. Ya hablaremos de ello.

Ayme no pudo evitar el reírse en su fuero íntimo. Era la primera vez que veía a Cochran perdiendo el hilo de su discurso.

—Me felicito al comprobar que no ha experimentado usted la necesidad de salir en defensa de mi esposa. Esto me demuestra que no me había equivocado al juzgarle.

Ahora, Cochran trataba visiblemente de hacerle perder los estribos. Tenía que

mantenerse en guardia. Sarah le sonrió a través de sus lágrimas.

—No le comprendo, señor. Su esposa y yo...

—Sarah me lo ha contado todo. Parece ser que usted deseaba...

—Una recomendación...

—Una recomendación, lo sé. Pero no era ése el modo de mendigarla. Además, no quiero que un empleadillo de tres al cuarto vaya a importunarme en mi propia casa. De todos modos, la cuestión es secundaria, aunque ilumina perfectamente su carácter.

—Le pido perdón —dijo Ayme.

Y asumió, en la medida de lo posible, un aire completamente abyecto.

Cochran, por su parte, lo asumió sin tener que realizar el menor esfuerzo.

—Lo que me intriga y me gustaría saber es esto: ¿qué es lo que piensa pedirle a Mortimer?

—Pero, yo...

—No es que quiera meterme en los asuntos de mis subordinados, entiéndalo. Pero, de todos modos, deseo estar al corriente de lo que hacen, cuando lo que hacen me afecta a mí...

—Evidentemente, tiene usted todos los derechos, señor. Pero éste es un asunto personal, y le ruego que...

Cochran se puso en pie de un salto, rojo de ira:

—¡Es usted un imbécil! ¿Ignora que puedo...?

Tendió las manos hacia él. Unas manos blandas, húmedas, lívidas.

Era una ocasión que tal vez no volvería a presentarse.

El pesado pisapapeles de bronce describió en el aire un fulgurante semicírculo para aterrizar finalmente sobre la cabeza de Cochran. Se oyó un ruido sordo, como el de una caja al abrirse, y Sarah no pudo reprimir un grito.

Ayme se volvió hacia ella con aire de triunfo:

—¿También esto estaba previsto? Yo sabía que terminaría por sacarle de sus casillas.

Levantó un libro que Cochran había mantenido constantemente al alcance de su mano: debajo de él había un revólver.

—Lo que yo temía era esto. Pero cuando se ha puesto en pie, aullando, he comprendido que no tendría tiempo de utilizarlo.

Llamaron a la puerta; Eppenstal entró con un ordenanza.

—Tengo que hablar con Mortimer —dijo fríamente Ayme—. Y estoy seguro de que me recibirá: acabo de matar a Thomas Cochran.

Mortimer alisó su perilla gris, moteada de blanco:

—De modo que ha querido usted matar a un dirigente...

—No solamente lo he querido, sino que lo he hecho. Y ahora tendrá usted que escucharme.

La cabeza triangular de Mortimer asintió:

—Es lo que estoy haciendo, y el Consejo de los Treinta se ha reunido inmediatamente.

—¿El Consejo de los Treinta? ¡A quien quiero hablar es a las Máquinas! Mortimer sonrió.

—¿Las Máquinas? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No se da cuenta de que acabo de matar a Cochran? Las Máquinas terminarán por enterarse, y no es posible que usted pueda evitarlo.

Al menos, era lo que Ayme esperaba.

Mortimer se echó a reír:

—¡Oh, sí, las Máquinas! Siempre ha creído en ellas, ¿no es cierto? ¡Ha creído que una sociedad podía ser gobernada por unas Máquinas! Una leyenda que nosotros hemos puesto en circulación, joven. Vamos, cálmese... Ayme alzó un puño amenazador:

—¡Es una mentira repugnante, sí! Mortimer se encogió de hombros:

—Como usted quiera. Sin embargo, le advierto que su actitud no sirve para nada. Ha agotado usted su potencial de energía intentando matar a Cochran; y, ahora, ya no inspira usted miedo a nadie.

—¿No? —inquirió Ayme, agarrando al anciano por las solapas de la americana.

Mortimer se desprendió con una sacudida. Tenía un revólver en la mano.

—Cochran no está muerto. Sólo tiene una fractura de cráneo. Hace una hora que trato de decírselo. Pero usted ni siquiera me escucha; sólo atiende a sus propias palabras. ¡Está hinchado de vanidad!

Ayme notó que perdía terreno:

—Entonces, ¿todo ha terminado?

Mortimer le dio una amistosa palmada en el hombro:

—No es usted el primero que se presenta en este plan. No ha comprendido aún que nadie puede vencernos, si nosotros no queremos ser vencidos...

—¡Permítame!

—¿Sí? —Mortimer pareció agradablemente sorprendido.

—Cuando le he dicho que quería hablar a las Máquinas, usted me ha preguntado «por qué».

Mortimer retrocedió un paso:

—¿Yo? Sí, es posible..., aunque muy improbable.

Ayme se sintió invadido de una alegría tan profunda que casi le cortó el aliento:

—¿Por qué no me ha dicho en seguida que las Máquinas no existían?

—No lo sé. He hablado sin reflexionar. De todos modos, no saque conclusiones apresuradas: podría arrepentirse.

Mortimer se había acercado a un timbre; Ayme se precipitó contra el anciano:

—¡No! ¡No haga eso, Mortimer!

Y le derribó de un empujón; pero el anciano, que no había soltado su revólver, le apuntó con el arma.

—Admiro su sangre fría, Mortimer. Pero le repito que está mintiendo. Lo suyo es un «farol», simplemente.

—No acostumbro a jugar al poker.

—¡Lástima! Lo haría usted muy bien. La atmósfera había vuelto a espesarse.

—Algys, le advierto que al primer movimiento disparo.

Ayme se echó a reír; estaba muy seguro de sí mismo.

—Si hubiera podido, lo habría hecho ya. Y si no lo ha hecho, es porque tiene miedo. ¿Miedo de quién? De mí, no, desde luego. Tiene usted miedo de las Máquinas.

—Ya le he dicho...

—No insista, Mortimer. Un hombre tan inteligente como usted debería darse cuenta de la necesidad en que se encuentra de capitular.

Mortimer pareció reflexionar profundamente.

—Está bien —dijo finalmente—. Las Máquinas existen.

Ayme le ayudó a incorporarse.

—Ahora, escúcheme bien, Mortimer. Sé que usted no puede matarme, ni siquiera en estado de legítima defensa. Porque eso le conduciría directamente a las Máquinas. Reconozco que ignoro cómo funcionan; pero por su aspecto deduzco que no resulta posible eludirlas... Tal vez tienen una «ficha-memoria» de cada uno de los que viven y mueren... ¿Sonríe usted? Sin duda ignora lo mismo que yo cómo llegan a saber que alguien ha fallecido de muerte violenta y quién le ha matado. Pero, de lo que estoy seguro es de que usted se vería obligado a presentarse delante de ellas y a dejar que le juzgaran. Es posible que le absolvieran por haber matado en legítima defensa, pero las Máquinas no dejarían escapar una ocasión tan favorable para sondear su mente y su alma.

—¡Cállese, Algys! No sabe lo que está diciendo...

—Es posible. En todo caso, y teniendo en cuenta el extremo a que he llegado, no me arriesgaría demasiado suprimiéndole. ¿Por qué quiere usted batirse por Cochran?

—Tal vez porque existe una ética de los dirigentes —rió Mortimer, que parecía divertirse mucho.

—¡Santo cielo! ¡Deje a la ética en paz! No le queda más alternativa que escoger entre su vida y la de Cochran. ¡Tengo una absoluta necesidad de ser interrogado por las Máquinas!

Mortimer le miró, indeciso. La resolución de Ayme le pareció inquebrantable.

—De acuerdo —dijo—. El procedimiento será equitativo: Cochran y usted se someterán al juicio de las Máquinas.

La oscuridad era absoluta. Ayme notó que unas agujas le taladraban el cerebro. Mortimer no había mentado. Cochran se encontraba también en aquella misma sala. Pero él y Ayme no se veían.

Unos recuerdos de la infancia pasaban y repasaban por su mente. No había nada

que hacer. No tenía que hacer nada. Solamente relajarse.

Reflexionó.

Antaño, los hombres eran felices, tal vez sin darse cuenta.

Como ahora, en que la felicidad no era más que un concepto abstracto.

Las Máquinas estaban allí para defenderle: pero, ¿era ésta una buena solución? Experimentó una especie de sentimiento de irritación, luego de disgusto.

¿Por qué se había llegado a dejar a unos monstruos de metal el cuidado de resolver unos conflictos y unos problemas de tanta importancia? ¿Para que la justicia resultara más ecuánime? Pero, dado que el concepto de justicia era un concepto humano... Relativo, sí, pero humano. Abdicar, renunciar a sus propios derechos, cualesquiera que fuesen, le parecía tremendamente injusto. Incluso si...

Sin las Máquinas, desde luego, su futuro estaría trazado. Pero, ¿acaso no eran ellas su única esperanza? No obstante, los hombres tendrían que ser capaces de desenvolverse por sí mismos...

Cochran era un cerdo. Y las Máquinas se darían cuenta, indudablemente. Pero, ¿a qué criterios obedecían? ¿No decidirían, por ejemplo, que una tentativa de asesinato merecía ser desaprobada? ¿Castigada, incluso?

Trató de no pensar más.

Sarah estaba en su casa, esperándole. Sarah estaba... Sarah no tenía confianza en las Máquinas. Ella ignoraba las dudas que le asaltaban en aquel preciso instante. Y tal vez Sarah se sentiría realmente dichosa al verle salir victorioso de su enfrentamiento con las Máquinas.

La prueba se presentaba un poco como un combate simbólico: el hombre contra las Máquinas. Al principio, había sido la edad de oro; ahora, el hombre se batía contra los monstruos.

Una sensación de inquietud le invadió, para desaparecer inmediatamente.

¿Cuánto tiempo hacía que se encontraba bajo la influencia de los Investigadores Psíquicos?

¿Había cedido ya Cochran? ¿O continuaba resistiendo? Cuando se era como Cochran, ¿podían dominarse los nervios?

Le hubiera gustado saber cómo había podido llegarse al actual estado de cosas. Luego recordó los días lejanos en que había conocido a Sarah: se le aparecían como a través de una ligera bruma. Como un diafragma que no estaba a punto. Tal vez las Máquinas arreglarían aquello. ¿Para qué las habían construido, si no? ¿Era realmente una civilización la de aquella humanidad incapaz de defenderse sola?

Se sentó en el suelo, se agachó y apoyó la cabeza entre sus brazos.

Mortimer le tendió el vaso, con una sonrisa. Pero Ayme debía estrecharle la mano. Inmediatamente, incluso.

Cochran, semiinconsciente, todavía bajo el efecto del miedo, estaba tendido sobre un diván.

—Mi querido amigo —dijo Mortimer—, ha salido usted brillantemente de esta prueba. Ahora, es usted uno de los nuestros.

Ayme se había limitado a callar. Era lo que tenía que hacer.

¿No había notado aún cuan extrañamente brillaban los ojos del anciano?

—No me interrumpa —continuó Mortimer—, y le daré algunas explicaciones. Del resto, se enterará poco a poco.

Se instaló en una butaca.

—Como ya le había dicho —quizá prematuramente—, las Máquinas son un mito. No crea que sea posible captar todo el pensamiento de un hombre por la inflexión de su voz o por un acento que suena a falso. Para ello tendríamos que saber lo que piensa realmente ese hombre cuando está delante de nosotros. Puede decirnos una cosa, mientras su pensamiento no sigue lo que nos dice o lo ha sobrepasado ya. Y ese famoso acento que suena a falso puede no tener ninguna relación con las palabras que oímos.

Ayme asintió.

—Me doy cuenta —continuó Mortimer— de que no parece usted muy sorprendido por lo que acabo de decirle. De todos modos, le repito que las Máquinas no existen.

—Confieso que lo esperaba. Llevaba aquí algún tiempo, reflexionando, relajándome, cuando me di cuenta de que no pasaba absolutamente nada. Mi naturaleza es lo bastante realista como para no impresionarme con facilidad. Era...

—No se preocupe por lo que era. No era nada y era mucho al mismo tiempo. Cochran no lo resistió.

—Pero, ¿por qué todo esto, si ya habían tomado una decisión? Y, sobre todo, ¿por qué Cochran, dirigente de tercera clase, ignoraba que las Máquinas no existían, mientras que usted, en cambio...?

—Yo soy uno de los miembros del Consejo de los Treinta. ¡De los Treinta y Uno, ahora!

Los dos hombres sonrieron, ya que se comprendían con medias palabras.

—¿No se asombra usted de nada, Algys?

—Si me asombrara, ¿me hubiera dicho usted todas estas cosas?

—Es cierto. Como puede ver, nuestra sociedad no es absolutamente estática. La prueba está en que si alguien desea un ascenso, no lo obtiene sin moverse mucho.

Volvieron a sonreírse mutuamente, pero esta vez con cierta amargura. Y Mortimer sirvió más coñac.

—Nuestra infraestructura podía utilizarle a usted en calidad de funcionario de las Máquinas, y, más concretamente, en calidad de miembro del Consejo de los Treinta. O en calidad de empleado corriente. Para usted no había sitio en las situaciones intermedias: habría significado desaprovechar un elemento valioso. Desde hace mucho tiempo podíamos haberle nombrado empleado de sexta o de quinta clase, pero, ¿qué hubiera pasado? Es probable que se hubiese contentado usted con

aquello... Y, sin embargo, en las diversas tentativas que ha efectuado para saber, en el curso de los últimos veintiún años, siempre ha demostrado claramente que apuntaba más alto. Hemos seguido ansiosamente sus esfuerzos. Daba usted pruebas de una notable capacidad, pero, a fin de cuentas, no llegaba a ningún resultado positivo. Comprendía, pero no actuaba. Me explicaré mejor: una sociedad estática corre más peligros que una sociedad normalmente en movimiento. Está amenazada de atrofia. Y puede llegar a inmovilizarse, no por su propia voluntad, sino como consecuencia de una repentina incapacidad. Y nosotros no podemos hipotecar el futuro. Ignoramos si esa incapacidad es pasajera o no. En consecuencia, queríamos que usted mismo, y todos los que eran como usted, fuesen eventualmente capaces de actuar, de combatir e incluso de matar. Ayme empezaba a ver claro, por fin. Mortimer le sirvió otro coñac:

—Nadie sabe que existe un Consejo. Y, sobre todo, nadie sabe quién forma parte de ese Consejo. Para las personas vulgares, usted reemplazará a Cochran. Comprenderá poco a poco cuáles son realmente sus funciones, y entretanto habrá visto con sus propios ojos que nuestra sociedad se mueve. Con un movimiento estático, si me permite la paradoja. Verá, los que ahora son de quinta clase, los han sido antes de sexta y de séptima. La única diferencia es que ellos imaginan que ascienden cada seis meses. Esto evita muchos descontentos. Por otra parte, este sistema nos ha parecido hasta ahora el más adecuado —y el único— para neutralizar las fuerzas destructoras del hombre... El procedimiento le parecerá inhumano, seguramente, pero no hay otro. Ya tendremos ocasión de volver a hablar de él...

Había habido una terrible epidemia. Se hablaba de seiscientos mil muertos en tres días. Pero, afortunadamente, las autoridades disponían de la vacuna necesaria para inmunizar al resto de la población.

En el barrio de los Dirigentes, la villa amarillo-naranja de Algys estaba aún completamente iluminada. Aquella noche, el ir y venir había sido incesante en ella, y las paredes parecían reflejar todavía aquellas presencias apresuradas.

Cochran también se había presentado a felicitar al dueño de la casa. Siempre seguro de sí mismo —como si nada hubiese pasado—, y, sobre todo, siempre dueño de la situación. Sarah había estado a su altura; mas, para Algys, aquello había sido un rudo golpe.

Hasta entonces había alimentado la esperanza de que su ex superior había sido degradado; y le había parecido cómodo fingir que ignoraba que unos hombres como Cochran eran más que nunca útiles al sistema. Pero ahora que había visto y oído a Cochran, no podía continuar cerrando los ojos ni imaginar que, porque él había ascendido de categoría, el sistema había cambiado.

—Has estado perfecta, Sarah —dijo finalmente—. Te envidio. Le has mantenido a distancia, cortésmente, firmemente, sin la menor turbación. Hubiérase dicho que nunca habíais sido marido y mujer.

La sonrisa de Sarah era desarmante. Y Ayme tenía la impresión de que se reía de él.

—¿Es un reproche? ¿Qué querías que hiciese? Es normal que todo te parezca nuevo, desconcertante. Incluso Mortimer se sentía aturdido, desconcertado, cuando se convirtió en dirigente. Todo el mundo nota el cambio al principio. Para mí, la cosa es distinta: he crecido en este ambiente; y sé, lo presiento, que a partir de ahora es como si mi pasado no hubiera existido nunca. Sí, nunca he sido la esposa de Cochran...

—No soy más que un imbécil; y tú tienes razón, desde luego. Sin embargo, no estoy celoso de Cochran: no necesitas renegar de tu pasado para complacerme... Ven a sentarte a mi lado, las paredes de esta habitación son frías... Nos invitan a olvidar el pasado. Pero, ¿por qué mentirnos a nosotros mismos?

—¿Te extraña? Para mí, olvidar el pasado es una necesidad. ¡Odio ese pasado! Sí, te lo juro: no tengo más recuerdos que los que te afectan a ti; nunca he sido la esposa de Cochran.

—¡No, Sarah! Eso significaría que hemos sido vencidos: es el concepto mismo de la sociedad estática... Y esta noche, he temido realmente que Cochran sugiriera aquel estúpido juego...

—¡Cállate! Podrían oírte los criados. Ellos no saben nada de la sociedad estática, los pobres... —dijo Sarah, con una maliciosa sonrisa.

Luego se apelotonó sobre las rodillas de Ayme, con un aire de cómica complicidad.

—Trabajas demasiado. Todos los dirigentes trabajan demasiado; pero tú no necesitas batir todas las marcas.

—Esta noche has estado brillante, segura de ti misma, Sarah; pero yo no quiero convertirme en un personaje brillante, no quiero convertirme en otro Mortimer. Eso es lo que quería decirte: no quiero ser como Mortimer. Tú eres conservadora —todas las mujeres lo son—, y me has ayudado mucho. Te lo debo todo. Si hubieras estado de parte de Cochran... ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿Cómo podría estar celoso de él?

—No tengo interés en comprenderte, Ayme. Tú eres un dirigente, yo soy tu esposa, nos amamos... ¿Qué más puedo pedir? —Sarah se mordió los labios para no llorar; pero ya era demasiado tarde, y se apartó de Ayme, con aire avergonzado—. No puedo más, estoy fatigada. Me quedaré a tu lado. Siempre. No, no me beses ahora. He luchado por ti; lo he arriesgado todo, ¿comprendes? Y no para cambiar la sociedad, cosa que ya no es posible... No, no te acerques, todavía. Déjame terminar. Ya no lloro, ¿ves? Nadie es realmente libre. Tú no lo sabes todo; pero yo me acuerdo de las frases de mi padre, de las lágrimas de mi madre... Todos estamos constantemente espíados, vigilados; y no quiero volver a encontrarme, una mañana, convertida en una simple mecanógrafa...

—¡Sarah! ¿Me amas de veras, Sarah?

—Te amo... Te amo, pero no me pidas lo imposible —sus ojos estaban llenos de

tristeza y parecían más oscuros—. ¿Por qué no estás nunca satisfecho de ti mismo? —sus lágrimas habían vuelto a fluir, pero ella ni siquiera se daba cuenta—. Ayme, ¿cómo crees que nos conocimos?

Todavía aquella leve bruma, como cuando estaba sumido en la oscuridad.

—Me encargaron que te vigilara: si llegan a saber que te lo he dicho, terminarán conmigo. Ayme, por favor, mírame... Te lo pido de rodillas... No insistas: deja de luchar contra los molinos de viento... Piensa un poco en mí.

—Ha refrescado, ahora. Diríase que el aire es más puro, desde que has hablado. Y, sin duda, nunca me has amado como esta noche... Pero me amas precisamente por eso, Sarah, porque eres igual que yo. Esta sociedad está podrida hasta la médula, Sarah. Y también Mortimer está podrido: el poder corrompe. Piensa, piensa en todas esas legiones de Algys que hay por el mundo, y que vuelven a hacer sempiternamente las mismas cosas, de seis en seis meses... Piensa también en los muchos Cochran...

—Mañana, Algys, mañana. Por favor...

—Dices que me amas, y lloras: esta sociedad está edificada sobre las lágrimas de los puros —trataba de consolarla, pero no lo conseguía. ¿Qué palabras tenía que decirle, pues? Se sirvió un dedo de coñac, pero no lo probó—. Sarah...

—No, cállate, Ayme. ¿Quieres que te dé un hijo? —preguntó, con los ojos todavía enrojecidos y brillantes—. ¿Quieres un hijo? —Se puso en pie con aire triunfal—. ¿Qué te gustaría que fuese? ¿Rico? ¿Pobre? ¿Empleado de séptima clase? ¿Dirigente? Si no tienes compasión de mí, piensa al menos en él... Dime, ¿qué querrías que fuese?

—No, no quiero ese hijo, Sarah. ¿Has pensado en lo que tendría que decirle a ese juez implacable? Esto, tal vez: «Tu madre lo arriesgó todo por mí; pero hoy tú eres rico, porque, al contrario de lo que hizo ella, supe ser cobarde en el momento oportuno». Sarah...

—Ayme, un hombre solo no puede hacer nada. Necesita una organización; la sociedad está organizada... Tú lo ignoras, pero si cumpliera mi obligación debería vigilarle también en este instante...

—Mortimer ha reconocido que había descontentos. Voy a organizarlos —aunque sean pocos numerosos—, y los convertiré en una fuerza.

Sarah se pasó una mano por el rostro. Sus ojos estaban húmedos aún, pero tenía la garganta seca:

—Bien. Haz lo que quieras. Condénanos a todos en nombre de tus ideales— Su voz tenía un tono amargo que le hirió—. Eres fuerte, ¿verdad? Vuelves a partir siempre del principio, eres invencible. Pero, escúchame bien: es la segunda vez que vives esta historia. Es la segunda vez que partes de cero y que te conviertes en dirigente. Yo te sigo desde entonces... Y la primera vez, fui yo quien provocó tu fracaso. El sistema te estudia, te sigue, te espía, y vigila a todos los que son como tú, para comprobar hasta dónde llega vuestra resistencia. En ese juego, yo no he sido más que un peón; hasta el día en que empecé a amarte de veras.

—Tú...

—Déjame hablar, ya que pronto no tendré valor para hacerlo. No me mires así: no te traicionaré, ahora. Me quedaré a tu lado, hasta el final.

—¡Tú me has traicionado! ¿Y dices que he vivido ya esta historia? Sarah...

—No corras a tu perdición. Yo estaría contigo. Me dictarás lo que tengo que decirle a Mortimer cuando le presente mi informe.

—Sarah...

—No podrás retroceder de nuevo. Les engañaremos durante algún tiempo; no se darán cuenta inmediatamente...

—Sí, pero, ¿y después? ¿Qué será de ti, después?

—No pienses en el futuro. Yo estaré a tu lado, Ayme; y no solamente por el corazón, sino con mi mente, con mi ternura, de un modo absoluto. Hasta que tú mismo te conviertas en el artífice de mi perdición. O que lo sea el que se encargue de espíarme...

Sarah sonrió valientemente a través de sus lágrimas y se acercó al pequeño escritorio de caoba que se encontraba cerca de la ventana. Cogió la agenda de su marido y la abrió; las páginas estaban aún en blanco. Con una mano temblorosa al principio, pero cada vez más firme, empezó a escribir:

«Me llamo Sarah Algys. Tengo veintisiete años y estoy casada con un dirigente de tercera clase. Vivimos en una sociedad estática. Las bases del sistema son las siguientes...».

FIN